Mary Westmacott

conocida como

Agatha Christie

Un amor sin nombre

Vernon es un compositor con talento, pero atrapado por su indecisión y falta de ambiciones: una vida, a pesar del apoyo de sus viejos y sólidos amigos Sebastian y Josephine, atormentada por las dudas, dividida entre dos amores: el de la bella e inmadura Nell, una conocida de la infancia, y la intensa Jane, cantante de ópera, símbolo de esa madurez que Vernon teme aceptar. Su terrible opción es símbolo de su fracaso humano.

Mary Westmacott

Un amor sin nombre

ePub r1.0
Titivillus 14.03.15

Título original: *Giant's read*
Mary Westmacott, 1930
Traducción: Pablo Mañé Garzón
Diseño de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

A la memoria de mi mejor y más auténtica amiga: mi madre.

PRÓLOGO

La noche inaugural de la temporada en el nuevo «National Opera House» de Londres constituyó, naturalmente, un verdadero acontecimiento artístico. Estaban presentes los miembros de la familia real y también la Prensa, la alta sociedad, representada en gran número, y hasta los aficionados a la música… Estos últimos, tras muchas dificultades, habían conseguido formar parte del público, aunque en minoría y relegados a las últimas filas del gallinero.

La obra que se estrenaba era *El Gigante,* nueva creación de un compositor desconocido hasta entonces, llamado Boris Groen. Durante el intervalo que siguió al primer acto, un buen observador hubiera podido escuchar comentarios variados y contradictorios.

—¡Simplemente divino, querida! ¡Dicen que se trata de la última palabra en música! Todo fuera de tono exprofeso… Para entenderlo has de leer a Einstein…

—Sí, querida; diré a todo el mundo que se trata de algo maravilloso. Aunque, entre nosotros, he cogido una jaqueca que…

—¿Por qué no inaugurar un teatro inglés de ópera con un buen compositor nuestro? ¡Qué insoportable cacofonía! Propia de rusos.

El que hablaba era un chispeante coronel.

—Completamente de acuerdo —repuso su compañero arrastrando la voz—. Sin embargo existe un problema, sabe usted: no hay compositores ingleses. Triste, pero cierto.

—Tonterías. Claro que los hay, señor mío. Lo que sucede es que no se les ofrecen oportunidades. Simplemente eso. ¿Quién es, al fin y al cabo, ese tal Levinne? Un sucio judío extranjero. No creo que pueda decir de él otra cosa.

Un hombre que se hallaba cerca, recostado contra la pared y semioculto por una espesa cortina, se permitió sonreír, puesto que era el mismísimo Sebastián Levinne, único propietario del «National

Opera House», a quien se conocía con el título de Primer Hombre de Teatro del Mundo.

Era un hombre alto y podía decirse que algo gordo. Su rostro amarillento mostraba una falta total de expresión. Sus ojos eran redondos y muy negros, mientras sus orejas enormes, regocijo de los caricaturistas, le sobresalían a cada lado de la cara.

Le llegaban trozos de conversación. Adjetivos.

—Decadente… mórbido… neurótico… infantil.

Eran los críticos.

—Devastador… fabuloso… maravilloso…, querida.

Mujeres.

—La cosa no da para tanto. Sólo un espectáculo revisteril con pretensiones.

—Efectos sorprendentes en la segunda parte. Recursos mecánicos, ya sabes. La primera, esa llamada «La Piedra», viene a constituir una suerte de introducción. Dicen que el viejo Levinne se ha jugado en este espectáculo hasta su último penique. No creo que hasta hoy arriesgara tanto en otro.

—Música un tanto extravagante… bastante rara, ¿no lo crees así?

—Algo «bolche», me ha parecido. Muchos recursos instrumentales, como creo que se dice.

Eran hombres jóvenes, más inteligentes que las mujeres y con menos prejuicios que los críticos.

—No tendrá éxito. No es más que un despliegue de recursos diestramente elaborado.

—No estoy tan seguro, hoy en día hay clientela hasta para los cubismos.

—Levinne es listo. A veces parece tirar el dinero, pero siempre lo recobra.

—¿Qué cuánto ha costado…?

Las conversaciones bajaban de volumen hasta derivar en susurros misteriosos al mencionarse cantidades de dinero. Levinne conocía a los que tenían en cuenta este aspecto de su espectáculo. Los conocía bien, eran de su misma raza. Sonrió.

Sonó el timbre. Lenta y ordenadamente, la concurrencia se encaminó de nuevo a sus localidades.

Por un breve espacio de tiempo se oyeron risas y charlas en voz

baja. Luego, las luces fueron desvaneciéndose hasta que el teatro quedó en la penumbra. El director subió al podio. Frente a él podía verse una orquesta casi seis veces mayor que la del «Covent Garden» y muy diferente a cualquier formación convencional. Estaba complementada por instrumentos extraños, de metal refulgente y formas inesperadas que evocaban monstruos contrahechos. De una esquina salían insólitos brillos cristalinos. El maestro levantó su batuta, manteniéndola un instante en el aire, inmóvil, hasta que, al bajarla, marcó el comienzo de un redoble rítmico que sonaba como el lejano martilleo de los yunques. De tanto en tanto se omitía un punto del compás; pero sólo para hacerle volver luego, fuera de orden y a empellones, como para trastornar el ritmo general.

Se levantó el telón…

Desde el fondo de un palco, Sebastián Levinne, de pie, paseaba su mirada vigilante.

La obra representada no era lo que habitualmente se entiende por ópera, puesto que no desarrollaba un argumento ni se apoyaba en el protagonismo personal. Se trataba más bien de algo cercano al *ballet* ruso más aparatoso y nutrido. Abundaba en efectos espectaculares, especialmente en luminotecnia, que eran invención del propio Levinne. Sus revistas musicales se proclamaban desde tiempo atrás como la última palabra en materia de pura sensación espectacular. Más artista que productor en todos los casos, Levinne había prodigado en esta ocasión la variedad y fuerza de una imaginación encauzada por la experiencia.

El prólogo representaba una piedra, símbolo de la infancia humana.

Allí estaba la esencia de toda la obra; y para servirla, Levinne había previsto un gran despliegue de mecánica teatral y también de hombres. En la primera se incluían plantas energéticas, dinamos, chimeneas, grúas y aparatos diversos que se entremezclaban y se sucedían. Los hombres constituían un verdadero ejército y mostraban caras parecidas a curiosos robots cubistas dispuestos según esquemas rígidos de acuerdo a los cuales se movían.

La música crecía y bajaba alternativamente. Un bramido sonoro y profundo salió de los peregrinos y desconocidos instrumentos de metal. Por encima de todo una nota aguda, comparable al rápido

choque de innumerables copas de cristal, planeaba con insistencia…

Se incluía un cuadro de rascacielos. Nueva York parecía visto del revés, como desde un avión invertido que diera vueltas a las primeras luces del amanecer, mientras el ritmo extraño e inarmónico subía en intensidad sin abandonar su monotonía. Siguieron otros episodios hasta alcanzarse la culminación: ante el público apareció, erguida y poderosa, la imagen de un gigante hecha de miles de hombres con rostros acerados, que se estrechaban para mostrar al Hombre Colectivo…

De inmediato siguió el epílogo. Se suprimió el intervalo de rigor y las luces no se encendieron.

Sólo se podía oír un sector de la orquesta, que buscaba expresar lo que en la moderna terminología se llama «el cristal».

Las trompetas lanzaron al aire sus timbres agudos.

El telón quedó velado por una nube espesa que, al despejarse, dio paso a un resplandor tan vivo que cegaba al público, obligándole a llevarse las manos a los ojos.

Hielo. Sólo hielo… Grandes glaciares que despedían destellos…

Allá, en la cumbre del inmenso pináculo, podía verse una pequeña, insignificante, forma humana. No encarada a la audiencia, sino al intenso brillo que representaba la salida del sol…

La ridícula y minúscula figura del hombre…

El resplandor aumentó aún más, hasta alcanzar la blancura de la luz provocada por el magnesio. Todas las manos se dirigieron a los ojos, para protegerlos. Se oyó un generalizado gemido de dolor.

«El cristal» siguió sonando, alto y firme, hasta que, interrumpiéndose, se quebró literalmente en mil fragmentos.

Cayó el telón y se encendieron las luces de la sala.

Sebastián Levinne, con rostro impasible, recibió diversas felicitaciones e indirectas que pretendían ser hirientes.

—Bueno, pues esta vez se ha salido usted con la suya, Levinne. Nada de medias tintas, ¿eh?

—Realmente bueno, amigo. Aunque quisiera haber entendido algo.

—¡Ese gigante! Es la realidad: vivimos una era mecanicista.

—¡Oh, señor Levinne, es algo demasiado aterrador para ser descrito con palabras! ¡Soñaré con ese inmenso gigante de acero!

—La máquina como el gran gigante devorador, ¿no? Su

espectáculo no se aleja mucho de la realidad, Levinne. Hemos de regresar a la Naturaleza. ¿Quién es ese Groen? ¿Algún ruso?

—Eso: ¿Quién es Groen? Sin duda un genio. Al fin los bolcheviques pueden decir que han dado un verdadero compositor.

—Lástima que te hayas pasado a los bolches, Levinne. El hombre colectivo, música colectiva, también.

—Bueno, Levinne, que haya suerte. No puedo decir que me guste el estrépito disonante que hoy llaman música, pero hay que reconocer los méritos del espectáculo.

Casi al final se llegó hasta él un hombrecillo algo encorvado. Tenía un hombro más alto que el otro. Habló con voz muy clara.

—¿Me invitas a un trago, Sebastián?

Levinne asintió con la cabeza. Su interlocutor era Cari Bowerman, el más distinguido de los críticos musicales de Inglaterra. Ambos se dirigieron al despacho de Levinne.

Tomaron asiento en dos sillones amplios después de que Levinne pusiera en manos de su visitante un *whisky* con soda. Como éste nada dijera, el anfitrión le miró con ojos inquisitivos. Estaba ansioso por escuchar su veredicto.

—¿No me dices nada?

Bowerman no respondió y se hizo el silencio durante uno o dos minutos. Al fin habló lentamente.

—Soy viejo. Hay cosas que aún me producen placer… y otras, como la música de hoy en día, que no me lo dan. Sin embargo, puedo saber cuándo estoy ante un genio. Hay miles de charlatanes que se limitan a aplaudir la quiebra de toda tradición, pensando que al obrar así realizan alguna hazaña portentosa. Y hay unos pocos, poquísimos creadores que pisan la ruta del futuro y lo hacen con paso firme y audaz…

Hizo una pausa antes de proseguir.

—Sí: reconozco al genio cuando lo tengo enfrente. Puede no gustarme; pero lo reconozco. Groen, sea quien fuere, lo posee… «La música del mañana…».

Otra pausa. Levinne continuó mudo, esperando.

—Ignoro si tu aventura triunfará o no. Pienso más bien que ha de triunfar; pero el hecho podría deberse a tu personalidad, no al talento del compositor. Posees el arte de doblegar al público, haciéndole aceptar lo que tú quieres. Tienes el sentido del éxito.

Has rodeado de misterio a la figura de Groen… Supongo que tal estrategia formará parte de otra más general, centrada en la Prensa.

Miró atentamente a Sebastián.

—No me inmiscuiré en tus planes; pero dime una cosa: Groen es inglés, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo te enteraste, Bowerman?

La nacionalidad del autor es inconfundible cuando de música se trata. Ha estudiado la escuela revolucionaria rusa. Pero, como he dicho, la nacionalidad de un compositor no se puede ocultar. Siempre hay quienes le preceden en el tiempo. Me refiero a los que han intentado llevar a efecto antes lo que él termina por alumbrar. No es cierto que Inglaterra carezca de una escuela que sirva de antecedente a lo que se acaba de oír. Ahí están Holst, Vaughan Williams y Arnold Bax. Entretanto, en todo el mundo los compositores se han esforzado últimamente en lograr el último ideal: la música absoluta. Pero en lo que se refiere a Groen, pienso que no es sino el sucesor directo de aquel muchacho muerto en la guerra… ¿Cómo se llamaba? Deyre… Sí, Vernon Deyre. Fue una promesa.

Suspiró.

—Me pregunto, Levinne, lo que nos costó la guerra en materia de promesas.

—Es difícil de calcular.

—Sólo pensar en ello me resulta intolerable —concluyó, poniéndose de pie—. Pero no debo retenerte. Debes tener mucho trabajo.

Una desvaída sonrisa cruzó su rosto.

—¡*El Gigante*! Tú y Groen os divertiréis mucho, sin duda. Todo el mundo parece dar por sentado que el gigante es el Moloch de la máquina. Parecen no advertir que el verdadero gigante es aquel pigmeo encaramado en la cúspide de la pirámide: el simple ser humano, el individuo que atraviesa el mar de acero y de piedra y que, a través de sucesivas civilizaciones que surgen y se desploman, se abre paso como puede en medio de otra edad glacial para alcanzar un nuevo estado que ni siquiera podemos imaginar por ahora…

Su sonrisa se hizo más amplia.

—A medida que me voy haciendo viejo, se afianza más en mí la

convicción de que nada es tan patético, ridículo, absurdo y cabalmente maravilloso como el hombre…

Permaneció junto a la puerta del despacho con la mano en el picaporte.

—Cabe preguntarse —dijo— con qué elementos se ha hecho algo como *El Gigante*. ¿Qué es lo que lo ha producido? ¿De qué se alimenta? El código genético da forma al instrumento… el medio ambiente lo pule y le otorga presencia… el sexo lo despierta. Sin embargo, no termina ahí la aportación al todo. No olvidemos la fuente de su energía:

Rataplán, rataplán.
Huelo la sangre del hombre mortal,
vivo o muerto.
Moleré sus huesos y haré mi pan.

—El genio es un gigante cruel, Levinne —prosiguió el viejo—. Un monstruo que se alimenta de sangre y carne humana. No conozco a Groen ni sé nada de él; pero creo que para animar a su gigante ha tenido que ofrecerle su carne y sus huesos. Hasta es posible que éstos fuesen insuficientes y haya tenido que echar mano a la carne y los huesos de los demás… De harina ósea está hecho el pan del gigante.

»Como buen viejo —continuó— tengo mis manías. Hemos visto esta noche el fin. Ahora quisiera conocer el principio.

—Ya lo has nombrado: herencia, medio ambiente, sexo… —dijo Levinne lentamente.

—Eso es, ¿no? Pues te diré que, en mi opinión, sabes más, aunque no abrigo esperanzas de que confíes en mí.

—¿Quieres decir que sé cosas que no quiero contarte?

—Exactamente.

Se produjo un silencio.

—Sí —admitió finalmente el judío—. Has acertado. Y te contaría la historia entera si pudiese. Pero no puedo. Hay razones…

—Una lástima, realmente. Me habría interesado.

—Aunque me pregunto si…

LIBRO PRIMERO

ABBOTS PUISSANTS

CAPÍTULO PRIMERO

Sólo existían tres personas realmente valiosas en el mundo de Vernon: su niñera, Dios y el señor Green.

Por supuesto, las criadas abundaban en su casa y una de ellas servía de asistenta a la niñera. De momento, ésta se llamaba Winnie. Las de antes habían sido Jane, Annie, Sara, Gladys… No recordaba más nombres; pero los había. El desfile rápido y breve se debía a que las chicas puestas a las órdenes de su niñera nunca permanecían mucho tiempo en el puesto. No llegaban a entenderse con ella. Por lo mismo, contaban poco en la vida de Vernon.

Existía también una especie de divinidad gemela llamada «papá-mamá», mencionada por Vernon en sus plegarias y que tenía asimismo que ver con la presencia del niño en la mesa a la hora de la cena. Eran personajes poco tangibles, aunque encantadores y maravillosos. Especialmente mamá. No obstante, no pertenecían al mundo real, es decir, al de Vernon.

Lo que poblaba su mundo real sí que era positivo y cierto. La alfombra del cuarto de juguetes, por ejemplo. Era a rayas verdes y blancas. Su superficie era rugosa y le raspaba las rodillas si se arrastraba por ella. En una esquina tenía un agujero que de vez en cuando Vernon se ocupaba de ampliar introduciendo en él, cuando nadie podía verle, un dedo que movía allí dentro con insistencia.

También eran reales los lirios color malva que, desde el piso, llegaban casi hasta el techo y se multiplicaban a cada lado simétricamente, según un trazado que a veces se le antojaba un diamante, aunque, si se le consideraba con suficiente atención durante un buen rato, podía parecer también una cruz. Aquello interesaba mucho a Vernon. Lo consideraba algo rayano con la magia.

Junto a una de las paredes había un caballo de madera que se balanceaba; pero pocas veces se servía de él. También había maletas

de paja entretejida con las que solía jugar. Y en un armario bajo se acumulaban los viejos juguetes que le dieran cuando era muy pequeño. Algunos, muy pocos, aún estaban enteros. En el estante superior se guardaban los más deliciosos objetos con los que era posible entretenerse los días de lluvia, o aquellos en que su niñera estaba por casualidad de buen humor. La caja de pinturas estaba metida allí y también los pinceles de auténtico pelo de camello, además de un montón de papeles de colores para recortar. El armario era, en suma, el receptáculo de todo cuanto la niñera consideraba «un montón de tonterías inservibles», de las que en general no quería ni oír hablar. Dicho con otras palabras, lo mejor del mundo.

En medio del universo tangible, como un sol en torno al cual girara todo, estaba la niñera en persona, figura principal de la trinidad de Vernon. Alta, corpulenta, muy almidonada, de paso sonoro. Omnisciente y omnipresente. Omnipotente, también. Era imposible ganarle: sabía mucho más que un niño. Detalle que, por cierto, no dejaba de recordarle de vez en cuando. Su vida entera había transcurrido cuidando niños (y también, ocasionalmente, niñas; pero a Vernon no le interesaban las niñas), y ni uno solo de ellos dejó de ser, ya de mayor, persona importante. Así lo afirmaba ella y Vernon no dudaba de su palabra. Se limitaba a esperar que los años le permitiesen hacer honor a su niñera, y agregar un nuevo personaje a su lista. Aunque eso, a veces, no pareciese muy probable.

Había algo que inspiraba respeto en ella; pero no un respeto fundado en el temor. Por el contrario, junto a ella, Vernon se sentía protegido y al margen de la duda. Tenía respuestas claras, sensatas y convincentes para cualquier duda o vacilación que pudiera presentarse. Por ejemplo, cierta vez le planteó el enigma de los diamantes que, bien mirados, podían considerarse cruces.

—Bueno —respondió ella—, hay dos modos de mirar cualquier cosa. El papel que cubre los muros y cuanto hay en la tierra. Has de haber oído hablar de eso.

Sí; había oído hablar de eso. A ella, precisamente, cuando había explicado aquella doble posibilidad a Winnie. De inmediato le invadieron la tranquilidad y la satisfacción. En el caso a que se alude, se había extendido con bastante amplitud sobre los dos

aspectos de las cosas y también de los problemas. En el futuro, Vernon siempre consideraría cada dilema que se le plantease en la vida como algo similar a la letra A, por uno de cuyos lados trepaban cruces, mientras que por el otro descendían diamantes.

En segundo lugar venía Dios. Era alguien muy real para Vernon porque tenía un papel básico en la conversación de su niñera. Ella sabía muchísimas cosas; pero Dios las sabía absolutamente todas. Por otra parte, era más exigente y también disponía dé mayores medios para saber todo sobre tu vida. No podías verle, circunstancia que le daba ventajas no siempre justas, puesto que él podía verte a ti por mucho que te escondieras. Hasta en la oscuridad más completa le resultaba tan claro como a plena luz del día. A veces, cuando era de noche y Vernon estaba en la cama, la idea de que Dios le miraba solía provocarle escalofríos.

De todos modos Dios apenas era real, comparado con su niñera. Se podía olvidarle cuando convenía. Siempre, claro está, que a su niñera no se le ocurriera traerle a colación al conversar.

Cierta vez Vernon intentó rebelarse.

—¿Sabes lo que haré cuando muera?

La mujer, que hacía calceta en aquel momento, le contempló fugazmente.

—Uno, dos, tres, cuatro… Me has hecho equivocar los puntos. Bueno, no, niño. No sé lo que harás.

—Pues iré al cielo, sí, al cielo, y allí me dirigiré en seguida a Dios. Cuando esté ante Él le diré: «Eres un hombre horrible y te odio».

Silencio. Ya estaba dicho. ¡Increíble, audacia nunca vista! ¿Qué sucedería ahora? ¿Qué espantoso castigo, celestial o terreno, caería sobre él? Esperó, reteniendo el aliento.

Ella ya había cogido el punto. Miró a Vernon por encima de sus gafas. Aparentemente estaba muy tranquila. No frunció el ceño.

—No me parece muy probable —sentenció al fin— que el todopoderoso tome para nada en cuenta lo que le dice un crío mal educado. Winnie, hazme el favor de alcanzarme esas tijeras.

Vernon tuvo que darse por vencido. Más aún, por aniquilado. Era inútil tratar de vencerla. Ya debía saberlo.

2

En tercer lugar estaba el señor Green que, en cierto modo, tenía un parecido con Dios: no se le podía ver. Sin embargo, para Vernon era muy real. Conocía, por ejemplo, la apariencia que tenía. Estatura mediana, más bien grueso y algo parecido al verdulero de la aldea, aquel que cantaba en el coro de la iglesia desplegando tonos algo inciertos y lucía mejillas muy rojas atravesadas a cada lado por unas patillas parecidas a chuletas de cordero. Tenía ojos muy azules y brillantes.

Lo estupendo del señor Green era que le encantaban los juegos. Cualquiera que fuera el que le viniese en gana a Vernon. Todos eran buenos para él. Y eso no era todo. Tenía cien hijos. Y luego tres más. El centenar, a ojos de Vernon, era un alegre pelotón que corría, muy compacto, tras él y el señor Green por el sendero bordeado de tejos. En cambio, los otros tres eran distintos. Llevaban los tres nombres más hermosos que conocía Vernon: Perro, Ardilla y Árbol.

Vernon era tal vez un pequeño niño solitario; pero nunca se enteró de ello porque, saben ustedes, tenía al señor Green y a Perro, Ardilla y Árbol como compañeros de juego.

3

Durante mucho tiempo Vernon ignoró dónde vivía el señor Green, hasta que un día, de repente, se le ocurrió que, como era natural, vivía en el bosque. El bosque siempre le había fascinado. Corría junto a uno de los lados del parque y le separaba de él una valla a lo largo de la cual Vernon acostumbraba a correr con la esperanza de hallar una abertura que le permitiese atravesarla. Al hacerlo oía los susurros, suspiros y rumores que escapaban de la espesura, como si los árboles conversaran entre ellos. En medio de la empalizada se veía una puerta; pero para su mal, siempre estaba bien cerrada. Vernon nunca pudo saber qué se sentía al hallarse uno dentro del bosque.

Su niñera, naturalmente, jamás accedió a llevarle por allí. Como todas las niñeras del mundo, prefería un buen trote a paso firme por el sendero. Nada de ensuciar los zapatos en el piso cubierto de hojas húmedas y sucias. A Vernon nunca le permitió entrar en el bosque, lo cual le hacía pensar más y más en él. Ya tomaría, sin embargo, el té alguna vez en casa del señor Green. Perro, Ardilla y Árbol estrenarían trajes nuevos en aquella ocasión.

4

El cuarto de los juguetes fue perdiendo interés para Vernon. Era demasiado pequeño. Ya sabía todo cuanto podía ocurrir en él; todo lo que encerraba. En cambio, el jardín sí que era bueno. Apasionante. Abundaban por allí los lugares secretos y sus senderos flanqueados de tejos cuidadosamente recortados llevaban a lugares donde abundaban los pájaros exóticos de plumaje multicolor y a un gran estanque donde nadaban rechonchos peces dorados. También había en el gran jardín una zona amurallada, dentro de la cual crecían diferentes árboles frutales, y otra que imitaba un paisaje natural, rico en almendros que lucían sus galas en primavera, rocas, hayas corpulentas e infinidad de florecillas silvestres. Más allá aún se levantaban las ruinas de la antigua abadía. Aquél era el paraje donde Vernon soñaba ser libre de hacer lo que le viniera en gana. Llegaría la hora en que escalaría por los restos de paredes y se dedicaría a explorar el lugar. De momento, sin embargo, era vano esperar que el permiso le fuera otorgado.

En el resto del jardín se podía hacer de todo un poco. Vernon solía quedar bajo la vigilancia de Winnie, lo cual podía parecer a primera vista un estorbo; pero como siempre se daba la coincidencia de que encontraban al segundo jardinero, Vernon podía jugar a su aire, sin que la criada reparase demasiado en él.

5

Poco a poco el mundo de Vernon se fue ampliando. El dúo papá-mamá dejó de ser algo indivisible, pasando a constituir una pareja formada por dos seres distintos. Papá siguió siendo algo remoto y nebuloso; pero mamá adquirió gradualmente un protagonismo considerable. A menudo se presentaba en el cuarto de los juguetes diciendo que iba a jugar «con su querido hijito». Vernon la acogía con grave cortesía, aunque la visita interrumpiese a veces algún juego al que estaba dedicado y significase abocarse a otro muy diferente y a menudo menos divertido. No era raro que alguna señora amiga acompañase a su madre y, en tal caso, lo frecuente era que le apretujasen, cosa que él odiaba.

—¡Qué maravilloso es ser madre! —decían algunas—. Nunca me canso de decirlo. Tener a un niñito tan mono como éste para una sola…

A Vernon le molestaban mucho aquellas extraversiones. Muy colorado, se deshacía de los abrazos de aquellas hembras posesivas desplegando todas sus fuerzas. Por lo demás, ya no era un bebé. Tenía tres años.

Un día, cuando acababa de librarse de una de ellas, vio a su padre que, de pie ante la puerta del cuarto de juguetes, le contemplaba con expresión burlona. Los ojos de ambos se encontraron y algo pareció unirles; cierta comprensión, tal vez una afinidad.

Las amigas de su madre seguían hablando.

—¡Qué lástima, Myra, que no se parezca mucho a ti! Tu pelo hubiese resultado encantador en el pequeño.

Vernon no estaba de acuerdo. En un súbito arranque de orgullo se dijo que se parecía a su padre.

6

Vernon recordaría siempre aquel día en que la señora norteamericana vino a comer. La visita fue precedida de una breve lección sobre América a cargo de su niñera. Muy interesante, por cierto. Más tarde descubriría que la mujer había confundido América con Australia. Pero cuando se dio cuenta, ya no podía

aguarle la fiesta.

Le hicieron bajar a los postres y no hubiese podido decir que se sentía a sus anchas. La americana era una mujer de aspecto singular y utilizaba palabras muy raras para referirse a las cosas más triviales del mundo.

—¡Qué rico es! Mira, encanto, tengo unos chupetines en el bolso. Son para ti. Venga, ¿a que no te animas a agarrarlos?

Vernon acudió de inmediato, cogiendo presurosamente el regalo. La señora no sabía de lo que estaba hablando. No eran chupetines o lo que fuese, sino caramelos.

Estaban asimismo presentes dos caballeros, uno de los cuales era el marido de la señora norteamericana.

—A ver si distingues media corona, hijo, cuando la tienes delante.

Y resultó que la moneda era un regalo. En resumidas cuentas, fue un día estupendo.

Vernon nunca se había detenido a pensar mucho en su casa. Sabía, sí, que era más amplia que la vicaria, donde a veces iba a tomar el té; pero no podía hacer comparaciones con otras casas porque rara vez jugaba con otros niños y nunca había ido a casa de ninguno. Aquel día descubrió las proporciones de su hogar con cierta sorpresa, pues sus padres se lo enseñaron en detalle a sus visitantes. La señora norteamericana no dejaba de lanzar exclamaciones de sorpresa.

—¡Vaya! ¡Pero si esto es fantástico! ¿Has visto en tu vida algo parecido? —preguntaba a su esposo—. ¿Dice usted que tiene quinientos años? ¿Has oído, Frank? Ven, presta atención. ¡Enrique VIII! ¡Esto es como la historia viviente de Inglaterra! ¿Y dice usted que la abadía es aún más antigua?

Recorrieron gran parte de la casa y caminaron por la larga galería de retratos, desde cuyos muros, rostros extrañamente parecidos al de Vernon miraban a los extraños con ojos muy oscuros. Algunos parecían salirse de las telas; otros se limitaban a considerarles con distante arrogancia o con gesto benevolente pero frío. Las mujeres parecían más accesibles. Casi todas daban la impresión de ser pequeñas. Llevaban gorgueras y se veían perlas entre sus cabellos. Las mujeres en la familia de los Deyre se educaban en la mansedumbre y la docilidad para ser casadas a

intrépidos señores que desconocían a un tiempo el miedo y la misericordia. Todas ellas parecían examinar con cuidado a Myra, última (hasta ahora) señora de la casa, mientras ésta desfilaba junio a los cuadros.

De la galería pasaron al salón cuadrado y de allí a la cámara del prelado.

Poco después la niñera se llevó al pequeño, dejándole por un rato junto al estanque, donde Vernon se dedicó a dar migajas a los peces dorados. Sin percibirle, los visitantes se llegaron cerca de él. Su padre había entrado en la casa en busca de las llaves de la abadía y estaban, o se creían, solos.

—Oye, Frank —dijo la señora norteamericana—. ¿No es fabuloso todo esto? ¡Tantos años pasando la propiedad de padres a hijos! Lo encuentro todo tan romántico… La vieja Inglaterra, con sus tradiciones… ¿Cómo harán para conservarlas tan vivas? Todo es sencillamente fabuloso.

Entonces el otro visitante habló. Hasta entonces había demostrado ser poco conversador. Vernon no le había oído pronunciar palabra. Pero ahora pronunció una. Una sola; pero tan encantadora y misteriosa que Vernon nunca la olvidó.

—Relumbrón.

Vernon iba a salir de su involuntario escondite para preguntarle el significado de aquella maravillosa palabra; pero algo se lo impidió.

Su madre salió de la casa. Detrás de ella el sol se estaba poniendo entre una profusión de tonos dorados y rojos y su figura se recortaba contra los colores encendidos. A Vernon le parecía verla por primera vez: era una magnífica mujer, con tez muy blanca y pelo rubio cobrizo. Parecía salida de uno de sus libros de cuentos. Vernon la vio como algo maravilloso.

Nunca olvidaría aquel episodio extraño. Al verla, algo dentro de él le causó un ligero dolor… No, no era dolor. No lo sabía. La cabeza comenzó a latirle. Sentía dentro de ella como el ruido de un apagado trueno que luego fue cambiando hasta quedar en un sonido alto y dulce, parecido al canto de un pájaro. Fue un momento prodigioso.

Y mezclándose con él le volvía aquel mágico término: «relumbrón».

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Winnie, la asistenta, se marchaba. Todo sucedió con gran rapidez. Abundaban los murmullos entre la servidumbre y Winnie lloraba y lloraba. La niñera le echó lo que ella llamaba una reprimenda, tras lo cual los llantos de la chica redoblaron. La niñera presentaba un aspecto temible. Parecía más grande que nunca y sus movimientos resultaban especialmente ruidosos. Su bata almidonada crujía a cada gesto de sus brazos. Vernon pudo comprender que la partida de Winnie tenía que ver con su padre, pero el hecho no le provocaba especial curiosidad ni le interesaba mucho. Ya otras veces las doncellas se habían marchado a causa de su padre.

Su madre se había encerrado en su habitación. Ella también lloraba. Vernon la oía porque sus gemidos traspasaban la puerta. No le mandó buscar y él no quiso presentarse por su cuenta. En verdad, el pequeño sentía algo parecido al alivio al sentirse lejos de su madre. Detestaba los llantos, los lamentos, el sonar de narices. Y si hubiese estado junto a su madre, ella le habría estrujado y todos aquellos sonidos le hubieran llegado como truenos. Nada le gustaba menos que oír ruidos equívocos y desagradables. Le provocaban un verdadero malestar físico. La lógica de los sonidos era siempre justa en el señor Green. Por eso su amigo le parecía tan magnífico. Nunca emitía ruidos equivocados.

Winnie estaba haciendo sus maletas y la niñera la acompañaba. El aspecto de esta última era ahora menos importante. Parecía casi humana.

—Bueno, que esto sea una lección para ti, muchacha. Muéstrate prevenida en tu próximo empleo. Nada de dejarte llevar así como

así.

Winnie murmuró algo sobre su inocencia. Parecía decir que no había causado daño alguno.

—Imposible que lo causaras, mujer. Para eso estoy yo. Creo que gran parte de la culpa se debe al hecho de ser pelirroja. Las chicas pelirrojas siempre son coquetas. Ya lo decía mi madre. Yo no digo que seas mala, entiéndeme bien, pero lo que has hecho es incorrecto. Incorrecto. Es todo cuanto cabe decir.

—¿Qué quiere decir incorrecto? —preguntó Vernon algo más tarde.

Su niñera tenía en la boca un montón de alfileres, porque estaba cortando un traje de lino.

—Inadecuado.

—¿Y qué quiere decir inadecuado?

—Los niños pequeños suelen hacer preguntas tontas —repuso la mujer con la destreza que sólo otorga una larga carrera profesional.

2

Aquella tarde el padre de Vernon penetró en el cuarto de juguetes. Tenía un aspecto extraño y su mirada era furtiva. En conjunto daba la impresión de no ser feliz; pero eso no le privaba de mostrarse desafiante. De todos modos se paró momentáneamente ante la intensa mirada de los redondeados ojos de Vernon.

—Hola, chico.

—Hola, padre.

—Me voy a Londres. Adiós, amigo.

—¿Te vas a Londres porque has besado a Winnie?

El tono de Vernon mostraba interés.

Su padre dejó escapar una de esas palabras que Vernon sabía ya que no debía escuchar y menos aún repetir. Palabras que los caballeros suelen emplear, pero que los niños no deben utilizar. Por ello, las pocas que conocía le resultaban muy atractivas. Tanto que acostumbraba a decírselas mentalmente antes de dormir, junto con otro término igualmente pecaminoso: «corsé».

—¿Quién demonios te ha dicho eso?

El niño reflexionó un momento.

—Nadie.

—¿Cómo lo sabes, entonces?

—¿De modo que lo hiciste?

Su padre atravesó la habitación dando grandes zancadas, sin responder.

—Winnie me da besos algunas veces —dijo Vernon—. Pero a mí no me gusta que lo haga. Además, quiere que se los devuelva. A quien le gustan mucho sus besos es al segundo jardinero. Él también la besa a veces y parece gustarle. A mí todo eso me resulta tonto. ¿Tú crees que cuando sea grande me gustará besar a Winnie, papá?

—Sí —repuso su padre deliberadamente—. Creo que sí. Ya sabes que los hijos, al crecer, tienden a parecerse a sus padres.

—Yo quisiera ser como tú. Eres un jinete formidable, según afirma Sam. Dice que no tienes rival en el Condado y que eres el mejor juez en materia de hembras o de yeguas; no recuerdo bien.

Vernon había pronunciado sus últimas palabras con rapidez.

—Prefiero ser como tú y no como mamá. Dice Sam que cada vez que monta deja al caballo con el lomo dolorido.

Se hizo un silencio.

—Mamá está acostada. Dice que le duele mucho la cabeza.

—Lo sé.

—¿Te has despedido de ella?

—No.

—¿Lo harás? Date prisa, porque por allí viene el coche a buscarte.

—Pues entonces no me dará tiempo para despedidas.

Vernon asintió gravemente con la cabeza.

—Tienes razón. Tampoco a mí me gusta dar besos a personas que lloran. Y tampoco que mamá me dé demasiados besos. Me apretuja y me habla muy fuerte en el oído. Creo que me gusta más besar a Winnie. ¿Y a ti?

La rápida salida de su padre desconcertó un poco al niño. Un momento antes, la niñera había penetrado en la habitación. Al ver que el hombre se disponía a abandonarla, se hizo respetuosamente a un lado, para dejarle pasar. A Vernon le pareció que a su padre le había embarazado un poco aquella nueva presencia.

Katie, la otra criada, entró para disponer la mesa de té. Vernon

se puso a jugar con unos ladrillos de madera situados en un rincón del cuarto. De nuevo, la vieja y apacible atmósfera le invadió.

3

Se produjo una interrupción súbita al aparecer su madre en el umbral. Tenía los ojos inflamados y muy rojos, y se llevaba a ellos un pañuelo que estrujaba con las manos. Se detuvo junto a la puerta en actitud dramática.

—Se ha marchado —exclamó—. Se ha marchado sin decirme una palabra. ¡Oh, hijito mío! ¡Mi pequeño!

Atravesando impulsivamente la estancia cogió al niño y levantándole lo estrechó entre sus brazos. La torre que estaba construyendo Vernon —tan alta que tenía al menos una planta más que cualquiera de las anteriores— se derrumbó en pedazos. La voz de su madre, fuerte y lastimera, retumbó en sus oídos.

—¡Mi pequeño! Mi hijito, ¡júrame que nunca olvidarás a mamá! ¡Júramelo!

La niñera se acercó a ellos.

—Bueno, señora, bueno… Cálmese. Será mejor que vuelva usted a la cama. Diré a Edith que le lleve una taza de té caliente.

El tono de su voz era autoritario y hasta un poco severo.

Su madre lloraba aún y apretaba al pequeño contra sí. Todo el cuerpo de Vernon comenzó a tornarse rígido por la pasiva resistencia que oponía. Toleraría aquello un poco más, muy poco, y luego juraría a su madre lo que ella quisiera que jurase, a condición de que le dejase libre.

—Tú me compensas la pérdida y los sufrimientos que tu padre me ha causado. Dios mío, ¿qué haré?

De algún modo instintivo Vernon sabía que por allí andaba Katie. Silenciosa, gozaba extáticamente de la escena.

Se acercó, en efecto.

—Vamos, señora —insistió la niñera—. Alarmará usted al niño.

La autoridad de su voz creció tanto esta vez, que la madre de Vernon no pudo ya hacer frente a la súplica que era virtualmente un mandato y sucumbió. Apoyándose con languidez en el brazo de

su interlocutora, le permitió que la llevase a su dormitorio.

La niñera volvió al cabo de unos minutos. Su rostro estaba rojo.

—Caramba —dijo Katie—. ¡Vaya escena que ha hecho! Ataque de histerismo se llama eso. ¡Qué espectáculo!

Su tono cambió.

—No cree usted que tome alguna decisión fatal, ¿verdad? Esos estanques del jardín… Es que el señor, por su parte… Cierto que debe soportar cada cosa de ella que… Jaleos, peleas…

—Bueno, ya está bien, hija —dijo la niñera—. Será mejor que vuelvas a tu trabajo. Eso de que las criadas novatas traten estos temas con sus superiores es algo que no puede ocurrir en una casa de rango. No toleraré comentarios de esa clase. Tu madre debió educarte mejor.

Bajando la cabeza con sumisión, Katie se dirigió a la puerta. La niñera fingió encontrarse muy atareada con el servicio de té. Cambiaba tazas y platos de lugar, sin poder evitar que, al hacerlo, se notase en su rostro y en sus modales una rigidez que delataba su estado de ánimo. Sus labios, entretanto, murmuraban algo ininteligible.

—Qué ocurrencia… Hacer escenas sin pensar en el niño. No tengo paciencia para soportarlo…

CAPÍTULO TERCERO

1

Supliendo a Winnie entró a servir una nueva criada. Era chica delgada y muy blanca, cuyos ojos parecían salírsele de las órbitas. Se llamaba Isabel, pero le decían Susan porque era más «adecuado». El detalle intrigó mucho a Vernon, de modo que quiso saber el porqué del cambio, y a tales efectos interrogó a su niñera.

—Hay nombres que son propios de señores, niño Vernon, y otros que se prestan más para la servidumbre. No hay más que decir.

—Pero ¿por qué entonces se llama Isabel?

La mujer se impacientó.

—Hay personas que al bautizar a sus hijos tratan de imitar a las clases elevadas, copiando los nombres que suelen ser frecuentes en ellas.

Aquello de imitar distrajo la atención de Vernon. Era lo que solían hacer los monos en el parque zoológico. ¿Sería que algunas personas bautizaban a sus pequeños en los zoológicos y no en las iglesias?

—Yo creía que los bautizos se hacían en las iglesias.

—Así es, niño.

Curioso. ¿Por qué todo era tan extraño? ¿Por qué las cosas eran más complicadas de lo que parecían? ¿Por qué alguien afirmaba algo y luego otro te decía exactamente lo contrario?

—Dime, ¿de dónde vienen los bebés?

—Ya me has preguntado eso antes, niño Vernon. Los ángeles los traen por la noche, entrando en las casas por las ventanas.

—Esa señora am… am… amer…

—No tartamudees, niño.

—La señora americana que vino días atrás me dijo que se encontraban debajo de las matas de fresas.

—Así será en América —repuso su niñera con dignidad.

Vernon dejó escapar un suspiro de alivio. ¡Vaya, claro! Le invadió un sentimiento de gratitud hacia su niñera. En ella se podía confiar. Sabía. Gracias a ella, el contradictorio universo se tornaba coherente. No bromeaba, como su madre. Te informaba sobre las cuestiones importantes con toda seriedad y no se reía de ti a tus espaldas. Cierta vez había oído a su madre decir a unas amigas suyas:

—Me pregunta las cosas más inesperadas. Oíd esto, por ejemplo… ¿Verdad que los pequeños son adorables y graciosísimos?

Pero Vernon no se consideraba adorable ni gracioso. Sólo pretendía saber. Saber es algo necesario. Sin ello nunca se deja de ser pequeño. Y cuando se deja de serlo todo es más fácil, porque todo lo sabes y tus bolsillos están llenos de soberanos de oro.

2

El mundo siguió ampliándose.

Existían, por ejemplo, tíos y tías.

El tío Sidney era hermano de su madre. Bajo y fuerte, lucía un rostro más bien rojizo. Tenía por costumbre cantar por lo bajo y marcar el compás de la música haciendo sonar las monedas que llevaba en el bolsillo de su pantalón. Le gustaba bromear, pero Vernon no siempre consideraba que sus bromas fueran graciosas.

—Supón —decía el tío Sidney— que me pongo tu sombrero. ¿Qué aspecto te parece que tendría? ¿Eh? ¿Qué te parece?

Vaya preguntas que hacía la gente mayor… Curiosas y también difíciles de responder, puesto que una de las lecciones fundamentales de su niñera hacía hincapié en las ventajas de que los niños se abstuvieran de insinuar observaciones demasiado personales.

—Venga —insistía el tío Sidney—. Dime qué te parecería,

Y echando mano al sombrero de Vernon, lo colocaba sobre su cabeza, manteniéndolo en equilibrio.

—¿Qué parezco? Anda, dime. ¿Qué parezco?

Bueno, pensó Vernon, si era preciso responder, mejor sería no mentir.

—Pues pareces algo tonto.

—Tu pequeño carece de sentido del humor, Myra —dijo el tío Sidney a su hermana—. Por completo. Lástima.

La tía Nina, hermana de su padre, era completamente distinta.

Olía de maravilla, como un jardín en verano, y su voz encantaba a Vernon porque era suave y modulada. Pero eso no era todo: no te besaba cuando tú no querías que lo hiciera ni te gastaba bromas tontas. Era deplorable que fuese con tan poca frecuencia a Abbots Puissants.

Vernon pensaba que debía ser muy valiente, porque sabía lo que era La Bestia y cómo hacerle frente.

La Bestia vivía en el gran salón. Tenía cuatro patas y un cuerpo pardo y brillante. Poseía una hilera de algo que, cuando Vernon era muy pequeño, consideraba eran sus dientes. Dientes inmensos, amarillentos y refulgentes. Desde que podía recordar, Vernon se había sentido a la vez fascinado y aterrado por La Bestia. Si se la irritaba, emitía extraños sonidos: gruñía o aullaba con estridencia, al punto que llegar a causar verdadero dolor de oídos o, mejor, una sensación penosa en alguna parte muy íntima e indefinible del cuerpo, lo cual te daba escalofríos y náuseas, aparte de la sensación de ardor que sentías de inmediato en los ojos. Sin embargo, era tal la fascinación de La Bestia, que resultaba imposible huir de ella.

Cuando comenzaron a leerle historias de dragones, siempre pensó en éstos como seres parecidos a La Bestia; y algunos de los mejores juegos que practicaba con el señor Green consistían en matarla. Vernon hundía su espada en el cuerpo oscuro y refulgente de la fiera, mientras los cien hijos del señor Green voceaban su triunfo y cantaban detrás de él.

Ahora que ya era grande, sabía más del asunto, naturalmente. Sabía que el nombre de La Bestia era Piano de Cola; y que golpearle los dientes deliberadamente se llamaba «tocarelpiano». Las señoras solían hacerlo después de cenar, cuando había invitados. Sin embargo, su temor por el aparato no le pasó fácilmente. En el fondo seguía casi intacto y a menudo soñaba aún con La Bestia que le perseguía hasta el cuarto de juguetes. En tales ocasiones solía

despertar gritando de pánico.

En sus sueños, La Bestia vivía en el bosque y emitía sonidos siempre salvajes, demasiado espantosos para poder soportarlos.

A veces su madre jugaba al «tocarelpiano», juego que Vernon apenas soportaba, pues le hacía temer que sus vacilantes y dolorosos golpes despertaran a la fiera allí encerrada. Pero el día en que tocó la tía Nina, todo fue diferente.

Vernon se había dedicado a jugar en una esquina de la habitación. Llevaba a cabo uno de sus imaginarios juegos con el Perro, la Ardilla y el Árbol. Estaban en un *picnic*, comiendo langosta y dulces de chocolate.

La tía Nina ni siquiera se había apercibido de que el pequeño se encontraba en la habitación. Tomó asiento sobre la banqueta y tocó con cierto abandono.

Verdaderamente fascinado, Vernon fue olvidando su juego y acercándose más y más a su tía. Por fin ella le vio. El niño la miraba fijamente y grandes suspiros entrecortados escapaban de su pecho agitándole todo el cuerpo. La tía Nina se interrumpió.

—¿Te sucede algo, Vernon?

—Me duele, me duele aquí —repuso el pequeño.

Se oprimía el vientre con ambas manos.

En aquel momento, Myra penetró en la habitación riendo.

—¿Verdad que es raro? Este niño odia la música con todas sus fuerzas.

—¿Pues por qué no se marcha si la odia tanto?

—No puedo —dijo Vernon.

—¿Has visto alguna vez algo más ridículo? —preguntó Myra a Nina.

—Pues yo diría que esto es algo muy notable. Me interesa mucho.

—A la mayoría de los chicos les gusta aporrear el piano. Días pasados traté de enseñarle a tocar «palillos chinos», pero no le interesó en absoluto.

Nina seguía con la mirada puesta insistentemente en el pequeño.

—Es claro que me resulta inconcebible que a un hijo mío le disguste la música —continuó diciendo Myra con voz plañidera y algo agresiva—. Yo era capaz de tocar muchas piezas diferentes cuando sólo contaba ocho años.

Bueno… —dijo Nina con acento vago—, hay muchas maneras de entender la música.

Las palabras de Nina, pensó Myra, eran muy propias de los Deyre, tan pródigos en eso de hablar tontamente. O se es músico y se tocan diferentes piezas, o no se es. Con toda claridad, Vernon no lo era.

3

La madre de la niñera enfermó, hecho que vino a constituir una catástrofe sin precedentes en todo cuanto se relacionaba con el mundo de Vernon. Mientras, con la cara muy roja y expresión preocupada, hacía sus maletas asistida por Susan-Isabel, Vernon la contemplaba muy perturbado y lleno de comprensión, pero ante todo interesado. Por lo mismo no cesaba de hacer toda suerte de preguntas.

¿Es muy vieja tu madre? ¿Tiene cien años?

—Claro que no, niño. ¡Cien años! ¡Cien años! ¡Vaya!

—¿Crees que va a morir? —preguntó, tratando ardientemente de ser amable y condescendiente.

La madre de la cocinera se había puesto enferma y casi en seguida ya estaba muerta.

La niñera no le respondió.

—La bolsa de los zapatos, Susan —dijo dirigiéndose a la criada —. Está en el último cajón de la cómoda. Hala, date prisa, hija.

—Oye, ¿tu madre…?

—No tengo tiempo de contestar a tus preguntas, Vernon.

El niño tomó asiento en un extremo del sillón tapizado de chintz y se puso a reflexionar. Su niñera le había afirmado que aquella señora no tenía cien años; pero sin duda debía ser muy vieja, porque la niñera parecía tener muchísimos años. Pensar que había un ser de edad y sabiduría superior a su niñera resultaba positivamente inconcebible. De algún extraño modo, aquel razonamiento redujo a su niñera, colocándola a la altura de un ser humano normal. Ya no era alguien que venía inmediatamente después de Dios en la escala de la sabiduría.

El universo cambiaba y era preciso reajustar valores. Su niñera, Dios y el señor Green se fueron haciendo más vagos y borrosos. Su madre, su padre y hasta la tía Nina comenzaron a cobrar creciente importancia. Su madre sobre todo, ya que su aspecto recordaba al de las princesas de los cuentos, con sus largos cabellos dorados. Se sentía capaz de enfrentarse a un dragón para defenderla, aunque éste se pareciese a La Bestia.

¿Qué palabra era aquélla, mágica y misteriosa? Relumbrón. Eso era: relumbrón. ¡Qué término encantador, «la princesa Relumbrón»! Sí que sonaba. Repetía y repetía aquellas palabras por la noche, antes de dormirse, junto con «maldito sea» y «corsé».

Pero nunca, nunca, su madre debía enterarse de que él las conocía. Sabía demasiado bien que, si las pronunciaba en su presencia, ella soltaría la carcajada. Siempre lo hacía; y la suya era de esas carcajadas que te provocan como un estremecimiento interior y el deseo de huir de la presencia de quien las suelta. Haría asimismo sus típicos comentarios, que tanto desagradaban al niño. Cosas como: «¿No son graciosísimos los críos?».

Vernon no se consideraba gracioso. Más aún: no le atraían las gracias. El tío Sidney ya lo había advertido. Si tan sólo su madre quisiera…

Sentado sobre el sofá, frunció el ceño, intrigado. Percibiría de pronto, de manera un poco confusa, dos madres. Una era la princesa, la encantadora mamá con la que soñaba, unida en su mente a los crepúsculos cálidos, a la magia y a la lucha con los dragones. La otra reía con gesto poco agradable, exclamando: «¿No son graciosísimos los críos?». Las dos no formaban una sola persona.

Se movió con desasosiego, suspirando. Su niñera, acalorada tras el esfuerzo de inclinarse, ponerse de pie, andar esforzarse por cerrar su equipaje, se volvió de pronto hacia él en actitud bondadosa.

—¿Qué le sucede a mi niño?

—Nada.

Era mejor responder así. Si callas lo que piensas, nadie sabrá lo que te preocupa.

Bajo el reinado de Susan-Isabel, las habitaciones de Vernon cambiaron de régimen. Ahora podía hacer travesuras, las hacía con mucha frecuencia. Susan le decía que no hiciera algo; pero si lo hacía, era igual. Ella rezongaba:

—Se lo contaré a tu madre.

Pero nunca le contaba nada.

Al principio gozó de la posición y autoridad de la niñera. De hecho, de no ser por Vernon, sus privilegios podrían haber durado.

A veces intercambiaba impresiones con Katie, otra de las criadas.

—No sé lo que le sucede a veces. De pronto parece un verdadero demonio. Se mostraba, sin embargo, muy sumiso bien educado con la señora Pascal.

A lo que Katie contestaba:

—Es que esa mujer es única. ¿No te perseguía constantemente?

Luego murmuraban, dejando escapar risas que sofocaban a medias.

—¿Quién es la señora Pascal? —preguntó un día el pequeño.

—Pero, niño, ¿aún no conoces el nombre de tu niñera?

De modo que su niñera se llamaba señora Pascal. Se llevó una gran sorpresa. Era como si de pronto le dijeran que el verdadero nombre de Dios era Robinson.

Cuanto más pensaba en todo ello, más extraordinario le resultaba. Pero ahora veía un poco más claro; su niñera era la señora Pascal, como su madre era la señora Deyre y su padre el señor Deyre. Pero Vernon nunca pensó que existiese el señor Pascal. El nombre de su niñera no provenía de ningún vínculo con otra persona. Si se le llamaba señora, el hecho nada tenía que ver con el estado civil, sino con el respeto y reverencia que merecía. Era como el caso del señor Green. Su niñera y el señor Green pertenecían al mismo reino magnífico. Aunque este último tuviese cien hijos (además de Perro, Ardilla y Árbol) a nadie se le ocurriría que para ello fuera necesario que existiese una señora Green.

Los pensamientos de la inquisitiva mente de Vernon se dirigieron hacia otro lado.

—¿Te gusta que te llamen Susan? ¿No preferirías que te llamasen Isabel?

Susan-Isabel esbozó su acostumbrada risilla.

—No importa lo que yo pueda preferir, niño.

—¿Por qué?

—Las personas, en este mundo, han de hacer lo que se les dice.

Vernon permaneció en silencio. Aquélla había sido su opinión hasta días antes. Ahora comenzaba a sospechar que era errónea. No; no era preciso hacer lo que a uno se le ordena. Por lo menos no en todos los casos. Era algo que dependía de la persona que daba la orden.

No se trataba de castigos. Muy a menudo tenía que estarse quieto, sentado en una silla, por orden de Susan; y no era raro que ella le dejase sin caramelos. Su niñera, en cambio le castigaba muy raras veces. Le bastaba con mirarle con gesto severo a través de sus gafas, asumiendo cierta expresión. Como resultado, pensar en otra cosa que no fuera en la capitulación sin condiciones hubiese sido ridículo.

La autoridad de Susan era muy diferente. Podía decirse que no tenía autoridad por sí misma. Esto lo advirtió pronto Vernon y fue causa de que descubriera las delicias de la desobediencia impune. Hasta llegaba a atormentarla, y cuanto más inquieta e infeliz lograba hacerla, más se divertía. Se encontraba, como era propio a sus años, en la Edad de Piedra y saboreaba a sus anchas el placer de la crueldad.

Susan inició el hábito de dejar que Vernon saliese solo a jugar al jardín. Como no tema atractivos, las vueltas por el jardín no implicaba para ella lo que para Winnie. Por otra parte. ¿Qué podría suceder de malo al pequeño?

—No te acercarás a los estanques, ¿verdad, niño?

—No —respondía Vernon, planeando de inmediato hacerlo.

—¿Jugarás con el aro y el palo, como un niñito muy bueno?

—Sí.

Y así en el cuarto de juguetes reinaba la paz. Susan dejaba escapar un suspiro de alivio. Tomando un asiento cómodo echaba mano a uno de los cajones de un mueble y extraía de él un libro barato, forrado con papel, que llevaba por título «El duque y la lecherita».

Cierto día, Vernon, haciendo girar su aro, recorrió el muro que aislaba el jardín de los árboles frutales. Escapando a su control, el aro saltó por encima de una pequeña elevación y fue a dar a un

trozo de jardín que en aquellos momentos recibía la meticulosa atención de Hopkins, el jardinero principal. El hombre, con firmeza y autoridad, solicito al niño que se marchase de allí y éste obedeció. Respetaba a Hopkins.

Abandonando el aro, trepo a un árbol y luego a otro. Llegó a alcanzar una altura de unos dos metros, tomando para ello toda clase de precauciones, y vio de pronto un lugar en el que podía sentarse a caballo sobre una rama. En tal posición se puso a reflexionar sobre qué podría hacer a continuación.

En resumidas cuentas, lo mejor sería ir a los estanques. Por algo le prohibía Susan acercarse a ellos. Sí: iría a los estanques. Pero cuando se disponía a bajar del árbol extendió la mirada para encontrarse con un espectáculo desusado.

¡La puerta que daba al bosque estaba abierta!

4

Algo así no sucedía desde que Vernon tenía recuerdos, Muchas veces ya había tratado de abrirla, encontrándola siempre cerrada con llave.

Se llegó hasta ella cautelosamente. ¡El bosque! Comenzaba a unos pasos de la valla. Bastaba darlos para internarse directamente en sus frescas y verdes profundidades. El corazón de Vernon latió con fuerza.

Siempre había alimentado el anhelo de penetrar en el bosque y hete aquí que la ocasión se le presentaba inesperadamente. Sería ahora o nunca, porque una vez que volviese su niñera, poner los pies allí sería ya imposible.

Sin embargo, vacilaba. No era que le acuciase sentimiento alguno de culpa o desobediencia. Estrictamente hablando, nunca se le había prohibido que penetrase en el bosque. Su infantil astucia sabría sacar partido de la omisión.

No; eso no era lo que le hacía vacilar, sino otro orden de consideraciones que giraban en torno al miedo a lo desconocido. Aquellas profundidades sombrías… Temores ancestrales parecían decirle que no entrara.

Deseaba hacerlo y también deseaba quedarse allí afuera. Acaso existieran en el bosque… cosas. Cosas como La Bestia; cosas que te persiguen y te obligan a salir corriendo y gritando.

Dejaba descansar alternativamente el cuerpo sobre una pierna y sobre la otra.

Las cosas no persiguen a nadie a plena luz del día. Por otra parte, el señor Green vivía en el bosque. Cierto que el señor Green ya no era la persona real que en otros tiempos fuera; pero sería divertido penetrar allí e imaginarse que encontraba su casa y le visitaba. También Perro, Ardilla y Árbol tendrían una casa que la fantasía de Vernon les proporcionaría. El pequeño ya las imaginaba: pequeñas y cubiertas de enredaderas.

—Vamos, Perro —dijo Vernon a un compañero invisible—. ¿Tienes ya tu arco y tus flechas?, muy bien. Dentro del bosque encontraremos a Ardilla.

Avanzó gallardamente. A su lado, de un modo claro y evidente para la imaginación del niño, trotaba Perro con unas ropas parecidas a las ostentadas por Robinson Crusoe en las ilustraciones de uno de sus libros.

El interior del bosque era magnífico. Por doquier reinaba la penumbra y el verdor. Los pájaros cantaban, saltando de una rama a otra. Vernon continuaba hablando a su amigo, cosa que no osaba permitirse en la casa, puesto que alguien podría oírle y exclamar: «¿No son graciosísimos los críos? Vernon cree hallarse en compañía de un amiguito suyo». En casa era preciso ser muy cuidadoso.

—Llegaremos al castillo a la hora de almorzar, amigo —decía Vernon—. Habrá leopardo asado. ¡Ah, por allí veo a Ardilla! Hola, Ardilla, ¿cómo te encuentras? ¿Has visto a Árbol?

Y luego:

—Te diré algo. Pienso que esto de andar es un poco cansado. Creo que sería preferible que cabalgásemos.

Los corceles estaban allí cerca, sujetos a un árbol. El de Vernon era blanquísimo, mientras el de Perro era negro como el carbón. No prestó atención al color del caballo de Ardilla.

Galoparon a través de los senderos que podían encontrar entre los árboles. Se veían por allí lugares mortalmente peligrosos. Menudeaban las serpientes venenosas que silbaban al verles pasar. Los leones les atacaban. Pero los briosos corceles cumplían su

cometido a las mil maravillas librándole de todos los enemigos.

¡Qué soso era jugar en el jardín, o en cualquier otra parte! En el bosque estaba la verdadera sal de la tierra. Allí era posible divertirse con el señor Green, Árbol, Perro y Ardilla, sin riesgo de que alguien te escuchase y te hiciera notar que eras un niño graciosísimo a quien le gustaba inventarse amigos.

Vernon siguió avanzando, mientras su corcel hacía unas veces cabriolas y otras caminaba con solemne dignidad. ¡Era un gran tipo! ¡Era un individuo maravilloso! Lo único que le faltaba era un tambor que redoblara mientras él narraba sus propias hazañas.

¡El bosque! ¡Él siempre lo había imaginado tal como era en realidad! Frente a él apareció de pronto un muro en ruinas cubierto de musgo. ¡Era uno de los muros del castillo! ¿Se podía concebir algo más perfecto? Decidió escalarlo.

La escalada no era al fin y al cabo muy dificultosa, aunque, desde luego, implicara riesgos y llevara consigo agradables y encantadoras posibilidades de peligro. Vernon aún no había formado opinión sobre si aquello era parte de la casa del señor Green o si pertenecía a un ogro que se alimentaba de carne humana; pero cualquiera de ambas posibilidades le parecía espléndida. En principio se inclinaba por la segunda, porque de momento se encontraba en ánimo guerrero. Con el rostro rojo de excitación, alcanzó la cumbre del muro y pudo mirar hacia el otro lado.

Aquí hace su fugaz entrada en esta narración un personaje un poco especial: la señora Somers West, persona dada a la romántica soledad (por breves períodos) que, cediendo a tales impulsos, comprara «Woods Cottage» porque estaba «deliciosamente lejos de todo y en pleno corazón del bosque, donde una se siente en comunión con la Naturaleza». Y, puesto que la señora Somers West tenía un carácter artístico en general y se sentía inclinada en particular hacia la mímica, había hecho derribar una pared de la casa que adquiriera, con el fin de hacer de dos cuartos uno y lograr que entrara en él su piano de cola.

En el preciso momento en que Vernon alcanzaba la cima del montón de ladrillos que él considerara como un muro en ruinas, un grupo de sudorosos individuos estaban esforzándose por hacer pasar al piano por la ventana de la casa de la señora Somers West, puesto

que era imposible hacerlo entrar por la puerta. El jardín de la propiedad no estaba cuidado. De ahí que su propietaria dijera de él que formaba parte del salvaje corazón del bosque.

De modo que todo cuanto vio Vernon fue, de nuevo, La Bestia. La Bestia viva y resuelta, arrastrándose hacia él, maligna y vengadora…

Por un momento permaneció inmóvil. Luego, lanzando un grito agudo, huyó dejando atrás el muro de ladrillos. La Bestia iba tras él, persiguiéndole… Ya se acercaba… Corría cada vez más veloz. Hasta que se le enredó un pie en las raíces de un árbol cubierto de hiedra. Se precipitó hacia delante y cayó, cayó…

CAPÍTULO CUARTO

1

Vernon despertó largo rato después. Estaba en cama, lugar habitual cuando uno despierta. Pero lo que no era habitual era algo, parecido a una joroba, que estaba ante él. Mientras la contemplaba, alguien habló. Resultó ser el doctor Coles, a quien Vernon conocía muy bien.

—Bueno, bueno —dijo el médico—. ¿Cómo nos sentimos?

Vernon ignoraba cómo se sentía el doctor Coles. En lo que a él respectaba podía decir que con mareos, y así se lo manifestó.

—Ya veo, sí —asintió el médico.

—Y creo, además, que me he herido —agregó Vernon—. Una herida gorda.

—Ya veo, sí —repitió el doctor Coles.

Su tono no era muy esperanzador y el niño pudo advertirlo.

—Tal vez me sintiera mejor si pudiera levantarme —dijo Vernon —. ¿Puedo hacerlo?

—Me temo que no, por ahora —repuso el médico—. Te has dado un fuerte golpe.

—Es que La Bestia me perseguía.

—¿Qué? ¿La Bestia? ¿Qué Bestia?

—Nada.

—Sería un perro —dijo el doctor Coles—. Tal vez se ha subido hasta la cumbre del montón de ladrillos y te haya ladrado. Sin embargo, no has de tener miedo a los perros, muchacho.

—No les tengo miedo.

—Y a todo esto, ¿qué hacías tú tan lejos de casa, Vernon? No tenías nada que hacer en el bosque y tú lo sabes.

—Nadie me lo prohibió.

—Eso es lo que tú dices. Bueno, de todos modos, pagaste las consecuencias. Creo que aún no lo sabes; pero te has roto una pierna.

—¿De verdad?

Vernon se sentía muy contento. Se había roto una pierna. Era alguien importante.

—De verdad. Tendrás que permanecer en cama durante un tiempo y cuando puedas ya levantarte, te verás obligado a usar muletas. ¿Sabes lo que son las muletas?

—Oh, sí.

Claro que lo sabía. El señor Jobber, padre del herrero, usaba muletas. ¡Y él podría andar ahora con ellas! Aquello era maravilloso.

—¿Puedo probarlas ahora?

El médico rió.

—¿De modo que te atrae la perspectiva? No; por ahora no puedes. Creo que habrás de esperar un poco y tener paciencia, hijo. Cuanto mejor te portes, más rápido sanarás.

—Gracias —dijo Vernon cortésmente—. La verdad es que no me siento muy bien. ¿Puedes quitar eso que tengo ante mí? Creo que estaré más cómodo si lo haces.

Pero resultaba que aquello llevaba por nombre artesa móvil y no podía quitarse de allí. Se enteró asimismo de que no podría moverse mucho en la cama, porque su pierna estaba ligada a una tabla. De pronto, romperse una pierna no pareció a fin de cuentas tan agradable.

El labio inferior de Vernon tembló ligeramente. Trató de contenerse y no hacer pucheros: era un hombre y los hombres no lloran. Por lo menos eso era lo que su niñera decía. De pronto advirtió que la echaba mucho de menos. Sí: mucho. Necesitaba su presencia tranquilizadora, su inagotable sabiduría, su almidonada y crujiente majestad.

—Pronto estará de vuelta —repuso el doctor Coles cuando el pequeño preguntó por ella—. Muy pronto. Entretanto esta señorita cuidará de ti. Se llama Frances.

La enfermera Frances salió de las sombras, entrando en el campo de visión de Vernon. El niño la estudió sin pronunciar palabra.

Llevaba una túnica almidonada que dejaba escapar ligeros susurros al desplazarse. Un punto a favor de Frances. Pero era mucho más pequeñita; de hecho, más menuda aún que su madre y casi tan delgada como su tía Nina. Con todo, no estaba seguro de que…

Entonces ambas miradas se encontraron. Los ojos de la enfermera eran resueltos, de un verde grisáceo, aunque más verdes que grises. Vernon intuyó —como mucha gente antes que él— que con aquella mujer las cosas no iban a resultar fáciles.

La enfermera le sonrió… pero no del modo que usaban los extraños cuando iban de visita a su casa. Ésta era una sonrisa grave; amistosa pero también reservada.

—Siento mucho verte en cama —dijo—. ¿Quieres un poco de zumo de naranja?

Vernon consideró un instante la oferta, decidiendo por fin aceptarla. El médico se marchó entonces y la enfermera Frances, que había salido con él, volvió casi en seguida con un vaso de forma muy extraña. Tenía como un pitorro en un lado. Y parecía que debía beberse el zumo acercando aquello a la boca.

La situación le hizo reír. Pero en seguida se contuvo, pues la risa le causaba daño. La enfermera dispuso que debía dormirse de nuevo. No obstante, Vernon no tenía sueño y así se lo dijo.

—Entonces yo tampoco dormiré. Me pregunto si eres capaz de contar el número de lirios que se ven en el papel que cubre esta habitación. Puedes empezar por la derecha y yo lo haré por la izquierda. ¿Sabes contar, no es así?

—Pues claro. Cuento ya hasta cien.

—Vaya, eso se llama estar adelantado. De todos modos no habrá cien lirios en esa pared. Yo diría que apenas hay unos setenta y nueve. ¿Cuántos dices tú?

Vernon opinaba que habría unos cincuenta. Le parecía imposible que hubiese más. Comenzó en seguida la cuenta; pero sin saber cómo, sus párpados se le hicieron pesados y los cerró. Estaba dormido.

2

Ruido… ruido y dolor… Despertó sobresaltado. Sentía calor; mucho calor. Una corriente dolorosa le recorría el costado. Y el ruido se acercaba más y más. Era el ruido que él siempre asociaba con la presencia de su madre…

En efecto, era ella. Entró en la habitación como un huracán. La capa que llevaba sujeta al cuello flotaba tras de sí. Se la hubiese tomado por un gran pájaro. Al llegar junto a la cama de su hijo, fue como si se posase sobre el suelo.

—Vernon… hijito mío… nenito de mamá… ¿Qué es lo que te han hecho? ¡Qué horrible! ¡Qué espantoso! ¡Mi pequeñín!

Lloraba, de modo que Vernon también se echó a llorar. De pronto sintió miedo. Myra se lamentaba mientras las lágrimas manaban en abundancia de sus ojos.

—Mi hijito… Tú eres lo único que yo poseo en este mundo. ¡Dios mío, no me lo arrebates! ¡Si él muere, yo también moriré!

—Señora…

—Vernon, Vernon, nenito mío…

—Por favor, señora Deyre…

Había más de orden que de súplica en aquella voz.

—Haga usted el favor de no tocar al niño, señora. Podría hacerle daño.

—¿Hacerle daño? ¿Yo, su propia madre?

—No parece usted comprender, señora Deyre, que tiene la pierna rota. Ahora debo pedirle encarecidamente que abandone esta habitación.

—Ustedes me esconden algo. Díganme la verdad… díganme: ¿Piensan amputarle la pierna?

Vernon lanzó un grito. Aunque no tenía idea de lo que aquella palabra significaba, su sonido era amenazador y evocaba padecimientos. El pánico hizo presa en él y gritó con más fuerza.

—Se muere —exclamó Myra—. Se muere y no me habían dicho nada. Pero ha de morir en mis brazos.

—Señora…

Efectuando una experta maniobra, la enfermera consiguio colarse entre Myra y la cama. Asió a la madre por ambos hombros. Al hablar, su voz tenía el acento de la de su niñera cuando se dirigía a criadas que no se hallaban a su altura.

—Señora Deyre, escuche. Es preciso que domine usted sus

nervios. Es preciso.

La mujer percibió entonces la figura de un hombre en el umbral. Era el padre de Vernon.

—Señor Deyre, háganos usted el favor de llevarse de aquí a su esposa. No es bueno que el paciente se excite y se trastorne.

Su padre asintió con la cabeza. Su gesto era sereno comprensivo. Miró por un momento a Vernon.

—Mala suerte, compañero. También yo me rompí una hueso. El de este brazo.

De pronto, el mundo se tornaba menos aterrador. De modo que también otras personas se rompían huesos, de las piernas y los brazos… Su padre tomó a su madre por un hombro y la acompañó fuera del cuarto, mientras le decía algo en voz muy baja. Pero ella le interrumpía con exclamaciones en las que vibraba una intensa emoción.

—¿Cómo podrías comprender? A ti nunca te preocupó el pequeño como a mí. Hay que ser madre para entenderlo. ¿Cómo voy a permitir que unos extraños cuiden de él? Necesita a su madre… ¿No lo entiendes? Yo le quiero. Nada puede suplir los cuidados de una madre. Todo el mundo lo dice.

»—Vernon, mi pequeño… —deshaciéndose del brazo de su padre, había vuelto junto a la cama. Se arrodilló—. Vernon, ¿verdad que quieres que tu mamaíta se quede contigo? ¿Verdad que sí?

—No. ¡Quiero a la enfermera! —exclamó Vernon—. ¡Quiero a la enfermera!

—¡Oh! —dijo Myra.

Poniéndose de pie, le contempló con asombro.

—Vamos, querida —dijo su padre con voz bondadosa—. Salgamos de aquí.

Myra se apoyó en su hombro y ambos salieron de la habitación. La voz de su madre llegaba, cada vez más tenue, hasta los oídos del pequeño.

—¡Mi propio hijo! ¡Apartarlo de su madre para ponerlo al cuidado de extraños!

La enfermera alisó con la mano las sábanas y le ofreció un vaso de agua.

—Tu niñera estará aquí muy pronto, Vernon. Le escribiremos hoy mismo. ¿Qué te parece? Tú me dirás lo que quieres que le

ponga y yo escribiré.

Una extraña sensación invadió al pequeño. Una especie de gratitud. Por fin, alguien parecía haber comprendido…

3

Cuando, años más tarde, Vernon dirigía sus miradas hacia el pasado, aquel período de su vida iba a presentarse siempre muy claro ante él, destacándose del resto. «El día que me rompí la pierna» y los subsiguientes marcarían una era fundamental.

También destacaría diversos incidentes que en su momento aceptó como cosa natural. Por ejemplo, la violenta discusión entre su madre y el doctor Coles, la cual no tuvo naturalmente por escenario la habitación de Vernon. Pero tanto gritaba Myra que su voz atravesaba las paredes y las puertas cerradas. Su acento era indignado.

—No sé qué quiere usted decir con eso de que estoy trastornando al pequeño. Considero que mi deber es cuidar personalmente de él.

Otras frases le llegaban, entrecortadas.

—Cierto que estaba fuera de mí. No soy de esas personas que carecen por completo de corazón. De esas madres desnaturalizadas. Ni como su padre: ¿No ha visto usted a Walter? Tan tranquilo como siempre.

También tuvieron lugar algunas batallas campales entre Myra y la enfermera Frances, que esta última ganaba casi siempre, aunque no con facilidad. Myra Deyre albergaba celos desordenados y furiosos contra la que ella denominaba «esa samaritana a sueldo». Tuvo que doblegarse, sin embargo, a las órdenes del doctor Coles, aunque las aceptó de muy mal humor. Y con una evidente rudeza que la enfermera no pareció advertir nunca.

En años posteriores Vernon no recordaba casi los dolores de la fractura, ni el tedio de la impuesta quietud. Sólo permanecieron en su memoria, como recuerdos felices, los juegos y las charlas, muy distintos de otros juegos y charlas, pues en la enfermera Frances encontró a una persona mayor que no se refería siempre a hechos y

a sucesos como «graciosos» o «tontos». La mujer sabía escuchar sensatamente, ofreciendo sugerencias serias y atinadas. A Frances podía hablarle largamente de Perro, Ardilla y Árbol, como también del señor Green y de sus cien hijos. Al oírle, la mujer no salió con comentarios como: «¡Qué juego tan gracioso!», sino que mostró interés por saber si los hijos del señor Green eran varones o hembras, un aspecto del asunto que había escapado hasta entonces al propio Vernon. Ahora, con el consejo y ayuda de la enfermera, Vernon decidió que había cincuenta de cada género. Un arreglo simple que ponía fin al dilema.

Si algunas veces, por descuido, soñaba en voz alta, Frances no parecía advertir nada anormal. En realidad no prestaba atención. Había en ella algo de sereno y reconfortante que le hacía pensar en su niñera; pero ambas se distinguían en que la enfermera, cuando el niño le hacía preguntas, no hacía alarde de conocimientos de los que carecía. Y si contestaba claramente algo, Vernon sentía que era la verdad.

No era raro que dijese:

—Pues ignoro la respuesta. Tendrías que hacer la pregunta a otra persona. No soy bastante lista como para saberlo.

No pretendía nunca abarcar todas las cosas.

A veces, después del té, contaba cuentos al niño. Los relatos nunca eran iguales. Un día podían girar en torno a niños y niñas que hacían travesuras y al siguiente tener por tema a una princesa encantada. Vernon prefería estos últimos y sobre todo le gustaba uno que hablaba de una princesa de cabellos de oro y de un príncipe vagabundo vestido de harapos y tocado con un gorro verde. La historia terminaba en medio de un bosque y tal vez Vernon la prefiriera por esta razón.

Algunas veces se encontraba con él un oyente imprevisto. El padre de Vernon se presentaba ocasionalmente después del té, que era cuando la enfermera Frances le contaba los relatos. Poco a poco las visitas fueron tornándose más asiduas hasta constituirse en hábito. Walter Deyre se sentaba en una esquina de la habitación, casi en la penumbra detrás de la silla de Frances. Desde allí podía ver no al pequeño, sino a la enfermera. En cierta ocasión Vernon pudo ver que la mano de su padre se extendía disimuladamente hasta donde se encontraba la enfermera y que cogía la muñeca

izquierda de ésta con gran suavidad y ternura.

Entonces sucedió algo que sorprendió mucho al pequeño. Frances se puso en pie.

—Me temo que he de pedirle que se marche usted por hoy, señor Deyre —dijo con voz serena—. Vernon y yo tenemos cosas que hacer.

El asombro del niño crecía al preguntarse qué cosas serían, y llegó al máximo cuando su padre susurró:

—Perdóneme usted.

Frances bajó un poco la cabeza pero permaneció en pie. Sus ojos encontraron con firmeza los del padre de Vernon quien dijo con voz tranquila:

—¿Me creerá usted si le digo que siento de veras lo sucedido? Le solicito que me permita volver mañana.

Después de aquel suceso, los modales de su padre cambiaron, sin que Vernon acertara a definir la razón. Si tomaba asiento cuando Frances le narraba sus cuentos, se colocaba lejos de ella y si hablaba, se dirigía más bien a su hijo En algunos casos los tres practicaban el juego favorito de Vernon: el de la solterona. Siempre que lo hacían, la velada resultaba insuperable.

Un día, cuando no estaba la enfermera en la habitación el padre de Vernon le preguntó inesperadamente:

—¿Te gusta mucho tu enfermera, Vernon?

—¿Frances? Oh, sí; muchísimo. ¿Y a ti?

—Sí —dijo Walter Deyre—. A mí también.

Su voz tenía un deje de tristeza que llamó la atención del pequeño.

—¿Pasa algo, papá?

—No, hijo. Nada que tenga solución. El caballo que se queda en el establo no recibe muchas oportunidades de lucirse; y el hecho de que la culpa sea del caballo no cambia las cosas. Pero nada de eso tiene que ver contigo, compañero. Disfruta de la compañía de la enfermera Frances mientras la tienes cerca. No hay muchas como ella.

Entonces Frances volvió al cuarto y los tres jugaron a las cartas. Pero las palabras de Walter quedaron en la mente de su hijo, desatando una serie de reflexiones. A la mañana siguiente preguntó a la enfermera:

—¿Piensas quedarte aquí para siempre?

—No. Sólo hasta que te pongas bueno del tono… o casi del todo.

—A mí me gustaría que no te fueras.

—Pero hijo, mi trabajo aquí no sería lo mío una vez que tú estuvieras bien. Yo me dedico a cuidar enfermos.

—¿Y tanto te gusta eso?

—Sí, mucho.

—¿Por qué?

—Bueno, es que, sabes, todos tenemos algún tipo de actividad particular que nos gusta desarrollar y que se nos da mejor que otro.

—Mamá no lo tiene.

—Oh, sí. Su trabajo consiste en llevar esta casa enorme, cuidando de que todo vaya como es debido y de que tú y tu padre estéis satisfechos.

—Papá ha sido soldado. Me ha dicho que si hubiese una guerra volvería a serlo.

—¿Quieres mucho a tu padre, Vernon?

—Prefiero a mamá, naturalmente. Pero papá dice que los niños siempre quieren más a sus madres. Me gusta estar con papá; pero no sé, es diferente. Supongo que, siendo un hombre… ¿Qué piensas tú que seré cuando llegue a mayor? Quisiera ser marinero.

—Tal vez escribas libros.

—¿Sobre qué?

—Sobre Perro, Ardilla y Árbol, por ejemplo —repuso Frances sonriendo.

—Oh, no. Todo el mundo diría que ésas son puras sandeces.

—Los niños no. Por otra parte, cuando seas mayor llevarás en la cabeza personajes diferentes. Serán como el señor Green y sus hijos; pero éstos ya habrán crecido. Entonces podrás escribir sobre ellos.

Vernon reflexionó unos momentos. Por fin movió la cabeza negativamente.

—No. Creo que seré soldado, como papá. La mayoría de los Deyre han sido soldados, según me ha dicho mamá. Es verdad que hay que ser muy valiente para guerrear, pero yo creo que no me faltará el coraje.

Durante un breve momento, la enfermera Frances guardó silencio. Pensaba en lo que el padre del pequeño le dijera sobre éste:

—Es un hombrecito arrojado. No sabe lo que es el miedo. Tendría que verle usted montado en su «pony».

Sí, Vernon era valiente. Y tenía, además, capacidad para tolerar el dolor. El modo cómo soportaba los padecimientos e incomodidades de su pierna rota era algo realmente excepcional en un chico de su edad.

Sin embargo, hay temores que no son sólo físicos.

—Cuéntame otra vez cómo te caíste aquel día —dijo Frances tras otra pausa.

Ya sabía todo sobre La Bestia, porque había puesto buen cuidado en no tomarse la narración del pequeño a la ligera ni ridiculizarla. De nuevo escuchó su aventura y, cuando Vernon terminó la crónica, le dijo con acento bondadoso:

—Pero tú ya sabías desde hacía tiempo que La Bestia no era real, ¿verdad? Lo que tú llamabas así es un mueble de madera que lleva unos cables dentro.

—Lo sé —repuso Vernon—. Pero cuando sueño lo olvido. Aquella tarde, al verle en el bosque viniendo hacia mí…

—Saliste corriendo, y esto te costó el accidente. Mucho mejor hubiese sido permanecer donde estabas y hacer frente a la situación. *Mirar*. Si no te hubiese faltado el coraje de mirar, habrías visto a los hombres y comprendido de qué se trataba. Siempre es bueno *mirar*. Luego ya podrás salir corriendo, si quieres. Aunque en general comprendes que no vale la pena. Además, debo decirte algo.

—Dime.

—Las cosas nunca son tan terribles cuando están ante ti como cuando están detrás. Recuerda eso. Todo puede parecer aterrador cuando eres incapaz de mirarlo. De ahí que siempre resulte mejor volverse y enfrentar las cosas. Cuando se hace así, se advierte muy a menudo que no había de qué tener miedo.

—De haber actuado como tú dices no me habría roto la pierna, ¿verdad? —dijo Vernon, empezando a comprender.

—Así es.

Vernon suspiró.

—Bueno, sabes, no me importa tanto habérmela roto. Ha sido muy bueno esto de tenerte a mi lado todo el tiempo y de jugar juntos.

Le pareció que de labios de la enfermera escapaban las palabras «pobre niño»; pero, naturalmente, aquello era absurdo.

—También a mí me ha gustado —dijo ella sonriendo—. Algunos de mis enfermos no tienen ganas de jugar.

—Pero a ti te gusta jugar, ¿no es así? —preguntó Vernon—. Como le gusta al señor Green.

Luego, con acento un poco austero para ocultar su timidez, agregó:

—Por favor, no te marches demasiado pronto.

4

Pero las circunstancias quisieron que la enfermera Frances se marchara antes de lo previsto. Todo sucedió súbitamente, como pasaba a menudo en la vida de Vernon.

Comenzó con una simpleza: Myra quiso hacer ella misma algo que el pequeño prefería que realizara Frances.

Ya usaba muletas, aunque andaba tan sólo durante breves espacios de tiempo cada día. La brevedad se debía a que la experiencia era dolorosa. Sin embargo, a Vernon le divertía porque era nueva. Hasta que se cansaba y le era preciso volver a la cama. Aquel día, su madre le dijo que tratara de andar un rato con sus muletas, prometiéndole su ayuda. Pero Vernon ya conocía esa ayuda. Las manos grandes y blancas de su madre eran extraordinariamente torpes. Le hacían daño al pretender ayudarle. Rehusó, pues, hacer lo que su madre le solicitaba, por buenas que considerase sus intenciones. Le dijo que esperaría a que llegase la enfermera Frances, la cual nunca le hacía daño.

Pronunció sus palabras con la franca inoportunidad de los niños. Y, al minuto, Myra Deyre ardía de indignación.

Cuando, dos o tres minutos más tarde, la enfermera entró en la habitación, fue recibida por una descarga de reproches.

Volvía al niño contra su propia madre; era cruel, perversa. Como todos los demás. Todos, todos estaban contra ella. Sólo tenía a Vernon en el mundo y ahora resultaba que también querían arrebatárselo.

Sus palabras formaban un torrente incesante de acusaciones. La enfermera Frances lo soportó con bastante paciencia, sin mostrar sorpresa ni cólera. La señora Deyre, bien lo sabía ella, era así: escenas como aquélla parecían aliviar sus tensiones. En cuanto a las palabras, sólo hieren si quien las pronuncia es alguien a quien amamos. Sintió compasión por Myra Deyre al comprender cuánta infelicidad y miseria se ocultaban tras sus arranques histéricos.

Walter Deyre eligió un mal momento para entrar en la habitación. Por un momento se quedó parado, con la sorpresa pintada en su rostro, hasta que se dejó llevar por la ira.

—Realmente, Myra, me avergüenzas. No sabes lo que estás diciendo.

Myra se volvió hacia él, furiosa.

—Sé perfectamente lo que digo, como también sé lo que tú has estado haciendo: metiéndote en esta habitación cada día. Te he visto. Como siempre, enamorando a la primera mujer que se te cruza, sean criadas o enfermeras. Cualquiera te viene de perlas a ti.

—¡Pero Myra, tranquilízate!

Su marido estaba ahora muy enfadado. Myra Deyre sintió un súbito temor; pero, cambiando su destinatario, lanzó un último ataque.

—Ustedes las enfermeras son todas iguales: especialistas en coquetear con los maridos de las demás. Tendría que darle vergüenza. ¡Delante de este niño inocente! ¡Vaya una a saber las ideas que le mete en la cabeza! ¡Pero ya puede usted disponerse a abandonar esta casa! Sí: fuera. Ya diré al doctor Coles lo que pienso de usted.

—¿No te importaría continuar esta edificante escena en otra parte?

La voz de su marido tenía el acento que ella más detestaba: frío y desdeñoso.

—¿No te parece poco adecuado representarla delante de tu «niño inocente»? Le pido disculpas, señorita, por lo que acaba de decir mi esposa. Vamos, Myra.

Myra salió. Comenzaba a llorar, ligeramente asustada por cuanto había dicho. Como era habitual en ella, había ido más lejos de lo que se había propuesto.

—Eres cruel —decía entrecortadamente—. Cruel. Quisieras

verme muerta. Me odias.

Cuando ambos se hubieron marchado, la enfermera Frances acostó a Vernon. El pequeño tenía una serie de imperiosas preguntas; pero ella, adelantándose a las mismas, le habló un perro, un gran San Bernardo que tenía cuando era una niña pequeñita. Vernon se sintió tan interesado en la historia, que terminó olvidando lo que iba a preguntarle.

Mucho más tarde, ya de noche, el padre de Vernon volvió a la habitación del chico. Estaba pálido y mostraba un aspecto enfermizo. La enfermera, poniéndose en pie, fue hacia el umbral donde se había parado.

—No sé qué decirle… cómo pedirle disculpas… los denuestos que mi esposa ha pronunciado…

La enfermera le interrumpió con voz tranquila y gesto perentorio.

—Oh, no se preocupe. Comprendo perfectamente. Pero creo que será mejor que me marche de aquí en cuanto sea posible. Mi presencia causa disgustos a la señora Deyre y la inclina a perder el control.

—Si supiese ella lo absurdas que son sus acusaciones. ¡Insultarla a *usted*!

La enfermera rió, aunque quizá su expresión no resultaba del todo convincente.

—Siempre he pensado que es absurdo que la gente se queje por recibir insultos —dijo alegremente—. Es algo muy pomposo, ¿no lo cree usted así? Por favor, no se preocupe, ni piense que las palabras de la señora Deyre me han causado daño. Sabe, señor Deyre, a mi modo de ver, su esposa es…

—¿Qué es?

El tono de Frances cambió. Al proseguir, su voz era grave y triste.

—Una mujer muy desgraciada que se siente sola.

—¿Cree usted que la culpa es mía?

Hubo un silencio. La enfermera levantó su mirada, mostrando sus ojos verdes y su expresión firme.

—Sí —replicó—. Así lo creo.

Aspiró profundamente.

El padre de Vernon reflexionó brevemente.

Nadie más que usted sería capaz de decirme eso. Sólo usted. Sin duda es el valor que su alma encierra, y que tanto admiro, el que le ha hecho hablarme. Posee usted honestidad absoluta que nada sabe de cobardías. Deploro que Vernon la pierda antes de saberla apreciar.

—No se eche la culpa. Es inútil —dijo ella gravemente—. Lo que ha sucedido esta tarde no ha sido en absoluto culpa suya.

—Enfermera —era la voz de Vernon, que hablaba con acento anhelante—. Frances, no quiero que te marches. No te marches, por favor; no te marches esta noche.

—Pues claro que no. Antes tendremos que hablar con el doctor Coles.

Se fue tres días más tarde. Vernon lloró con amargura. Acababa de perder a la primera amiga de verdad que había tenido.

CAPÍTULO QUINTO

1

El tiempo que transcurrió entre sus cinco y sus nueve años apenas dejó huellas en la memoria de Vernon. Se produjeron bastantes cambios; pero tan graduales que apenas se notaron. La señora Pascal no volvió a ocupar su reino en los aposentos del pequeño, porque su madre sufrió recaídas hasta quedar completamente inútil.

En lugar de ella, el cargo de niñera recayó en la señorita Robbins. Era tan cabalmente insignificante que años más tarde Vernon no recordaba nada en absoluto sobre ella aunque, si bien es cierto, su autoridad quedó mermada al iniciar Vernon sus clases en el colegio, a poco de cumplir los ocho años.

Al llegar sus primeras vacaciones, se encontró a su prima Josephine instalada en casa.

En sus raras visitas a Abbots Puissants, Nina nunca había llevado consigo a su pequeña. En realidad, sus visitas se habían ido espaciando más y más. Vernon, que como todos los niños sabía las cosas sin pensar en ellas, conocía dos hechos ciertos: uno, que a su padre no le caía bien el tío Sydney, aunque se mostrara siempre muy cortés en sus relaciones con él; y, segundo, que a su madre no le caía bien la tía Nina, lo que no trataba ciertamente de ocultar.

A veces, hallándose la tía Nina conversando con Walter en el jardín, Myra se acercaba hasta ellos y, tras la momentánea pausa que inevitablemente se producía, terminaba por decir:

—Supongo que será mejor que me marche. Ya veo que os molesto. No, gracias, Walter. (Esta frase servía de respuesta a alguna frase de su marido, murmurada cortésmente). Puedo comprender cuándo mi presencia no es bien acogida.

Se iba entonces, mordiéndose el labio inferior, mientras abría y cerraba los puños nerviosamente. A menudo podían verse lágrimas en sus ojos. Por su parte, su esposo se conformaba con levantar muy cuidadosamente las cejas.

Un día Nina estalló:

—¡Es una persona inaguantable! ¡No puedo hablar tranquilamente contigo durante diez minutos sin que nos moleste con alguna escena absurda! ¿Por qué lo hiciste, Walter? ¿*Por qué* lo hiciste?

Vernon recordaba que aquella vez su padre había mirado en torno suyo y luego hacia la casa. Por fin sus ojos se habían dirigido hacia las ruinas de la abadía que se veían a lo lejos.

—Por la propiedad —repuso lentamente—. Todo esto me atañe muy profundamente. Lo llevo en la sangre. No podía permitir que saliese de la familia.

Se hizo un silencio que Nina terminó rompiendo con una carcajada. Una carcajada corta y extraña.

—En verdad que no formamos una familia del todo satisfactoria, hermano. Buen jaleo hemos armado tú y yo con todas nuestras cosas.

Tras otra pausa, el padre de Vernon añadió:

—¿Tan mal nos hemos portado?

Aspirando rápidamente una bocanada de aire, Nina movió afirmativamente la cabeza.

—Sí. No creo que la situación entre Fred y yo pueda ya prolongarse mucho tiempo, Walter. Me odia. No puede ni verme. Oh, nos comportamos admirablemente en público. Nadie podría advertir nada. ¡Pero en cuanto nos quedamos solos…!

—Sí, pero oye…

Y luego Vernon no pudo distinguir más palabras. Bajando las voces, su padre y su tía parecieron discutir animadamente aunque sin mostrarse en abierta discrepancia. Por fin, volvió a escuchárseles con claridad.

—No puedes dar un paso tan aventurado. Ni aunque estuvieses enamorada de Anstey. Y no lo estás.

—Creo que no estoy enamorada de él; pero él sí que lo está de mí.

El padre de Vernon dijo algo sobre las «colecciones sociales»,

según creyó entender el chico. Nina volvió a reír.

—Vamos, Walter… Ni a él ni a mí nos importan esas cosas.

—Tal vez a Anstey terminen importándole.

—Fred se divorciaría de mí instantáneamente. Y daría gracias al cielo por esa oportunidad. Dictada la sentencia, podríamos casarnos.

—Sin embargo…

—Mi hermano dando clases sobre las convenciones sociales. ¡Esto sí que tiene gracia!

—Los hombres y las mujeres son diferentes —repuso su padre con sequedad.

—¿Sí? ¡Vaya! Creo que ya sabía algo de eso. Pero cualquier cosa sería mejor que esta pesadilla… interminable. Por cierto, lo que pasa es que en el fondo me sigue atrayendo Fred. Siempre me atrajo, aunque yo no le intereso. Nunca le he interesado.

—Y luego está la pequeña —apuntó Walter—. No puedes marcharte así como así y dejarla.

—¿No? No soy una madre modelo, como supongo que ya sabes. De todos modos, la llevaría conmigo. A Fred no le importaría. La odia tanto como a mí.

Reinó de nuevo el silencio. Esta vez durante un buen rato.

—¡En qué sucios líos nos metemos los seres humanos! Y tanto en tu caso como en el mío, hermano, la culpa es nuestra. ¡Formamos una bonita familia! Nadie como nosotros para traer la desgracia a nosotros mismos y a todos aquellos que nos rodean.

Walter Deyre se puso en pie. Cargó su pipa con gesto preocupado y se alejó lentamente. En ese momento Nina vio a Vernon.

—Hola, hijo. No sabía que estabas ahí. Me pregunto qué habrás sacado en limpio de lo que acabas de oír.

—Oh, no lo sé —repuso Vernon, dejando oscilar su cuerpo sobre uno y otro pie.

Abriendo su bolso, Nina extrajo una pitillera de concha de la que cogió un cigarrillo. Vernon la contemplaba, fascinado. Nunca había visto fumar a una mujer.

—¿Qué sucede? —preguntó Nina.

—Mamá dice que ninguna mujer decente fuma. Así se lo he oído comentar con la señorita Robbins.

—Oh, bueno —dijo la tía Nina echando una gran bocana de humo—. Tiene toda la razón del mundo. Pero es que yo no soy una mujer decente, ¿sabes?

Vernon la miró, vagamente desolado.

—Para mí eres muy hermosa —murmuró tímidamente.

—Lo cual es algo muy distinto —prosiguió Nina, mientras su sonrisa se hacía más cordial y franca—. Ven aquí, Vernon.

Hizo obedientemente lo que se le solicitaba y Nina le puso ambas manos en los hombros en tanto le miraba con intensidad. Vernon permaneció quieto. Nunca le molestaba que Nina le tocara. Sus manos eran ligeras y nunca le estrujaban, como las de mamá.

—Sí —concluyó Nina—. Eres un Deyre. Un Deyre completo. Mala suerte para Myra; pero así son las cosas.

—¿Qué quieres decir?

—Que perteneces más a la familia de tu padre que a la de tu madre. Lo siento por ti.

—¿Que lo sientes? ¿Por qué?

—Porque los Deyre, Vernon, nunca son felices ni llegan a ser nada. Tampoco saben hacer felices a quienes se hallan cerca de ellos.

¡Qué extrañas cosas decía la tía Nina! Cierto que las decía como bromeando. Acaso no fuesen ciertas. Sin embargo, algo había en ellas que, aún sin comprender, le daban un poco de miedo.

—¿Sería mejor —preguntó— que me pareciese al tío Sydney?

—Mucho mejor, sin duda.

Vernon reflexionó.

—Pero es que si me pareciese al tío Sydney… —dijo lentamente.

Se detuvo, tratando de transcribir sus pensamientos en palabras.

—¿Y bien?

—Bueno, si yo fuese el tío Sydney tendría que vivir en Larch Hurst y no aquí.

Larch Hurst era una mansión sólidamente construida de ladrillos rojos, cercana a Birmingham, donde Vernon había ido cierta vez a pasar unos días con tío Sydney y tía Carrie. Contaba con tres acres de maravilloso césped, un jardín de rosas, una glorieta, un estanque con peces rojos y dos grandes y bien provistos cuartos de baño.

—¿Y no te gustaría vivir allí?

—¡No! —repuso Vernon.

Un gran suspiro se abrió paso por su garganta, vaciando su pequeño pecho.

—*Aquí* es donde quiero vivir. ¡Aquí, siempre, siempre, siempre!

2

Poco después de lo narrado más arriba, algo extraño sucedió con la tía Nina. La madre de Vernon comenzó a referirse a ella despreocupadamente, mientras su padre hacía lo posible por que hablara en voz baja, echándole inquietas miradas de reojo. Vernon pudo captar dos frases.

—Es por la pobre pequeña por la que lo siento tanto. Basta mirar a Nina para saber que es una mala persona y que siempre lo será.

La pobre pequeña era, desde luego, su prima Josephine, a la que apenas había visto, pero a la cual enviaba regalos en las Navidades y de la que recibía otros tantos por las mismas fechas. Se preguntaba por qué su madre decía «la pobre» pequeña y también por qué sentía tanto lo que a la misma le pasaba. Se extrañaba asimismo de que su tía Nina fuese considerada por su madre como una «mala persona», aunque en verdad ignoraba lo que quería decir con eso. Cuando interrogó a la señorita Robbins, ésta se puso muy colorada, diciéndole que no debía ir por ahí diciendo «esas cosas». ¿Esas cosas? Vernon estaba intrigado.

Sin embargo, no pensó más en el asunto hasta cuatro meses después. En esta ocasión nadie había advertido su presencia porque la polémica había alcanzado un acaloramiento tal que nada de cuanto escapaba estrictamente a ella parecía merecer cuidado. Su padre y su madre se encontraban en el punto álgido de una gran discusión, y su madre, como era habitual en ella, vociferaba excitadamente. Su padre, en cambio, mostraba una peligrosa calma exterior.

—¡Vergonzoso! —decía Myra—. A los tres meses de escapar con un hombre, salirse con otro. Ahí la tienes, de cuerpo entero. Lo que es a mí no me hacía falta nada de todo esto. Ya la conocía bien, ya. ¡Hombres, hombres, hombres! ¡Siempre los hombres!

—Puedes sustentar las opiniones que se te ocurran, Myra,

aunque no vale la pena que me las recites. Ya las conocía y me esperaba una reacción así por tu parte.

—Y de cualquier mujer decente, ¿no te lo parece? No puedo entenderte, Walter. Decís siempre que sois una antigua a familia y qué sé yo…

—Todo el mundo lo dice. Y la verdad es que somos de una antigua familia —anotó él con tranquilidad.

—Pues se podría pensar que miraríais un poco más por el honor del apellido. Tu hermana lo ha puesto en entredicho; y si tú fueras un verdadero hombre le echarías en cara sus acciones, como se merece.

—¿Una típica escena de melodrama?

—¡Tú siempre con tus ironías y tus sonrisas! La moral no significa nada para ti. Nada absolutamente.

—En este caso, como estaba tratando de explicarte, la moral no tiene nada que ver. Resulta que mi hermana se halla en Montecarlo en plena indigencia. Por lo tanto, he de ir allí y dar con alguna solución. Pensaba que cualquiera en su sano juicio era capaz de comprender algo tan simple.

—Gracias. Me parece que no te estás expresando de manera muy cortés. Pero yo pregunto: Si se encuentra en tal situación, ¿de quién es la culpa? Tenía un buen marido…

—No, no era bueno.

—Pero ella se casó con él.

La cara de Walter enrojeció. Al hablar, lo hizo en voz muy baja:

—No puedo entenderte, Myra. Eres una buena mujer: bondadosa, honorable y decente. Sin embargo te rebajas pronunciando mezquinos vilipendios.

—¡Eso es! ¡Ponte contra mí, ahora! No me importa, ya estoy acostumbrada. ¡Puedes decirme lo que te venga en gana!

—Eso no es cierto. Trato de ser lo más cortés posible.

—Sí; y en parte es por eso por lo que te odio: no sabes decir las cosas de frente y como se te ocurren. ¡Siempre cortés y despectivo, el gran señor! Hay que guardar las apariencias. Pues ¿qué me importan a mí las apariencias? ¡Tanto me da si la casa entera se pone al corriente sobre lo que yo pienso de tu hermana!

—No dudo de que a estas alturas todo el mundo conoce ya tu opinión sobre el punto. Has de agradecérselo al gran poder de tus

pulmones.

—¡Ahí está otra vez el señor sarcástico! ¡De todos modos lo he pasado bien diciéndote lo que pienso de tu preciosa hermana! ¡La que escapa primero con un hombre y luego con otro! ¿Por qué no puede ocuparse de ella el último? ¿Se puede saber? ¿Ya se ha cansado de ella?

—Te lo he dicho y no me has escuchado. Sufre de tisis galopante. Ha tenido que dejar su trabajo y carece de medios económicos propios.

—¿Así que esta vez Nina se equivocó de mercado al llevar los cerdos?

—Nadie podrá decir nunca que Nina ha actuado movida por el dinero. Es una insensata; una condenada insensata ya por eso se ha metido en este embrollo. Sus afectos pueden más que su razón. Ése es el meollo de la cuestión. No quiere un penique de Fred y cuando Anstey le ofreció una pensión, la rechazó. Aquí he de decirte que la comprendo y que estoy de acuerdo con su proceder. Hay cosas que no pueden hacerse. De todos modos, he de ir a Montecarlo y ver qué solución hay. Siento mucho que esto te contraríe, pero es lo que haré.

—Tú nunca haces lo que yo deseo que hagas. ¡Me odias! Quieres hacer el viaje para hacerme más desgraciada de lo que soy. Pero te voy a decir algo: no te atrevas a traer a esta casa a ese portento que tienes por hermana. No estoy acostumbrada a tratar con mujerzuelas. ¿Me has entendido bien?

—Oh, claro. Te expresas con una claridad casi ofensiva.

—Si la traes aquí me volveré a Birmingham.

Un fugaz destello cruzó por los ojos de Walter Deyre. Un brillo que sirvió para que Vernon comprendiera algo que escapó a su madre. Era poco lo que había podido sacar en limpio de aquella conversación, aunque sí pudo captar lo esencial: que Nina se encontraba enferma o era desgraciada; que estaba fuera de Inglaterra y que su madre la veía con ojos particularmente hostiles a causa de algo que hiciera. Había dicho que si su tía se presentaba en Abbots Puissants, ella se marcharía a Birmingham. Era una amenaza; pero lo que Vernon vio en los ojos de su padre fue el regocijo que aquella perspectiva le deparaba. Aquel rápido fulgor de sus ojos le permitió advertir dicho sentimiento con toda claridad. La

situación se parecía a la planteada por ciertos castigos de la señorita Robbins, como no hablar durante media hora, pensando sin duda que la sanción le afectaba tanto como el verse privado de mermelada a la hora de la merienda. No sabía que no le afectaba en absoluto y que, en verdad, hasta le causaba cierto placer.

Walter Deyre recorrió de un lado a otro la habitación, mientras Vernon le observaba, perplejo. Que su padre libraba en aquellos momentos una batalla interior, era algo que resultaba clarísimo. Pero no lograba comprender entre qué fuerzas se libraba la batalla.

—¿Y bien? —preguntó Myra.

Estaba encantadora. Alta, magníficamente proporcionada, con la cabeza echada hacia atrás y aquel magnífico pelo suyo, de un castaño rojizo, destelleando a los rayos del sol que penetraban en la estancia. Parecía la compañera de un navegante vikingo.

—He hecho de ti la dueña y señora de esta casa, Myra —dijo Walter—. Si te opones a que mi hermana venga a ella, no podrá ser, desde luego.

Se dirigió hacia la puerta; pero antes de salir dijo, volviéndose hacia su mujer:

—Si Llewellyn muere, cosa que parece casi segura, Nina tendrá que buscar algún trabajo. En tal caso tendrá el problema de su pequeña. ¿Tus objeciones se aplican también a la hija de Nina?

—¿Crees que deseo ver en mi casa a una muchacha que tarde o temprano podría tomar el camino de su madre?

—Con un simple no de tu parte habría bastado —repuso él con calma.

Salió y Myra permaneció inmóvil, mirando la puerta. Las lágrimas asomaron a sus ojos y no tardaron en correr por sus mejillas. A Vernon no le agradaban las lágrimas, de modo que trató de marcharse de allí; pero en aquel momento su madre le vio.

—Querido, ven aquí.

Tuvo que obedecer. Le apretujó, le pasó la mano con fuerza por el pelo. Restos de frases sonaban repetidamente en sus oídos.

—Tú eres quien me compensas por todo; tú, mi hijito. No serás como ellos, esos seres odiosos y detestables. Tú no me traicionarás, ¿verdad que no? ¿Verdad que siempre te tendré a mi lado? Júralo, pequeño mío… júralo.

Vernon ya se sabía todo aquello de memoria. Se aprestaba a

decir lo que se esperaba de él, respondiendo convenidamente que sí o que no, según el caso. Odiaba aquel interrogatorio, que siempre sonaba a truenos en sus oídos.

Al llegar la noche, después de la merienda, su madre se encontraba de un humor completamente distinto. Escribía una carta sentada ante su escritorio. Al entrar Vernon en la habitación dirigió sus ojos hacia él, con expresión alegre.

—Estoy escribiendo a tu padre. Tal vez dentro de muy poco tu tía Nina y tu pequeña prima Josephine vengan aquí y acaso se queden a vivir con nosotros durante un tiempo. ¿No te entusiasma la idea?

Pero tía Nina no fue a Abbots Puissants. Myra se dijo que Walter era, desde luego, absolutamente incomprensible. Tan sólo porque ella había dicho unas cuantas palabras que, como él muy bien sabía, no era su intención pronunciar.

En cambio, Vernon no se mostró muy asombrado. En realidad siempre había albergado dudas de que Nina y Josephine les visitaran.

Tía Nina había confesado no ser una mujer decente. Pero era tan bonita…

CAPÍTULO SEXTO

1

Si Vernon hubiese tenido que resumir en una sola palabra todos los acontecimientos ocurridos durante los breves años que siguieron, habría acudido a «escenas». Permanentes y repetidas escenas.

Comenzó asimismo a registrarse un curioso fenómeno: tras cada escena, su madre parecía crecer y su padre encogerse. Las grandes tormentas emotivas, cargadas de reproches e insultos, proporcionaban a Myra una especie de escape bienhechor, que le sentaba de maravilla, tanto física como espiritualmente. Salía como nueva de las discusiones: animada, tranquila y llena de buena voluntad hacia el mundo entero.

En cambio, a su esposo le sucedía precisamente lo contrario. Tras cada asalto, se refugiaba en sí mismo, herida cada fibra de su sensibilidad. Los débiles y corteses sarcasmos que constituían su única arma defensiva nunca dejaban de azuzar los ánimos de su esposa, llevándolos a la furia más extremada. Su autocontrol tranquilo y cauteloso la exasperaba, haciéndole perder los estribos.

A decir verdad, no le faltaban razones a Myra para discutir. Walter pasaba cada vez menos tiempo en Abbots Puissants. Cuando volvía se le veían grandes ojeras y las manos solían temblarle ligeramente. No prestaba mayor atención a Vernon. Sin embargo, el niño percibía una especie de comprensión hacia él, aunque no se manifestara en palabras. Por acuerdo tácito, Walter no «interfería» en la educación del niño. Su madre era la única persona que decidía en la materia y Walter sólo opinaba cuando se hablaba de las clases de equitación. Aparte de eso, se mantenía al margen. De no hacerlo así, se veía de inmediato envuelto en violenta y vehemente

controversia, en la que abundaban los reproches y los insultos. Para evitarla se apresuraba a reconocer de antemano que Myra poseía todas las virtudes del mundo y que era una madre experta e incomparable.

Sin embargo, a veces sentía que era capaz de dar a su hijo algo que su madre no estaba en condiciones de proporcionarle. Lo malo era que ambos se mostraban tímidos en las relaciones mutuas. Ni al padre ni al hijo les resultaba fácil expresar sus sentimientos, rasgo de carácter que Myra hallaría incomprensible. Entretanto, las relaciones entre padre e hijo eran graves y corteses.

Pero cuando tenía lugar una «escena», el corazón de Vernon rebosaba de simpatía silenciosa por su padre. Sabía con toda certeza qué experimentaba él en aquellos momentos y conocía el efecto que aquellas palabras airadas, dichas en tono estridente, producían en los oídos y en la cabeza. Su madre contaba seguramente con toda la razón, porque ella siempre la tenía. Eso era dogma de fe en la casa y no se prestaba a discusión alguna. No obstante, las simpatías de Vernon se inclinaban inconscientemente hacia su padre.

La situación familiar fue deteriorándose cada vez más, hasta alcanzar una crisis. La madre de Vernon se encerró en su dormitorio y allí se estuvo dos días enteros mientras la servidumbre comentaba con deleite la situación. Por otra parte el tío Sydney se presentó en la casa para averiguar si estaba de su mano hacer algo.

El tío Sydney tenía indudablemente el poder de calmar los nervios de su hermana. Recorría de un lado a otro la habitación con las manos en los bolsillos y haciendo sonar, como siempre, las monedas que llevaba en uno de ellos. Parecía más saludable y rubicundo que nunca.

Myra le había manifestado cuáles eran sus problemas y rencores.

—Sí, sí, ya veo —dijo el tío Sydney, redoblando el ritmo de la calderilla—. Sé, querida, que has tenido que tolerar muchas cosas. Eso nadie puede discutirlo, conozco el caso mejor que nadie. Pero hay que sopesar lo bueno y lo malo. Eso es, en síntesis, la vida matrimonial. Un toma y daca.

Myra volvió a estallar.

—No; que no voy a defender a Deyre —interrumpió su hermano —. En absoluto. Me limito a considerar el asunto como un hombre de mundo que soy. Las mujeres lleváis una vida protegida y recoleta

que os impide saber tanto como sabemos los hombres. Y es mejor así. Eres una buena esposa, Myra; en consecuencia no te resulta fácil comprender el fondo de esta situación. Las buenas esposas saben poco, felizmente, sobre la vida. Lo mismo le sucede a la mía.

—¿Y qué es lo que tu esposa Carrie ha tenido que tolerar, si puede saberse? —exclamó Myra—. Tú no eres de esos hombres que van por ahí de juerga en juerga con mujerzuelas desvergonzadas. Tú no persigues a las criadas.

—No… —repuso el tío Sydney—. No. Claro que no. Ahí está, precisamente, el nudo de la cuestión. Comprenderás que Carrie y yo no siempre estamos de acuerdo en todo y que a menudo tenemos nuestras diferencias. Vaya, si hasta hemos llegado a pasar dos días sin hablarnos. Pero son desacuerdos sin importancia: pronto hacemos las paces y las relaciones siguen adelante mejores aún que antes. Una riña de vez en cuando aclara la vida matrimonial. Y esto me lleva a lo que te decía antes: hay que saber dar y recibir. Y, una vez que se han hecho las paces, nada de importunar regañando sobre lo pasado. El mejor hombre del mundo no aceptaría eso.

—Pues yo nunca importuno así a Walter —dijo Myra sollozando y mostrándose muy convencida de la verdad de cuanto afirmaba—. ¿Cómo puedes decir semejante cosa?

—Vamos, no te sulfures, mujer. Yo no he dicho que seas inoportuna ni regañona. Me limito a establecer algunos principios generales. Por otra parte, admito que Deyre no es como nosotros. Es de los delicados. De esos individuos sensibles y recelosos, quiero decir. A la menor tontería ya se apabulla.

—¡Me lo dices a mí! —exclamó Myra con amargura—. Es un hombre imposible. ¿Por qué me habré casado con él?

—Bueno, hermanita, habrás de comprender que no puede tenerse todo. Fue una boda equitativa y eso es algo que no podrás negar. Aquí estás, viviendo en una magnífica mansión, conocida por toda la alta sociedad del condado y ocupando en ella una situación casi digna de la familia real. ¡Dios! Si nuestro padre aún viviera se sentiría muy orgulloso. Por eso te digo que es preciso tomar lo bueno y lo malo de cada situación. No te ganas medio penique en esta vida sin recibir con él algún golpe. Estas viejas familias son decadentes, como ya sabemos; y quien se casa con un integrante de ellas ha de tener muy presente ese hecho. Es como en cualquier

negocio: de un lado se asientan las ganancias y del otro las pérdidas más los dolores de cabeza. Es del único modo que pueden considerarse las cosas en la vida, créeme. Del único modo.

—Yo no me casé con Walter teniendo en cuenta las «ganancias», como tú dices —repuso Myra—. Odio esta casa y siempre la he odiado porque él se casó conmigo sólo para conservarla. Todo por Abbots Puissants.

—Tonterías, mujer. Eras una muchacha maravillosamente bonita y aún lo eres —dijo su hermano, inclinándose al manifestar su galantería.

Pero la frase no hizo mella en el ánimo de Myra.

—Walter me tomó por esposa con el fin de salvar Abbots Puissants —insistió—. Lo afirmo y puedes creerme.

—Vaya. Sea como fuere, la cosa pertenece al pasado. Déjala estar.

—No te tomarías las cosas con tanta filosofía si estuvieras en mi lugar —añadió Myra con disgusto—. No sabes lo que es vivir con él. Hago cuanto puedo por agradarle y a cambio recibo desprecio y malos tratos.

—Le importunas y le regañas —sentenció el tío Sydney—. Oh, sí, no me lo negarás. Es tu manera de ser y no puedes remediarlo.

—Pero si al menos él respondiera en el mismo lenguaje… —anotó su hermana—. Si dijera algo, en lugar de quedarse ahí sentado…

—Bueno, ése es su carácter. No puedes pretender que la gente cambie de modo de ser tan sólo para satisfacerte. No te diré que a mí particularmente me caiga bien. Es demasiado «fino» para mi gusto. No dudo que si le pusieras al frente de una empresa, donde hay que trabajar duro, no tardaría quince días en llevarla a la ruina. Sin embargo, he de reconocer que siempre se ha mostrado muy cortés conmigo. Como un auténtico caballero. Es la verdad. Cuando nos encontramos en Londres, cierta vez, me llevó a comer a su elegante club y he de decir que si no me sentí del todo cómodo con él, la culpa no fue suya. Tiene sus cualidades.

—Hablas como hombre que eres —dijo Myra—. Carrie me entendería mejor. Me ha sido infiel, te digo. Me ha sido infiel y me ha mentido.

—Bueno, Myra —repuso su hermano con sonrisa cómplice y

dirigiendo al techo la mirada—. Ya sabes cómo son los hombres.

—Pero Syd, tú nunca…

—Oh, no, claro que no —interrumpió rápidamente—. Como comprenderás, estoy hablando en términos generales, Myra.

—Pues he de decirte que se ha terminado —concluyó Myra—. Ninguna mujer hubiera resistido tanto como yo. Ahora se terminó. No quiero verle nunca más.

—¡Ah!

El tío Sydney llevó una silla hasta la mesa y tomó asiento, con el aspecto de quien se dispone a hablar de negocios.

—Si es así —continuó—, veamos los hechos tal como se presentan. ¿Es firme tu resolución? ¿Qué piensas hacer?

—Te he dicho que no quiero volver a ver a Walter.

—Sí, sí —dijo el tío Sydney pacientemente—. De acuerdo, eso has dicho. Pero ¿qué piensas hacer, repito? ¿Quieres pedir el divorcio?

—¡Oh! —exclamó Myra con sorpresa—. No había pensado que…

—Pues tendrás que hacerlo si realmente deseas buscar soluciones prácticas. Personalmente, dudo que puedas lograr el divorcio. Tendrías que probar el hecho de que tu esposo se ha conducido contigo con crueldad y no creo que pudieras aportar evidencias en tal sentido.

—¿No? Si supieras los sufrimientos por los que he debido pasar…

—Supongo que los has pasado. Pero no es a eso a lo que me estaba refiriendo, sino a tus posibilidades de convencer al tribunal. Por otra parte, no hay abandono de hogar; supongo que si le escribes pidiéndole que vuelva, volverá, ¿no es así?

—Pero ¿no acabo de decirte que espero no verle nunca más?

—Sí, me lo has dicho; pero vosotras las mujeres no comprendéis las cosas. Yo considero ahora las cosas desde el punto de vista estrictamente legal. No creo que pudieras obtener el divorcio.

—No quiero el divorcio.

—¿Qué es entonces lo que quieres? ¿Una separación?

—¿Una separación para que Walter se vaya a vivir con esa condenada en Londres? ¿Para que se instale a vivir permanentemente con ella? ¿Y yo qué? ¿Qué me sucedería a mí?

—Pues hay casas muy bonitas cerca de la zona donde vivimos

nosotros. Y supongo que podrías tener al niño contigo la mayor parte del tiempo.

—¿Para que Walter pudiera traer libremente a esta casa a toda clase de desvergonzadas? No, eso no. Me niego a hacerle esa clase de favores.

—Diablos, Myra, ¿qué deseas entonces?

Myra se puso a llorar de nuevo.

—Soy tan desgraciada, Sydney… tan desgraciada. Si Walter fuera diferente…

—Pues no lo es y nunca lo será. Tendrás que hacerte a la idea de una vez por todas, Myra. Te has casado con una especie de Don Juan y sería bueno que así lo aceptaras. En el fondo, por otra parte, tu marido no te resulta indiferente. Bésale y haced las paces, es lo que te aconsejo. Ningún ser humano es perfecto. Ya sabes: dar y recibir. Eso es lo que tienes que tener en cuenta. Dar y recibir.

Su hermana continuaba llorando quedamente.

—El casamiento es asunto complicado —reflexionó el tío Sydney —. Las mujeres son sin duda demasiado buenas. Mejores que los hombres.

—Supongo —contestó Myra entre sollozos— que la mujer ha de perdonar y perdonar, una y otra vez.

—Ésa es la verdad. Las mujeres son ángeles y los hombres no; de modo que no tenéis más remedio que hacer la vista gorda. Así ha sido siempre y así seguirá siendo.

Los sollozos de Myra fueron menguando. Se veía ahora en el papel del ángel que perdona y olvida.

—No es que me haya negado a hacer cuanto estaba de mi mano —dijo con voz entrecortada—. He hecho lo posible por llevar bien la casa y estoy segura de que ninguna mujer habría sido una madre más dedicada que yo a su hijo.

—Naturalmente. Y como resultado ahí tienes a ese magnífico chico. Ya quisiéramos Carrie y yo tener uno como él. Ponte en nuestro caso: cuatro chicas, caramba. Sin embargo, como yo siempre le digo: «Tal vez haya más suerte la próxima vez, querida». Esta vez, los dos estamos seguros de que será varón.

La atención de Myra se vio desviada.

—No sabía nada. ¿Para cuándo esperáis al niño?

—Para junio.

—¿Cómo está Carrie?

—Le molestan un poco las piernas. Se le hinchan, sabes, aunque se las apaña bastante bien. Pero ¿quién está ahí? Hola, pequeño. ¿Hace rato que estabas ahí?

—Oh, sí, mucho rato. Ya me encontraba en la habitación cuando vosotros entrasteis.

—Es que eres tan callado —dijo su tío en tono de queja—, que ni se nota tu presencia. En eso no te pareces a tus primas. Puedo asegurarte que a veces el jaleo que arman entre todas no se soporta. ¿Qué es lo que llevas ahí?

—Una locomotora.

—No, no es una locomotora —dijo el tío Sydney—. Apuesto a que es un carro de leche.

Vernon permaneció callado.

—¡Hey! —insistió el tío Sydney—. ¿No llevas un carro d leche?

—No —dijo Vernon—. Una locomotora.

—¿A que no? Yo digo que es un carro de leche. ¿Gracioso, no? Tú dices que llevas una locomotora y yo que llevas un carro de leche. ¿Quién tendrá la razón?

Como Vernon sabía la respuesta, no creyó oportuno replicar.

—Tienes un hijo muy serio, Myra —dijo el tío Sydney a su hermana—. No sabe bromear.

Y dirigiéndose al niño, prosiguió:

—Mira, pequeño, has de acostumbrarte a las bromas. En el colegio te las harán continuamente.

—¿Sí? —repuso Vernon, sin acertar a explicarse qué tenían que ver las bromas del tío Sydney con el colegio.

—Un hombre ha de saber reír con una broma. Ésa es la clase de individuos que se abren camino en la vida —dijo el tío Sydney.

Poniéndose de pie, hizo sonar sus monedas, tal vez estimulado por una brusca asociación de ideas. Vernon le contemplaba con gesto intrigado.

—¿En qué piensas? —le preguntó.

—Oh, en nada.

—Lleva tu locomotora a la terraza, hijo —dijo su madre.

Vernon obedeció.

—¿Qué habrá sacado en limpio el pequeño de nuestra conversación, Myra? —preguntó Sydney a su hermana en cuanto

Vernon salió de la habitación.

—Oh, poca cosa. Es muy pequeño.

—Hum… —dijo su hermano—. No estoy tan seguro. Algunos niños entienden mucho más de lo que pudiera creerse. Nuestra Ethel, por ejemplo, no tiene un pelo de tonta.

—No creo que Vernon haya comprendido nada —afirmó Myra —. Y me alegro que así sea. En cierto modo, es mejor.

2

—Mamá —dijo más tarde Vernon—. ¿Qué es lo que sucederá en junio?

—¿En junio?

—Sí. Dijisteis que pasaría algo en junio.

—Oh, eso. —Myra se sintió cogida por sorpresa—. Bueno, sabes, es un gran secreto…

—Cuéntamelo —dijo Vernon ansioso.

—El tío Sydney y la tía Carrie esperan que en junio les llegue un bebé precioso. Un pequeño primito para ti.

—Oh —dijo Vernon, desilusionado—. ¿Eso es todo?

Tras un minuto o dos, insistió:

—¿Por qué se le han hinchado las piernas a la tía Carrie?

—Bueno, porque se ha cansado mucho últimamente, sabes.

Myra temía que Vernon continuara haciendo preguntas. Trataba de recordar los temas que ella y su hermano abordaran aquella tarde.

—Mamá.

—¿Sí, hijito?

—¿Verdad que el tío Sydney y la tía Carrie quieren tener un hijo varón?

—Pues sí, naturalmente.

—¿Por qué esperar hasta junio, entonces?

—Porque Dios conoce más que nosotros mismos lo que nos conviene; y Dios considera que lo mejor será que les llegue en junio.

—Pues vaya espera —dijo Vernon—. Si yo fuera Dios, daría de inmediato a las personas lo que cada una me solicitara.

—No debes blasfemar, querido —le advirtió Myra dulcemente.

Vernon permaneció callado; pero estaba perplejo. ¿Qué significaba «blasfemar»? Se inclinaba a creer que se trataba de la misma palabra que la cocinera había usado cierto día al hablar de su hermano. Había dicho que era algo así como un hombre muy blasfemo y que nunca bebía alcohol. Su conducta parecía algo muy recomendable. Sin embargo, su madre no parecía estar de acuerdo con la cocinera sobre el punto.

Aquella noche añadió a sus plegarias habituales, que consistían en decir: «Dios, bendice a papá y a mamá y haz que sea un niño bueno», algo más.

—Querido Dios, ¿podrías enviarme un muñeco en junio? Aunque si estuvieses muy atareado podrías enviármelo en julio.

—¿Y por qué en junio, si puede saberse? —le preguntó la señorita Robbins—. Sí que eres un niño extraño. Cualquiera hubiese creído que lo deseabas cuanto antes.

—No debes «abstemiar» —le advirtió Vernon, mirándola con gesto de reproche.

3

De pronto el mundo pareció tornarse apasionante. ¡Había guerra en Sudáfrica y el padre de Vernon se aprestaba alistarse!

Todos estaban sumamente agitados y confusos. Por primera vez, Vernon oía hablar de unos hombres llamado «boers». Ellos eran los que su padre iba a combatir.

Walter volvió a casa por unos días. Se le veía más joven y vivaz. Tan desbordante de alegría que Vernon lo veía muy distinto. Él y su madre se sentían muy felices juntos y ni un sola vez se produjeron peleas ni escenas.

Un par de veces Vernon pudo notar que su padre parecía molesto por algo que su madre decía. En cierta ocasión exclamó irritado:

—Por Dios, Myra, deja de hablar sobre los valientes héroes que dan la vida por la patria. No puedo soportar esa clase de trivialidades.

Pero su madre no se enfadó por eso.

—Ya sé que no quieres que lo diga —se limitó a observar—. No obstante es la verdad.

La víspera de su partida, Walter pidió a su hijo que le acompañara a dar un paseo. Caminaron un buen rato por los terrenos de la propiedad, casi sin hablar. Por fin, Vernon se armó de valor para hacerle a su padre algunas preguntas.

—¿Estás contento de ir a la guerra, papá?

—Muy contento.

—¿Es divertida?

—Bueno, yo no diría que divertida, aunque en cierto modo lo resulte. La guerra es sobre todo algo apasionante. Por lo demás, te aleja de la rutina. De golpe, te encuentras algo muy diferente a la vida cotidiana.

—Supongo —dijo Vernon meditando— que no hay mujeres en la guerra.

Walter Deyre miró fijamente a su hijo. En su boca se percibía una ligera sonrisa. Le asombraba el modo que tenía su hijo de dar a veces en el clavo sin parecer que aquello respondiera a una voluntad consciente.

—Las mujeres son para tiempos de paz —respondió con voz grave.

—¿Crees que matarás a muchos hombres? —preguntó el niño muy interesado.

Su padre le repuso que era difícil darle de antemano una contestación.

—Espero que sí —dijo Vernon, ansioso de que su padre alcanzara notoriedad—. Espero que matarás lo menos a un centenar.

—Gracias, camarada.

—Y supongo… —Vernon se interrumpió.

—¿Sí? —le animó su padre.

—Digo que también será probable que quienes hacen la guerra mueran.

Walter comprendió.

—A veces, sí.

—Pero no te matarán a ti, ¿verdad?

—Hombre, podría ser. Se corre cierto riesgo.

Vernon se detuvo a pensar en la frase de su padre. Lo que implicaba le vino lentamente a la conciencia.

—Pero a ti no te gustaría morir.

—Acaso fuera lo mejor —dijo Walter Deyre, más para mismo que para el niño.

—Espero que no te maten.

—Gracias.

Su padre apenas sonreía. El deseo expresado por Vernon parecía tan cortés y convencional… Pero no cometió el error, tan frecuente en Myra, de tomar la frase de su hijo como una muestra de insensibilidad.

Entretanto, habían llegado junto a las ruinas de la antigua abadía. El sol desaparecía ya en el horizonte cuando padre e hijo pasearon sus miradas por el lugar. Walter contuvo un instante el aliento, como si sintiera un ligero dolor. Quizá nunca más volviera a contemplar aquello.

«He hecho un lío de mi vida», pensó.

—¡Vernon!

—¿Qué, papá?

—Si me mataran en la guerra, Abbots Puissants sería tuyo. ¿Ya sabías eso, verdad?

—Sí, papá.

De nuevo reinó el silencio. Walter hubiese querido decir mucho más; pero no estaba acostumbrado a hablar de intimidades. Para él, muchas cosas no podían expresarse mediante palabras. Le resultaba extraño sentir la comodidad que le aportaba la presencia de aquel pequeño ser humano. Aquel hombrecito que era su propio hijo. Tal vez cometió el error, entre otros, de no haberlo tratado más estrechamente y conocerlo mejor. El contacto con el niño era tímido. No obstante, reinaba entre ambos una especie de armonía. A ambos les disgustaban las expansiones sentimentales y las grandes frases.

—Me gusta este lugar —dijo Walter— y espero que también te guste a ti.

—Sí, papá.

—Siempre me ha divertido pensar en los antiguos monjes. Pescarían, supongo, por aquí. Serían de estos tíos gordos. Siempre los he imaginado como individuos que se daban la buena vida.

Dieron unas vueltas más, al cabo de las cuales Walter dijo:

—Bueno, será mejor que volvamos a la casa. Se está haciendo tarde.

Regresaron. Walter se irguió. Aún le quedaba la despedida. Habría efusiones, sin duda. Escenas emotivas, si conocía algo a Myra; adioses que le resultaban sumamente embarazosos. Bueno, pronto habría pasado todo aquello. Las despedidas ya eran de por sí penosas y siempre era mejor abreviarlas; pero Myra no pensaría del mismo modo.

Pobre Myra. En definitiva tampoco ella había salido ganando. Aquella hermosa criatura se había casado con alguien que la quería para conservar Abbots Puissants. Ella, en cambio le había amado por lo que él era. Allí radicaba el principio de todo aquel lío.

—Habrás de cuidar mucho de tu madre, Vernon —dijo de pronto—. Ya sabes que siempre ha sido muy buena contigo.

En cierto modo esperaba no volver. Sería mejor. Vernon no le necesitaba: tenía a su madre.

Sin embargo, al pensar así, le asaltó una incómoda sensación. Como si abandonara traicioneramente al niño…

4

—¡Walter! —exclamó Myra—. No te has despedido de Vernon.

El padre dirigió la mirada al chico, que a su vez le contemplaba con los ojos muy abiertos.

—Adiós, camarada. Que te vaya muy bien en mi ausencia.

—Adiós, papá.

Y eso fue todo. Myra estaba escandalizada. ¿No tenía el menor afecto a su propio hijo? Ni siquiera le había dado un beso. Qué extraños eran los Deyre… Qué indiferentes… El modo como se despidieron, con toda una inmensa habitación entre ambos… Eran muy parecidos.

«Pero Vernon no crecerá para ser una réplica de su padre», se dijo Myra.

Desde los cuadros, en las paredes, varios Deyre miraron hacia abajo y sonrieron burlonamente…

CAPÍTULO SÉPTIMO

1

Dos meses después de la partida de su padre para Sudáfrica, Vernon comenzó a ir a la escuela. Walter había expresado su deseo en tal sentido antes de embarcar y en aquellos momentos Myra se inclinaba por considerar cada deseo suyo como ley. Su marido era su soldado, su héroe. Todo lo demás quedaba olvidado.

Era una mujer sumamente feliz tejiendo calcetines para los soldados, animando vigorosas campañas de apoyo a las «plumas blancas», fraternizando con otras mujeres cuyos esposos también se enrolaron para luchar contra los malvados y desagradecidos boers.

Sintió un dolor exquisito al separarse de Vernon, su pequeñín precioso que se marchaba lejos de ella. ¡Qué sacrificios debían cumplir las madres! Pero tal había sido el deseo de su padre.

¡Pobrecillo! ¡De seguro echaría terriblemente de menos su hogar! Apenas podía soportar aquel pensamiento.

Sin embargo, Vernon no encontró dura la separación. En realidad no se sentía muy estrechamente vinculado a su madre y durante toda su vida iba a amarla, sobre todo, cuando ambos se encontraban alejados. Dejar la atmósfera emotiva que Myra derrochaba constituyó para él un alivio.

La vida del colegio, por otra parte, no constituyó una carga para él. Por el contrario, se adaptó con facilidad a su nueva vida gracias a su gusto por los deportes, sus maneras tranquilas y su considerable vigor físico. Tras la gris monotonía del reinado de la señorita Robbins, el colegio venía a representar una deliciosa novedad. Como todos los Deyre, Vernon poseía el don de llevarse bien con la gente, de modo que no tardó en verse rodeado de

amigos.

Lo único que a veces dificultaba la relación con los demás radicaba en su reticencia, la cual le llevaba a menudo a guardar silencio cuando le formulaban alguna pregunta. Este rasgo de su carácter le acompañaría toda su vida y sólo se mostraba dispuesto a hacer confidencias con uno o dos de sus amigos. Sus compañeros de colegio eran chicos con quienes compartía emociones, no pensamientos. Sus reflexiones eran algo personal que guardaba para sí o que compartía con una sola persona. Tal persona no tardaría en entrar en su vida.

Al llegar sus primeras vacaciones, se encontró con Josephine.

2

Vernon fue recibido por su madre con una verdadera explosión de afectuosos sentimientos. Como ya estaba preparado para actitudes como aquélla, tan caras a Myra, soportó besos, abrazos y frases grandilocuentes con varonil entereza. Una vez terminada la escena, Myra le dijo:

—Te tenemos reservada una maravillosa sorpresa, mi amor. ¿Quién crees que está aquí? Tu prima Josephine, la hija de tu tía Nina. Ha venido a vivir con nosotros. ¿No te parece estupendo?

Vernon no estaba muy seguro. Necesitaba pensarlo. Entretanto, decidió ganar tiempo.

—¿Por qué ha venido a vivir con nosotros?

—Porque su madre ha muerto, hijito. Ha sido un golpe muy duro para la pequeña, de modo que será preciso que todos seamos muy, muy afectuosos con ella.

—¿Ha muerto tía Nina?

Sentía mucho aquella desaparición. La encantadora tía Nina, que fumaba cigarrillos…

—Sí. ¿La recuerdas, verdad?

No dijo que la recordaba muy bien. No valía la pena. ¿Para qué afirmar algo tan obvio?

—Josephine está en el cuarto de estudio, cariño. Ve con ella y trata de ser su amigo.

Vernon se encaminó lentamente adonde se hallaba su prima. No sabía si sentir alegría o no ante la perspectiva de encontrarla. Una niña… Estaba en la edad en que los chicos desprecian a las niñas. Parecía más bien un estorbo tener por allí a una chica. Pero, pensándolo mejor, no estaba mal aquello de tener a alguien. Todo dependería de cómo era. Por ahora se mostraría simplemente cortés. Al fin y al cabo, se había quedado sin madre.

Abrió la puerta, y entonces en el cuarto de estudio, Josephine estaba sentada sobre el antepecho de la ventana y balanceaba una de sus piernas. Cuando le miró todas las intenciones de mostrarse afectuoso desaparecieron del ánimo de Vernon.

Era una chica más bien corpulenta y tenía su misma edad. Llevaba su cabello moreno peinado hacia delante y cortado a la altura de los ojos. La barbilla le sobresalía un poco, dándole un aspecto resuelto. Su piel era muy blanca y sus pestañas, muy largas. Aunque tenía unos dos meses menos que Vernon, mostraba una sofisticación impropia de su edad. Se la veía a la vez cauta y desafiante.

—Hola —dijo.

—Hola —repuso Vernon con voz apagada.

Siguieron contemplándose mutuamente, con sospecha como pasa con los niños y los perrillos.

—Supongo que eres mi prima Josephine.

—Así es; pero preferiría que me llamaras Joe. Así me dicen todos.

—De acuerdo… Joe.

Se produjo un silencio. Para que no se hiciera demasíado opresor, Vernon se puso a silbar.

—Está bien esto de volver a casa —observó finalmente.

—El lugar es maravilloso —asintió Joe.

—¿Así que te gusta? —preguntó Vernon, presa de cierta simpatía por ella.

—Muchísimo. Me gusta más que cualquiera de las otras casas en que he vivido.

—¿Has vivido en muchas?

—Oh, sí. Primero en Coombes, cuando vivíamos con papá. Luego en Montecarlo, con el coronel Anstey. Después en Toulon, con Arthur y por fin en una serie de localidades suizas, a causa de la

enfermedad de los pulmones que Arthur padecía. Cuando Arthur murió, me enviaron a un convento, porque mi madre no tenía tiempo para dedicarme por entonces. No me gustaba el convento; las monjas eran tan tontas… Tenía que bañarme con el camisón puesto. Al morir mamá, tía Myra fue a buscarme y me trajo a esta casa.

—Siento muchísimo lo de tu madre —dijo Vernon un poco embarazado.

—Sí —repuso Joe—. En cierto sentido fue un fastidio. Aunque no para ella.

—¡Oh! —exclamó Vernon muy sorprendido.

—No digas nada a tía Myra —dijo Joe—. Tengo la impresión de que se alarma fácilmente con ciertas cosas. Un poco como las monjas. Hay que tener cuidado con lo que se dice. Mamá no se preocupaba gran cosa por mí, sabes. Era muy buena y todo eso, pero siempre andaba medio chiflada por un hombre u otro. Oí decir eso a alguien en un hotel donde estuvimos, y era la verdad. No podía evitarlo. Sin embargo, todo esto es un mal asunto. Lo que es yo, cuando sea mayor, me cuidaré muy bien de tener nada que ver con los hombres. No vale la pena.

—¡Oh! —volvió a exclamar Vernon.

Se sentía sumamente joven e inexperto al lado de aquella sorprendente persona.

—El que más me agradaba era el coronel Anstey —continuó Joe, recordando su pasado—. Pero la verdad es que mamá sólo se fugó con él para dejar a papá. Vivimos en hoteles muy buenos cuando estábamos con él. En cambio Arthur era muy pobre. Si cuando sea mayor me llega a atraer algún hombre, ya procuraré que sea rico. Con dinero todas las cosas son más fáciles.

—¿Y tu padre? ¿No era bueno contigo?

—Oh, era un demonio. Así lo decía mamá y tenía toda la razón. Nos odiaba a las dos.

—¿Por qué?

Joe frunció sus negras y rectas cejas con gesto de perplejidad.

—No lo sé muy bien. Creo que su actitud tenía algo que ver conmigo. Me parece que con el hecho de que yo naciera. Según pienso ahora, tuvo que casarse con mamá porque ella me estaba esperando. Algo así. Eso le hacía estar siempre de mal humor.

Los dos niños se miraron mutuamente, solemnes e intrigados.

—El tío Walter está en Sudáfrica, ¿no es así? —prosiguió Joe.

—Sí. Recibí tres cartas suyas en el colegio. Buenísimas.

—Es un tío estupendo. Yo le adoro. Vino a por nosotras cuando estábamos en Montecarlo, ¿sabes?

Un recuerdo se agitó en la memoria de Vernon. Claro; ahora recordaba: su padre deseaba que Joe fuese a vivir con ellos a Abbots Puissants.

—Fue él quien dispuso las cosas para que yo fuera al convento. La reverenda madre afirmó que era un hombre encantador. El prototipo de caballero inglés bien nacido, dijo. Me hizo gracia su modo de definirlo.

Ambos rieron un poco.

—¿Qué te parece si damos una vuelta por el jardín? —preguntó Vernon.

—Bien. Oye, sé de un lugar donde hay cuatro nidos; parecen abandonados.

Salieron mientras hablaban amistosamente sobre nidos de pájaros.

3

A criterio de Myra, Joe era una niña enigmática. Tenía buenos modales, sabía contestar con rapidez y cortesía si le preguntaban algo y, aunque no las devolvía, no tenía inconveniente en que le hicieran caricias. Pero parecía muy independiente. Había dicho a la doncella que no se ocupara de ella y, como se cuidaba de todas sus cosas, la mujer poco trabajo tenía. Repasaba su propia ropa, se cosía los botones, planchaba y siempre se la veía limpia y pulcra sin que nadie tuviese que pedírselo. Era, en suma, el tipo de niña que Myra nunca podría comprender. La profundidad de su sabiduría era, sin embargo, algo que ni siquiera sospechaba la madre de Vernon. De conocerla, se hubiese horrorizado. Pero Joe era astuta y muy lista. Sabía plegarse a las diferentes clases de personas con las que entraba en relación y se cuidaba especialmente de no «sorprender a tía Myra». En realidad sentía por ella algo parecido a un cortés

desprecio.

—Tu madre —dijo a Vernon— es muy buena, pero un poco tonta, ¿no te parece?

—¡Es muy hermosa! —repuso Vernon con vehemencia.

—Sí, lo es —asintió Joe—. A excepción de sus manos. Me gusta mucho su pelo. Quisiera tenerlo rubio rojizo, como ella.

—Le llega hasta más abajo de la cintura —dijo Vernon.

Encontraba que Joe era una compañera maravillosa, muy diferente de la idea que previamente albergara sobre las mujeres. Odiaba las muñecas, no lloraba jamás, tenía tanta fuerza como él o más, y siempre se mostraba dispuesta a jugar a cosas peligrosas. Juntos treparon a los árboles, anduvieron en bicicleta, se llevaron golpes y lo pasaron en grande. En las vacaciones de verano llegaron a coger un nido de avispas, aunque el éxito de la empresa se debió más a la suerte que a la pericia.

Vernon podía hablar libremente a Joe, de modo que no se privó de hacerlo. Su prima le abría ante sus ojos un mundo completamente inesperado. Un mundo en el que las personas, huían con los maridos o las esposas de otros; un mundo en el que se bailaba y se jugaba con dinero; un mundo en el que reinaba el cinismo. Joe había amado a su madre con ternura protectora. Tanto, que casi se habían invertido los papeles entre la madre y su hija.

—Era demasiado blanda —dijo Joe—. Yo no seré como ella en eso. Si eres blando, la gente abusa de ti. Los hombres son unos animales; pero si les ganas por la mano, todo puede ir bien. De todos modos, son unos animales.

—Eso es una majadería y no me lo creo.

—Claro. También tú serás hombre algún día.

—No es por eso. Es que no me considero un animal.

—Ni yo. Pero ya lo serás cuando crezcas.

—Pero oye, Joe: algún día tendrás que casarte. Y no me dirás que vas a casarte con un animal.

—¿Y por qué he de casarme algún día?

—Porque todas las chicas lo hacen. No irás a ser una solterona como la señorita Crabtree.

Joe mostró cierta inquietud. La señorita Crabtree era una mujer que desarrollaba una serie de actividades en la aldea y que parecía

hallar particularmente placer en sermonear, comenzando siempre por el consabido «mis queridos niños».

—Yo no seré un tipo de soltera como la señorita Crabtree —repuso Joe un poco insegura—. Seré… bueno, de esas mujeres que llevan a cabo empresas, cosas… Tocaré el violín, escribiré libros o pintaré cuadros fantásticos.

—Espero que no toques el violín —repuso Vernon.

—Pues eso es lo que más me gustaría. ¿Por qué odias tanto la música?

—No lo sé. La odio. Me hace sentir muy mal aquí dentro.

—¡Qué raro! Pues a mí me produce una sensación agradable. ¿Qué harás cuando seas mayor?

—No lo sé. Quisiera casarme con una mujer extraordinariamente bonita y traerla a vivir conmigo a Abbots Puissants. Me gustaría tener muchos perros y caballos.

—Qué birria —repuso Joe—. No creo que eso me interese lo más mínimo.

—No me interesan las cosas que la gente suele encontrar apasionantes.

—Pues a mí sí. Quiero que todo cuanto me rodee sea apasionante y que nunca dejen de pasar cosas.

4

Joe y Vernon no contaban con muchos más chicos con quienes jugar por los alrededores. Los hijos del vicario, con los que solía verse Vernon cuando era pequeño, ya no estaban por allí, pues su padre había sido asignado a otra zona del país. Su sucesor era soltero. La mayoría de los niños pertenecientes a familias de la categoría de los Deyre vivían en casas demasiado lejanas de Abbots Puissants como para hacerles visitas frecuentes.

La única excepción era Nell Vereker. Su padre, un capitán, era mandatario de Lord Coomberleigh. Hombre alto y algo encorvado, tenía unos ojos muy azules y hablaba con abundantes vacilaciones. Contaba con buenas amistades pero, en general, era poco eficiente; defecto que su esposa remediaba en buena medida. Alta y

autoritaria, era aún hermosa. Sus ojos eran claros y sus cabellos muy rubios. En realidad ella había sido quien proporcionara su puesto al padre de Nell y, desplegando parecida energía, pudo introducirse en las mejores casas de los alrededores. Aunque de buena cuna, carecía, como su esposo, de dinero, lo que no era óbice para impedirle tratar de que su vida y la de su familia llegase a conocer toda clase de éxitos.

Tanto Vernon como Joe se aburrían extraordinariamente con Nell Vereker. Era una niña pálida, de pelo rubio desvaído. Sus párpados y la punta de su nariz parecían pintados levemente de rosado. No poseía especial habilidad para nada, corría poco y no sabía trepar a los árboles. Siempre iba vestida de muselina blanca y su juego favorito consistía en organizar meriendas para sus muñecas.

En cambio, a Myra, Nell Vereker le resultaba encantadora. «Es una perfecta damita», solía decir. Vernon y Joe eran amablemente corteses con ella y también con su madre, que era quien solía traerla a la casa a la hora del té. Los primos trataban de imaginar juegos que podrían gustar a la visita, pero siempre dejaban escapar hondos suspiros de alivio al verla marchar. Ella y su madre iban siempre muy tiesas en el coche alquilado que venía a buscarlas.

Fue en las segundas vacaciones de Vernon, poco después del famoso episodio del nido de avispas, cuando llegaron los primeros rumores sobre Deerfields.

Deerfields era el nombre que llevaba la propiedad vecina a Abbots Puissants, perteneciente a *Sir* Charles Alington. Cuando algunas amigas de Myra fueron a casa de ésta a almorzar, se suscitó una conversación sobre el tema.

—Absolutamente cierto. Lo supe de una fuente segura. La propiedad ha sido vendida a esa gente. Sí, *judíos*. Naturalmente, tienen una fortuna inmensa. ¿El precio? Altísimo, según creo. Se llaman Levinne. No; judíos rusos, según me han dicho. Eso sí, gente absolutamente *imposible*. Lo siento por *Sir* Charles, aunque conserve la propiedad que tiene en York-shire. Parece que ha perdido muchísimo dinero últimamente. No; nadie va a visitarles, naturalmente.

Joe y Vernon estaban muy agradablemente interesados con la novedad. Todos los retazos de conversación que les llegaban sobre

Deerfields eran cuidadosamente retenidos y comentados por ellos. Finalmente, los extraños comenzaron la mudanza y a poco estaban instalados en su nueva propiedad. Los comentarios aumentaron.

—Oh, absolutamente imposible, señora Deyre… Tal como lo preveíamos… Cabe preguntarse qué se han creído… ¿Qué esperaban? Supongo que terminarán dándose cuenta de las cosas y venderán la propiedad. Así les veremos lejos de aquí. Sí, es toda una familia. Un niño varón, de la edad de su hijo Vernon, creo…

—Me pregunto qué aspecto tienen los judíos —comentó Vernon a Joe—. ¿Por qué a nadie le simpatizan? En el colegio pensábamos que uno de nosotros era judío; pero como suele comer tocino con el desayuno, la información demostró ser falsa.

Los Levinne resultaron ser judíos de religión cristiana. Compraron una hilera de bancos en la iglesia de la aldea y allí se les veía cada domingo. Toda la congregación parecía mostrar hacia ellos un inagotable interés. El primer domingo, la familia iba encabezada por el señor Levinne. Era un hombre muy corpulento, de aspecto saludable y vestía un abrigo muy ceñido al cuerpo. Su nariz era enorme y la cara le brillaba. Le seguía la señora Levinne, que constituía un espectáculo verdaderamente impresionante, con su vestido de amplias mangas, su rostro parecido a un reloj de arena y sus ostentosas alhajas. Llevaba un gran sombrero con plumas del que salían cascadas de rizos negros. Con ellos iba un chico algo más alto que Vernon. Su cara era alargada y a cada lado de ella sobresalían sus grandes orejas.

Un coche muy costoso con lacayo les esperaba a la salida. Subieron a él y se fueron.

—¡Ejem! —dijo la señorita Crabtree.

Se formaron pequeños grupos, que de inmediato se dispusieron a hablar animadamente.

5

—Creo que es desagradable —dijo Joe.

—¿Qué es lo desagradable?

Ambos se encontraban en el jardín.

—Esa gente.

—¿Te refieres a los Levinne?

—No, a la gente. ¿Por qué tienen que comportarse de manera tan repugnante?

—Bueno —dijo Vernon, tratando de ser estrictamente imparcial —. Tienen realmente un aspecto bastante extraño.

—Pienso que la gente es asquerosa.

Vernon permaneció callado. Joe, la rebelde ante cualquier circunstancia nueva, siempre le abría mundos nuevos a la reflexión.

—El chico me pareció muy simpático —afirmó Joe—, aunque sus orejas le sobresalgan tanto.

—Pues a mí lo que me parece es que ya es hora de que contemos con alguien nuevo para jugar. Y me ha dicho Kate que esa gente está haciendo una piscina en Deerfields.

—Han de ser riquísimos —dijo Joe.

La fortuna no significaba nada para Vernon. Nunca se había detenido a pensar en el dinero.

Durante cierto tiempo, los Levinne fueron casi el único tema de conversación. ¡Qué mejoras estaban llevando a cabo en Deerfields! ¡La de hombres que se traían a trabajar!

Un día la señora Vereker fue a Abbots Puissants a tomar el té, llevando con ella a Nell. En cuanto llegó y antes de penetrar en la casa, comunicó noticias de importancia capital.

—Tienen un automóvil.

—¿Un automóvil?

Por entonces, los coches a motor eran algo de lo que apenas se oía hablar y Vernon nunca había visto uno por los alrededores. Sintió envidia. ¡Un automóvil!

—Un automóvil y una piscina —murmuró para sí.

Aquello era demasiado.

—No es una piscina —dijo Nell—, sino un jardín sumergido.

—Kate dice que es una piscina.

—Pues nuestro jardinero me ha dicho que es un jardín sumergido.

—¿Y qué es un jardín sumergido?

—No lo sé —confesó Nell—. Pero eso es lo que es.

—No me lo creo —dijo Joe—. ¿A quién le gustaría tener una tontería así cuando puede tener una piscina?

—Te digo lo que nos ha contado nuestro jardinero.

—Ya te he oído —repuso Joe; su espíritu travieso se hizo patente en sus ojos—. Bueno, pues vamos a verlo.

—¿El qué?

—Iremos a verlo por nosotros mismos.

—Oh, pero no podemos —objetó Nell.

—¿Por qué no? Podemos llegarnos hasta allí atravesando el bosque.

—Excelente idea —exclamó Vernon.

—Yo no quiero ir con vosotros —dijo Nell—. A mamá no le agradaría. Lo sé.

—Vamos, no seas aguafiestas, Nell.

—A mamá no le agradaría —insistió Nell.

—Muy bien, pues quédate entonces. No tardaremos.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Nell. No le gustaba que la dejasen de lado. Les miraba a punto de echarse a llorar retorciendo entre sus dedos la falda de su vestido blanco.

—No tardaremos, Nell —repitió Vernon.

Y echaron a correr. Nell no pudo contenerse.

—¡Vernon!

—¿Qué?

—Esperadme, que yo también voy con vosotros.

Se sintió una auténtica heroína al anunciarlo; pero ni Joe ni Vernon parecieron particularmente impresionados. Esperaron con clara impaciencia a que Nell llegara hasta donde estaban.

—Bueno —advirtió Vernon—. Yo estoy al mando. Las dos habréis de hacer lo que yo indique.

Sortearon la valla del parque, avanzando al abrigo de los árboles. Hablaban en voz muy baja. Prosiguieron, atravesando el bosque, hasta llegar cerca de la casa. Pronto la tuvieron delante, un poco hacia la derecha de donde se encontraban.

—Tendremos que llegar un poco más cerca y situarnos sobre aquella altura —ordenó Vernon.

Las dos niñas le siguieron obedientes.

Pero de pronto una voz resonó en los oídos de los tres. Quien hablaba estaba cerca de ellos.

—Estáis invadiendo propiedad ajena.

Se volvieron sorprendidos. Quien hablaba era el chico de rostro

amarillo y grandes orejas. Llevaba las manos en los bolsillos y los miraba con desdén.

—Estáis invadiendo propiedad ajena —repitió.

Había algo en su voz que despertaba un inmediato sentimiento de hostilidad. De ahí que en vez de decir el «lo siento» que ya acudía a sus labios, Vernon sólo exclamó:

—¡Oh!

Los dos chicos se miraron con la fría mirada calculadora de dos adversarios que se aprestan a batirse en duelo.

—Venimos de la propiedad vecina —dijo Joe.

—¿Sí? Pues ya podéis volveros. Mis padres no os quieren aquí.

Se las arreglaba para ser intolerablemente ofensivo al hablar. Vernon, que tenía conciencia de no estar del lado de la razón, se ruborizó de ira.

—Debieras hacer lo posible por hablar con educación.

—¿Para qué? —repuso el otro.

Se volvió al oír pasos que provenían del lado de su casa, a través del bosque.

—¿Es usted, Sam? —preguntó. Y sin oír la réplica prosiguió hablando—: ¿Quiere usted echar a estos tres niños que han invadido nuestra propiedad?

El guardabosques, que salía en aquel momento de entre los árboles, sonrió mientras se llevaba la mano a la frente. El niño se dispuso a marcharse, como si la conversación hubiese perdido todo interés para él. El guardabosques miró a los otros tres frunciendo mucho el ceño.

—Fuera de aquí, sabandijas. Si no salís corriendo, os soltaré los perros.

—No nos asustan los perros —repuso Vernon con arrogancia, mientras se daba la vuelta para marcharse.

—No os asustan los perros, ¿eh? Pues entonces os haré perseguir por un rinoceronte que tengo precisamente aquí.

Les dejó y Nell se puso a tironear frenéticamente la mano de Vernon.

—¡Ha ido en busca de ese animal! —exclamó—. ¡Vamos, démonos prisa!

Su alarma era contagiosa. Tanto y tan mal se había hablado de Levinne, que la amenaza del guardabosque parecía algo

perfectamente verosímil. Como movidos por un solo impulso, los tres salieron disparados hacia Abbots Puissants, corriendo en línea recta a través de la maleza. Vernon y Joe iban delante. De pronto les llegó una exclamación lastimera de Nell.

—¡Vernon! ¡Vernon! ¡Esperadme, por favor! Se me ha manchado el vestido…

¡Qué fastidiosa era Nell! No sabía correr ni hacer nada como era debido. Vernon fue hasta donde estaba y le dio una sacudida a la falda para librarla de la zarza en la que estaba enredada. Al hacerlo, rasgó el vestido de la visitante. Luego la levantó.

—Vamos, corre.

—Es que estoy tan cansada… No puedo seguir corriendo. Oh, Vernon, estoy tan asustada…

—Vamos.

Cogiéndola de la mano la impulsó hacia delante. Llegaron por fin a la valla del parque y, trepando por ella, se dejaron caer al otro lado.

6

—B… bueno —dijo Joe, abanicándose con un sucio sombrero de paño—. No puede negarse que hemos corrido una buena aventura.

—He echado a perder mi vestido —gimió Nell—. ¿Qué haré ahora?

—Odio a ese chico —exclamó Vernon—. Es un bellaco.

—Un asqueroso bellaco —corrigió Joe—. Le declararemos la guerra. ¿Qué os parece?

—¡Bien!

—¿Qué haré con mi vestido?

—Me resulta extraño eso de que tengan un rinoceronte —dijo Joe pensativa—. ¿Crees que Tom Boy lo atacaría si le adiestráramos especialmente?

—No quiero que Tom Boy resulte herido —repuso Vernon.

Tom Boy era el perro del establo y Vernon le tenía un cariño muy especial. Como su madre siempre se había negado a que hubiese perros en casa, Tom Boy era lo más parecido a un perro que

Vernon podía imaginar.

—No sé qué dirá mamá cuando vea mi vestido.

—Deja de fastidiar con tu vestido, Nell. No sirve para jugar al aire libre, de todos modos.

—Diré a tu madre que todo ha sido por mi culpa —dijo Vernon con impaciencia—. No seas tan niña.

—¡Es que soy una niña! —repuso Nell.

—Bueno, también lo es Joe y no por eso va por ahí hablando siempre como una quejica. Es tan sufrida como un hombre.

Pareció como si Nell fuese a soltar el llanto; pero en aquel momento los llamaron desde la casa.

—Lo siento, señora Vereker —dijo Vernon al acudir—. Me temo que he maltratado el vestido de Nell.

Se produjeron reproches por parte de Myra y corteses palabras de la señora Vereker, quien dijo que aquello carecía de importancia. Cuando las visitantes se hubieron marchado, Myra se dirigió a su hijo.

—No debes ser tan brusco, hijo. Cuando una niñita viene a merendar a casa has de portarte con ella como un caballerito y cuidarla mucho.

—¿Por qué ha de venir a merendar? Nos aburre Nell. Lo complica todo.

—¡Vernon! Nell es una pequeñita encantadora.

—No, mamá. Es una birria.

—¡Vernon!

—Pues eso es lo que nos parece. Y tampoco me gusta su madre.

—Verdaderamente, tampoco a mí me cae del todo bien la señora Vereker —admitió su madre—. Pienso que es una mujer muy dura. Sin embargo, no puedo entender por qué no os cae bien Nell. La señora Vereker me ha dicho que siente veneración por ti, Vernon.

—Me tiene sin cuidado.

Salió corriendo y Joe tras él.

—Guerra —dijo—. Eso es: guerra. Creo que ese pillo Levinne es en realidad un boer disfrazado. Hemos de planificar la campaña en su contra. ¿Por qué tenía que venir a vivir junto a nuestra casa? ¿Por qué hemos de permitir que nos complique la vida?

La guerrilla que siguió iba a resultar extraordinariamente Variada e interesante para Vernon y Joe. Idearon toda clase de

métodos para molestar al enemigo. Ocultos tras los árboles, le arrojaban cacahuetes o le hostigaban con pequeños guisantes que soplaban por una caña. Hasta llegaron a dibujar una mano con pintura roja sobre un cartón y muy sigilosamente alcanzaron la casa de los Levinne, colgándolo del picaporte de la puerta. Debajo de la mano escribieron la palabra «venganza».

Algunas veces el enemigo atacaba por su lado. También él poseía una caña para arrojar proyectiles. Cierta vez se emboscó con una manguera en la mano.

Hacia unos diez días que habían empezado las hostilidades cuando Vernon halló a Joe sentada sobre el tronco de un árbol recién cortado con aspecto abatido. No era aquélla una actitud habitual en ella.

—¿Qué sucede? Pensé que te estabas preparando para atacar al enemigo con aquellos tomates maduros que nos dio la cocinera.

—Iba a hacerlo. Quiero decir, lo hice.

—¿Qué sucedió, Joe?

—Yo estaba encaramada a un árbol y él apareció debajo de mi. Pude haberle dado de lleno.

—¿Quieres decir que no lo hiciste?

—No.

—Pero ¿por qué?

El rostro de Joe se encendió y se puso a hablar con rapidez.

—No pude. Sabes, él ignoraba que yo estaba allí; y tenía un aspecto tan… tan… solitario. Parecía que odiara todas las rosas. Creo que ha de ser algo muy malo eso de no tener a nadie con quien jugar.

—Sí, pero…

Vernon se interrumpió, tomándose un momento para poner en orden sus ideas.

—¿Recuerdas que te dije que la gente era asquerosa? —continuó diciendo Joe—. La gente se muestra hostil con los Levinne y ahora nosotros mismos nos portamos como todos los demás.

—Sí, pero no olvides que fue él quien comenzó —dijo Vernon.

—Tal vez no lo hizo ex profeso.

—Tonterías.

—No; observa que los perros te muerden si tienen miedo o sienten recelo. Creo que ese chaval esperaba que nosotros nos

portásemos poco amistosos con él y quiso adelantarsenos. Hagamos las paces.

—No es posible en plena guerra.

—Oh, sí. Levantaremos una bandera blanca e iremos con ella, solicitando entablar negociaciones de paz. Ya veremos si es posible llegar a condiciones aceptables para ambas partes.

—Bueno —aceptó Vernon—. No pongo inconvenientes. De todos modos, será un cambio. ¿Qué usaremos como bandera? ¿Mi pañuelo o tu delantal?

Marchar tras la bandera blanca resultó apasionante. No tardaron en encontrar al enemigo, quien les miró con gran sorpresa.

—¿Qué hay? —preguntó.

—Deseamos entablar negociaciones —repuso Vernon.

El otro lo pensó brevemente.

—De acuerdo —dijo al fin.

—Lo que queremos decirte es esto —comenzó argumentando Joe—: Si estás de acuerdo, quisiéramos ser amigos.

Se miraron los tres entre sí.

—¿Por qué queréis ser amigos míos?

El pequeño hebreo se mostraba receloso.

—Porque nos parece un poco tonto —siguió Vernon— vivir en casas vecinas y no ser amigos. ¿No lo crees así?

—¿De quién fue la idea?

—Mía —dijo Joe.

—Me llamo Sebastián.

Había hablado con un casi imperceptible tartamudeo.

Joe sintió la intensa mirada de los ojos muy negros de Sebastián. Pensó que era un chico extraño. Sus orejas parecían sobresalirle como nunca.

—Estoy de acuerdo —agregó el hasta entonces enemigo.

Se produjo un silencio embarazoso.

—Tienes un nombre muy extraño —dijo Joe—. Mi primo se llama Vernon y yo, Joe. Vernon va al colegio, ¿y tú?

—También. Más adelante iré a Eton.

—Como yo —dijo Vernon.

De nuevo pudo notarse una ligerísima hostilidad en el aire. Pero fue la última vez.

—Venid a ver nuestra piscina —exclamó Sebastián—. Es

bastante divertida.

CAPÍTULO OCTAVO

1

La amistad con Sebastián Levinne se fue haciendo cada vez más íntima. Mucho tenía que ver en ello el secreto que los tres chicos habían resuelto guardar. La madre de Vernon se hubiera horrorizado de haber advertido la nueva relación de su hijo y su sobrina. La familia Levinne no hubiese pensado nada por el estilo, pero sin duda se habría sentido en la obligación de actuar en consecuencia, de modo que los resultados serían a la postre los mismos.

Los meses en que Vernon se hallaba en el colegio resultaban muy pesados para la pobre Joe, que tenía que vérselas con una maestra que llegaba diariamente a la casa por la mañana y a quien no parecían adecuadas las maneras francas y rebeldes de su discípula. Joe sólo vivía pensando en las vacaciones. En cuanto éstas llegaban, ella y Vernon se encaminaban hacia el lugar secreto de reunión, situado junto a una abertura de la cerca que separaba ambas propiedades. Habían puesto, a punto todo un código de silbidos y de señales. A veces, Sebastián se encontraba allí antes de la hora convenida, acostado sobre los helechos.

Allí jugaban, pero también solían tener largos ratos de charla. Sebastián les contaba largas historias sobre Rusia y así supieron de la persecución de los judíos y de los pogromos. Sebastián nunca había estado en Rusia, pero había vivido con ciertos hebreos rusos. Su familia había escapado por los pelos de un pogromo. A veces decía frases en ruso, cuando Vernon y Joe se lo pedían insistentemente. Todo aquello era apasionante para los tres.

—Todo el mundo nos odia por aquí —dijo cierta vez Sebastián

—. Pero no importa. No podrán con nosotros porque papá es muy rico. Con dinero se puede comprar lo que sea.

Cuando hablaba así descubría cierta enfática arrogancia.

—No —repuso Vernon—. No puede comprarlo todo. El hijo del viejo Nichols volvió a su casa tras perder una pierna en la guerra. Y todo el dinero del mundo no hubiera bastado para hacerla crecer de nuevo.

—Es que yo no me estaba refiriendo a ese género de cosas —admitió Sebastián—. Con todo, con dinero se puede comprar la mejor pata de palo y el mejor par de muletas.

—Yo usé muletas durante un tiempo —dijo Vernon—. Fue muy divertido. Tenía la más formidable enfermera que puedas imaginarte.

—Ya ves —observó Sebastián—. Todo porque eras rico. De ser pobre, te hubieses quedado sin ella.

«¿Era rico? —pensaba Vernon—. Sí, seguramente lo era». Nunca lo había pensado.

—Yo quisiera ser rica —dijo Joe.

—Pues podrías casarte conmigo cuando seas mayor —propuso Sebastián.

—Pero entonces nadie iría a visitarla —observó Vernon.

—Pues eso me importaría muy poco —protestó Joe—. Me tendría sin cuidado lo que tía Myra o cualquier otra persona pensara o dijera. Me casaría con Sebastián si quisiera.

—Y la gente sí que la visitaría —agregó Sebastián—. Vosotros no lo sabéis, pero los judíos son muy poderosos. Dice mi padre que no es posible la vida sin nosotros. Ya sabéis que *Sir* Charles Alington tuvo que vendernos Deerfields.

Un súbito escalofrío recorrió a Vernon. Sentía, sin poder articular aquel sentimiento, que estaba confraternizando con un miembro de cierta raza enemiga. Sin embargo, no albergaba antagonismo alguno contra Sebastián. Sólo al principio; y de eso ya había pasado bastante tiempo. Ahora ambos eran amigos y en cierto modo estaba convencido de que así sería siempre.

—El dinero —dijo Sebastián— no sólo sirve para comprar cosas, sino para mucho más. Proporciona poder sobre otras personas. Y sobre todo te permite reunir y coleccionar cosas bellas.

Al decir aquello hizo un gesto extraño, muy poco inglés, con

ambas manos.

—¿Qué quieres decir con eso de reunir cosas bellas? —preguntó Vernon.

Sebastián no supo qué responder. Él mismo no sabía qué significaba. Las palabras le habían acudido a los labios por sí solas.

—De todos modos —concluyó Vernon—, las cosas nada tienen que ver con la belleza.

—¡Oh, sí! Deerfields es maravilloso, aunque no tanto como Abbots Puissants.

—Pues cuando Abbots Puissants sea mío —dijo Vernon— podrás venir y estarte allí todo el tiempo que desees. Siempre seremos amigos, ¿no es así? Que la gente diga lo que quiera.

—Sí; siempre seremos amigos —confirmó Sebastián.

2

Poco a poco, los Levinne fueron imponiéndose. La iglesia necesitaba un órgano nuevo y el señor Levinne lo donó. Para conmemorar la ocasión, Deerfields fue abierto a toda la comunidad y los chicos del coro asistieron, recibiendo fresas y helados. La Liga de la Primavera recibió una amplia dádiva. Llegó el momento en que, se mirara adonde se mirase, la opulencia y la generosidad de los Levinne saltaba a la vista.

—¡Naturalmente que son impresentables! —decían las gentes—. Pero la señora Levinne es un portento de prodigalidad.

Y agregaban otros comentarios:

—Sí, claro, son judíos; pero es absurdo que mostremos prejuicios contra ellos. Muchas buenas personas son y han sido judías.

Se rumoreaba que también el vicario había emitido una opinión:

—El propio Jesucristo fue judío.

Pero nadie le creía en realidad. El vicario, para comenzar, era soltero. Algo extraordinariamente desusado. Tenía, además, extrañas ideas sobre la comunión. No era raro que pronunciara incomprensibles sermones, aunque nadie estaba en condiciones de afirmar que alguna vez dijese algo que pudiera considerarse sacrílego.

Fue el vicario quien presentó a la señora Levinne a la Sociedad de Señoras que se reunían dos veces a la semana para tejer y coser ropas para los soldados que estaban combatiendo en Sudáfrica. Tener a la señora Levinne entre ellas dio lugar al principio a algunas situaciones embarazosas.

Finalmente, *Lady* Coomberleigh, con el ánimo suavizado por la pródiga donación hecha por los Levinne a la Liga de la Primavera, decidió hacer de tripas corazón y visitar a los hebreos en su casa. Fue el comienzo de una corriente general: lo que *Lady* Coomberleigh hacía no tardaba en ser imitado por todos.

No obstante, los Levinne no fueron tratados como íntimos. Sí que se les aceptó, si se quiere, oficialmente, pero con ciertos límites.

Aquello bastaba, de todos modos, para que los vecinos dijeran:

—Es una señora muy bondadosa. Aunque hay que admitir que los vestidos que usa no son en absoluto apropiados para la vida en el campo.

La objeción tuvo, empero, escasa vigencia pues la señora Levinne, como todos los integrantes de su raza, era un portento de adaptación. Al poco tiempo vestía ropas de *tweed* como la mejor.

Poco después, Joe y Vernon fueron oficialmente invitados a merendar en Deerfields.

—Bueno —suspiró Myra—. Supongo que habréis de ir por esta vez, aunque tendréis que comportaros con educación y evitar una excesiva intimidad. El niño tiene realmente un aspecto rarísimo, pero no has de ser descortés con él, Vernon. ¿Me lo prometes?

Joe y Vernon entraron así oficialmente en relación con Sebastián. Aquello los divertía mucho.

Pero la aguda Joe creyó comprender que la señora Levinne sabía mucho más sobre la relación entre los tres niños de lo que pudiera saber tía Myra. La señora Levinne no tenía un pelo de tonta. Era como Sebastián.

3

Walter Deyre murió pocas semanas antes de que acabara la guerra contra los boers. Su fin se debió a un despliegue de valor.

Herido cuando volvía atrás para rescatar a un camarada rodeado por intenso fuego, recibió poco después una descarga que dejó a ambos sin vida. Se le concedió a título póstumo la Cruz de la Reina Victoria por servicios distinguidos.

La carta en la cual su coronel daba cuenta a Myra de las circunstancias de la muerte de Walter fue considerada por la madre de Vernon como su más preciada posesión.

> Nunca —escribía el coronel— conocí a alguien que despreciara tanto el peligro. Sus hombres le veneraban y le hubiesen seguido donde fuera. Arriesgó repetidas veces la vida con extraordinaria bizarría. Puede usted, señora, sentirse realmente orgullosa de él.

Myra leía y releía la carta para sí y también para las que la visitaban. La misiva amortiguaba el vago dolor de que su marido no le hubiese enviado un último adiós.

«Aunque, como buen Deyre, nunca lo habría hecho», se confesaba a sí misma.

Sin embargo, Walter dejó en realidad una carta, en cuyo sobre constaba la inscripción: «En caso de que resulte muerto». No estaba, sin embargo, dirigida a su mujer y ésta nunca se enteró de su existencia. Aunque apenada, se sentía feliz. Su marido era suyo en la muerte como nunca lo fuera en vida, y gracias a su fácil capacidad para imaginar las cosas como nunca lo eran en realidad, no tardó en tejer toda una fantasía sobre los amores de la pareja y lo maravillosamente feliz que había sido la vida matrimonial entre ambos, en vida de Walter.

Es difícil decir de qué modo Vernon se vio afectado por la muerte de su padre. No sintió verdadera pesadumbre y su aparente estoicidad se vio sin duda acrecentada por los deseos de su madre de que desplegara emociones dramáticas. Sentía orgullo de ser hijo de Walter; un orgullo que casi le causaba un secreto dolor. Sin embargo comprendió lo que Joe quiso decir al sostener que era mejor para su madre que las cosas hubiesen ocurrido así. Recordaba con toda precisión el último paseo con su padre por la propiedad, lo que él le dijera y el sentimiento que silenciosamente habían compartido.

Ahora comprendía que él no quería volver. Sintió compasión por su padre. Siempre le había compadecido, sin saber por qué…

No era pesar lo que sentía por su muerte, sino más bien una especie de soledad en algún secreto resquicio del corazón. Su padre y tía Nina estaban muertos. Quedaba su madre, cierto; pero ésta pertenecía a otro género de realidades. No podía darle plena satisfacción. Nunca pudo. Siempre estiba apretujándole, hablándole fuerte, diciéndole que debían vivir el uno para el otro. Pero él no podía decir las frases que ella esperaba que pronunciase. Ni siquiera se sentía capaz de devolver sus caricias.

Deseaba ansiosamente que terminasen de una vez las vacaciones. Le disgustaba ver a su madre con los ojos enrojecidos y su ropa de luto, en la que no quedaba detalle por cuidar. De algún modo, se las ingeniaba para llevar siempre las cosas a niveles exagerados.

El señor Fleming, abogado de Londres, llegó a Abbots Puissants, dispuesto a pasar allí unos días y, por su parte, el tío Sydney se trasladó desde Birmingham. Al cabo de dos días, Vernon fue llamado a la biblioteca.

Los dos hombres estaban sentados junto a la larga mesa que se veía en el centro de la habitación y Myra en una silla baja junto al fuego, enjugando lágrimas que manaban quietamente de sus ojos.

—Bueno, bueno, hijo —habló el tío Sydney—. Hay algo que debemos decirte. Nos gustaría hablar un poco contigo. Para comenzar ¿qué dirías de venirte conmigo y la tía Carne a Birmingham?

—Gracias —repuso Vernon—. Pero preferiría quedarme aquí.

—¿Pero no te parece un poco triste esto? Allá tenemos una casa espaciosa, no demasiado grande pero confortable, grata y alegre. Tendrías a tus primas contigo y podríais jugar todos durante las vacaciones. Yo pienso que sería bueno para ti venirte con nosotros un tiempo.

—Creo que es una buena idea —contestó Vernon con deferencia —. Sin embargo, insisto en que prefiero quedarme aquí. Muchas gracias, de todos modos.

—Ah, ejem —comenzó el tío Sydney.

Se sonó ruidosamente la nariz y en vez de proseguir con su intento, dirigió la mirada al abogado, quien se la devolvió, haciendo

a la vez un gesto afirmativo casi imperceptible.

—Es que las cosas no son tan simples, hijo —añadió entonces el tío Sydney—. Creo que eres ya suficientemente mayor para entender lo que voy a explicarte. Ahora que tu padre ha… ejem, muerto, Abbots Puissants te pertenece.

—Lo sé.

—¿Cómo que lo sabes? ¿Quién te lo ha dicho? ¿Acaso los sirvientes han estado chismorreando?

—No. Papá me dijo que así sería en caso de que muriese en la guerra.

—Oh —murmuró tío Sydney con gesto de sorpresa—. Ya veo. Bueno, pues como te decía, Abbots Puissants es tuyo ahora, pero sucede que un lugar como éste es sumamente caro de mantener. Hay que pagar muchos sueldos e impuestos, ¿sabes? Cosas por el estilo, que cuestan mucho dinero. Por otra parte, existen unos tributos, es decir, dinero que es preciso pagar al Estado en caso de muerte y transmisión de la propiedad. Impuestos de herencia.

Vernon permaneció callado.

—Ahora bien, tu padre no era rico. Al morir tu abuelo y encontrarse él con esta casa, advirtió que tenía tan poco dinero en efectivo que le sería preciso vender la propiedad, pues no podía pagar los impuestos ni mantenerla.

—¿Vender la propiedad? —preguntó Vernon mirándole con incrédula sorpresa.

—Sí. Nadie le obligaba a conservarla.

—¿Qué quieres decir con eso de que nadie le obligaba a conservarla?

El señor Fleming tomó aquí la palabra para explicarle que, de acuerdo con el derecho inglés, hay propiedades que el heredero puede vender y otras que no. Su padre estaba en condiciones de hacerlo si así lo deseaba.

—Pero… pero ¿no iréis a vender Abbots Puissants, verdad?

Miraba alternativamente a su tío y al abogado con ojos ansiosos e implorantes.

—Claro que no —repuso el señor Fleming—. La propiedad es tuya y nadie puede disponer de ella hasta que llegues a la mayoría de edad, es decir, hasta que cumplas veintiún años.

Vernon dejó escapar un suspiro de alivio.

—Pero hay un problema, Vernon —prosiguió el tío Sydney—. Y es que el dinero no alcanza para seguir viviendo aquí. Como te he dicho, tu padre, que era mayor de edad, hubiese tenido que vender esta casa. Felizmente, conoció a tu madre, se casó con ella y tuvo la suerte de que su mujer tuviera suficiente dinero para poder seguir aquí. Ahora, la muerte de tu padre crea una situación nueva: A excepción de Abbots Puissants, sólo ha dejado deudas. Y tu madre insiste en pagarlas.

Vernon oyó que su madre se sonaba las narices. El tío Sydney se mostraba cada vez más embarazado y resolvió terminar de una vez.

—Lo único sensato sería arrendar Abbots Puissants por un tiempo. Hasta que tú cumplas los veintiún años, por ejemplo. Tal vez las cosas mejoren, ejem, con el tiempo. Y tu madre sería feliz, entretanto, volviendo a encontrar a sus viejas amistades de Birmingham. Y a sus parientes. Has de pensar en tu madre, sabes, hijo.

—Sí —repuso Vernon—. Papá así me lo pidió antes de marcharse.

—¿De modo que lo dejamos así?

Qué crueles eran todos, pensó Vernon… Solicitarle opinión y consentimiento, cuando todo estaba arreglado de antemano. Podían actuar como les venía en gana y estaban dispuestos a hacerlo. ¿Para qué llamarle y representar aquella comedia?

Gente extraña se instalaría en Abbots Puissants.

¡Pues no importaba! ¡Ya llegaría la hora en que cumpliera veintiún años!

—Queridito hijo —dijo Myra—. Hago todo esto por ti. Este lugar sería tan triste sin papá… ¿No te parece?

Le tendió los brazos; pero Vernon hizo como si no la viera. Salió de la biblioteca. Pero antes dijo, no sin cierta dificultad:

—Gracias, tío Sydney. Gracias por explicarme las cosas.

4

Saliendo al jardín, se puso a dar vueltas al azar, hasta que llegó a la vieja abadía. Tomó asiento sobre una desgastada piedra,

dejando descansar la cabeza sobre sus puños.

«¡Mamá podría! —se dijo—. Si quisiera, podría. Pero prefiere ir a vivir a una horrible casa de ladrillos, con las cañerías a la vista, como la de tío Sydney. A ella no le gusta Abbots Puissants. Nunca le gustó. Entonces ¿para qué fingir? ¿Por qué decir que se sacrifica por mí? Eso no es cierto. Hace afirmaciones que no son ciertas. Siempre ha sido así».

Su pecho ardía de indignación reprimida.

—¡Vernon, Vernon! Te he estado buscando por todas partes. No podía imaginar dónde te habías metido. ¿Qué te su cede? Cuéntame.

Era Joe, y Vernon le contó todo. Tenía ante él a alguien con quien podía hablar. Alguien que le comprendía. Pero Joe le sorprendió.

—Bueno ¿y por qué no? ¿Por qué habría de privarse tía Myra de ir a Birmingham y vivir con la gente que más le simpatiza? Pienso que te estás conduciendo mal, Vernon. ¿Para qué tendría que quedarse aquí? ¿Para que tú pasases las vacaciones en Abbots Puissants? El dinero es de ella. ¿Por qué no ha de gastarlo en lo que más le apetezca?

—Pero Joe, Abbots Puissants…

—¿Qué le importa Abbots Puissants a tía Myra? En el fondo de su corazón, ella piensa de este lugar lo mismo que tú piensas de su casa en Birmingham. O de la casa de tu tío Sydney. No veo por qué tiene que pasar estrecheces sólo para seguir viviendo donde no le gusta. Si tu padre la hubiera hecho feliz aquí, tal vez ella hubiera cobrado cariño al lugar. Pero no fue así y tú lo sabes, o debieras saberlo ya a estas alturas. A mí me lo dijo mamá. No tengo particular afecto a tía Myra, aunque sé que en el fondo es buena. No la quiero, pero soy capaz de ser justa con ella. Se trata de su dinero. Eso es algo que has de tener en cuenta.

Vernon la miró. Entre ellos había estallado el antagonismo. Cada uno tenía sus puntos de vista y era incapaz de ver los del otro. Ambos hervían de indignación.

—Creo que a las mujeres les toca pasar lo peor —dijo Joe—. Y estoy del lado de tía Myra.

—Pues muy bien —repuso Vernon—. Ya te he entendido. Ponte de su lado, no me importa.

Joe se marchó y él quiso quedarse sentado sobre un resto de la antigua abadía.

Por primera vez interrogaba a la vida… Nada era seguro en ella. ¿Quién sería capaz de adivinar lo que iba a suceder después?

Cuando tuviese veintiún años. Pero es que no podía estar seguro ni de llegar a ellos. Nada era firme; nada era permanente.

Pensó en los tiempos en que era más pequeño. Dios, su niñera, el señor Green… Todos ellos eran tan ciertos y positivos… Y ahora no quedaba nada de ellos.

Sí, pensó: Dios. Estaba aún allí, suponía. Pero no era el mismo Dios. En absoluto. ¿Qué quedaría de todo aquello en la época en que cumpliera veintiún años? Y lo más extraño de todo, lo más misterioso: ¿Qué le habría sucedido a él para entonces?

Se sintió atrozmente solo. Su padre y tía Nina estaban muertos. Sólo quedaban en el mundo de los vivos su madre y el tío Sydney. Y ninguno de ellos… le pertenecía. No eran como él. Impuso una pausa al frenético fluir de sus pensamientos. ¡Le quedaba Joe! Joe tendría que haber comprendido. Pero no. Joe tenía sus rarezas. Cerró los puños. Se mostraría firme. Todo saldría bien.

Cuando cumpliera los veintiún años…

LIBRO SEGUNDO

NELL

CAPÍTULO PRIMERO

La habitación estaba cargada de esa típica nube de humo de cigarrillos que se desplaza lentamente de acá para allá, formando como una leve y movediza neblina azulada. Se podría escuchar una conversación a tres voces que tenía que ver con el mejoramiento de la raza humana y los estímulos para el arte, en especial para aquel que desafiaba los convencionalismos de rigor.

Sebastián Levinne, recostado contra la chimenea de mármol labrado que adornaba el salón de la casa de su madre en Londres, hablaba en tono didáctico, gesticulando mientras lo hacía. Su mano amarillenta sostenía un cigarrillo. Su tendencia a tartamudear aún se manifestaba, pero, tras largos años de combatirla, apenas se percibía. Su rostro mongoloide y sus largas y curiosas orejas no eran muy diferentes de cuando tenía once años. Ahora, a los veintidós, era el mismo Sebastián, seguro de sí mismo, perceptivo, inquieto, poseído por el mismo afán de belleza y el mismo sentido objetivo e infalible de los valores artísticos.

Frente a él, repantigados en dos sillones inmensos tapizados de piel, estaban Vernon y Joe. También ellos se parecían mucho a lo que fueran once años antes. Se les veía fieles a sus contradictorios y opuestos moldes. Como antaño, Joe constituía la personalidad más acusada y agresiva; el ser más enérgico, rebelde y vehemente. Vernon, que era un hombre muy alto, estaba recostado contra el respaldo de un asiento. Había colocado sus largas piernas sobre una silla puesta ante él. Formaba anillos de humo en el aire y sonreía con aire meditativo para sí. Se limitaba a intervenir de vez en cuando en la conversación, lanzando alguna que otra exclamación o dejando caer una frase corta y perezosa.

—Económicamente no resultaría —acababa de afirmar Sebastián.

Tal como se lo temía, Joe saltó de inmediato para decir con

acaloramiento:

—¿Y para qué queremos creaciones rentables? ¡Qué punto de vista tan idiota! Siempre tratando a la gente y a las cosas desde el punto de vista del dinero. Odio estas actitudes.

—Las odias porque sustentas puntos de vista incurablemente románticos sobre la vida —repuso Sebastián con calma—. Quisieras que los poetas se murieran de hambre en las buhardillas y que los artistas sufrieran largas privaciones, sin llegar a ser reconocidos. Para ti los escultores sólo pueden ser aplaudidos a condición de que mueran primero.

—Pues eso es lo que siempre sucede. Siempre.

—No, siempre no. A menudo, quizás, e incluso muy a menudo; pero es algo que podría suceder con menor frecuencia. Tal es mi concepción del tema. El mundo se muestra reacio a aceptar las innovaciones. Sin embargo, pienso que podría obligársele a aceptarlas, a condición de que se actuara adecuadamente teniendo ese fin a la vista. El problema radica en que hay que saber antes qué es lo que va a triunfar y qué es lo que fracasará.

—Eso se llama compromiso —murmuró Vernon, con voz no muy clara.

—No; se llama sentido común. ¿O he de tirar mi dinero para respaldar mis opiniones?

—¡Oh, Sebastián! —exclamó Joe—. Tú, tú…

—Tú siempre el mismo judío —completó Sebastián—. Eso es lo que ibas a decir. Bueno, nosotros los judíos tenemos una cosa que se llama a veces gusto y a veces olfato. Sabemos cuándo algo es bueno y cuándo no lo es. No nos guiamos por las modas impuestas, sino que presentimos las que van a imponerse. La gente sólo ve que ganamos dinero. No comprende que si es así lo debemos a esa facultad.

Vernon dejó escapar un gruñido.

—Estamos hablando de algo que tiene dos clases de defensores —continuó diciendo Sebastián—. Hay personas que piensan en cosas nuevas, en nuevos modos de hacer cosas viejas o en ideas completamente originales; pero no llegan a tener una oportunidad porque la gente rechaza la novedad. Y luego están las otras personas, aquellas que saben lo que el público siempre ha querido y que están dispuestas a proporcionárselo interminablemente, porque

la apuesta no es tal y el beneficio es seguro. Pero yo no voy a hablar de ninguna de esas dos clases de personas, sino de una tercera. Me interesa encontrar algo que sea a la vez nuevo y hermoso, para jugarme en ello cuanto tengo. Eso es lo que me propongo llevar a cabo. Para empezar, tengo intención de abrir una galería de arte en Bond Street. Ayer firmé precisamente la documentación necesaria. Y luego me encargaré de dos teatros. Más tarde pienso editar una revista semanal, que habrá de regirse por principios completamente distintos a los consabidos. Y esto es lo importante: estoy dispuesto a que cada una de esas empresas sea económicamente un éxito. Hay muchas cosas que admiro y que un puñado de gente culta admira igual que yo; pero no he de salir a la palestra en defensa de ellas. No; todo cuanto yo administre tendrá que tener éxito a nivel popular. Diablos, Joe, ¿acaso no eres capaz de comprender que la gracia del asunto está en ganar dinero con ello? El triunfo viene a justificar las acciones.

Joe movió la cabeza. Sebastián no podía convencerla.

—¿Es cierto que piensas poner en marcha todo eso? —preguntó Vernon.

Los primos miraban a Sebastián con cierta envidia. Resultaba curioso y también fantástico situarse en su lugar. Su padre había muerto pocos años antes, dejándole tantos millones que sólo pensar en la cifra le dejaba a uno sin aliento.

La amistad de ambos con Sebastián, iniciada muchos años antes en Abbots Puissants, no sólo había perdurado, sino que se había visto fortalecida con el tiempo. Vernon y el hebreo fueron compañeros en Eton y luego en la misma facultad de Cambridge. Durante las vacaciones, los dos muchachos y Joe se las habían arreglado siempre para pasar gran parte del tiempo juntos.

—¿Y la escultura, qué? —preguntó de pronto Joe—. ¿La incluyes o no?

—Claro. ¿Sigues trabajando en ella con el mismo ardor?

—Naturalmente. Es lo único que realmente me gusta hacer.

Vernon dejó escapar una risilla despreciativa.

—Por ahora —dijo—. Veremos a qué te dedicarás el año que viene. Con los mismos ímpetus te entregarás sin duda a la poesía o vete a saber qué.

—Lleva cierto tiempo descubrir la vocación —repuso Joe con

dignidad—. Pero esta vez he dado con lo mío.

—Creo haber oído ya esta frase —dijo Vernon—. De todos modos ya es algo que hayas abandonado el maldito violín.

—¿Por qué odias tanto la música, Vernon?

—No lo sé. Siempre la he odiado.

Joe se dirigió a Sebastián.

—¿Qué piensas de la obra de Paul La Marre? —Su voz aparentemente sin advertirlo ella misma, había variado de tono. Parecía un poco incómoda—. Vernon y yo estuvimos en su estudio el domingo pasado —agregó.

—Blandengue —contestó Sebastián secamente.

Un ligero rubor subió a las mejillas de Joe.

—Eso demuestra que no entiendes lo que intenta plasmar. Pienso que es maravillosa.

—Anémica —insistió Sebastián sin perturbarse.

—Sabes, creo que a menudo eres un individuo absolutamente odioso. Sólo porque La Marre tiene el coraje de romper con la tradición…

—No delires —la interrumpió Sebastián—. No es eso. Un artista podría romper con la tradición modelando una horma de queso y sosteniendo que tal es su idea de una ninfa que toma un baño. Pero si es incapaz de convencer e impresionar al público con lo que hace, puede decirse que ha fracasado. Hacer simplemente lo que nadie ha hecho antes no supone en sí un acto genial. Nueve veces de cada diez, lo que se obtiene es una notoriedad barata.

Se abrió la puerta y la señora Levinne asomó la cabeza,

—Venid a tomar el té, chicos.

Un enorme broche de diamantes destellaba sobre su busto prominente y, como acababa de llegar a la casa, un gran sombrero de plumas coronaba la complicada obra de su peluquero. Era el más refinado símbolo de prosperidad material que nadie pudiera imaginar. Sus ojos se detuvieron amorosamente en Sebastián.

Los tres se pusieron de pie, disponiéndose a seguirla. Sebastián se acercó mucho a Joe.

—No estarás enfadada conmigo, ¿verdad, Joe? —le dijo en voz muy baja.

Había algo a la vez joven y patético en su voz. Un acento de súplica que traicionaba su inmadurez tanto como su vulnerabilidad.

Nadie diría que hasta unos momentos antes había sido el gran maestre de la comunidad dictando la ley alentado por una completa confianza en sí mismo.

—¿Por qué habría de estarlo? —contestó Joe con cierta frialdad.

Se dirigió a la puerta sin mirarle. Los ojos de Sebastián quedaron fijos en ella, con expresión ansiosa. La muchacha poseía el tipo de belleza morena y magnética que madura temprano. Su piel era blanquísima y sus grandes pestañas espesas parecían cortar con un trazo negro la blancura de la tez. Había algo cautivador en su modo de moverse; algo lánguido y apasionado que no se debía a su voluntad ni a la coquetería. Joe no cultivaba su propio atractivo. Aún siendo la más joven de los tres —apenas acababa de cumplir veinte años— era en ciertos aspectos la mayor. Para ella, Vernon y Sebastián no eran más que chicos; y ella desdeñaba a los chicos. La devoción canina que le reservaba Sebastián la irritaba un poco. Prefería los hombres con experiencia, de esos que saben decir cosas apasionantes sin cargar las tintas. Bajó un instante sus blancos párpados, recordando a Paul La Marre.

2

La salita de la señora Levinne mostraba una curiosa mezcla de desafiante opulencia y buen gusto austero. La opulencia era aportación suya: le encantaban las espesas cortinas de terciopelo, los almohadones de pluma, el mármol y los dorados. El sobrio buen gusto era de Sebastián. Fue él quien hizo descolgar una serie incongruente de cuadros de las paredes para sustituirlos por dos que él mismo seleccionó. Su madre aceptó el cambio tan sólo al considerar el alto precio que había tenido que pagar por aquellos dos portentos de sobriedad. El antiguo biombo español decorado sobre cuero era un regalo de su hijo, así como el jarrón exquisitamente simple, que se veía sobre una mesa, al lado de los sillones.

Sentada tras un aparatoso juego de té de plata maciza, la señora Levinne cogió su taza con ambas manos e inició la conversación. Tartamudeaba ligeramente, como su hijo.

—¿Y cómo está tu madre, muchacho? Nunca viene a Londres. Por lo menos hace tiempo que no la veo por aquí. Dile de mi parte que va a perder agilidad si no se ejercita un poco. —Rió bondadosamente—. Nunca lamentaré tener a la vez esta casa en la ciudad y la otra en el campo. Deerfields está muy bien y todo eso; pero se necesita ver cómo se agita un poco la vida. Por otra parte, aquí es donde le gusta estar a Sebastián, que ahora está lleno de ideas y planes. Cada día se parece más a su padre, a quien le atraían los negocios que todo el mundo le desaconsejaba emprender. Y en vez de perder su dinero, lo doblaba cuando no lo triplicaba. Un hombre inteligente era mi pobre Yacob.

«Quisiera que no siguiera con ese tema —pensaba Sebastián—. Es precisamente la clase de comentarios que Joe detesta. Quizás ésta sea la razón de que siempre esté contra mí últimamente».

Pero la señora Levinne continuó.

—Tengo un palco para ver *Los reyes en la Arcadia*, el miércoles por la noche. ¿Qué os parecería si fuésemos todos, chicos?

—Lo siento muchísimo, señora —dijo Vernon—. Quisiéramos realmente acompañarla; pero mañana nos marchamos para Birmingham.

—Ah, ¿volvéis a casa, eh?

—Sí.

¿Por qué no había dicho «sí, volvemos a casa?». ¿Por qué hablar de «su casa» le parecía tan extraño? La verdad era que para él, «su casa» estaba en Abbots Puissants. La casa, el hogar, eran palabras extrañas, equívocas. Le recordaban la ridícula letra de una canción que solía cantar uno de los amigos de Joe (¡qué maldición era la música!) llevándose la mano al cuello de su camisa y mirándola con expresión sentimental:

El hogar, mi reina,
está donde está el amor.
En cualquier parte;
donde el corazón está.

Aplicada a su caso, la canción venía a significar que su hogar debía hallarse en Birmingham, puesto que allí estaba su madre.

Experimentó el vago y familiar sentimiento de incomodidad que

siempre le invadía al pensar en su madre. Claro que le tenía mucho cariño. Pero las madres son siempre personas desalentadoras. Si uno les cuenta algo, nunca lo entienden. A pesar de todo, la quería mucho. Hubiese sido absurdo que no la quisiera. Como ella solía decir, él era todo cuanto tenía.

De pronto, un diablillo pareció saltar en la mente de Vernon. Le dijo de sopetón:

«¡Qué tonterías dices! Tiene su casa y tiene a sus sirvientas a quienes hablar y mandar. Tiene a sus amigas y a toda su familia. Echaría de menos todo eso mucho más que a ti. Te quiere, pero siente alivio cuando te marchas a Cambridge. Aunque, ciertamente, un alivio bastante inferior al que tú mismo sientes al irte».

—¡Vernon! —La voz de Joe sonaba dura y molesta—. ¿En qué estás pensando? La señora Levinne te ha preguntado dos veces si Abbots Puissants sigue arrendada.

Vernon se alegró de que la gente, al decir «en qué estás pensando» no se interesara en verdad por lo que uno pensaba. De todos modos siempre era posible responder «oh, en nada importante» tal como hacía de pequeño.

Contestó a la señora Levinne y también le prometió llevar a su madre varios mensajes de su parte.

Sebastián les acompañó hasta la puerta. Se despidieron y poco después paseaban por las calles de Londres. Joe aspiraba el aire con deleite.

—¡Cómo me gusta Londres! Sabes, Vernon, he resuelto lo que haré: venir a estudiar a Londres. Esta vez me voy a enfrentar a tía Myra. Y no pienso ir a vivir con tía Ethel, tampoco. Lo haré sola y por mi cuenta.

—No puedes hacer eso, Joe. Una chica no…

—Una chica sí. Podría vivir con otra o con varias más. Alojarme en casa de tía Ethel, que me preguntaría siempre donde voy y con quién, es algo que no podría tolerar. Por otra parte, me odia porque soy feminista.

La tía Ethel a la que se estaba refiriendo Joe era hermana de tía Carrie. No resultaba pues su tía propiamente hablando. Era en su casa donde ambos estaban viviendo en Londres por entonces.

—¡Ah! Y ahora que lo recuerdo, Vernon, has de hacer algo por mí.

—¿Qué quieres?

—Mañana por la tarde la señora Cartwright me ha invitado a ese concierto titánico del que te he hablado. Lo considera algo fabuloso.

—¿Y bien?

—Que no quiero ir, simplemente.

—Pues podrías inventarte alguna excusa, supongo.

—No es tan fácil. Quiero que tía Ethel se piense que he ido al concierto. De otro modo se pondría a indagar adónde voy realmente al salir.

Vernon silbó por lo bajo.

—¿Conque esas tenemos? ¿Y dónde vas realmente, primita, si puedo saberlo? ¿A quién le toca esta vez?

—A La Marre, ya que te interesa tanto.

—Ese grosero…

—No es grosero. Es un hombre maravilloso. No puedes saber lo extraordinario que es.

Vernon rió.

—No puedo, ciertamente. Por otra parte, no me gustan los franceses.

—Eres terriblemente insular. Pero no me importa si te gusta o no. Se propone llevarme en automóvil al campo. A una casa donde se encuentra su «chef
d'oeuvre
». Me muero de ganas de acompañarle y sabes muy bien que tía Ethel pondría el grito en el cielo si le dijera la verdad. Nunca me lo permitiría.

—Creo que no debieras ir a una casa de campo con ese individuo.

—No seas majadero, Vernon. ¿Te piensas que no sé cuidar de mí misma?

—Oh, supongo que sí.

—No soy de esas niñas tontas que no saben nada de nada.

—De acuerdo; pero no veo qué tengo que ver yo con todo eso.

—Pues lo que te pido es que vayas al concierto en mi lugar.

—Eso sí que no. No pienso hacer nada parecido. Sabes muy bien que odio la música.

—Debes ir por mí, Vernon. Es el único modo. Si le digo que no puedo ir telefoneará a tía Ethel pidiéndole que diga a alguna de sus

hijas que me suplante. Si lo hace se descubrirá el pastel. En cambio, si te presentas tú en mi lugar (has de encontrarla en la puerta del Albert Hall) dándole cualquier excusa, todo irá de maravillas. Ya sabes que te aprecia muchísimo. Mucho más que a mí.

—Pero es que yo detesto la música.

—Lo sé; pero podrás tolerarla por una vez. Será sólo una hora y media.

—Pero maldita sea, Joe, ¡es que no deseo ir!

Su mano se estremeció con la agitación. Joe le contempló.

—Es extraño lo que te sucede con la música, Vernon. Nunca he conocido a nadie que la… bueno, que la aborrezca hasta tal punto. La mayor parte de las personas son indiferentes a ella. Pero creo que debes ir. Ya sabes que yo siempre hago cosas por ti.

—Está bien —terminó por decir Vernon.

No podía negarse. Joe y él siempre habían actuado de común acuerdo. Después de todo, aquello apenas duraría una hora y media. Pero ¿por qué se le ocurrió pensar que, al acceder, estaba adoptando una decisión trascendental? El corazón le pesaba como si fuese de plomo. Le parecía tenerlo en los pies. No quería ir… No; no quería ir…

Mejor sería tomárselo como las visitas al dentista: no pensar más en ello. Se esforzó por desviar el curso de sus reflexiones. Joe le miró sorprendida cuando lanzó una breve carcajada.

—¿Qué te sucede?

—Estaba pensando en ti cuando eras pequeña. Decías que al ser mayor nunca tendrías nada que ver con hombres. Y ahora resulta que todo en tu vida tiene que ver con ellos. Vas de uno a otro. Te enamoras de uno distinto cada vez.

—No seas desagradable, Vernon. Hasta ahora todo se limitaba a puras fantasías de jovencita. La Marre dice que siempre es así con las personas que tienen verdadero temperamento. Pero la gran pasión de la vida es diferente. La sientes cuando llega.

—Pues no vayas a sentirla por La Marre.

Joe no contestó directamente.

—No soy como mamá, sabes —dijo algo más tarde—. Ella era blanda con los hombres. Se abandonaba a ellos. Hubiese dado lo que fuera por el hombre en el que estaba interesada. Yo no soy de esa clase.

—No —confirmó Vernon después de pensar un poco en la comparación—. No creo que seas como ella. Tú no echarás a perder tu vida como ella. Pero pienso que podrías echarla a perder de algún otro modo.

—¿De otro modo?

—Sí, aunque no puedo afirmarte más de momento. Tal vez te cases de pronto con alguien por quien crees sentir una pasión irreprimible, cuando la verdad es que te atrae porque a todo el mundo le cae mal. Luego podrías pasarte la vida de riña en riña con él. O abandonarle por otro sólo porque de pronto te da por pensar que el amor libre es algo conveniente y deseable.

—De modo que piensas eso. Pues a propósito, te diré que tal es la opinión que tengo sobre el amor libre. Acertaste.

—No voy a discutir sobre este punto, aunque personalmente estimo que implica una actitud antisocial. Pero tú siempre serás la misma. Basta con que alguien te prohíba algo para que tú lo desees. No importa si realmente lo deseas o no. Ya sé que no me expreso muy bien, pero tú ya me entiendes.

—Lo que yo realmente deseo es hacer algo. Ser una gran escultora…

—Eso es sólo porque te ha dado con La Marre. Ya te pasará.

—No es por eso. ¡Oh, Vernon! ¿Por qué eres tan fastidioso? Bien sabes que siempre quise hacer algo. Siempre, siempre. Recuerdo habértelo dicho mil veces en Abbots Puissants.

—Es raro —dijo Vernon pensativo—. Sebastián solía decir por entonces cosas muy parecidas a las que sostiene ahora. Acaso las personas no cambien tanto como ellas piensan, en definitiva.

—Pues tú repetías que te casarías con una mujer hermosísima y que te quedarías a vivir en Abbots Puissants para siempre —le recordó Joe con ligero desdén—. Y no creo que ésa siga siendo tu ambición. ¿O me equivoco?

—Bueno, hay ambiciones aún menores, sabes.

—¡Gandul!

Al hablar, Joe le miraba con mal disimulada impaciencia. Ella y Vernon eran tan parecidos en ciertas cosas y tan diferentes en otras…

«Abbots Puissants —pensaba Vernon—. Dentro de un año tendré veintiuno».

En aquel momento pasaron junto a una reunión callejera del Ejército de Salvación. Joe se detuvo. Un hombre pálido, de rostro enjuto, estaba predicando de pie sobre una caja de madera. Su voz, alta y ronca, les llegaba con bastante claridad.

—¿Por qué os negáis a ser salvados? ¿Por qué? ¡Jesús os necesita! ¡Jesús os necesita!

Ponía especial énfasis en cada palabra y parecía dirigirse a cada miembro de la audiencia en particular.

—Sí, hermanos y hermanas; creedme, que voy a deciros algo más: cada uno de vosotros quiere a Dios y lo necesita, aunque algunos se nieguen a admitirlo así. No faltan quienes le dan la espalda, pero tal actitud no está fundada en la indiferencia, sino en el miedo. En el miedo, sí, en el miedo de necesitarle en demasía. ¡Acaso lo necesitan desesperadamente y, sin embargo, no lo saben!

Movía frenéticamente brazos y manos. Su rostro resplandecía de éxtasis.

—Pero ésos sabrán. ¡Sabrán! Hay verdades de las que no es posible escapar indefinidamente. —Bajó la voz y siguió hablando en el tono de quien profiere una amenaza—. En verdad os digo que esta misma noche el alma de cada uno de vosotros os pedirá cuentas.

Vernon se volvió con un ligero escalofrío. Una mujer que asistía al sermón, situada en la periferia del grupo de oyentes dejó escapar un ligero llanto histérico.

—¡Qué desagradable! —dijo Joe con gesto altanero—. ¡Qué espectáculo tan indecente! Cuando veo estas cosas no puedo comprender que se sea otra cosa que atea. Un ser racional no puede compartir estas asquerosas efusiones.

Vernon sonrió interiormente, aunque no dijo nada. Recordaba los días, no lejanos por cierto (sólo había pasado un año), en que Joe se levantaba cada día temprano para asistir a los primeros servicios religiosos y se negaba a comer más que un huevo duro los viernes. Cumplía este sacrificio con cierta teatralidad y era asidua concurrente a los poco interesantes y dogmáticos sermones que el padre Cuthbert, hombre sumamente guapo, predicaba en la iglesia de San Bartolomé. Se decía a veces que los conceptos del sacerdote eran tan «elevados» que ni en la propia Roma podían ser mejores.

—Me pregunto —dijo, hablando en voz alta— cómo será eso de

la salvación eterna.

3

Eran las seis y media de la tarde siguiente cuando Joe volvió de su escapada. Su tía Ethel estaba en el salón.

—¿Dónde está Vernon? —preguntó la muchacha, antes de que su tía la interrogara sobre el concierto del que, se suponía, llegaba.

—Vino hace media hora, más o menos. Dijo que estaba muy bien. Sin embargo, tenía un aspecto extraño. No creo que se encuentre tan bien como dice.

—Oh —exclamó Joe—. ¿Y dónde está ahora? ¿En su habitación? Iré a verle.

—Sí, ve, querida. Realmente no tenía buen aspecto.

Joe se dirigió corriendo a las escaleras, las subió de un tirón y al llegar al dormitorio de su primo, apenas golpeó a la puerta, Sin esperar respuesta, entró. Vernon estaba sentado sobre la cama con una expresión en su rostro que sorprendió mucho a la visitante. Nunca le había visto así.

—¿Qué te sucede?

Vernon no respondió. En su mirada se veía la expresión de quien acaba de pasar por una terrible experiencia. Era como si se encontrase muy lejos de allí y no le alcanzasen las palabras que se le dirigían.

—¡Vernon! —exclamó Joe sacudiéndole de los hombros—. ¿Qué te ocurre?

Esta vez Vernon pareció escucharla.

—Nada.

—Algo te pasa, seguro. Te veo… te veo tan…

No encontraba las palabras para describir su aspecto, de modo que no prosiguió.

—Nada —repitió él con voz apagada.

Joe se sentó a su lado.

—Dime lo que te sucede, Vernon —dijo ella con una suavidad que no excluía la exigencia.

Vernon dejó escapar un suspiro mientras un imperceptible

temblor le recorría el cuerpo.

—¿Recuerdas aquel hombre que vimos ayer, Joe?

—¿Cuál?

—Aquel del Ejército de Salvación. ¿Recuerdas su sermón y los tópicos que profirió? Entre sus frases había, sin embargo, una tomada de la Biblia: «En verdad os digo que esta misma noche, el alma de cada uno de vosotros os pedirá cuentas». Creo haberte dicho más tarde que quisiera saber lo que es la salvación eterna. Te lo dije sin pensarlo, simplemente. Pues bien: lo sé.

Joe le miró fijamente. Vernon… No: aquello era imposible.

—Quieres decirme… ¿quieres decirme —le resultaba difícil dar con las palabras— que te has «convertido», así de pronto?

A ella misma aquellas palabras le sonaban ridículas. Sintió alivio cuando él lanzó la carcajada.

—¿Convertido a la religión? Oh, no. Quiero decir que… no, el asunto es que…

Vacilaba. Al fin dejó escapar la palabra muy suavemente, como si temiera pronunciarla.

—La música.

Joe seguía sin comprender nada.

—Joe, ¿recuerdas a la enfermera Frances?

—No, no creo recordarla. ¿Quién era?

—No, claro; no puedes recordarla. Estuvo en casa antes de que tú llegaras, cuando me rompí la pierna. Pues bien siempre he recordado algo que me dijo cierta vez: que no diera la espalda y echara a correr antes de mirar bien lo que me asustaba. Agregó que entonces se suele advertir que no hay razón para huir. Pues bien, eso es lo que me ha ocurrido hoy. No puedo seguir huyendo, pues he visto de frente lo que me aterraba. Era la música; y he descubierto que es lo más maravilloso que hay en el mundo.

—Pero… pero tú siempre dijiste que…

—Sí, ya sé. Y por eso el impacto ha sido tan tremendo. No es que piense que la música es muy portentosa *hoy*, sino que podría llegar a serlo. Algunas partes me parecen realmente feas: te defraudan como cuando te dispones a ver una buena pintura y te encuentras con una sucia mancha gris, en la que apenas distingues nada; pero al alejarte un poco y conjugar la mancha con el todo, adviertes que cumple un papel necesario en el conjunto. Pues lo

mismo sucede con la música. Hay que considerarla como un *todo*. Sigo pensando que el violín sólo produce un sonido feo y que el piano es un instrumento desagradable, aunque en cierto modo necesario. ¡Pero es que la música podría ser tan maravillosa, Joe! Sé que podría serlo.

Joe permanecía en silencio, asombrada. Ahora comprendía aquello de la «conversión», a la que se refiriera al principio. Su rostro mostraba la extraña y ensoñadora expresión que asociamos en general al fervor religioso. Joe sentía un poco de miedo, porque Vernon nunca había sido un ser particularmente expresivo. Ahora, se decía, parecía expresar demasiado. No podía decir si el cambio era favorable o no. Sólo que era evidente.

Vernon siguió hablando, más para sí mismo que para su prima.

—Había nueve orquestas, sabes. Todas juntas. El sonido puede ser realmente glorioso cuando mana de una fuente abundante. No me refiero simplemente a su fuerza. Por el contrario, me parece más rico cuando éste es suave. De todos modos, es preciso que sea múltiple. Ignoro lo que ejecutó la orquesta. Nada real, creo. Pero mostró una… No sé cómo expresarlo.

Volvió hacia la muchacha sus ojos extraños y brillantes.

—Me queda tanto por saber, por aprender… No deseo tocar ningún instrumento. Lo que deseo es averiguar las posibilidades expresivas de cada uno; cuáles son sus limitaciones y sus potencialidades. Y también las notas. Hay notas que no se emplean y que deberían emplearse. Lo sé. ¿Sabes lo que es actualmente la música, Joe? Algo parecido a las columnas de la cripta de la catedral de Gloucester. Aquellas columnas normandas tan bastas, ¿recuerdas? Está en sus principios, simplemente.

Permaneció silencioso un momento, echando distraídamente su cuerpo hacia delante.

—Pues yo pienso que te has vuelto rematadamente loco —comentó Joe.

Trataba de hablar con un acento práctico y realista. Sin embargo, se sentía impresionada. Aquella convicción acerada… Pensar que ella siempre le había considerado como un tibio reaccionario en materia artística… Estaba acostumbrada a pensar en él como en alguien carente de imaginación y cargado de prejuicios.

—He de comenzar a estudiar cuanto antes. Es terrible haber malgastado veinte años.

—Tonterías —repuso Joe—. No podías estudiar música siendo un niño.

Vernon sonrió. Gradualmente iba saliendo del trance en que se viera sumido.

—¿Piensas que me he vuelto loco, no? Bueno, supongo que, mirado exteriormente, mi aspecto ha de ser demencial. Sin embargo, te aseguro que estoy en mis cabales. Siento en realidad una especie de gran alivio. Es como si te hubieses pasado años y años esperando algo y que se te presenta de golpe un buen día. Siempre tuve un miedo pavoroso a la música. Siempre. Y ahora…

Se irguió en su asiento.

—Trabajaré como un esclavo. Me propongo estudiar todos los detalles de cada instrumento musical. A propósito: pienso que ha de haber muchos instrumentos esparcidos por el mundo; muchos más de los que nosotros conocemos. Tiene que existir alguno o algunos que emitan sonidos parecidos a quejidos o lamentos. Creo haber oído ya alguno. Se necesitarían diez… no, quince de ellos. Y unas cincuenta arpas…

Siguió exponiendo complicados proyectos que a Joe le parecían simples locuras, aunque comprendía que, para la visión interior de Vernon, algún acontecimiento perfectamente claro para él estaba teniendo lugar.

—Dentro de diez minutos se servirá la cena —le dijo con cierta vacilación.

—Oh, sí… qué fastidio. Preferiría quedarme aquí y seguir oyendo cosas en mi cabeza. Oye, di a tía Ethel que me duele la cabeza o que me encuentro mal. A decir verdad, pienso que voy a sentirme realmente enfermo.

De un modo que ella misma no hubiese podido definir, Joe estaba sumamente impresionada y aquellas últimas palabras de su primo la atemorizaron aún más que todo lo anterior porque venían a confirmar algo que se puede observar continuamente, es decir, que cuando algo nos trastorna seriamente, en sentido agradable o no, solemos sentirnos mal. A menudo ella misma había experimentado tal sensación.

Al llegar a la puerta se detuvo vacilante. Vernon parecía haber

caído nuevamente en su ensoñación y volvía a presentar el extraño aspecto que tanto sorprendió a su prima cuando había penetrado poco antes en la habitación del muchacho. Parecía otra persona, distinta a la que ella creía conocer tan bien. Era como… como… Joe buscó las palabras que le sirvieran para describir la situación. Era como si de pronto Vernon hubiese cobrado vida.

Joe estaba un poco alarmada.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Carey Lodge era el nombre de la casa de Myra. Se encontraba a unas ocho millas de la ciudad de Birmingham.

Una indefinible depresión se apoderaba de Vernon cada vez que llegaba a Carey Lodge. Odiaba aquella casa, su respetable comodidad, sus espesas alfombras rojas, su recibidor, los abundantes grabados con escenas de caza que colgaban de las paredes del comedor y la abundancia de *bibelots* que poblaban el living. Sin embargo, se preguntaba a veces si sus odios se dirigían contra aquellos objetos o contra los hechos que había tras ellos.

Se interrogó, tratando por primera vez de no engañarse a sí mismo. ¿No sería verdad que odiaba a su madre, ama tranquila de su hogar, plácida y satisfecha? Trató de pensar en ella cuando ambos vivían en Abbots Puissants. Era algo que le gustaba pensar: que su madre y él podían considerarse ahora dos exiliados en Carey Lodge.

Pero no: ella no vivía en el exilio. Abbots Puissants había sido para Myra algo así como un país extranjero al que fuera llamada para desempeñar el papel de reina consorte. Se había sentido importante allí y también, acaso, experimentara cierta satisfacción orgullosa. Aquel período había sido nuevo y hasta apasionante; pero la casa no era su hogar.

Myra le recibió con las habituales muestras extravagantes de afecto que tan poco gustaban a Vernon. En esta ocasión, responder a aquellas efusiones le resultaba más difícil que nunca. Cuando estaba lejos de ella le era grato pensar que amaba mucho a su madre; pero al hallarse a su lado, tal sensación se desvanecía.

Myra Deyre estaba muy cambiada, si se la cotejaba con la Myra Deyre que años atrás dejara Abbots Puissants. Ahora era una mujer más bien corpulenta y su maravilloso pelo castaño rojizo adquiría un matiz gris por sus abundantes canas. También su expresión era distinta: se la veía más satisfecha y plácida. Los años la habían llevado a parecerse mucho a su hermano Sydney.

—¿Qué tal te ha ido por Londres, hijo? Creo que muy bien, ¿eh? Me alegro muchísimo. Es maravilloso esto de que mi hijo, todo un hombre ahora, vuelva a casa de su madre. He dicho a todo el mundo por aquí lo entusiasmada que me encuentro. Qué tontas somos las madres, ¿verdad?

Vernon se dijo que así era, en efecto; pero de inmediato se avergonzó de haber pensado tal cosa.

—Me alegro de verte, mamá.

—Tienes un aspecto magnífico, tía Myra —dijo Joe.

—Sin embargo, no me he encontrado nada bien últimamente, querida. No creo que el doctor Grey, que es nuestro médico, sepa tratar adecuadamente mi caso. He oído hablar de un nuevo especialista, llamado Littleworth, que acaba de hacerse cargo de la clientela del doctor Armstrong. Según cuentan es un hombre extraordinariamente inteligente. Estoy segura de que tengo algo de corazón, pero el doctor Grey afirma que se trata tan sólo de problemas digestivos.

Se sentía muy viva y enérgica. Conversar sobre su salud era simplemente una de sus manías.

—Mary, la criada, se ha marchado; me ha dejado muy decepcionada. ¡Después de todo lo que he hecho por ella!

Y así siguió charlando y charlando. Vernon y Joe la escuchaban sin prestar mayor atención a lo que decía. Las mentes de ambos estaban cargadas de consciente superioridad Gracias a Dios pertenecían a una generación ilustrada, para la cual aquella insistencia en los minúsculos problemas domésticos era cosa deleznable. Ante ellos creían percibir un nuevo y espléndido mundo, muy diferente al de Myra. Por lo mismo, además de cierto desdén, la madre de Vernon les inspiraba una especie de honda piedad, a pesar de que la rebosante satisfacción de la mujer no parecía necesitarla.

«Pobre tía Myra —pensaba Joe—. ¡Qué terriblemente femenina

es! Comprendo perfectamente que el tío Walter se haya hartado de ella, aunque no sea suya la culpa, sino de una absurda educación según la cual los asuntos domésticos de poca monta eran lo único que realmente importaba. Y hela aquí, aún joven —al menos no muy vieja—, esperando sentada a que las amigas vengan a chismorrear, a hablar sobre la servidumbre y a desvariar sobre problemas imaginarios de salud. Si hubiese nacido veinte años más tarde hubiese podido ser feliz, libre e independiente».

Exteriormente, disimulando muy bien la piedad que su tía le inspiraba, fingía prestarle una atención que desde luego estaba lejos de concederle.

Por su parte también Vernon meditaba.

«¿Fue mi madre siempre así? En cierto modo no parecía serlo cuando vivíamos en Abbots Puissants. ¿O es que yo era un niño por entonces y no estaba en condiciones de juzgarla con certeza? Está mal de mi parte juzgarla de manera tan adversa después de lo bondadosa que ha sido siempre conmigo. Sin embargo, desearía que no me tratara como si aún tuviese seis años, aunque supongo que si lo hace se debe a que no puede verme de otro modo. Creo que nunca me casaré…».

De pronto pasó de su indolente pasividad a una actitud tensa, como espoleado por un intenso nerviosismo.

—Sabes, madre, he estado pensando que en definitiva estudiaré música en Cambridge.

Bueno, ya lo había dicho.

Myra, que en aquellos momentos disertaba sobre la criada de los Armstrong, repuso vagamente:

—Pero querido, si tú siempre has sido muy poco amante de la música… De pequeño solías decir tantas insensateces sobre la materia…

—Lo sé —replicó Vernon con voz resentida—, pero a veces las personas cambian.

—Pues me alegro mucho, hijo. Cuando era niña solía ejecutar numerosas piezas al piano. Piezas brillantes, sabes. Pero cuando una se casa deja esas cosas.

—Sí; y es algo realmente deplorable —dijo Joe—. Yo no espero casarme; pero si lo hiciese, jamás dejaría por eso mi carrera. Y a propósito, tía Myra: quisiera irme a vivir a Londres, con el fin de

estudiar escultura, que es lo que más me interesa.

—Estoy segura de que el señor Bradford…

—¡Oh, al diablo con el señor Bradford! Lo siento mucho, tía Myra; pero es que no me entiendes bien. Lo que yo quiero es estudiar en serio y por mi cuenta. Podría vivir en un piso con alguna otra chica y…

—Mi querida Joe, no seas absurda —exclamó Myra riendo—. Tú tía Myra te necesita aquí. Ya sabes que siempre te he considerado como la hija que nunca tuve, cariño.

Joe se agitó en su asiento.

—Es que no se trata de una fantasía, tía Myra. Mi vida entera está en juego ahora.

Aquella trascendental revelación, hecha con tono enfático, sólo sirvió para que su tía se riera aún más.

—Las chicas a menudo piensan en cosas así. Y por ahora basta. No echemos a perder la velada con disputas.

—Pero ¿me prometes antes que pensarás seriamente en lo que te he dicho?

—Habría que oír al tío Sydney. Acaso tenga algo que decir al respecto.

—Esto nada tiene que ver con el tío Sydney. Creo que puedo disponer de mi propio dinero.

—No se trata exactamente de tu dinero, hija. Tu padre me envía dicho dinero a mí, para que yo lo gaste en ti, aunque, por cierto, yo te hubiese educado igual si nunca me hubiera enviado un penique. Sea como fuere, tu padre sabe que estás perfectamente bien y segura conmigo.

—Entonces lo mejor sería que escribiese a mi padre.

Habló con arrojo, pero no tardó en arrepentirse. Sólo había visto a su padre dos veces en diez años y en ambas ocasiones los viejos antagonismos habían aflorado. Sin duda, el actual estado de cosas satisfacía por entero al mayor Waite. Por unos cientos al año, el problema de su hija estaba resuelto para él. Joe carecía de dinero propio y dudaba mucho que su padre le pasara la pensión si se iba a vivir lejos de su tía para llevar una vida independiente.

Vernon le dijo en voz muy baja:

—No seas tan impaciente, tonta. Espera a que yo cumpla los veintiuno.

Sus palabras levantaron un poco el alicaído ánimo de Joe. Siempre se podía confiar en Vernon.

Myra preguntó a su hijo por la familia Levinne. ¿Estaba mejor de su asma la madre de Sebastián? ¿Era cierto que ahora pasaban la mayor parte del año en la casa de Londres?

—No, no lo creo. Aunque viven muchos meses en la capital, también suelen ir a Deerfields, aunque no en invierno. Allí pasaron prácticamente todo el otoño. Será bueno tenerles por vecinos cuando nosotros nos volvamos a Abbots Puissants, ¿verdad?

Myra se sobresaltó, pero pronto fue de nuevo dueña de sí misma.

—Oh, sí —repuso, con una voz en la que se notaba un deje de aturdimiento—. Bueno, el tío Sydney vendrá a tomar el té y sin duda traerá a Enid. De paso os digo que he suprimido la cena. Me sienta mejor comer bien a las seis de la tarde y nada más.

Vernon se sorprendió desagradablemente.

Albergaba un prejuicio natural e inconsciente contra las meriendas en las que se junta el té con los huevos revueltos y los budines de ciruelas. ¿Por qué no dispondría su madre las comidas como se debe? Naturalmente que aquello de las meriendas abundantes era muy propio de tío Sydney y tía Carrie. Al diablo con tío Sydney. Hasta en esto tenía que ejercer su influencia.

Se detuvo, como ahogado. ¿En esto y en qué más? No podía saberlo, en realidad. Pero cuando él volviese con su madre a Abbots Puissants, todo cambiaría.

2

El tío Sydney llegó muy temprano. Charlatán y bromista como siempre, estaba un poco más gordo, por lo demás había cambiado poco. Con él iba su tercera hija, Enid. Las dos mayores ya se habían casado y las dos menores iban al colegio.

Myra contempló a su hermano, juguetón y seguro de sí mismo, con la admiración que siempre le deparara. Realmente no había nadie en el mundo como Syd. Nada era complicado para él.

Vernon sonrió con cortesía ante las bromas de su tío, que

consideraba, como antaño, tontas y tediosas.

—Me pregunto dónde compras tabaco cuando te encuentras en Cambridge —dijo el tío—. Te lo venderá alguna chica. ¡Ja, ja! Mira, hermana, Vernon se ha puesto colorado. ¡Míralo!

«Qué viejo tan tonto», pensó Vernon desdeñosamente.

—¿Y dónde lo compras tú, tío Sydney? —preguntó Joe terciando en la conversación con cierto coraje.

—¡Ja, ja! —exclamó el hombre—. ¡Ésa sí que es buena! Sí que eres lista, Joe. Pero no diremos nada de esto a tía Carrie, ¿no es cierto?

Enid apenas hablaba, limitándose a reír un poco tontamente y con frecuencia.

—Tendrías que escribir alguna carta a tu prima, Vernon. ¿No te gustaría también a ti recibir alguna?

—Oh, claro.

—Ahí le tienes, señorita —dijo el tío Sydney—. ¿Qué te había dicho yo? La pequeña quería escribirte y no se atrevía, porque es tímida. Siempre te ha tenido gran afecto y admiración, ¿sabes, Vernon? Pero no he de desvelar yo secretos, ¿no es así, Enid?

Pasaron luego al comedor, donde se sirvió la abundante y variada merienda que ahora formaba parte de las costumbres de Myra. Finalizada la misma, tío Sydney se extendió en consideraciones con su sobrino, a quien le habló de la prosperidad de la Casa Bent.

—Crecemos y crecemos, muchacho.

Se puso a desarrollar una larga conversación sobre finanzas. Los beneficios, según dijo, se habían multiplicado por dos y estaba comprando más tierras en aquellos momentos. Su charla parecía no tener fin.

Aunque tediosa, Vernon prefería esta conversación porque no le obligaba a intervenir para nada. Como carecía de todo interés para él, podía distraerse a gusto. Con algún que otro monosílabo estimulante bastaba.

El tío Sydney se despachó a gusto, desarrollando el fascinante tema de la Casa Bent y de su gloria y poder, por los siglos de los siglos, amén.

Entretanto Vernon pensaba en el libro sobre instrumentos musicales que había comprado aquella mañana y qué había ojeado

en el tren que le llevaba a casa de su madre. Ciertamente, le sería necesario estudiar mucho. Oboes. Algo le decía que se le ocurrirían nuevas ideas sobre cómo escribir para los oboes. Y sobre las violas. Sí, claro.

La conversación del tío Sydney le sonaba como un acompañamiento de lejanos contrabajos.

Hasta que el hombre dijo que era hora de marcharse. Hubo aún alguna que otra broma. Por ejemplo, ¿querría o no Vernon dar un beso de buenas noches a Enid?

Qué personas tan idiotas… Felizmente no faltaba mucho para que pudiera refugiarse en su dormitorio.

Cuando la puerta se cerró tras su hermano, Myra lanzó un suspiro de felicidad.

—Dios mío —murmuró—. Hubiese querido que tu padre se encontrara aquí esta tarde. ¡Qué bien nos lo hubiésemos pasado! Se habría divertido.

—Al contrario, creo que fue una suerte que no estuviera presente —dijo Vernon—. Creo recordar que él y tío Sydney no se llevaban muy bien.

—Oh, tú no eras sino un crío, hijo. Eran excelentes amigos. Tu padre se sentía feliz cuando se encontraba con Syd y cuando me veía a mí contenta. Ah, Dios mío, qué felices fuimos mientras vivió.

Se llevó un pañuelo a los ojos. Vernon la contemplaba. Por un momento pensó: «¡Qué parodia sobre la perfecta lealtad!». Pero luego comprendió que su madre creía aquella fábula. Myra continuó hablando, aunque bajando la voz y dando a ésta un tono apto para las reminiscencias.

—Tú jamás tuviste especial afecto por tu padre, Vernon, y creo que tal hecho le causó más de una contrariedad, sobre todo al ver lo mucho que me querías a mí. Mostrabas como una devoción por tu madre.

Vernon no pudo contenerse. De pronto, con violencia y sintiendo la extraña sensación de que estaba defendiendo a su padre exclamó:

—Papá fue brutal contigo.

—¿Cómo puedes decir semejante cosa, Vernon? Walter fue el mejor hombre del mundo.

Miró a su hijo con gesto desafiante. Vernon pensó que Myra se veía a sí misma en el papel de heroína. La inspiraban, obviamente,

frases como: «¡Qué maravilloso puede llegar a ser el amor de una mujer a la hora de defender a su amado muerto!». Odiaba todo aquello.

Murmuró algo, besó a su madre deseándole las buenas noches y subió a su habitación.

3

Más tarde, aquella noche, Joe golpeó a su puerta. Al entrar vio a Vernon sentado en un sillón, con la cabeza vuelta hacia atrás. El libro sobre los instrumentos musicales estaba en el suelo, a su lado.

—Hola, Joe. Asquerosa velada, ¿no?

—¿Tan mala te pareció?

—¿A ti no? Qué cretino es tío Sydney, con sus bromas tontas. Todos son tan bastos…

—Hum… —murmuró Joe, sentándose sobre el lecho y encendiendo un cigarrillo.

—¿Qué, no estás de acuerdo conmigo? —preguntó Vernon.

—Sí, en cierto sentido.

—¿Qué te sucede? Habla de una vez.

—Lo que quería decir es que ellos parecen ser felices siendo como son. Me refiero a tía Myra, a tío Sydney y a Enid. Forman un grupo feliz, satisfechos el uno con el otro. Somos nosotros los equivocados, Vernon. Hemos vivido durante años aquí, pero seguimos siendo extraños. Por eso tendríamos que largarnos.

Vernon esbozó un gesto de asentimiento.

—Sí. Creo que llevas la razón, Joe. Hemos de largarnos.

Sonrió con felicidad. El camino le parecía claro.

—Veintiún años… Abbots Puissants… Música…

CAPÍTULO TERCERO

1

—¿Le importaría repetir lo que acaba de leer, señor Fleming?

—En absoluto.

Precisas, secas, desapasionadas e iguales, las palabras salieron de los labios del viejo abogado. El significado era claro e inconfundible. No quedaba lugar a dudas. Vernon estudiaba con el rostro muy pálido. Sus manos agarraban los brazos del sillón en el que estaba sentado.

¡No podía ser cierto! ¡Era imposible que lo fuera! Sin embargo, ¿no había dicho algo muy parecido al señor Fleming años atrás? Sí; pero por entonces, el mágico número veintiuno borraba todo el resto y abría el horizonte a la esperanza. El número veintiuno, como por milagro, pondría cada cosa en su lugar. En la realidad no era así.

—Notarás que la situación ha mejorado mucho comparada a la que dejó tu padre al morir. Sin embargo, sería incorrecto decir que es buena. La hipoteca…

¿Seguro que no se había dicho nada por entonces de la hipoteca? Bueno, de poco hubiera servido entrar en detalles por entonces: él era apenas un niño y no habría comprendido. Sea como fuere, el hecho innegable era que Vernon no podía permitirse el lujo de vivir en Abbots Puissants.

Esperó a que el señor Fleming terminara su exposición.

—Pero si mi madre…

—Sí, claro, si la señora Deyre estuviese dispuesta a…

Dejó la frase sin terminar, dejando pasar unos momentos.

—Pero —prosiguió luego— si puedo darte mi opinión, cada vez

que he tenido el placer de encontrar a tu madre, me ha parecido muy feliz de vivir donde vive. Muy feliz realmente. Supongo que ya sabes que compró la propiedad donde reside hace dos años, ¿verdad?

Vernon ignoraba aquello. Ahora comprendía el significado de muchas cosas. Pero ¿por qué ella no le había dicho ni una palabra? ¿Le faltó valor? Vernon siempre estuvo convencido de que, llegada su mayoría de edad, Myra iba a instilarse nuevamente con él en Abbots Puissants. No era que él anhelara su presencia allí. Lo que pensaba era que Abbots Puissants constituía el hogar de ambos.

Pero no era el hogar de Myra. Su hogar estaba en Carey Lodge, la casa que ahora era suya y donde viviera desde la muerte de su marido.

Podría apelar a los sentimientos de su madre, naturalmente; podría pedirle que atendiera a los deseos de su hijo.

Pero no lo haría. Mil veces no. No es posible pedir favores a personas a quienes en realidad no se ama; y Vernon no amaba a su madre. Ahora pensaba que tal vez jamás la hubiera amado. Extraño, si se quiere, triste y hasta un poco aterrador, pero así era.

Si no la viera nunca más ¿la echaría realmente de menos? No lo creía. Claro que le gustaba saber que se encontraba bien y que era feliz, pero no pensaba cariñosamente en ella y nunca había anhelado su presencia. Le disgustaba hasta el roce de sus manos, cuando le asía con ellas cada noche, como si un beso no bastara. Nunca en su vida había podido contarle nada de cuanto le sucedía y ella, por su parte, jamás le había comprendido ni quiso enterarse de su vida o de sus sentimientos. No podía decir que hubiese sido una madre mala o que no le quisiera, pero él no la quería. Algo tal vez horrible para quien viera las cosas objetivamente.

—Tiene usted razón, señor Fleming —dijo con voz calma—. Estoy seguro de que mi madre no querrá abandonar su casa de Birmingham.

—Sin embargo, tienes ante ti una o dos alternativas, Vernon. El mayor Salmon que, como sabes, ha sido tu inquilino durante todos estos años, está ansioso por comprar la propiedad…

—No.

La exclamación salió de la boca de Vernon como un tiro de pistola.

El señor Fleming sonrió.

—Estaba seguro de que dirías eso, muchacho; y he de confesarte que personalmente te doy la razón y me alegro. La casa está en manos de los Deyre desde hace, déjame contar, desde hace… sí, cerca de quinientos años. Pero faltaría a mi deber si no te hiciera ver que el precio ofrecido por el mayor Salmon es muy bueno. Acaso, si dejas pasar esta oportunidad y más tarde cambias de parecer, no encuentres una oferta tan favorable.

—Ni hablar.

—Pues muy bien. En tal caso, creo que lo mejor será tratar de que el mayor vuelva a arrendarla, aunque no creo que lo haga, pues su deseo es comprar una propiedad. En tal caso habría que buscar un nuevo inquilino. No creo que encontremos muchas dificultades. Lo que necesito saber es por cuánto tiempo querrás que se arriende. Fijar un plazo tan largo como el anterior me parece desaconsejable. La vida es algo demasiado incierto para pactar plazos muy extensos. ¿Quién sabe? Acaso dentro de unos años las cosas hayan cambiado sustancialmente y tú podrías encontrarte en condiciones de hacerte cargo de la propiedad.

«Así será —dijo Vernon para sí—, pero no del modo que tú piensas, viejo leguleyo. Volveré a mi propiedad cuando me haya hecho un nombre por mí mismo en la música, no porque haya muerto mi madre. Espero que viva hasta los noventa».

Intercambió algunas frases más con el señor Fleming y luego se puso de pie para marcharse.

—Me parece que esta visita ha constituido una sorpresa desagradable para ti —le dijo el viejo abogado mientras le estrechaba la mano.

—Sí, en cierto modo. Supongo que había estado edificado castillos en el aire.

—Volverás a Birmingham para festejar junto a tu madre los veintiún años, supongo.

—Sí.

—Creo que te convendría hablar un poco de negocios con tu tío, el señor Bent. Es un hombre sumamente listo para las finanzas. ¿No tiene precisamente una hija de edad aproximada a la tuya?

—Sí; Enid. Las dos mayores se han casado y las dos menores van aún al colegio. Enid tiene, me parece, un año menos que yo.

—Vaya, qué agradable resulta tener una prima de la misma edad… Me parece que la verás muy a menudo.

—Oh, no, no lo creo —repuso Vernon vagamente.

¿Por qué habría de ver a menudo a Enid? Era tan tediosa y poco atractiva… Aunque en verdad, el señor Fleming no podía saberlo.

Curioso individuo. ¿Por qué le había mirado con aquella expresión astuta de hombre experto?

2

—Bueno, mamá, según parece no soy lo que suele llamarse el joven heredero.

—Oh, cariño, no debes preocuparte. Las cosas suelen arreglarse por sí solas, sabes. Tendrías que tener una buena conversación con tu tío Sydney.

Qué tontería. ¿De qué iba a servirle una larga conversación con su tío?

Felizmente, el tema no volvió a plantearse.

La más extraordinaria sorpresa del día tenía que ver con Joe: se le había permitido que obrara como mejor le pareciera y ya estaba en Londres, aunque no gozando de toda la libertad que reclamaba. De todos modos, lo importante era que iba a estudiar escultura en Londres.

Su madre solía tener conversaciones en voz baja con las amigas que la visitaban. Cierto día, Vernon pudo captar un trozo de charla misteriosa.

—Sí; eran completamente inseparables, de modo que me pareció mejor… Habría sido verdaderamente una lástima…

Y la amiga de Myra dijo algo sobre los «primos hermanos»; sí, poco recomendable.

A eso la madre de Vernon repuso involuntariamente en voz alta:

—Oh, no creo que sea así en todos los casos.

—¿De qué primos hermanos hablabais hace un rato? —preguntó más tarde Vernon—. ¿A qué viene tanto misterio?

—¿Misterio dices? No sé a qué te refieres, Vernon.

—Sí; de algo hablabais cuando yo entré en la habitación.

—Ah, ¿eso? Nada interesante, cariño. Conversábamos sobre unas personas que tú no conoces.

Se puso colorada y parecía molesta.

Vernon no era curioso. No volvió a preguntar nada más.

Echaba muchísimo de menos a Joe. La casa parecía desierta sin ella. En cambio vio a Enid mucho más que antes. Siempre iba a visitar a su tía Myra y algunas veces Vernon tuvo que llevarla a patinar a la nueva pista. En otra ocasión fue con ella a una aburrida fiesta.

Myra le dijo que podría invitar a Enid a Cambridge para la Semana de Mayo. Tanto insistió que Vernon no tuvo otro remedio que acceder. Después de todo, pensó, tanto daba. Sebastián invitaría a Joe, y a él las fiestas le atraían poco. Bailar le parecía una sandez. Todo lo que interfería con la música lo era.

La víspera del viaje, el tío Sydney fue a Carey Lodge. Myra quiso que Vernon tuviese una conversación con él en la biblioteca.

—Tu tío Sydney quiere conversar un poco contigo, Vernon —le dijo Myra poco antes de la llegada de su hermano.

Una vez solos, tío Sydney habló brevemente de una y otra cosa. Hasta que de pronto, un poco por sorpresa, atacó su tema de frente. Por primera vez Vernon pensó que una conversación con el señor Bent podía tener algún interés. Parecía haber dejado de lado sus maneras habituales.

—Te diré sin rodeos lo que he venido a comunicarte, muchacho. Pero quisiera que me dejaras hablar sin interrupciones hasta el final. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

—Todo lo que voy a decirte podría reducirse a una frase: «Quiero que vengas a trabajar a la Casa Bent». No; no me interrumpas. Sé muy bien que tú nunca has pensado en algo como lo que te propongo y que acaso la idea no resulte particularmente atractiva para una persona de tu carácter. Soy un hombre sencillo pero puedo enfrentar los hechos con la misma capacidad que cualquiera. Si contaras con una buena renta y pudieses vivir en Abbots Puissants como un caballero, no te diría nada. Acepto el hecho de que eres de la misma especie que tu padre. Pero has de recordar que también llevas sangre de los Bent en las venas, muchacho, y que la sangre habla por sí misma.

»Como tú sabes —prosiguió tío Sydney— no tengo ningún hijo varón. Estoy dispuesto, si tú así lo quieres, a considerarte como mi propio hijo. Mis hijas serán ricas algún día. Muy ricas. En cuanto a lo que te propongo, no pienses que se trata de un trabajo agotador. Soy hombre razonable y sé perfectamente lo que Abbots Puissants significa para ti. Eres joven. Entra a trabajar en nuestro comercio en cuanto salgas de Cambridge. Eso sí, de hacerlo, tendrás que empezar por el puesto inferior y cobrar un sueldo bajo. Pero te daré oportunidades de progresar. De tal modo, cuando llegues a los cuarenta, si deseas retirarte, podrás hacerlo. Serás rico para entonces y capaz de vivir en Abbots Puissants como debe vivir un caballero.

Hizo una pausa.

—Espero que te cases joven. Los matrimonios entre jóvenes son excelentes. Tu hijo mayor heredará Abbots Puissants algún día y los demás obtendrán un buen trabajo en el cual habrán de mostrar que son individuos dignos de tu apellido. De mi parte he de decirte que estoy orgulloso de llamarme Bent. Tan orgulloso como tú de apellidarte Deyre y ser dueño de Abbots Puissants. Cuando pienso en la Casa Bent, comprendo tus sentimientos por la vieja casa de tus ascendientes paternos. No quisiera que te vieses obligado a venderla. Perderla, después de tantos años, sería una verdadera lástima.

Tras otro silencio, añadió simplemente:

—Bueno, pues eso es todo.

—Eres extraordinariamente bueno conmigo, tío Sydney — comenzó a decir Vernon.

Pero su tío levantó una de sus grandes y cuadradas manos para impedirle continuar.

—Dejaremos las cosas así, por ahora, si te parece. No quiero que me des una respuesta en seguida. De hecho, no hay prisa. Cuando vuelvas de Cambridge ya habrá tiempo para conversar sobre el punto.

Se puso en pie.

—Fuiste muy amable al invitar a Enid a acompañarte a las fiestas de la Semana de Mayo. Está muy entusiasmada con el proyecto. Si supieses lo que mi niña piensa de ti, hijo, te sentirías muy orgulloso. Bueno, ya se sabe lo que son las chicas.

Reía aún cuando salió de la casa dando un rápido portazo.

Vernon permaneció en el vestíbulo, con el ceño fruncido. Realmente, tío Sydney era una persona excelente. En verdad excelente. No es que fuera a aceptar su oferta. Todo el dinero del mundo no conseguiría apartarle de la música… Pero, al mismo tiempo, quería conservar a cualquier precio Abbots Puissants.

3

Por fin llegó la Semana de Mayo.

Joe y Enid estaban en Cambridge y Vernon había sido designado además guardián de Ethel. El mundo parecía hallarse poblado de miembros de la familia Bent. Joe estaba muy sorprendida ante aquella situación.

—¿Cómo diablos se te ha ocurrido invitar a Enid a la Semana de Mayo?

—Sería largo de explicar. Mamá me insistió para que lo hiciera y… bueno, no importa gran cosa.

Nada importaba gran cosa en aquellos días para Vernon, con excepción de la música. Joe ya lo había hablado con Sebastián.

—¿Irá en serio lo de la música? ¿Crees que llegará a dedicarse a ella, o no será más que un capricho pasajero?

Sebastián abordó el asunto con inesperada seriedad.

—Pienso que se trata de algo extraordinariamente interesante, sabes —dijo—. Por lo que me han dicho, lo que Vernon tiene en la cabeza es algo revolucionario. Está en vías de dominar lo que llamaríamos las asignaturas básicas y, según parece, logra ese dominio con pasmosa rapidez. El viejo Coddington así lo admite, aunque, como puedes imaginarte, desdeña los puntos de vista de Vernon. O al menos los desdeñaría si Vernon se dignara exponérselos. Por aquí el más interesado es el viejo Jeffries, el matemático. Dice que las ideas de Vernon sobre la música son cuatridimensionales.

»Ignoro —prosiguió Sebastián— si Vernon llegará a plasmar algún día sus concepciones en una obra concreta o si se terminará considerándole un chillado inofensivo. La frontera entre ambas

cosas es, como sabes, difícil de precisar. El viejo Jeffries está muy entusiasmado, aunque se niega a estimularle porque sostiene, a mi modo de ver con toda razón, que tratar de descubrir algo nuevo y obligar al público a apreciarlo es siempre una tarea mal remunerada. Dice que muy probablemente las verdades que Vernon está descubriendo no sean aceptadas hasta dentro de doscientos años. La verdad es que se trata de un tipo algo chiflado. Se pasa el tiempo pensando en líneas imaginarias en el espacio. Ya sabes, es de esa clase de individuos.

Tras una pausa, Sebastián continuó hablando.

—Pero tengo en cuenta el punto de vista de Jeffries. Vernon no está creando algo nuevo, sino alumbrando algo que ya estaba aquí. En esto, el mundo de la creación artística se parece al de la ciencia. Jeffries sostiene que la resistencia de que Vernon hizo gala ante la música durante su infancia es perfectamente comprensible: a sus oídos, la música es un arte que se halla incompleto. La compara con el esbozo que se hace antes de pintar un cuadro. Toda su actual estructura es errónea. A oídos de Vernon suena, supongo, como nos suena a nosotros una música primitiva y salvaje, es decir, como una intolerable discordancia.

»Jeffries —continuó diciendo Sebastián— rebosa dé ideas extrañas. Cuando se pone a considerar cuadrados, cubos y curiosas figuras geométricas parece desvariar; y si le da por la velocidad de la luz, enloquece por completo. Mantiene correspondencia con un colega suyo, un alemán llamado Einstein. Lo curioso del caso es que no tiene ni la menor disposición musical y puede, sin embargo (bueno, él dice que puede), comprender lo que persigue Vernon.

Joe cavilaba.

—Pues bien —dijo al fin—. No entiendo ni una palabra de lo que me cuentas, pero yo diría que Vernon tendrá éxito.

Sebastián, en cambio, parecía contemplar con poco optimismo aquella perspectiva.

—Yo diría que no. Tal vez sea un genio; pero genialidad y éxito son dos cosas muy distintas. Nadie mira al genio con buenos ojos. Por otra parte, Vernon parece a veces ligeramente loco. Hasta yo mismo suelo preguntarme si no habrá perdido el juicio. Sin embargo, siempre creo intuir que tiene razón, que de alguna extraña manera se ha situado en un camino nuevo y que sabe lo que

busca.

—¿Sabes ya lo de la oferta del tío Sydney?

—Sí, aunque Vernon parece tomarse el asunto muy a la ligera. Pienso, sin embargo, que la propuesta es buena.

—¿Pero a ti no te parecería bueno que él la aceptara, verdad?

—No lo sé. Tendría que pensarlo. Vernon puede sustentar formidables teorías sobre su música; pero habría que ver si logrará algún día ponerlas en práctica. Por ahora, la empresa parece muy dudosa.

—¡Qué fastidioso eres! —dijo Joe dejándole.

Sebastián la irritaba últimamente. Su despliegue de facultades analíticas era ya excesivo y si era realmente capaz de sentir algún generoso entusiasmo, lo ocultaba muy bien.

De momento, el entusiasmo era para Joe lo más necesario del mundo. Se apasionaba por las causas perdidas y por los ideales minoritarios. Era una apasionada defensora de los débiles y los oprimidos.

A sus ojos, Sebastián sólo se interesaba por el éxito. Interiormente le acusaba de juzgar a todo el mundo y todas las cosas desde el ángulo estrictamente financiero. Por aquella época pasaban la mayor parte del tiempo riñendo.

También Vernon parecía separarse gradualmente de ella. La música era el único tema de conversación que le interesaba; pero no la música tal como se la considera en general, sino aspectos de ella que Joe no llegaba a comprender.

Le preocupaban en especial los instrumentos y más concretamente el registro y el poder de cada uno. El violín, que Joe tocaba, era el que parecía, sin embargo, interesarle menos. Y la muchacha nada sabía de clarinetes, trombones y fagotes, de modo que las conversaciones languidecían con frecuencia. Vernon sólo parecía ambicionar en la vida la amistad con personas que ejecutaban música con aquellos instrumentos, para reunir conocimientos prácticos que suplementaran los teóricos.

—¿Conoces a alguien que toque el fagot?

Joe repuso que no.

—Podrías resultarme muy útil si hicieras amistad con músicos. Hasta un ejecutante de corno inglés me serviría.

Su tono era amable. Estaban todos sentados a la mesa en las

habitaciones de Sebastián. Vernon hizo correr su dedo por el borde de una copa, con el aspecto de quien lleva a cabo un experimento. Joe se estremeció y tuvo que taparse los oídos con ambas manos. El volumen del sonido crecía y crecía mientras Vernon mostraba una sonrisa ensoñadora y extática.

—Tendría que saber cómo se obtiene prácticamente este sonido y cómo se domina. ¿No te parece estupendo? Evoca un círculo.

Sebastián le arrebató la copa y Vernon, poniéndose en pie, se puso a dar vueltas por la habitación, dando pequeños golpes a los objetos de cristal que encontraba a mano.

—¡Sí que hay un buen número de vasos y copas por aquí! —dijo mientras los miraba con interés.

—Para ya de hacer ruidos —le pidió Joe.

—¿No te bastarían unas campanillas y un triángulo? —preguntó Sebastián—. ¿Y un gong?

—No —repuso Vernon—. Necesito objetos de cristal. Déjame oír la combinación del cristal de Venecia y el de Waterford… Me alegro por tus gustos artísticos, Sebastián; pero ¿no tendrías algo de vidrio común? Algo que pudiera romper en mil pedazos. Quisiera oír el ruido que produce. ¡Qué maravilloso es el cristal!

—Sinfonías para jarras —apuntó Joe sarcásticamente.

—¿Y por qué no? Supongo que un día muy lejano a alguien se le ocurrió estirar una tripa de animal y tañerla; y otro sopló por una caña, obteniendo un sonido que le gustó. Me pregunto cuándo consideró alguien la posibilidad de hacer instrumentos de bronce y otros metales… Ha de estar expuesto y explicado en algún libro…

—Colón y su huevo. Tú y los objetos cristalinos de Sebastián. ¿Por qué no pruebas con una pizarra y uno de esos lápices que se usan para escribir en ella?

—Si tuvieras ambas cosas…

—¿Verdad que es gracioso? —exclamó Enid sonriente.

Su intervención cortó la charla, al menos durante un rato.

A Vernon no le importaba gran cosa su presencia en las habitaciones de Sebastián. Estaba demasiado absorto en sus ideas como para que Enid le importunase. Ella, y también Ethel, podían reír tanto como quisieran.

En cambio le inquietaba la aparente falta de armonía entre Joe y Sebastián. Los tres habían formado siempre un trío inseparable.

—Me parece que eso de «vivir su propia vida» no le sienta a Joe —dijo Vernon a su amigo—. Se pasa el día riñendo y se la ve siempre de peor humor que un gato salvaje. No comprendo por qué mamá aceptó que hiciera lo que se proponía. Hace seis meses estaba absolutamente en contra del proyecto. No me imagino qué fue lo que la llevó a cambiar de puntos de vista. ¿Acaso lo sabes tú?

Una amplia sonrisa dividió en dos partes la larga cara amarillenta de Sebastián.

—No, pero tal vez pueda imaginármelo.

—¿Qué crees?

—No diré nada. En primer lugar porque podría equivocarme y en segundo porque no quisiera obstaculizar lo que podríamos llamar el curso normal de los acontecimientos —contestó Sebastián.

—Muy propio de tu tortuosa mente de ruso.

—Quizá.

Vernon no quiso insistir. Era demasiado holgazán para ponerse a indagar en propósitos que no le querían comunicar.

Los días fueron pasando. Bailaron, comieron, corrieron en automóvil a grandes velocidades a través de caminos polvorientos, se quedaron charlando horas y horas en las habitaciones de Vernon y bailaron aún más. No dormir era una cuestión de honor.

Cierta vez, a las cinco de la madrugada, se dirigieron al río. A Vernon le dolía el brazo derecho porque tuvo que sostener a Enid durante un buen tramo y la muchacha era bastante pesada. Bueno, no importaba. El tío Sydney se la había confiado y algo tenía que hacer para justificar la confianza de aquel individuo que se mostraba particularmente bueno y amistoso. Su oferta podía considerarse como un gesto magnífico. Era una lástima que su sobrino tuviera tan poco de los Bent y tanto de los Deyre.

Un vago recuerdo se agitó en su mente. Alguien decía: «Los Deyre, Vernon, no saben ser felices ni tener éxito. Se diría que ignoran cómo hacer bien las cosas». ¿Quién habla dicho aquello? La voz era de mujer. Estaban en un jardín. En el aire se elevaba el tenue humo de un cigarrillo.

Se oyó la voz de Sebastián.

—Vernon se está quedando dormido. ¡Despierta, aguafiestas! Dale este chocolate, Enid.

La golosina pasó zumbando por encima de la cabeza de Vernon.

Enid hizo un comentario tonto mientras dejaba oír su risilla, como si hubiese dicho algo sumamente gracioso. Qué cosa era…, qué risa tan estúpida la suya… Y sus dientes delanteros se escapaban de entre los labios entreabiertos.

Vernon se sentó, dejando reposar su cuerpo sobre uno de los codos. No era en general un espíritu muy dado a apreciar la hermosura de la naturaleza; pero aquella mañana el magnífico esplendor de la atmósfera le hizo pensar en la belleza del mundo. El río se deslizaba lanzando débiles destellos y, junto a la ribera, acá y allá, podían verse árboles en flor.

Un bote acompañaba el lento fluir de las aguas. Se diría que el mundo se hallaba encantado y sumido para siempre en un grato silencio. Vernon imaginó que no había a su alrededor ni un solo ser humano. Los seres humanos son, si se piensa un poco, los que echan a perder el mundo. Tan numerosos, charlatanes, y amigos de reír tontamente, como Enid… tan aficionados a preguntarte en qué piensas cuando lo que tú deseas es simplemente que te dejen en paz.

Recordaba que desde niño siempre había pensado de aquel modo. Prefería que le dejasen solo. Sonrió para sí, al recordar los absurdos juegos que inventaba, las hazañas del señor Green y de sus cien hijos… ¡El señor Green! Lo recordaba con toda precisión. Sin embargo había olvidado los nombres de sus tres hijos principales… los únicos que llevaban verdaderos nombres.

Extraño mundo, el de su infancia. Un mundo de dragones, princesas y extrañas realidades concretas que se mezclaban en sus fábulas. Recordaba aún un cuento que alguien le narró. Tenía que ver con un príncipe vestido de harapos y tocado de un sombrerito verde que llegaba junto a una princesa, quien dejaba caer por el balcón de su torre un cabello tan deslumbrante que su brillo podía verse desde cinco reinos.

Levantó un poco la cabeza y extendió la mirada por la ribera del río. Se veía un barquichuelo amarrado a uno de los árboles. En él se hallaban cuatro personas, pero Vernon sólo se fijó en una.

Era una chica que llevaba un vestido de noche color rosa. Estaba debajo de un árbol cargado de flores del mismo color de su atuendo.

Vernon no cesaba de mirarla.

—Oye.

Era la voz de Joe quien, al mismo tiempo, le golpeaba levemente con la punta de su zapato.

—No estás dormido porque tienes los ojos abiertos. Sin embargo, te he preguntado algo cuatro veces y no me has respondido.

—Lo siento. Miraba a aquel grupo de personas. La chica es bonita, ¿no crees?

Trató de hablar con acento indiferente y liviano, pero en su interior, una voz potente y agitada decía: «¿Bonita? ¡Deliciosa! La mujer más espléndida del mundo. Haz lo que sea por conocerla. Te casarás con ella».

Joe se incorporó un poco y, tras mirar en la dirección indicada por Vernon, dejó escapar una exclamación.

—¡Apenas puedo creer lo que veo! Pero sí, estoy segura de que es ella. ¡Nell Vereker!

4

¡Imposible! No podía ser. ¿Nell Vereker? ¿La pálida y flaca Nell? ¿La de nariz rosada y vestidos almidonados que le impedían jugar? Era increíble que el tiempo fuese capaz de gastar tan extraordinarias bromas. Si era así, en verdad no se podía ya creer en nada. Aquella Nell y ésta… Eran dos personas diferentes.

El mundo entero pareció convertirse en un sueño.

—Si de verdad es Nell —decía Joe—, tengo que hablarle. Vamos.

Exclamaciones, saludos y palabras de sorpresa se intercambiaron entre ellos y Nell.

—¡Joe Waite!, ¡Vernon! —exclamó Nell—. ¡Cuántos años han pasado!

Su voz era suave. Al mirar a Vernon, sus ojos reflejaban alegría, aunque de manera un poco tímida. Encantadora, encantadora. Más encantadora de lo que pensaba. ¡Tonto! ¿No sabes encontrar una palabra? Algo ingenioso, brillante, memorable. ¡Qué azules eran sus ojos y qué largas sus pestañas color castaño dorado! Era la réplica de las flores que se veían por encima de su cabeza, fresca, clara y

primaveral.

Una ola de desaliento invadió a Vernon. Aquella aparición nunca aceptaría casarse con él. Era imposible que aceptara por marido a alguien tan torpe como él, incapaz de pronunciar una palabra. Nell se dirigía a él. Cielos, tenía que escuchar lo que decía y responder con inteligencia y oportunidad.

—Nos marchamos de allí poco después de vosotros. Papá dejó el trabajo que desempeñaba.

El eco de los chismes que por entonces corrieran llegó a la cabeza de Vernon.

«Vereker ha sido despedido. Es un hombre incompetente. Tenía que suceder tarde o temprano».

Nell seguía hablando. Su voz era maravillosa. Vernon no necesitaba entender las palabras que pronunciaba. El timbre de su voz le bastaba.

—Vivimos en Londres. Papá murió hace cinco años.

—¡Oh! —dijo Vernon con tono desmañado—. Lo siento. Quiero decir que lamento mucho…

—Te daré nuestra dirección. Los dos tenéis que venir a verme.

Vernon manifestó su esperanza de verla aquella misma noche. ¿A qué baile iría ella? Nell se lo dijo. Pero no era el de Vernon. ¿Y al día siguiente? Ah, allí sí podría volverla a ver.

—Oye —le dijo—, tienes que reservarme un baile o dos. Tienes que hacerlo. Ten en cuenta que no nos hemos visto durante años.

—Pero ¿se puede hacer eso?

La voz de Nell mostraba sus dudas.

—Ya me ocuparé de ello. Déjalo en mis manos.

La escena terminó demasiado pronto. Se despidieron. Vernon, Sebastián y las primas se dirigieron de nuevo al lugar que antes ocupaban.

—¡Qué extraño! —dijo Joe con tono increíblemente oblativo y desapasionado—. ¿Quién hubiese dicho que Nell Vereker llegaría a ser tan bonita? Me pregunto si seguirá tan idiota como antes.

Sus palabras sonaron como un sacrilegio a oídos de Vernon y sintió que gran parte del aprecio que guardaba a Joe se desvanecía. No era capaz de entender nada.

¿Se casaría Nell con él? ¿Querría hacerlo? Probablemente no. Debía hallarse rodeada de toda suerte de individuos que la amaban.

Se sintió muy alicaído. El desaliento se abatió sobre él.

5

Estaba bailando con ella. Nunca había imaginado que se pudiese ser tan feliz. La muchacha era como una pluma, como un pétalo da rosa en sus brazos. Llevaba otro vestido, también rosado, y la tela flotaba en torno a ella.

Si la vida fuese siempre así, siempre…

Pero, naturalmente, la vida no siempre era así. Un segundo después —por lo menos un segundo fue lo que él pensó— la música había cesado. Sin embargo, se las arregló de modo que los dos se sentaran muy juntos, en dos sillas.

Vernon quería decir mil cosas a Nell y no sabía cómo ni por dónde comenzar. Se oyó a sí mismo decir una serie de trivialidades sobre la pista de baile y la música.

Qué tonto, qué majadero… Pocos minutos después se reanudaría el baile y alguien se la arrebataría. Necesitaba idear un plan, disponer las cosas de algún modo para volverla a ver.

Ella hablaba. Decía lo que suele decirse entre dos bailes: observaciones superficiales sobre Londres, sobre la temporada de fiestas. Era tremendo pensar que cada noche estaba invitada a fiestas, incluso a tres diferentes, mientras él no frecuentaba en absoluto los ambientes galantes. Nell se casaría con alguien rico, alegre y divertido que se enamoraría de ella y no la dejaría escapar.

Musitó algo sobre un viaje a la capital y ella le dio su dirección. Su madre se alegraría enormemente de verle otra vez después de aquellos años.

La música volvió a sonar.

—Nell —dijo Vernon con vehemencia—. ¿Puedo llamarte Nell, verdad?

—Pues claro —repuso ella, sonriendo—. ¿Recuerdas cuando tuviste que auparme para que pudiese saltar por encima de la valla, la tarde que pensábamos que un rinoceronte nos perseguía?

Sí, Vernon recordaba muy bien aquel episodio. ¡Pensar que la consideraba por entonces un estorbo! ¡Nell, un estorbo!

—Por entonces yo te consideraba maravilloso, Vernon —dijo ella.

¿Así era, eh? Pero sin duda aquello pertenecía al pasado. No podía considerarle maravilloso ahora. Otra vez fue presa de desaliento.

—Creo… creo que por entonces era una especie de bellaco —murmuró.

¿Por qué no podía hacer gala de inteligencia y de vivacidad diciendo frases que merecieran la pena?

—Oh, no; eras adorable. ¿Ha cambiado mucho Sebastián desde entonces?

Sebastián. Ella le llamaba Sebastián. Bueno, después de todo era normal que le nombrase con tanta familiaridad. Qué suerte tenía de que a Sebastián le gustase tanto Joe y no pensara en otra mujer. Sebastián, con su dinero y aquella inteligencia… Se preguntó si a Nell no le atraería Sebastián.

—No creo poder olvidar sus grandes orejas —concluyó Nell riendo.

Vernon se sintió más seguro. Había olvidado el tamaño de las orejas de su amigo. No había chica que, pensando en ellas, pudiera enamorarse de Sebastián. Pobre amigo. Vaya desgracia la suya.

Vio acercarse al compañero de Nell.

—Ha sido maravilloso volverte a ver, Nell —dijo precipitadamente—. No me olvidarás, ¿verdad? Pronto iré a verte a Londres. Realmente, ha sido fantástico verte otra vez después de tantos años.

Repetía insensatamente lo mismo.

—Quiero decir que ha sido sencillamente fabuloso, sabes. No te imaginas hasta qué punto ha sido fantástico. ¿No te olvidarás de mí, verdad?

Instantes después Nell estaba ya lejos de él. Apenas pudo divisarla mientras bailaba con Barnard. Pero a ella no podía gustarle Barnard… ¿O sí? La verdad era que Barnard le parecía un asno.

Los ojos de ella se encontraron con los de Vernon. La muchacha sonrió.

De nuevo Vernon estaba en las nubes. Él le gustaba. Lo sabía. Aquella sonrisa…

6

La Semana de Mayo había pasado. Vernon estaba sentado ante su escritorio escribiendo a su tío.

> Querido tío Sydney:
>
> He meditado mucho sobre la oferta que me hiciste y pienso que me incorporaría a tu empresa si así lo quieres todavía. Me temo que al principio no sea de gran utilidad en Casa Bent, pero trataré de aprender rápidamente. Sigo pensando que éste ha sido un magnífico gesto de tu parte.

Hizo una pausa. Sebastián recorría la habitación de acá para allá nerviosamente y con ello le impedía concentrarse en lo que escribía.

—¡Haz el favor de sentarte de una vez! —exclamó irritado—. ¿Qué te sucede?

—Nada.

Sebastián, con gesto de obediencia, tomó asiento, poniéndose a cargar su pipa, que en seguida encendió. Al hablar lo hizo desde detrás de la cortina de humo que el tabaco provocaba.

—No sé si estás al corriente de las cosas, Vernon. Pedí anoche a Joe que se casara conmigo y ella rehusó.

—Mala suerte, amigo —dijo Vernon, tratando de ponerse en el caso de Sebastián y de demostrarle su simpatía—. Pero tal vez cambie de parecer. Ya sabes cómo son las muchachas.

—Es el maldito dinero —exclamó Sebastián con ira.

—¿Qué dinero?

—El mío. Cuando éramos niños Joe siempre me decía que cuando llegásemos a mayores se casaría conmigo. Me tiene afecto, lo sé. Pero de un tiempo a esta parte, todo cuanto hago o digo parece estar mal. Si me persiguieran o me despreciaran por alguna razón, creo que se apresuraría a casarse conmigo. Pero como no soy socialmente indeseable… Joe siempre ha de ponerse del lado de los que pierden. Si lo piensas bien, es una cualidad muy apreciable en una persona, pero llevada a este extremo resulta completamente ilógica. Puede decirse que Joe es una mujer poco coherente.

—Hum —dijo Vernon vagamente.

Estaba egoístamente atento a sus propios asuntos. Le parecía curioso el hecho de que Sebastián mostrase tanto interés en casarse con su prima. Abundaban las chicas que estarían dispuestas a aceptar a Sebastián y que éste encontraría tan de su gusto como Joe.

Volvió a leer lo que había escrito y agregó sólo una frase: «*Trabajaré como un negro*».

CAPÍTULO CUARTO

1

—Necesitaremos otro hombre —dijo la señora Vereker.

Sus cejas, ligeramente maquilladas, se unieron en una línea al mirar a Nell.

—Es fastidioso que el joven Wetherill no pueda venir —agregó.

Nell asintió moviendo con desgana la cabeza. Estaba sentada sobre el brazo de un sillón. Aún no se había vestido. Su pelo rubio dorado le caía en cascadas sobre el kimono rosa pálido que llevaba. Parecía muy joven, muy hermosa y algo indefensa.

La señora Vereker, sentada ante su pequeño escritorio, frunció aún más el ceño mientras mordía pensativamente el extremo del lápiz que sostenía en la mano. La dureza de sus rasgos, que siempre fue carácter predominante en ella, resultaba acentuada y en cierto modo cristalizada. Era una mujer que había luchado con firmeza y sin pausas durante toda su vida; pero ahora estaba empeñada en la mayor batalla que jamás librara. Alquilaba una casa que no estaba en condiciones de sostener y vestía a su hija con vestidos que no podía darse el lujo de pagar. Compraba a crédito; y no, como otras, acudiendo a zalamerías, sino poniendo en juego su fuerte personalidad. Nunca solicitaba nada de sus acreedores: les imponía sus deseos.

Como resultado de aquella estrategia, Nell iba a todas partes y hacía todos los programas que eran propios de sus amigas ricas, vistiendo mejor aún que éstas.

—*Mademoiselle* es encantadora —decían las modistas, intercambiando con la señora Vereker alguna mirada significativa.

Una muchacha tan hermosa y con tanta gracia se casaría

seguramente en el transcurso de su primera temporada de fiestas y, en el peor de los casos, en la segunda. Luego vendría la tarea de cosechar lo sembrado. Estaban acostumbradas a correr riesgos. *Mademoiselle* era encantadora y *madame*, su madre, una mujer de mundo que estaba además acostumbrada aparentemente a lograr lo que se proponía.

Tenía el firme propósito de que su hija hiciera un buen casamiento y no que se uniera a un don nadie.

Sólo la señora Vereker conocía la verdad de su historia, sus dificultades, sus fracasos, las degradantes derrotas que le infligieran.

—Tenemos al joven Earnescliff —dijo con expresión dubitativa —. Pero carece de prestigio y de dinero como para considerarle adecuado al caso.

Nell miró sus uñas pintadas.

—¿Qué tal Vernon Deyre? —sugirió—. Me ha escrito diciéndome que vendrá a Londres este fin de semana.

—Podría ser —repuso la señora Vereker.

De pronto contempló a su hija con dureza.

—Nell, no te dejarás llevar por la atracción que pueda tener para ti ese chico, ¿verdad? Me parece que le hemos visto demasiado últimamente.

—Baila bien —dijo Nell— y es extraordinariamente servicial.

—Sí —contestó la señora Vereker—. Es verdad. Lástima.

—¿Por qué lástima?

—Porque carece de suficientes bienes terrenales, hija. Tendrá que casarse por dinero si pretende conservar Abbots Puissants. La propiedad, como sabes, está fuertemente hipotecada. Claro que el día que muera su madre… Pero con eso no puede contar; tiene todo el aspecto de ser de esas mujeres fuertes y sanas que llegan a los ochenta o noventa. Por otra parte, no es vieja y si de pronto decide casarse de nuevo… No, Vernon Deyre no puede considerarse como un buen partido. Lo siento, porque parece estar muy enamorado de ti.

—¿Te parece? —preguntó Nell en voz baja.

—Pues claro. Cualquiera puede advertir eso. Se le ve en la cara, que es lo habitual en los jóvenes de su edad. Bueno, los amores infantiles han de pasarse. De todos modos, que se enamore él, pero

no tú, Nell. Nada de tontadas.

—Oh, madre, si es apenas un muchacho. Muy agradable y todo, pero un chico.

—Un chico sumamente guapo —dijo su madre con sequedad—. Me limito a hacerte la advertencia: enamorarse es algo muy penoso cuando sabes que no podrás casarte con el hombre que amas. Y lo peor…

Calló. Nell ya sabía por dónde corrían sus pensamientos. El capitán Vereker también había sido en sus tiempos un joven de ojos azules, guapo y carente de dinero, a pesar de lo cual su madre cometió en su momento la locura de casarse con él. Un matrimonio por amor que iba a lamentar amargamente durante el resto de su vida. El atractivo capitán fue convirtiéndose poco a poco en un fracasado, un débil y un borracho. La desilusión de su mujer fue completa.

—Los hombres enamorados siempre son serviciales —dijo la señora Vereker volviendo a su punto de vista práctico—. Pero no puedes permitir que Vernon Deyre comprometa tus posibilidades de encontrar hombres mejor situados que él. Supongo que eres demasiado lista como para caer en ese riesgo y no permitirás que te monopolice. Bueno, pues escríbele diciéndole que le esperamos a cenar el domingo próximo.

Nell asintió. Poniéndose en pie fue hasta su dormitorio, donde se deshizo del kimono y comenzó a vestirse. Con un cepillo de cerdas duras peinó en todas las direcciones sus cabellos dorados antes de unirlos y enroscarlos en un moño sobre su encantadora cabeza.

La ventana estaba abierta. Un gorrión londinense de plumas pardas pió desde una planta cercana con la arrogancia propia de su especie.

Nell sintió algo en el corazón. ¡Oh! ¿Por qué todo era tan… tan…?

¿Tan qué? Ella misma no podía traducir en palabras el sentimiento que la inundaba. ¿Por qué las cosas no podían ser favorables en vez de adversas? A Dios tanto le daba hacer las cosas de un modo o de otro.

Nell nunca pensaba mucho en Dios pero sabía, naturalmente, que estaba allí. Quizá Dios se ocupara de su caso después de todo e hiciera que las cosas saliesen bien.

Los modales de Nell Vereker y sus pensamientos eran bastante infantiles aquella mañana de verano.

2

Vernon se hallaba en el séptimo cielo. Por mero azar se había encontrado con Nell en el parque aquella mañana y tenía por delante toda una gloriosa velada junto a ella. Tan feliz se sentía que casi era capaz de albergar afecto por la señora Vereker.

En lugar de decirse «esa mujer es una bruja», que era lo habitual, se encontró pensando que acaso no fuera tan mala como parecía cuando se llegaba a conocerla lo suficiente. De todos modos, era indiscutible que adoraba a Nell.

Durante la cena pasó revista al resto de los invitados. Una chica como tantas, vestida de verde, que no resistía la comparación con Nell. Un militar alto y moreno, mayor del ejército colonial, que hablaba mucho sobre la India. Estaba impecablemente vestido y parecía insoportablemente vanidoso. Vernon le odió nada más verle porque le parecía que no cesaba de pavonearse. Una garra helada pareció oprimirle el corazón. Nell se disponía, de seguro, a casarse con aquel tipo, que se la llevaría con él a la India. Lo sabía, estaba seguro de que así sería. Rehusó el plato que le pusieron delante y apenas respondió con algún monosílabo a los esfuerzos desplegados por la niña vestida de verde para animar la conversación.

El otro hombre era un individuo hecho y derecho. Casi viejo para Vernon. Muy serio y tieso, parecía tener un rostro de madera. Su pelo era ya gris, pero la mirada de sus ojos azules parecía muy vivaz, armonizando con su aspecto decidido. Poco después se enteró de que era norteamericano, lo que no se notaba en su acento, pues era el de un inglés educado.

Hablaba con frases cortas y hechas de expresiones muy concretas. Su aspecto daba a entender que se trataba de alguien rico. Un acompañante muy adecuado para la señora Vereker, sin duda, pensó Vernon. Acaso hasta llegase a casarse con él, lo que sería magnífico, pues de esa manera dejaría de importunar a Nell y de obligarla a llevar aquella vida frívola.

El señor Chetwynd parecía admirar mucho a Nell, lo cual era perfectamente lógico. En alguna oportunidad le dirigió elogios en términos un poco anticuados, que Vernon pudo escuchar pese a no hallarse junto a ellos. (El americano estaba sentado entre Nell y su madre).

—Debe usted llevar a la señorita Nell a Dinard este verano, señora Vereker —dijo—. Realmente, debe hacerlo. Gran parte de mis amigos estarán allí. Es un lugar encantador.

—La perspectiva me entusiasma, señor Chetwynd; pero no sé si podremos porque hemos prometido a tantas personas que las visitaríamos…

—Ya sé que mucha gente las solicita constantemente y que es difícil conseguir que ustedes prefieran a algunos en perjuicio de otros. Sin embargo, me sentiría muy feliz si las viese a ambas en Dinard. Espero que su hija no me oiga cuando le doy mi enhorabuena por ser la madre de la mayor belleza de esta temporada, señora Vereker.

—Y entonces dije al coronel…

Era la voz del mayor Dacre.

Todos los Deyre habían sido militares. ¿Por qué no lo era él? ¿Por qué prefería liarse con los negocios en Birmingham? Rió para sí. Era absurdo ser tan celoso. ¿Había algo peor que ser un subordinado de sueldo miserable? En tal caso no le quedaría ninguna esperanza de casarse con Nell.

Por cuanto oía, los norteamericanos no se quedaban fácilmente sin aliento. Ya comenzaba a cansarse de oír la voz del señor Chetwynd y esperaba con ansiedad que la cena terminase para invitar a Nell a dar una vueltecita por el parque, aunque no sería fácil burlar la estrecha vigilancia a que siempre la tenía sometida la señora Vereker. En cuanto les veía solos, les interrumpía con cualquier pretexto. A menudo usaba la excusa de interesarse por su madre o por Joe, y Vernon carecía de experiencia para bloquear sus maniobras. Se quedaba, pues, inmóvil, contestando las preguntas de la madre de Nell y tratando de parecer interesado en su conversación.

No pudo salir con ella al parque. Sin embargo, le servía de consuelo constatar que el que lo consiguió no era el mayor Dacre, sino aquel anciano de los piropos a la antigua.

Les seguía con la vista y vio que se encontraban con otras personas, con las cuales se detuvieron a conversar. Allí estaba su oportunidad y no tardó en aprovecharla. Poco después se encontraba junto a Nell.

—Ven conmigo —le dijo—. Rápido, ahora.

¡Lo había conseguido! Ya estaba la muchacha fuera del alcance de los demás. Tanta prisa llevaba Vernon que Nell tuvo que correr para no quedar rezagada. Sin embargo, no dijo nada. Ni protestó ni hizo bromas.

Las voces de los otros se escuchaban cada vez más lejanas mientras la respiración de Nell se tornaba progresivamente más ruidosa e irregular. ¿Era tan sólo a causa de la carrera? Vernon, sin saber por qué, se inclinaba a pensar que no.

Poco a poco fue retardando su paso, hasta detenerse. Estaban solos, por fin. Solos en el mundo. Tan solos como si se encontraran en una isla desierta.

Debía decir algo… algo simple y convencional. De otro modo, acaso ella se volviese con los demás, actitud que él no hubiese podido soportar. Felizmente Nell nunca sabría de qué modo desordenado le latía el corazón. Los golpes le llegaban a la garganta, obstaculizando su respiración.

Dijo abruptamente:

—He comenzado a trabajar en el negocio de mi tío Sydney, sabes.

—Sí, lo sabía. ¿Estás contento?

Su voz era dulce y fresca. No se advertían signos de agitación en ella.

—No mucho, de momento; pero pienso que me acostumbraré.

—Supongo que el trabajo te resultará más interesante cuando llegues a conocerlo mejor.

—No creo que llegue a interesarme nunca. Tengo que ocuparme de las tareas de un aprendiz.

—Ya veo. No, realmente, se diría que eso no suena muy interesante.

Se hizo un silencio.

—¿Estás muy a disgusto allí, Vernon? —dijo ella con voz muy suave.

—Me temo que sí.

—Lo lamento muchísimo. Ya entiendo cómo te debes sentir.

Que alguien le entendiera suponía una enorme diferencia para él. ¡Adorada Nell!

—Sabes —dijo precipitadamente—. Lo que has dicho es muy considerado de tu parte. Eres muy buena.

Otro silencio. Pero esta vez era un silencio cargado con el paso de dos grandes emociones latentes. Nell pareció atemorizarse.

—¿No ibas a…? Quiero decir, yo pensaba que te dedicarías a estudiar música.

—He dejado los estudios.

—¿Por qué? Me parece que has hecho mal.

—Era lo que más me interesaba en el mundo; pero no me servía. Me era preciso ganar dinero de algún modo.

¿Se lo diría? ¿Era aquél el momento apropiado? No; le faltaba coraje, simplemente.

—Abbots Puissants, sabes —dijo desordenadamente—. ¿Recuerdas Abbots Puissants, verdad?

—Pues claro, Vernon. De ello hablábamos hace pocos días.

—Lo siento. Estoy muy tonto esta noche. Bueno, pues deseo con todas mis fuerzas volver a vivir allí algún día.

—Creo que eres maravilloso.

—¿Maravilloso?

—Sí. Maravilloso al abandonar todo lo que te interesa y ponerte a trabajar como lo haces. Un gesto magnífico de tu parte.

—Me encanta oírte hablar así. Suponte… oh, no sabes la diferencia que representa para mí, oírte decir…

—¿Sí? —dijo Nell en voz muy baja—. Me alegra saberlo.

La muchacha pensó para sí: «Debo regresar. De cualquier modo debo regresar. Mamá se enfadará. ¿Qué estoy haciendo? He de volver junto a George Chetwynd, aunque es tan tedioso… ¡Dios mío, que mamá no se enfade demasiado!».

Caminaba muy cerca de Vernon. Se sentía sin aliento. Era extraño. ¿Qué le sucedía? Si al menos Vernon hablara… ¿En qué pensaba?

Trató de decir algo ajeno a ellos.

—¿Cómo está Joe?

—Muy entregada al arte, de momento. Pensé que os veíais a menudo, puesto que ambas vivís en Londres.

—Creo haberla visto una vez, eso es todo.

Se detuvo para agregar luego con cierta reserva:

—No creo despertarle muchas simpatías.

—Bobadas.

—No. Ella piensa que soy frívola y que sólo me interesan las fiestas.

—Nadie que te conozca realmente puede pensar cosa semejante.

—No lo sé. A veces me siento tan tonta…

—¿Tonta tú?

Qué encantadora la incredulidad de Vernon, pensó Nell. Era adorable. De modo que la consideraba lista y también atractiva, sin duda. Su madre llevaba, pues, la razón.

No tardaron en alcanzar un pequeño puente, tendido sobre un hilo de agua. Subieron por él y se inclinaron sobre la baranda para mirar hacia abajo. Estaban muy juntos.

—Se está bien aquí —dijo Vernon con voz ahogada.

—Sí.

¿Era de Nell aquel extraño sí?

—Oh, Nell…

Tenía que decirle lo que pensaba. Simplemente, era necesario que se lo dijera. Nell, por su parte, sentía acercarse algo importante. Se acercaba… No hubiera podido expresar con palabras lo que sentía. Era como si el mundo se hubiese detenido, disponiéndose a dar un salto.

—Nell…

—¿Sí?

Ahora fue a ella a quien sorprendió aquel «sí».

—Te amo. Te amo tanto…

—¿Es cierto?

Qué respuesta tan tonta, pensó Nell. Sin embargo, repitió la frase. Su voz sonaba dura y afectada.

La mano de él encontró la suya. La de Vernon estaba caliente, mientras la de Nell parecía helada. Ambos se sobrecogieron.

—¿Crees que… piensas que algún día llegarás a amarme?

—No lo sé —repuso ella, sin saber casi lo que decía.

Permanecieron inmóviles, como niños deslumbrados, con las manos entrelazadas, perdidos ambos en una especie de encantamiento que se parecía al miedo.

Algo tenía que suceder y sintieron que así sería, aunque no supiesen decir qué.

De la oscuridad salieron dos figuras. Se oyó una risa ronca y también otra, un poco tonta.

—De modo que estabais aquí. ¡Qué sitio tan romántico!

Eran la chica vestida de verde y el tonto de Dacre. Nell dijo algo bastante ingenioso, sin perder en absoluto la compostura. Las mujeres son maravillosas para fingir, pensó Vernon. Se adelantó hacia los recién llegados y la luz de la luna dio de lleno sobre ella. Se la veía tranquila, segura y casi indiferente.

Todos ellos caminaron hacia el lugar donde se encontraba el resto de los invitados charlando y haciendo bromas. Tornaron con George Chetwynd, que conversaba con la señora Vereker cerca de la terraza. El hombre, a pesar de sus esfuerzos por resultar cortés, no pudo esconder un gesto de enfado, según creyó advertir Vernon. En cuanto a la madre de Nell, no pretendió disimular con el muchacho, mostrándose absolutamente desagradable con él. Cuando Vernon fue a despedirse de ella, sus maneras llegaron a ser casi ofensivas.

Aquello le tenía sin cuidado. Todo cuanto quería en aquellos momentos era quedarse solo para entregarse a la fiesta de los recuerdos inmediatos.

¡Se lo había dicho, se lo había dicho! Había conseguido preguntarle si le amaba, reuniendo un coraje del que se creía desprovisto. ¡Y en lugar de reírsele en la cara, Nell le había respondido que no lo sabía!

Aquello significaba… significaba que… ¡Oh, era increíble! Nell, el hada, la maravillosa e inaccesible mujer de sus sueños… Nell le amaba o, al menos, aceptaba la eventualidad de amarle.

Quería caminar y caminar a través de la noche; pero no podía hacerlo porque debía coger el tren nocturno para Birmingham, que salía de la estación a las doce en punto. Maldito sea, pensó. Le hubiese gustado andar y andar hasta que llegase la mañana.

¡Con un sombrerito verde y una flauta mágica, como el príncipe de los cuentos!

De pronto vio toda la escena imaginada en términos muy reales. La torre a cuya ventana se asomaba la princesa de los cabellos de oro y el fantástico sonar de la flauta del príncipe que la invitaba a ir con él.

Sin que lo advirtiera, tal música estaba más de acuerdo con los cánones reconocidos que con las concepciones originales que alimentara hasta entonces. Se adaptaba a los límites de las dimensiones conocidas, aunque la visión interior permaneciera inalterada.

Pudo escuchar la música de la torre…, la otra música, redonda, esférica, propia de las joyas de la princesa…, la canción alegre, libre y no sujeta a leyes, del príncipe vagabundo que decía:

Sal, mi amor,
sal y vente conmigo.

Caminó por las calles desiertas y húmedas de Londres como si pertenecieran a algún reino encantado. La negra masa de la estación de Paddington se recortó en medio de la oscuridad.

En el tren no pudo dormir. En cambio escribió una serie de notas musicales con letra muy menuda en un sobre. Encima de ellas podía leerse de tanto en tanto: «trompetas», «cornos ingleses», «trompas». Unas líneas rectas y curvas representaban lo que oía.

Era feliz…

3

—Me avergüenzas. ¿En qué estabas pensando, si puede saberse?

La señora Vereker estaba de muy mal humor. Ante ella estaba Nell, muda y encantadora.

Su madre pronunció aún unas cuantas frases violentas e hirientes, para dejar luego la habitación sin desearle las buenas noches.

Diez minutos más tarde, mientras se disponía a meterse en la cama, su talante era, sin embargo, muy distinto. Rió interiormente.

«No debí haber mostrado tanta contrariedad ante la niña —pensó—. La verdad es que el episodio sentará bien a George Chetwynd. Ayudará a que se despabile. Necesita que le espoleen».

Apagó la luz de su mesita y no tardó en quedarse dormida.

En cambio Nell no pudo hacerlo. Constantemente repasaba en su

mente los acontecimientos de aquella noche, tratando de revivir cada sentimiento, cada palabra de las que pronunciaran en el puente.

¿Qué había dicho Vernon? ¿Qué contestó ella? Era muy extraño; pero le resultaba imposible recordar las palabras de ambos.

Él le había preguntado si le amaba; pero ¿cuál fue su respuesta? No lo recordaba. En cambio toda la escena se repetía ante sus ojos en medio de la oscuridad. Sintió su mano entre las de Vernon, oyó su voz ahogada e insegura. Cerró los ojos, perdiéndose en un ensueño incierto y delicioso.

La vida era tan maravillosa… tan maravillosa…

CAPÍTULO QUINTO

1

—Entonces no me amas.

—Pero Vernon, no comprendes que sí, que te amo. ¡Si quisieras tratar de entenderme!

Ambos se enfrentaban con expresión ansiosa, perplejos ante la querella que de pronto se había planteado. Una de esas querellas inexplicables e inesperadas propias de enamorados. Momentos antes habían estado tan unidos que el pensamiento de uno parecía ser compartido por el otro; ahora ambos se situaban en extremos opuestos y se irritaban ante lo que creían ser mutua incapacidad de comprensión.

Nell se volvió con un leve gesto de enojo, dejándose caer sobre una silla.

¿Por qué las cosas habían de ser de aquel modo? ¿Por qué no serían como ella imaginaba que tenían que ser, y permanecían así para siempre?

Aquella noche en que Vernon le declarara su amor en el puente, y la noche siguiente, había permanecido largo rato despierta, envuelta en maravillosos sueños. La deleitaba saberse amada. Ni las hirientes palabras de su madre habían logrado enturbiar aquella felicidad nueva: parecían venir de tan lejos, que eran incapaces de desgarrar la brillante red de brumosas ilusiones en la que se hallaba.

Al día siguiente había despertado llena de alegría para encontrarse con que, afortunadamente, su madre no insistía en los reproches de la víspera. Sumida en sus secretos pensamientos, Nell había pasado el día desarrollando sus actividades normales,

charlando con amigos, paseando por el parque, almorzando, merendando, bailando. Estaba segura de que nadie hubiese podido notar nada raro en ella, aunque interiormente una nueva nota latía, haciendo variar de modo sutil todas las cosas. A veces, por un breve instante perdía el hilo de lo que estaba diciendo, porque otra voz a la vez distante y cercana le susurraba: «Te amo; te amo tanto…». La luz de la luna reflejándose en el agua… la mano de ella entre las de Vernon… Con un ligero escalofrío, reanudaba de inmediato la conversación, reía, charlaba. ¡Qué feliz se puede llegar a ser! ¡Qué feliz había sido aquella noche!

Luego comenzó a preguntarse si Vernon le escribiría, siempre echaba un rápido vistazo al correo. Su corazón latía con fuerza cada vez que veía al cartero encaminarse a la casa y llamar a la puerta. Al segundo día, en efecto, le llegó una carta que ella escondió debajo de las demás, guardándola hasta que llegó el momento de retirarse a su habitación. Ya en su cama la abrió, con el corazón palpitante.

> Oh Nell, mi querida Nell, ¿dijiste aquello en serio? Ésta es la tercera carta que escribo. Las otras dos las he echado al cesto de los papeles. Temo tanto decirte algo que pueda desagradarte… Tal vez no hablaras enserio, después de todo. Pero sí que hablabas enserio, ¿verdad? Eres tan encantadora Nell, y te amo con tal pasión… Siempre estoy pensando en ti. Cometo continuas equivocaciones en el escritorio porque no puedo concentrarme en mi trabajo. Pero te prometo que trabajaré con ahínco. Tengo unas ganas locas de verte. ¿Cuándo crees que podría ir a Londres? Debo verte. Mi amor, quisiera escribirte muchas cosas bonitas; pero no puedo comunicarte por carta lo que siento. Por otra parte, acaso te esté aburriendo. Escríbeme y dime cuándo y dónde podré verte. Que sea pronto, por favor. Me volveré loco si tarda mucho en llegar el día en que te encuentre otra vez.
>
> Tuyo para siempre,
>
> Vernon.

Nell leyó y releyó muchas veces la carta, poniéndola luego bajo la almohada. A la mañana siguiente, apenas despierta, volvió a leerla varias veces. Era tan feliz, tan maravillosamente feliz. Pero no

fue hasta el día siguiente cuando se decidió a contestarla. Con la pluma en la mano, lo que se le ocurría era formal y embarazoso. No sabía qué poner en el papel.

Querido Vernon:
Gracias por tu carta…

Se detuvo. Con el extremo de la pluma entre los dientes se quedó mirando con expresión ausente el muro que tenía ante ella.

Algunos de nosotros pensamos ir a la fiesta de los Howard el viernes. ¿Por qué no cenas con nosotros y te vienes? A las ocho.

Volvió a detenerse, esta vez por más tiempo. Debía decirle algo… deseaba decírselo. Inclinándose sobre la mesa escribió a la carrera:

Quiero verte. Lo deseo con toda el alma.
Tuva

Nell.

Vernon no tardó en contestar.

Querida Nell:
Encantado de ir el viernes. Gracias mil veces.
Tuyo

Vernon.

Un miedo súbito la asaltó al leer las palabras de Vernon. ¿Le habría ofendido? Acaso pensara que no había sido muy explícita. Su felicidad pareció desvanecerse. Se acostó pero no podía dormir. Se sentía desgraciada, insegura y se odiaba a sí misma pensando que acaso hubiese cometido algún error.

Hasta que llegó el viernes. A la hora indicada se presentó Vernon y a Nell le bastó una ojeada para comprender que todo iba bien. Los ojos de ambos se encontraron y el mundo se inundó otra vez de luz y de radiante felicidad.

No se sentaron juntos cuando llegó la hora de la cena y sólo

después del tercer baile pudieron hablar. En el amplio salón, daban vueltas al compás de un vals emotivo y sentimental.

—Espero no haberte pedido demasiados bailes —susurró él.

—No.

Cuando estaba junto a Vernon parecía quedarse muda. Su amado la mantuvo junto a él un instante después de terminar la música. Sus dedos apretaron los de Nell y ella le miró sonriente. La felicidad de ambos llegaba al delirio. Minutos después él bailaba con otra y le hablaba distraídamente al oído. Nell bailaba con George Chetwynd. Una o dos veces sus ojos encontraron los de Vernon y ambos esbozaron imperceptibles sonrisas. El secreto compartido era delicioso.

Al volver a bailar con Nell, el talante de Vernon mostró un cambio.

—¿No sería posible encontrar un lugar donde pudiéramos conversar, mi amor? Tengo tantas y tantas cosas que decirte… Qué casa tan ridícula ésta: no hay un solo sitio donde podamos refugiarnos.

Se sentaron en la escalera, escalando más y más, como es habitual en las fiestas londinenses, pero parecía imposible colocarse a razonable distancia de la gente. De pronto vieron una escalerilla de metal que llevaba al tejado. Se miraron.

—¿Y si fuéramos por allí? —preguntó Vernon—. ¿Podrías hacerlo sin echar a perder tu vestido?

—No me importa mi vestido.

Vernon subió primero, quitó el cierre a la puerta que se veía en el techo y abriéndola llegó arriba. De inmediato se arrodilló para ayudar a Nell, que no tardó en unirse a él.

Estaban completamente solos. Londres se extendía a sus pies. Sin darse cuenta se juntaron. La mano de ella encontró pronto el camino hasta la suya.

—Nell, mi amor…

—Vernon…

La voz de Nell era apenas un susurro.

—Es cierto que me quieres ¿verdad?

—Sí, Vernon, te quiero.

—Es demasiado maravilloso para ser cierto. Oh, Nell, qué ganas tengo de besarte.

Ella colocó su rostro frente al de su amado y se besaron, vacilantes y tímidos.

—Tu piel es suave y deliciosa —murmuró Vernon.

Sin cuidarse del hollín y la tierra que lo cubrían todo por allí, se sentaron en un saliente. Los brazos de él la envolvieron y ella le ofreció su rostro para que la besara una y otra vez.

—Te quiero tanto, Nell, que casi temo tocarte.

Ella no entendió lo que Vernon quería decir. Sus palabras le parecieron extrañas. Se acercó aún más. La magia nocturna se completó con los besos de la pareja.

2

Despertaron de un sueño feliz.

—Vernon, creo que hace horas que estamos aquí.

Vueltos de pronto a la realidad, corrieron a la portezuela. Vernon bajó primero y, llegado abajo, cuidó que Nell descendiera sin tropiezos.

—Me temo que te has sentado sobre un buen montón de hollín, Nell.

—¿De verdad? ¡Oh, qué contrariedad!

—La culpa ha sido mía, cariño; pero valió la pena, ¿no?

Ella le sonrió con la felicidad pintada en el rostro.

—Sin duda —dijo suavemente.

Mientras descendían las escaleras, agregó con una pequeña sonrisa:

—¿Qué fue de todas las cosas sobre las que íbamos a hablar? Eran muchas.

Ambos rieron a la vez y entraron nuevamente en la sala donde se bailaba. Mostraban un aspecto tímido y furtivo.

Habían permanecido algo menos de media hora fuera del salón.

Una noche encantadora. Nell se durmió pensando en los besos de Vernon.

Al día siguiente por la mañana (era sábado) Vernon la llamó por teléfono.

—Debo hablarte. ¿Puedo ir a tu casa?

—Oh, no, amor mío; eso es imposible. Tengo que salir dentro de un rato con un grupo de personas y no puedo excusarme.

—¿Por qué no?

—Pues porque no sé qué podría decir a mamá.

—¿No le has contado nada?

—¡Claro que no!

La vehemencia de aquella negación sorprendió a Vernon, dejándole momentáneamente confuso. Pensó que la pobrecilla no podía de manera alguna contar a su madre lo sucedido entre ambos la noche anterior.

—¿No sería mejor que yo mismo le hablase? Iría de inmediato.

—No, no, Vernon; no antes de que tú y yo hablemos.

—Muy bien entonces; ¿cuándo hablaremos?

—No lo sé. Hoy debo comer al mediodía con unos amigos; luego he de asistir a una sesión teatral y a otra por la noche. Si hubiese sabido que ibas a pasar este fin de semana en Londres, hubiese arreglado las cosas de otro modo.

—¿Y mañana?

—Bueno, debo ir a misa…

—Muy simple: no vayas. Di que tienes dolor de cabeza o algo así y yo iré a tu casa. Hablaremos y cuando tu madre vuelva de la iglesia, le expondré personalmente la situación.

—Oh, Vernon, es que no creo que pueda…

—Sí que puedes. Ahora mismo corto la comunicación para que no inventes más excusas. Mañana a las once.

Cortó. No había dicho a Nell desde dónde la llamaba. Ella, por su parte, quedó prendada de su viril poder de decisión, aunque sus palabras le causaban honda ansiedad. Temía que al actuar precipitadamente lo echara todo a perder.

Al día siguiente no tardaron en verse envueltos en una gran discusión. Nell había comenzado por pedirle que no dijese aún nada a su madre.

—Sería contraproducente. No permitirá que sigan nuestras relaciones.

—¿Por qué?

—Ya verás. No querrá que nos veamos más.

—Pero Nell, deseo casarme contigo y tú conmigo, ¿no es así? Yo no quisiera esperar mucho.

Fue entonces cuando Nell sintió por primera vez exasperación. ¿Acaso no podía Vernon comprender cómo estaban las cosas? Hablaba como un niño.

—Es que no tenemos dinero, Vernon.

—Lo sé; pero trabajaré como un condenado. Por lo demás, a ti no te importa ser pobre, ¿no es así?

Ella respondió lo que se esperaba de ella: que no. Pero tenía conciencia de no decir toda la verdad. Era terrible ser pobre. Vernon no sabía en realidad todo lo terrible que era.

De pronto le parecía ser mucho mayor que él y tener mucha más experiencia. Vernon hablaba como un chico romántico, en la ignorancia de cómo eran en realidad las cosas.

—Vernon, ¿no podríamos continuar como hasta ahora durante un tiempo más? Somos tan felices así…

—Claro que lo somos; pero podríamos serlo mucho más. Quiero comprometerme contigo; que todo el mundo sepa que me perteneces.

—No veo qué diferencia marcaría el hecho de que todo el mundo lo supiese.

—Ninguna, en el fondo. Sin embargo, el compromiso me daría el derecho de verte libremente y haría innecesarios los tapujos. Además, ya no tendría por qué sentirme celoso por tontos como ese Dacre.

—¿No me dirás que sientes celos?

—Sé que no debiera sentirlos. Pero es que tú misma ignoras lo adorable que eres, Nell. Todos los hombres que te conocen han de sentirse enamorados de ti. Creo que hasta ese solemne norteamericano te ama.

Nell palideció un poco.

—Sea como fuere —dijo—, insisto en que con tu actitud no harás más que complicar las cosas.

—Piensas que tu madre no querrá saber nada, ¿verdad? Lo siento mucho. Le diré que todo ha sido por mi culpa. Después de todo tendrá que enterarse algún día. Creo que sentirá desaliento porque desea que te cases con un hombre rico, cosa muy natural. Pero, ya sabes que el dinero no proporciona la felicidad.

Nell no pudo contenerse.

—Hablas así muy despreocupadamente. ¿Qué sabes tú lo que es

la pobreza? —preguntó con voz dura y apasionada.

Vernon se sorprendió.

—Pero, Nell, yo soy pobre.

—No, no lo eres. Has ido a los mejores colegios y universidades y, al llegar las vacaciones, has vivido en casa de tu madre, que es rica. No sabes absolutamente nada de la pobreza. No sabes…

Se detuvo. Estaba muy agitada. No era muy diestra para hablar y no podía en consecuencia expresar cabalmente lo que quería. ¿Cómo describirle el cuadro que ella tan bien conocía? Las mentiras, la desesperada lucha por guardar las apariencias… El aplomo con el que algunos decían que no se podía seguir con aquel tren de vida; los desprecios, las secretas burlas y, aún peor, la irritante benevolencia de otros. Nada había cambiado. En vida del capitán Vereker y una vez muerto éste, su madre siempre había deseado aparentar más y más. Cierto que era posible vivir en una casita de las afueras y no ver nunca a nadie, ni concurrir a bailes como las otras chicas, ni saber lo que eran los hermosos vestidos. Sí que hubiesen podido arreglárselas con la reducida renta de que disponían y dejar que la vida transcurriese en medio de la rutina y el hastío. Pero en cualquiera de los dos casos, todo era difícil y hasta asqueante. Era injusto eso de carecer de dinero. Por lo mismo, el casamiento era la meta dorada, puesto que constituía la única vía de escape. Así se terminarían los desprecios, las mentiras y los subterfugios.

No es que ella quisiera casarse fríamente por dinero. Con un optimismo sin límites, propio de la juventud, siempre había imaginado que se enamoraría de un hombre lleno de condiciones personales que, además, sería rico. Y se encontraba con que estaba enamorada de Vernon Deyre. Su modo de concebir aquella relación no incluía la idea de casamiento. Se limitaba a sentirse feliz, eso era todo.

Por lo mismo casi se sentía inclinada a odiarle, puesto que le había hecho tocar tierra, cuando tan bien se encontraba en las nubes. También le fastidiaba que Vernon diese por sentado que ella estaba dispuesta a encarar una vida de privaciones por el amor que la animaba hacia él. Si al menos hubiese planteado el problema en otros términos…

Si le hubiese dicho, por ejemplo: «Sé que no debiera proponerle

matrimonio; pero ¿crees que sacrificarías tus perspectivas de bienestar para casarte conmigo…?». Algo así habría resultado más justo y adecuado a las circunstancias.

Del modo en que Vernon veía las cosas, el sacrificio pasaría casi desapercibido. Al fin y al cabo era un sacrificio lo que él estaba pidiendo. Nell no quería ser pobre. De hecho odiaba hasta la idea de la pobreza. La odiaba y la temía. De ahí que la actitud inexperta y desdeñosa de Vernon frente al problema la fastidiara. Era tan fácil despreciar el dinero cuando no se ha sentido nunca la falta de él… Vernon nunca había sabido lo que era carecer de medios económicos y, lo que era peor, lo ignoraba todo respecto a tal carencia. Siempre había vivido cómodamente y sin apuros.

—Dime, Nell, ¿verdad que no te importaría ser pobre? —dijo con sorprendido acento.

—Yo, que soy pobre —repuso ella—, sé de lo que estoy hablando.

Se sentía muchos años mayor que Vernon. Éste le parecía un niño. ¿Qué sabía él sobre las dificultades para que te otorgaran un crédito o te prestasen dinero? ¿Qué sabía sobre la angustia de deber lo que no se está en condiciones de pagar? Ella y su madre sí que lo sabían. De pronto, se sintió sola y desgraciada. ¿De qué servían los hombres? Te decían palabras maravillosas, te amaban, pero ¿eran capaces de comprenderte? Vernon no hacía esfuerzos por comprender, aparentemente. Por eso se expresaba en tono de reproche, dejando ver a la muchacha en qué medida bajaba en su estima.

—Si me dices que no eres capaz de amarme…

—Es que no entiendes —repuso ella ya sin esperanza de ser comprendida.

Se miraron con ojos desolados. ¿Qué había sucedido? ¿Por qué las cosas tomaban aquel cariz?

—Tú no me quieres —dijo Vernon con enojo.

—Sí, Vernon, te amo, te amo…

De pronto, como por encanto, el mutuo amor los arrolló. Se unieron en un largo beso. Eran víctimas del inmemorial engaño de los enamorados, que consiste en decirse que todo ha de salir bien ya que se aman. Vernon se salió con la suya: insistió en hablar con la señora Vereker y Nell ya no se opuso. Los brazos de él la apresaban

y sus labios estaban sobre los suyos; no estaba en condiciones de seguir discutiendo ni quería hacerlo. Mejor sería abandonarse a la dicha de sentirse amada.

—Sí, sí, mi amor… Si así lo quieres… Todo cuanto tú quieras…

Sin embargo, casi a pesar suyo, latiendo por debajo de su amor, sentía como un ligero disgusto…

3

La señora Vereker era una mujer lista. La noticia la cogió por sorpresa pero no dejó que se evidenciara en su rostro, reaccionó de manera muy diferente a la prevista por Vernon, mostrándose un poco divertida ante la idea y también algo desdeñosa.

—De modo que a vuestra edad creéis hallaros enamorados. Vaya.

Escuchaba las palabras de Vernon con expresión tan bondadosamente irónica que, sin quererlo, su lengua articulaba de tanto en tanto algún chasquido.

Cuando el muchacho terminó su exposición, dejó escapar un débil suspiro.

—¡Qué maravilloso ser joven! ¡Casi siento envidia de vosotros! Ahora, querido hijo, escúchame. No voy a prohibir las amonestaciones matrimoniales ni tomar ninguna actitud melodramática. Si Nell desea en realidad casarse contigo, allá ella; aunque no hay razón para ocultarte que me sentiría algo desilusionada. Es mi única hija y, naturalmente, deseo que se case con alguien que se encuentre en condiciones de darle lo mejor en todo sentido y que sepa rodearla de lujo y de comodidades. Creo que es natural que así lo quiera.

Vernon no tuvo otro remedio que asentir. La sensatez de la señora Vereker era extraordinariamente difícil de enfrentar. Por otra parte, él no esperaba que ella atacara por aquel flanco.

—Con todo, repito que no intentaré prohibir las amonestaciones. Lo único que exijo es que Nell se encuentre absolutamente segura de que no se arrepentirá de haber tomado la decisión de casarse contigo. ¿Supongo que lo que digo te parecerá razonable, no es así?

Vernon afirmó que, desde luego, le parecía razonable. Sin embargo, sentía la incómoda impresión de que le estaba metiendo en una trampa de la que no le sería fácil salir.

—Nell es muy joven. Tal es mi primera objeción. Quisiera que llegara a encontrarse completamente segura de que te prefiere a todos los demás hombres. Que entre vosotros lleguéis a algún arreglo es una cosa; pero el anuncio público de vuestro compromiso es algo muy distinto y por lo mismo no lo consentiré por ahora. Cualquier trato o convenio entre nosotros tres ha de permanecer necesariamente en secreto. Creo que podrás advertir la justicia y conveniencia de lo que propongo. Nell ha de gozar del privilegio de cambiar de opinión si siente que ha dejado de amarte o que prefiere a otro.

—¡Eso es imposible!

—Si es como tú dices, no hay razón alguna para que te preocupes. Entretanto, puesto que eres un caballero, creo que aceptarás lo que te propongo. Si lo aceptas, no opondré obstáculos para que Nell y tú os veáis.

—Pero señora, lo que quiero es casarme con Nell cuanto antes.

—¿Cuáles son exactamente tus ingresos?

Vernon le dijo a cuánto ascendía su sueldo en casa de su tío y las perspectivas que tenía de recuperar plenamente Abbots Puissants.

Cuando terminó, la señora Vereker hizo uso de la palabra para detallar breve y esquemáticamente los gastos de un matrimonio: alquiler, servidumbre, vestidos, etcétera. Hasta se refirió veladamente a los gastos suscitados por los niños que podrían nacer. Por fin comparó la posición que Vernon ofrecía a Nell con la que ésta ya tenía.

A Vernon, como a la reina de Saba, le pareció que se le iba el espíritu. Se sentía apabullado por la implacable lógica de los hechos. Terrible mujer la madre de Nell. Realmente terrible. Pero tenía que aceptar que decía la verdad. Tendrían que esperar y Vernon, tal como se lo pedía la señora Vereker, habría de conceder a Nell la posibilidad de que pudiera cambiar de opinión, aunque no era probable que esto sucediese.

Probó, con todo, un último argumento.

—Tal vez mi tío quiera subirme el sueldo. A menudo me ha dicho que cree en las ventajas de que las personas se casen jóvenes.

Incluso se ha mostrado muy convencido sobre tal punto.

—¡Oh! —dijo la señora Vereker.

Durante unos momentos caviló sobre aquello.

—¿Tiene hijas?

—Sí: cinco. Las dos mayores ya se han casado.

La señora Vereker sonrió. El chico era un inocente. Ni siguiera pareció percibir el sentido de sus preguntas. De todos modos, había averiguado lo que deseaba.

—Bien, pues dejaremos así las cosas —dijo.

¡Una mujer lista!

4

Cuando Vernon abandonó la casa se sentía nervioso. Necesitaba encontrar a toda costa a alguien con quien conversar libremente sobre el episodio que acababa de vivir. Pensó en Joe, pero no tardó en descartarla: ambos ya habían discutido casi hasta enfadarse sobre Nell. Joe despreciaba a la que ella describía como «una chica convencional de la alta sociedad, con la cabeza hueca». Hablaba de ella en términos injustos y albergaba prejuicios en su contra. Para caer bien a Joe era preciso que una mujer se cortase el pelo, llevase blusa de obrero y viviese en Chelsea.

En resumidas cuentas, el más indicado era Sebastián. El hebreo era un hombre siempre dispuesto a considerar tu punto de vista y ocasionalmente podía resultar útil por alguna vía inesperada, producto casi siempre de su actitud realista y sensata ante los hechos. Un amigo de confianza.

Y rico. ¡Qué extraña era la vida! Si él tuviese el dinero de Sebastián, probablemente pudiera casarse al día siguiente con Nell; sin embargo, con su gran fortuna Sebastián no conseguía casarse con Joe. Una verdadera lástima, porque Vernon hubiese preferido que su prima se casase con él y no con algún gandul de los que solían llamarse a sí mismos artistas.

Sebastián, desafortunadamente, no estaba en su casa. En cambio se encontraba en ella su madre, la señora Levinne. Curiosamente, Vernon halló una especie de presencia reconfortante. La gorda,

vieja y un poco cómica madre de su amigo, con sus costosos vestidos, sus diamantes y su espeso cabello negro, le resultaba mucho más comprensiva que su propia madre.

—No debes sentirte desgraciado, querido —le dijo—. Veo que algo malo te sucede. ¿De qué se trata? De alguna chica, supongo. Bueno, ya sabrás que lo mismo le sucede a Sebastián con Joe. Le he dicho ya muchas veces que hay que tener paciencia. De momento Joe parece vivir en las nubes; pero ya sentará cabeza y entonces estará en condiciones de saber qué es lo que realmente le conviene.

—Sería fantástico que se casara con Sebastián. Me encantaría porque así los tres podríamos seguir siendo íntimos y hallarnos juntos.

—Sí. Por mi parte he de decir que Joe me simpatiza mucho. No quiero decir con esto que la considere como la mujer ideal para Sebastián, porque son dos caracteres muy dispares y acaso terminen no entendiéndose en absoluto. Soy una mujer a la antigua, hijo. Por ello, quisiera que se casara con alguien de nuestra propia raza. Siempre es más seguro y a la larga resulta mejor en muchos sentidos. Es mejor compartir los mismos intereses y los mismos instintos; y no hay que olvidar, además, que las mujeres judías son muy buenas madres. De todos modos, tal vez mis deseos se cumplan si Joe sigue empeñada en sus puntos de vista. Lo mismo te digo a ti, Vernon. Ten en cuenta que hay soluciones mucho peores que la de casarse con una prima.

—¿Quiere decir usted que podría casarme con Joe, señora Levinne?

Vernon miraba a su interlocutora con gran sorpresa. Ella se echó a reír con toda franqueza y al hacerlo toda su gordura pareció trepidar, en especial su gran papada blanca.

—No, hombre —dijo por fin—. No hablaba de Joe, sino de tu prima Enid. Tal es la idea que alimentan en Birmingham, me parece.

—Oh, no… Bueno, al menos yo creo que no.

La señora Levinne volvió a reír.

—Estoy segura de que hasta este momento ni siquiera te había cruzado por la cabeza lo que acabo de decirte. Sin embargo, créeme que casarte con Enid sería lo más sensato, en especial si la niña que amas no te quiere. Hay que conservar el dinero en la familia.

Vernon salió de la casa con la mente en ebullición. Ahora, toda clase de pequeños episodios tomaban sentido. Aquellas bromas e insinuaciones del tío Sydney, la manera como siempre se ponía a Enid en su camino y hasta las palabras con que la señora Vereker pusiera fin a la entrevista de aquella misma mañana. Todos esperaban que se casase con Enid, por supuesto. ¡Con Enid!

Otro recuerdo acudió a su conciencia: la escena de su madre cuchicheando con sus amigas y aquella referencia a los primos hermanos. Se le ocurrió de pronto que allí estaba, además, la clave que permitía comprender por qué Myra había permitido a Joe que se fuese a vivir por su cuenta a Londres. Su madre había pensado que él y Joe acaso…

Le entraron ganas de reír. ¡Joe y él! Aquello demostraba, por si fuera poco, hasta qué punto su madre desconocía su carácter y sus sentimientos. No podía imaginarse, bajo ninguna circunstancia, enamorado de Joe. Ambos eran ni más ni menos que hermanos y así sería siempre. Tenían los mismos amigos, les apetecían las mismas cosas y compartían hasta las diferencias de opinión. Estaban hechos con el mismo molde. Era imposible que de pronto resultaran encantadores el uno para el otro y que el amor naciera como consecuencia de aquel descabellado cambio.

¡Enid! De modo que allí estaba lo que el tío Sydney buscaba. Pobre tío, pensó Vernon. Sus planes estaban destinados a fracasar. Nunca debió ser tan ingenuo.

Sin embargo, acaso se apresuraba a extraer conclusiones. Quizá la idea no fuera del tío Sydney, sino de su madre. Ya se sabe que las madres siempre están casando imaginariamente a sus hijos con una u otra. Sea como fuere, su tío no tardaría en ser puesto al corriente de la verdad.

5

La entrevista de Vernon con el tío Sydney no resultó agradable, éste se sintió a la vez molesto y trastornado, aunque nada dejara ver exteriormente a su sobrino. Cogido por sorpresa, no acertó de inmediato a adoptar una actitud concreta. En consecuencia, se

limitó a efectuar una o dos intentonas vagas en diferentes direcciones.

—Tonterías. Todo cuanto me dices son puras tonterías. Eres demasiado joven para pensar en el casamiento. Nada de lo que dices tiene sentido.

Vernon recordó a su tío lo que él mismo dijera sobre aquello de casarse temprano.

—¡Bah! No me estaba refiriendo a la clase de matrimonio que tú pretendes hacer. ¡Una niña de sociedad! Vaya, como si yo no supiera lo que son.

Vernon se acaloró.

—Lo siento, muchacho —se apresuró a decir su tío, antes de que Vernon hablase—. No quise herir tus sentimientos. Sólo advertirte que esa clase de niñas no se casan por amor sino por dinero. En consecuencia no estarás en condiciones de ser un pretendiente a tener en cuenta hasta pasados unos cuantos años. Bastantes.

—Pensé que tal vez…

El muchacho se detuvo. Se sentía incómodo y un poco avergonzado.

—Te diré lo que pensaste. Que yo podría dotarte de un sueldo amplio. ¿Es eso lo que la niña te ha metido en la cabeza? Pues yo te pondré en ella algo diferente: has de pensar que los negocios son los negocios. Estoy seguro de que me darás la razón.

—La verdad es que no creo merecer ni siquiera lo que me pagas ahora, tío Sydney.

—¡Bah! No debes pensar eso, porque no es a esto a lo que me estaba refiriendo. Te estás comportando muy bien teniendo en cuenta que eres un novato. Siento mucho todo lo que sucede y, aunque no te guste, te daré un consejo: abandona el proyecto que tienes en la cabeza. Ya comprenderás algún día que es lo mejor.

—No puedo seguir tu consejo, tío Sydney.

—Pues allá tú. Se trata de tu vida, no de la mía. A propósito: ¿has hablado de todo este asunto con tu madre? ¿No? Pues creo que sería preciso que tuvieras con ella una buena conversación. A ver si no te dice lo mismo que yo. Estoy seguro de que así será. No olvides el viejo refrán: el mejor amigo de un muchacho es su propia madre.

¿Por qué decía el tío Sidney tantas insensateces? La verdad era que, desde su infancia, sólo le había oído decir tonterías. Sin

embargo, se trataba de un hombre de negocios astuto e inteligente.

Bueno, de todos modos no quedaba nada por hacer sino esperar. La primera bruma maravillosa del amor se disipaba para dejar ver algo que podía ser tanto el cielo como el infierno. Pero deseaba tanto a Nell…

Le escribió una carta.

Mi querida:

Nada que hacer. Debemos tener paciencia y esperar. De todos modos, ahora tendremos oportunidad de vernos con frecuencia. Tu madre estuvo muy franca y sensata en la conversación que mantuvimos: mucho más de lo que yo mismo esperaba. Comprendo perfectamente la fuerza de sus argumentos. Pienso que es justo lo que pide, es decir, que permanezcas libre para saber a ciencia cierta que no existe otro hombre que te parezca mejor que yo. Eso no sucederá, ¿verdad, mi amor? Sé que no. Nos amaremos para siempre y nada importará que seamos pobres… Contigo, todo será maravilloso…

CAPÍTULO SEXTO

1

Nell se sintió aliviada al constatar la actitud tomada por su madre. Había temido las recriminaciones, los reproches y las iras. Por naturaleza era enemiga de las palabras duras y de las escenas penosas. A veces pensaba que ello se debía a su falta de valor. «Soy cobarde —se decía amargamente—. No puedo hacer frente a las cosas».

Por lo demás, sentía un positivo miedo a su madre. Desde que tenía recuerdos había estado bajo su bota, dominada hasta en los detalles más insignificantes. La señora Vereker poseía un carácter duro e imperioso que aplastaba los temperamentos menos templados con los que entraba en contacto. Nell era tanto más fácil de dominar cuanto que comprendía bien las razones que llevaban a su madre a obrar como lo hacía. No ignoraba que su madre la amaba y que aquel amor era la causa de un propósito inquebrantable: conseguir que Nell alcanzase la mayor felicidad posible en la vida, la felicidad que le fuera negada a ella misma.

De modo que Nell se sintió agradablemente sorprendida cuando su madre, en lugar de comenzar a regañarla, se limitó a observar:

—Si crees que te conviene hacer tonterías, ahí tienes tu oportunidad. La mayor parte de las chicas tienen algún amor que termina en nada. He de decirte que por mi parte me irrita ese tipo de tontada sentimental. Vernon no podrá casarse probablemente hasta dentro de muchos años y tú sólo conseguirás ser desgraciada al final. Haz lo que quieras.

A pesar de sí misma, Nell sufría intensamente la influencia de su madre y su actitud despectiva la afectó mucho. Esperaba contra

todas las probabilidades que el tío de Vernon hiciese algo en favor de ambos. Pero la carta de su amado aplastó todas sus esperanzas.

Debían esperar… Tal vez mucho tiempo.

2

Por su parte, la señora Vereker desplegaba su estrategia. Cierto día solicitó a Nell que fuera a visitar a una vieja amiga, una chica que se había casado unos años antes. Amelie King había sido una criatura deslumbrante que Nell, por entonces una colegiala, había admirado y hasta envidiado un poco. Amelie pudo haber hecho un casamiento magnífico, pero, para sorpresa de todos, prefirió un joven laborioso aunque sin dinero. Tras la boda, no se la vio más en los ambientes que antes frecuentaba.

—Me parece poco elegante abandonar las viejas amistades —dijo la señora Vereker—. Estoy segura de que Amelie se sentiría muy feliz si le hicieras una visita. Ya que no tienes nada que hacer esta tarde, ve a verla.

Y así Nell, muy obediente, llamó a la puerta de la señora Horton, en el número treinta y cinco de Glenster Gardens, Ealing.

Era un día muy caluroso. Nell había cogido el ferrocarril suburbano hasta Ealing Broadway Station preguntando allí cuál era el camino hasta Glenster Gardens, que resultó estar a una milla, más o menos. La calle estaba bordeada de una interminable hilera de casitas iguales que causaban un efecto deprimente. Al llegar al número treinta y cinco, Nell llamó. Abrió una mujer desaliñada que lucía un delantal sucio que le indicó que pasase al pequeño salón. Se veían en él dos o tres porcelanas y algún sillón antiguos. El tapizado y las cortinas eran de cretona de muy buen gusto, pero estaban desvaídas por el tiempo. Por lo demás, la habitación estaba desordenada. Por los suelos abundaban los juguetes, algunos de ellos rotos, y también observó piezas de ropa, sin duda destinadas a remendarse. Se oyó el agudo llanto de un niño, proveniente de alguna parte de la casa, cuando la puerta de la estancia se abrió para dar paso a Amelie.

—¡Nell! ¡Qué bien que hayas venido a verme! ¡Hace años que no

te veo!

Nell se sorprendió al ver a su amiga. ¿Era aquélla la hermosa y tan atractiva Amelie que ella conociera? Estaba más gorda y se movía sin elegancia. Su blusa, mal planchada y evidentemente hecha en casa, armonizaba en cierto modo con el rostro cansado, del cual había desaparecido el brillo y el atractivo de antaño.

Sentándose en un sofá, charlaron. Poco después Amelie llevó a Nell a ver a sus hijos, un varón y una niña. La última era pequeñita y estaba en su cuna.

—Tendría que sacarlos a dar una vuelta —dijo Amelie—, pero en verdad me siento demasiado cansada esta tarde. No sabes lo que puede llegar a fatigarte eso de hacer la compra cada mañana llevando a la pequeña en su cochecito.

El niño era guapo y de apariencia saludable; pero la pequeña mostraba un aspecto enfermizo y malhumorado.

—En parte es porque le están saliendo los dientes, sabes; pero también tiene problemas digestivos, según dice el médico. Lo que yo quisiera es que no llorase como llora noche tras noche. Resulta muy pesado para Jack, que debe dormir bien después de trabajar todo el día.

—¿No tienes una niñera?

—Eso es algo que no puedo permitirme, querida. Tenemos a la subnormal, que es así como llamamos a la mujer que te abrió la puerta. Es completamente idiota, pero cobra poco y hace el trabajo pesado que hoy en día todas se niegan a hacer. En general, las criadas no quieren trabajar en casas donde hay niños.

Dijo a gritos, dirigiéndose a la criada:

—Mary, llévenos el té a la sala.

Volvieron luego a la sala donde habían estado conversando.

—Sabes, Nell, yo hubiese preferido que no vinieras a verme. Pareces tan elegante y descansada… Me recuerdas a mí misma en los viejos tiempos. ¡Qué bien me lo pasaba jugando al tenis, bailando y yendo a fiestas aquí y allá!

—Pero eres feliz… —dijo Nell tímidamente.

—Oh, sí, claro. Sólo que me divierte refunfuñar. Jack es muy bueno y además tengo a mis pequeños. Sólo que a veces… bueno, te sientes demasiado fatigada para que te importe algo o alguien y darías lo que no tienes por bañarte en un buen cuarto de baño, con

sales aromáticas y sentarte luego ante el tocador para que la criada te cepille el pelo. Y sueñas con hermosas prendas de seda… ¡Pensar que una oye a veces a algún rico medio idiota sostener que el dinero no trae la felicidad!

Rió.

—Cuéntame algo nuevo, Nell. Estoy tan lejos de todo cuanto sucede… Es imposible estar al tanto si careces de dinero. Ya no veo a ninguna amiga de las de antes.

Chismorrearon un poco. Hablaron de quienes se habían casado, de las riñas de tal o cual matrimonio, del niño que tuviera fulana o mengana y del escándalo que causara determinada conocida de ambas.

La criada trajo el té. Ni el servicio ni las tazas estaban muy limpios y para comer Mary sólo puso pan y mantequilla. Cuando ya terminaban, la puerta de la calle se abrió desde fuera y se oyó una voz de hombre que se expresaba con acento nervioso e irritado.

—Oye, Amelie, esto ya es demasiado. Te pido simplemente que hagas una sola cosa por mí y la olvidas. No enviaste este paquete a Jones. Me dijiste que te encargarías de que así fuese.

Amelie se incorporó, corriendo hacia él, que se encontraba aún en el vestíbulo. Nell oyó un rápido intercambio de susurros, tras el cual su amiga entró en la sala del brazo de su marido. Éste saludó amablemente a la visitante, mientras desde dentro se volvía a oír el llanto de la pequeña.

—Discúlpame, Nell, iré a ver un momento a la niña —dijo Amelie abandonando la estancia.

—¡Qué vida! —dijo Jack Horton.

Seguía siendo un hombre muy guapo, aunque ciertamente sus ropas baratas no favorecían su aspecto. En torno a la boca Nell advirtió marcadas dos líneas que parecían mostrar frecuentes gestos de amargura.

—Nos encuentra usted en plena desorganización, señorita Vereker —comentó como si lo que dijera fuera algo muy cómico—. Y lo peor es que ésta es nuestra condición habitual. Yendo y viniendo en el tren, con cualquier tiempo, ya me dirá cómo me siento. Es algo agotador. Y cuando llego a mi casa tampoco encuentro paz.

Volvió a soltar la carcajada y Nell, por no mostrarse descortés,

rió también. Amelie volvió, llevando a la pequeña en brazos y Nell se puso de pie para marcharse. Su amiga y Jack la acompañaron hasta la puerta. Amelie dijo a Nell que saludara en su nombre a la señora Vereker y se quedó en la puerta mientras su visitante se alejaba. La despidió haciendo un gesto con la mano.

Al llegar a la pequeña puerta de hierro que daba al camino, Nell se volvió para ver el rostro de Amelie. Su expresión era ansiosa y había en ella algo de envidia.

A pesar suyo, el corazón de Nell dio un vuelco. ¿Era éste el inevitable final? ¿No podía el amor vencer a la pobreza?

Caminaba con rumbo a la estación cuando un saludo inesperado la sobresaltó.

—¡Señorita Nell! ¡Bendito sea Dios!

Un magnífico Rolls Royce se detuvo junto a la acera. George Chetwynd estaba sentado tras el volante y le sonreía.

—Esto es demasiado bueno para resultar cierto —dijo—. Me pareció ver a una joven muy parecida a usted y decidí adelantarme para verle la cara ¡y constatar que era usted en persona! ¿Vuelve usted a la ciudad? Si es así, suba, por favor.

Nell subió, sentándose junto a Chetwynd. El asiento era muy confortable y el automóvil corría silenciosamente, como si le sobrase poder. «¡Qué sensación tan agradable!», pensó Nell. Ni trazas de esfuerzo. Todo era de pronto delicioso.

—¿Qué hace usted en Ealing?

—He venido a ver a una amiga.

Movida por un confuso impulso, Nell describió su reciente experiencia. Chetwynd la escuchó en silencio y con gesto comprensivo, moviendo de tanto en tanto la cabeza mientras conducía su coche con la destreza de un maestro.

—¡Qué lástima! —exclamó, mostrando que compartía los sentimientos de su acompañante—. Me da pena pensar en esa pobre chica. Las mujeres debieran cuidarse de modo que no cometieran semejantes errores y pudiesen llevar una vida agradable y cómoda. Habría que rodearlas de todo cuanto desean.

Miró a Nell.

—La visita la ha trastornado a usted —dijo con acento bondadoso—. El suyo ha de ser un corazón muy tierno, señorita Nell.

Nell le contempló, sintiendo una cálida sensación en el alma. Le gustaba realmente George Chetwynd. Había en él algo positivo y bueno; algo que invitaba a confiar en él; algo fuerte y protector. Le agradaba aquella cara de rasgos firmes, como cortada en madera y las canas que clareaban sus sienes. Le atraía el modo decidido que tenía de sentarse ante el volante y la firme precisión con que lo empuñaba. Era la estampa del hombre que sabe hacer frente a una emergencia; de aquel en quien se puede confiar. El peso de los problemas siempre recaería sobre sus hombros, no sobre los de quien fuera su esposa; y él tenía fuerzas suficientes como para desembarazarse de lo pesado y rutinario. Oh, sí. Le gustaba George. Era la persona que se ve con alegría al fin de una jornada desagradable.

—¿Llevo torcida la corbata? —preguntó él de pronto al mirarla.

Nell rió.

—¿Lo dice porque le estaba mirando? Realmente lo hacía sin querer.

—Sentí sus ojos puestos en mí. ¿Qué, me estaba tomando las medidas?

—Sí, creo que pensaba en usted.

—¿Para terminar sacando alguna mala conclusión?

—No. Más bien todo lo contrario.

—No me diga cosas agradables que, estoy seguro, son inciertas. Me ha puesto usted tan nervioso que casi me llevo por delante aquel tranvía.

—Nunca digo lo que no siento —afirmó ella.

—¿No? Pues sucede que me está dando ánimos para preguntarle algo —dijo él con la voz algo alterada—. Algo que hace mucho tiempo quiero preguntarle. Comprendo que no es éste el lugar ni el momento, pero me zambulliré sin más. ¿Quiere casarse conmigo, Nell? Estoy enamorado de usted.

—Oh, no —repuso ella—. No es posible.

Chetwynd le dirigió una rápida mirada y volvió a prestar atención al tráfico. Aminoró la velocidad.

—¿Quiere usted decir que soy demasiado viejo para usted? Sí, lo sé.

—No, no. No es cierto. Quiero decir, no es por eso…

En la boca del hombre se dibujó una ligera sonrisa.

—Probablemente tengo veinte años más que usted, Nell. Por lo menos. Es mucho y lo sé perfectamente. Pero creo que, a pesar de todo, podría hacerla muy feliz. Es extraño; pero estoy seguro de ello.

Durante un buen rato Nell permaneció silenciosa. No sabía qué decir.

—Es que realmente no podría… —murmuró.

—Magnífico. Vamos progresando, puesto que antes afirmó usted enfáticamente que lo que le propongo no era posible —dijo él.

—Pero de verdad…

—No la molestaré más por ahora. Por esta vez, me daré por rechazado. Pero no siempre me dirá que no, Nell. Puedo permitirme el lujo de esperar por usted el tiempo que sea preciso. Hasta que de pronto, un día, se encuentre con que me está diciendo que sí.

—No.

—Sí, querida mía, lo dirá. ¿No hay otro hombre, verdad? No, seguro que no lo hay.

Nell no contestó. No sabía qué responder. La verdad no, desde luego: había prometido a su madre guardar el secreto.

En algún rincón de su alma se avergonzó…

George Chetwynd se puso a hablar alegremente de otros temas.

CAPÍTULO SÉPTIMO

1

Agosto fue un mes adverso para Vernon. Nell y su madre se encontraban en Dinard. Le escribió y ella contestó a su carta; pero decía muy poca cosa sobre lo que él deseaba saber. Se divertía mucho, según pudo intuir, aunque hubiese querido que Vernon se encontrara allí.

El trabajo del muchacho era extraordinariamente rutinario y requería poco ejercicio de la inteligencia. Era preciso ser cuidadoso y realizar la tarea con gran meticulosidad, eso era todo. Su mente, libre de otras distracciones, volvió a sus secretas inclinaciones: las musicales.

Tenía la idea de escribir una ópera y pensaba usar como libreto la casi olvidada pero maravillosa historia de su niñez, que ahora se vinculaba naturalmente con la de Nell. Todo su amor por ella corrió por esa nueva vía.

Trabajaba febrilmente. Lo que su amada le dijera a propósito de la vida fácil que llevaba junto a Myra le indujo a dejar la casa de ésta y a vivir por su cuenta en un alojamiento barato pero que le proporcionaba una inesperada libertad. En Carey no podía concentrarse, pues su madre siempre estaba cerca, importunándole y, si trabajaba por la noche, insistiendo en que debía dormirse cuanto antes. En cambio, en sus flamantes habitaciones de Arthur Street podía —y de hecho lo hizo con frecuencia— estudiar hasta las cinco de la madrugada si así lo deseaba.

Adelgazó y su rostro adquirió una expresión demacrada. Myra pronto se puso a sermonearle sobre su salud, pretendiendo que tomase reconstituyentes; pero Vernon insistía secamente en que se

encontraba muy bien. Nunca le dijo lo que estaba componiendo. A menudo se desalentaba, aunque no por mucho tiempo; así, un súbito poder no tardaba en asaltarle y conseguía que aunque sólo fuera un insignificante fragmento de lo que se empeñaba en lograr quedase fijado en el pentagrama.

De vez en cuando iba a pasar el fin de semana a casa de Sebastián, cuando no era éste quien acudía a Birmingham para verle. En aquellos días, su amigo fue su más valioso punto de apoyo. Su comprensión era real, nunca fingida, y se desplegaba en dos vertientes: en la personal, como amigo que era, y en lo profesional, como persona con conocimiento e intuición del negocio artístico. Vernon tenía un enorme respeto por la opinión de Sebastián en todo lo que tenía que ver con el arte. Le ejecutaba al piano algunos fragmentos de su composición y al mismo tiempo le explicaba la orquestación que en definitiva aplicaría a los mismos. Sebastián escuchaba, asintiendo en silencio a veces. Hablaba poco. Al fin solía decir:

—Será bueno, Vernon. Continúa.

Nunca dejó escapar una palabra de crítica negativa porque a su criterio una actitud así podría ser perjudicial para su amigo. Vernon sólo necesitaba estímulo.

—¿Es esto lo que pensabas realizar cuando estudiabas en Cambridge? —preguntó una vez.

Vernon reflexionó un momento.

—No —dijo por fin—. Al menos no lo que originariamente pensaba. Aquello se me ha escapado, aunque acaso vuelva. Esto es, supongo, algo más convencional. Sin embargo, en algunos momentos he conseguido retener lo que pretendía.

—Ya veo.

A Joe, Sebastián le dijo francamente todo lo que pensaba.

—Vernon dice que está haciendo cosas convencionales. Sin embargo, no lo son. Su composición es enteramente nueva, sin antecedentes conocidos. Toda la orquestación está pensada de acuerdo a un planteamiento completamente distinto de lo habitual. Lo que en conjunto podría decirse en contra de la obra es que resulta inmadura.

—¿Le has dicho eso?

—¡Claro que no! A la menor insinuación se desesperaría,

arrojando todo a la papelera; conozco bien a las personas como él. Por ahora me limito a alimentar sus ideas con elogios. Ya habrá tiempo para usar la tijera y demás instrumentos, como en la jardinería. Sé que mezclo mis metáforas, pero tú sabes lo que quiero decir.

A principios de septiembre Sebastián organizó una fiesta en honor de *Herr* Radmaager, el famoso compositor y, naturalmente, pidió a Vernon y a Joe que asistieran a ella.

—No seremos más que una docena, aproximadamente —dijo Sebastián—, Anita Quarll, la bailarina, que me interesa mucho aunque es un pequeño demonio. Jane Harding… Te gustará Jane. Canta en el conjunto de ópera inglesa que acaba de formarse, aunque creo que ha equivocado el camino. Para mí es, en realidad, una actriz, no una cantante. Luego habrá un par de personas más que tal vez te interesen. A Radmaager le llamará la atención tu música. Es un hombre particularmente interesado en la joven generación.

Joe y Vernon estaban entusiasmados.

—¿Crees que haré alguna vez algo que valga la pena, Joe? Quiero decir, una composición realmente importante.

—¿Y por qué no? —repuso Joe con acento retador.

—Es que no lo sé. Todo cuanto he escrito últimamente no es más que basura. Comencé a buen paso; pero ahora me encuentro detenido. Me siento agotado antes de emprender el trabajo.

—Supongo que se debe a que trabajas demasiado.

—Tal vez.

Permaneció callado un rato.

—Será maravilloso conocer a Radmaager —dijo por fin—. Es uno de los pocos que escribe lo que yo llamo música. Quisiera hablarle sobre lo que pienso. Sin embargo, creo que para eso hay que tener mucho valor.

La fiesta no se doblegó a las formalidades. Tuvo lugar en el estudio de Sebastián, que apenas contaba con una plataforma sobre la cual había un gran piano de cola y pocos muebles más. Gran cantidad de almohadones estaban esparcidos al azar por el suelo. Sobre una mesa plegable, colocada en una esquina, se veía toda clase de platos y bebidas.

Los invitados cogían lo que deseaban y luego tomaban asiento

sobre los almohadones. Al llegar Vernon y Joe, una chica bailaba. Era pelirroja y menuda. Su cuerpo era extraordinariamente elástico. Lo que bailaba no resultaba hermoso, pero sí atrayente.

Al terminar sonaron fuertes aplausos. Ella, tras saludar bajó de la plataforma, reuniéndose con los demás invitados.

—Bravo, Anita —dijo Sebastián—. Vosotros, Joe y Vernon, ¿ya os habéis servido? Excelente. Haced una reverencia a Jane. Hela aquí.

Se sentaron junto a la cantante, que era una muchacha alta con un cuerpo magnífico y una gran mata de pelo castaño oscuro enrollado en la nuca. Su rostro era un poco demasiado ancho para resultar hermoso y su barbilla demasiado prominente. Tenía profundos ojos verdes. Contaba unos treinta años, según pensó Vernon, el cual la encontró desconcertante pero muy atractiva.

Joe comenzó a hablarle con gran interés. Últimamente su entusiasmo por la escultura no era lo que fuera poco antes; y como tenía una hermosa voz de soprano, jugaba ahora con la idea de llegar a transformarse en cantante de ópera.

Jane Harding la escuchó con bastante deferencia, limitándose a emitir de tanto en tanto algún divertido monosílabo. Finalmente dijo:

—Si quiere usted venirme a ver un día de éstos a mi estudio, probaré su voz. En pocos minutos creo que podré decirle a qué clase pertenece y qué papeles son los más indicados para usted.

—¿De verdad? Pues eso es muy generoso de su parte.

—De ninguna manera. Lo único que acaso le importe es que yo le daré una opinión desinteresada. Ya sabe que no se puede confiar en alguien cuya profesión es enseñar. Difícilmente le dirá la verdad.

Sebastián se acercó a ellos.

—Bueno, Jane…

La interpelada se puso en pie con un movimiento ágil. Luego, mirando a su alrededor, dijo secamente y como si se dirigiera a un perro:

—El señor Hill.

Un hombre pequeño y parecido a un gusanillo blanco se abrió paso hasta ella andando con aire desmañado. Juntos se encaminaron a la plataforma.

Jane cantó una canción francesa que Vernon nunca escuchara

antes:

J'ai perdu mon amie. Elle est morte.
Tout s'en va cette fois pour jamais.
Pour jamais. Pour toujours elle emporte.
Le dernier des amours que j'aimais.
Pauvre nous! Rien ne m'a crié l'heure.
Où lá-bas se nouait son linceuil.
On m'a dit: «Elle est morte!». Et tout seul.
Je répète: «Elle est morte!». Et je pleure…

Como la mayor parte de los que habían oído antes cantar a Jane Harding, Vernon se veía imposibilitado de emitir un juicio. Aquella mujer tejía una atmósfera emotiva alrededor de ella. La voz era apenas un instrumento que comunicaba la sensación de una abrumadora pérdida, de un intolerable sufrimiento. Al final se sentía la necesidad de desahogar aquella sensación con lágrimas.

Fue muy aplaudida.

—Tiene una enorme capacidad para conmover —murmuró Sebastián.

Cantó de nuevo. Esta vez eligió una canción noruega en la que se hablaba de la nieve que cubría el paisaje. No había emoción ninguna en su voz, que escapaba de sus labios con la monotonía propia de la misma nieve. Y, como ésta, era de un tono exquisitamente claro que se fue apagando gradualmente hasta llegar el final.

Como los aplausos se renovaran, cantó aún una tercera aria. Al oírla, Vernon se puso en pie, súbitamente en tensión.

Vi a una dama parecida a un hada por allí.
Sus manos eran blancas y alargadas; su cabello le caía en cascadas
y su rostro era a la vez fiero y dulce.
Dulce y fiero, fiero y dulce, extraño y hermoso…

En el recinto parecía reinar un raro encantamiento, un clima de magia y de terror sobrenatural. La cabeza de Jane estaba tendida hacia delante. Sus ojos parecían mirar hacia algo situado a gran

distancia, muy lejos de la concurrencia; algo aterrador y sin embargo fascinante.

Cuando terminó de cantar se oyó un suspiro colectivo. Un hombre corpulento, de pelo blanco cortado en *brosse*, se acercó a Sebastián.

—Ah, mi buen amigo —le dijo—. Aquí me tienes. Quiero hablar inmediatamente con esa señorita. En seguida.

Sebastián cruzó la habitación llevando tras de sí a quien le hiciera tan insistente proposición. *Herr* Radmaager cogió ambas manos de la cantante mientras la miraba con gran interés.

—Sí —dijo tras una pausa—. Su aspecto físico es bueno. Yo diría que tanto su digestión como su sistema circulatorio funcionan perfectamente. Si quiere usted darme su dirección, iré a verla. ¿Le parece bien, verdad?

«Esta gente está loca de remate», pensó Vernon.

Sin embargo, Jane parecía tomarse la cosa como si fuese lo más natural del mundo. Cogiendo lápiz y papel escribió lo que se le solicitaba, habló algo más con *Herr* Radmaager y vino a sentarse nuevamente junto a Vernon y Joe.

—Sebastián es un buen amigo —comentó—. Sabía que *Herr* Radmaager busca una Solveig para su nueva ópera *Peer Gynt* y por eso me invitó esta noche.

Joe se levantó y salió en busca de Sebastián. Vernon y Jane Harding se quedaron solos.

—Dígame —comenzó Vernon tartamudeando un poco—. Esa canción…

—¿La de la nieve?

—No, la última. Creo… creo haberla oído hace muchos años… cuando era un niño.

—Curioso. Pensé que constituía un secreto de familia.

—En cierta ocasión me rompí una pierna y mi enfermera solía cantarla. Siempre me pareció maravillosa y nunca pude saber cómo se llamaba ni quién la había compuesto.

Jane permaneció pensativa.

—Me pregunto… Sí, me pregunto si su enfermera no era mi tía Frances.

—Sí; precisamente, ése era su nombre: Frances. ¿De modo que era su tía? ¿Qué fue de ella?

—Murió hace ya muchos años. Un paciente le contagió la difteria.

—Oh, cuánto lo siento. —Se detuvo. Luego, juntando todo su valor, continuó—: Siempre la recordaré. Fue… fue una maravillosa amiga, si puedo llamarla así.

Vio que los ojos verdes de Jane se posaban en él. Era la suya una mirada a la vez firme y bondadosa. Comprendió de inmediato a quién le recordó cuando le fue presentada. Se parecía a la enfermera Frances.

—Usted escribe música, ¿no es así? Sebastián me ha hablado de usted.

—Bueno, al menos trato de escribir algo.

Se interrumpió, vacilante. «Es terriblemente atractiva —se dijo —, ¿le gustaré? ¿Por qué siento temor ante ella?».

Estaba un poco excitado. Podía llevar a cabo hazañas. Podía hacerlo.

—¡Vernon!

Sebastián le llamaba y se levantó para ir hasta él. Le presentó a Radmaager. El Gran Hombre se mostró amable y simpático.

—Me interesa su obra; al menos me interesa lo que Sebastián me ha dicho sobre ella —puso una mano en el hombro del anfitrión—. Un hombre muy listo nuestro amigo. A pesar de ser joven no suele equivocarse. Si le parece bien, nos pondremos de acuerdo para vernos, de modo que usted me pueda mostrar sus composiciones.

Prosiguió saludando a otras personas y Vernon se quedó tembloroso y agitado. ¿Habría hablado en serio Radmaager? Volvió adonde estaba Jane, que le miraba sonriente. Al sentarse otra vez junto a ella, una súbita ola de depresión ahogó su alborozo. ¿De qué servía todo aquello? Estaba atado de pies y manos a la casa de negocios de su tío. Ni siquiera podía vivir en Londres, puesto que aquél tenía su empresa en Birmingham. De todos modos, lo peor era que apenas podía escribir a ratos, cuando ya se sabe que para componer es preciso dedicar a esa actividad todo el tiempo, todos los pensamientos y toda la existencia.

Se sentía herido, desgraciado y necesitado de comprensión. Si al menos tuviese con él a Nell… La adorada Nell siempre comprendía.

Advirtió que Jane seguía contemplándole.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Que quisiera estar muerto, eso es todo —repuso Vernon con amargura.

Jane levantó un poco las cejas.

—Pues si lo quiere usted realmente, con subir al tejado de la casa y saltar…

No era la respuesta que Vernon esperaba, de modo que le dirigió una mirada de enfado. Pero los ojos de ella, tranquilos y simpáticos, le calmaron.

—Sólo hay una cosa que me interesa en el mundo entero —dijo —. Escribir música. Y sé que podría escribir buena música. En cambio, he de trabajar como un negro en un asqueroso negocio que odio. Día tras día he de apencar como un mulo. Le aseguro que hay de qué quejarse.

—¿Y por qué hace lo que está haciendo si tanto le disgusta?

—Pues porque he de hacerlo.

—Sí, eso puedo suponerlo. De otro modo lo dejaría —dijo ella con indiferencia.

—¿No acabo de decirle que lo que más deseo es escribir música?

—Pues hágalo.

—Es que no puedo, he dicho.

Aquella mujer le exasperaba. Parecía no entender nada. Se diría que sus puntos de vista sobre la vida consistían en desear algo y dedicarse a ello, simplemente.

Se puso a explicarle detalles de su vida. Le habló de Abbots Puissants, de aquel concierto al que asistiera, de la oferta de su tío y… de Nell.

Al terminar, dijo ella:

—Usted cree que la vida se parece a un cuento de hadas, ¿no es así?

—¿Qué quiere decir?

—Pues eso. Desea vivir en la casa de sus antepasados, casarse con la chica que ama, escribir música y llegar a tener mucho dinero. Yo diría que le será preciso elegir una sola de esas cosas y dedicarse a ella de lleno. No me parece sensato esperar que las cuatro aspiraciones de que me ha hablado se realicen. La vida no se parece mucho a esas novelitas de a penique.

Vernon sintió que la odiaba. Sin embargo, algo en ella le atraía. De nuevo sintió la sensación que despertara en él mientras cantaba.

«Es un campo magnético —pensaba—. No me gusta. La temo».

Un hombre joven de largos cabellos se les acercó. Dijo ser sueco, pero hablaba perfectamente el inglés.

—Sebastián me ha dicho que se dispone usted a escribir la música del futuro —dijo a Vernon—. Tengo mis teorías sobre el futuro. El tiempo no es más que otra dimensión del espacio. Es posible moverse de acá para allá en el tiempo como en el espacio. La mitad de nuestros sueños no son más que confusos recuerdos del futuro; y tal como puede uno separarse de quienes quiere en el espacio, puede hacer lo mismo en el tiempo. Es la mayor de nuestras tragedias.

Como estaba evidentemente loco, Vernon no le prestó atención. No le interesaban las teorías sobre el espacio y el tiempo. Pero Jane no compartía aparentemente sus puntos de vista.

—¿Separarse en el tiempo? —preguntó—. Nunca había pensado en ello.

Estimulado por aquellas palabras, el sueco continuó hablando. Se refirió al tiempo y también al espacio final. Luego pasó a ocuparse del tiempo uno y del tiempo dos. Vernon no podía saber si en verdad Jane se interesaba en aquella charla o sólo lo simulaba. Miraba hacia delante y no parecía escuchar con mayor cuidado al conferenciante. Cuando el sueco comenzó a explicar lo que era el tiempo tres, creyó mejor escabullirse.

Buscó a Joe y a Sebastián. Joe hablaba en aquellos momentos de Jane Harding, usando los términos más entusiastas. Sebastián la escuchaba.

—Pienso que es maravillosa, ¿no lo crees así, Vernon? Me dijo que fuese a su casa a probar mi voz. Quisiera cantar como ella.

—Es más actriz que cantante —repetía Sebastián—. Una mujer llena de condiciones. Y eso que ha llevado una existencia más bien trágica. Durante cinco años vivió con el escultor Boris Androv.

Joe tendió la mirada en dirección a Jane con interés renovado. Vernon, en cambio, se sintió de pronto joven e inexperto. Podía ver aquellos ojos verdes, enigmáticos y ligeramente socarrones, mientras resonaba en sus oídos la frase que ella dejara caer con indiferencia: «La vida no se parece mucho a esas novelitas de a penique». Le había dicho que la vida no era como un cuento de hadas. Al demonio con sus palabras. Eran hirientes.

Sin embargo sentía deseos de volverla a ver algún día, más adelante.

¿Le preguntaría si era posible…?

No, no hubiese estado bien…

Por otra parte él iba tan rara vez a Londres…

De pronto oyó su voz. Una típica voz de cantante, aunque un poco ronca.

—Buenas noches, Sebastián. Gracias.

Se dirigió a la puerta; pero antes miró por encima del hombro a Vernon.

—Venga a visitarme alguna vez —le dijo con indiferencia—. Su prima tiene mi dirección.

LIBRO TERCERO

JANE

CAPÍTULO PRIMERO

Jane Harding vivía en un piso situado en el ático de un edificio de Chelsea que daba al Támesis.

Allí, en la tarde siguiente a la reunión en la cual la chica había cantado, fue a visitarla Sebastián Levinne.

—Todo arreglado, Jane —dijo—. Radmaager vendrá mañana a verte. Prefiere hacerlo así. Sin embargo, no me ha precisado la hora.

—«Vamos, cuéntame cómo vives, exclamó» —dijo ella citando un libro familiar a ambos—. Pues bien, el Gran Hombre verá que vivo muy decentemente, y sola. ¿Quieres comer algo, Sebastián?

—¿Qué tienes?

—Huevos revueltos con champiñones, tostadas con anchoas y café. Quédate tranquilito aquí que ya te traeré todo.

Dejó el tabaco y las cerillas junto a su visitante y salió de la habitación. Un cuarto de hora más tarde, la comida estaba lista.

—Sabes, Jane —dijo Sebastián—. Me gusta venir a verte. Nunca me tratas como al opulento judío a quien sólo las delicias del Savoy pueden interesarle.

Jane sonrió sin decir nada.

—Y a mí me pareció magnífica tu chica, Sebastián.

—¿Joe?

—Joe, sí.

—¿Qué es lo que realmente piensas de ella, Jane? —preguntó con cierto enfado.

Su acento era áspero. Jane se tomó su tiempo antes de responder.

—Que es joven —afirmó por fin—. Tremendamente joven.

Sebastián se echó a reír.

—¡Se enfadaría si te oyese!

—Es probable. —Jane hizo una pausa, tras la cual continuó—: La quieres mucho, ¿no es cierto, Sebastián?

—Sí, aunque parezca raro. Y no lo es menos que uno posea prácticamente todo menos a la mujer que ama. Joe es lo que más me importa en el mundo y no me quiere. Comprendo que soy un tonto; pero no puedo remediarlo. ¿Qué diferencia hay entre Joe y todas las demás chicas? Ninguna. Lo cual no impide que ella sea lo que más me importa de momento.

—En parte, porque no puedes conseguir su amor.

—Tal vez. Pero no creo que sea ésa la única explicación.

—No, sin duda.

Jane cambió de asiento, cubriéndose la cara del calor irradiado por la chimenea.

—¿Y de Vernon qué piensas?

De nuevo Jane dejó pasar unos momentos antes de responder.

—Es interesante —repuso lentamente—. Me llamó la atención su falta de ambiciones.

—¿Lo crees así?

—Sí. Sólo piensa en llevar una vida cómoda.

—De ser así, nunca llegará a abrirse un camino en la música. Para ello se requiere voluntad.

—Claro que se requiere voluntad; pero la voluntad a su vez requiere una fuerza impulsora y la suya bien podría ser la música.

Sebastián la contempló con interés y admiración.

—Sabes, Jane —dijo—. Creo que tienes razón.

Ella sonrió, sin responder.

—Me pregunto qué podría hacerse con la chica de la que está enamorado —continuó Sebastián.

—¿Qué tal es?

—Bonita. Algunos podrían llegar a afirmar que es encantadora. No muy diferente de las demás chicas de su clase, aunque acaso sea más simpática. Me temo… sí, me temo que también ella tiene interés por Vernon.

—Oh, no temas nada. Tal vez nada pueda apartar a tu amigo el genio de lo que realmente le obsesiona. Son cosas que no suceden. Cuanto más vivo, más comprendo que es así.

—Nada te apartaría a ti de lo que te obsesiona, Jane. Pero tú tienes voluntad.

—Sin embargo, te diré algo, Sebastián. Probablemente sería más fácil que me apartara yo de mi camino que él del suyo. Yo sé

perfectamente lo que quiero y actúo en consecuencia. En cambio, él no lo sabe o no quiere saberlo. Pero su vocación podrá más que él. El resultado será que terminará aceptando su vocación y poniéndose a su servicio, cualquiera que sea el precio que se vea obligado a pagar por ello.

—¿Un precio a costa de quién?

—Oh, bueno…

Sebastián se puso en pie.

—Debo irme. Gracias por la comida, guapa.

—Soy yo la que debe agradecerte lo que has hecho por mí. Me refiero a lo de Radmaager. Eres un buen amigo, Sebastián, y no creo que, por muchos que sean tus éxitos, llegues a cambiar.

—Eso de los éxitos…

Le tendió la mano, pero Jane, colocando las suyas sobre los hombros de Sebastián, le besó.

—Amigo, espero que al final consigas a tu Joe. Pero, aunque así no fuera, estoy segura de que a la larga lograrás todo lo demás.

2

En realidad, el señor Radmaager no acudió a la casa de Jane hasta pasados unos quince días. Cierta mañana, a las diez y media, se presentó sin aviso, entrando en el apartamento de ella sin darle ninguna excusa ni pedirle disculpas, tomando asiento, paseó su mirada por la pequeña sala.

—¿Decoró usted misma este piso?

—Sí.

—¿Vive sola?

—Sí.

—Pero no ha vivido siempre sola, ¿verdad?

—No.

—Bueno, eso está muy bien —replicó Radmaager inesperadamente.

Poniéndose en pie, se encaminó a la ventana.

—Venga —ordenó.

La cogió con ambas manos, acercándola más a la luz. Estudió su

rostro y su cuerpo con gran atención, de pies a cabeza. Pellizcó sus carnes acá y allá, le abrió la boca y finalmente puso sus grandes manos en la cintura de la cantante.

—Respire hondo. Muy bien. Exhale el aire con fuerza.

Extrajo de uno de sus bolsillos una cinta métrica y pidió que repitiera el ejercicio de respiración, tomándole las medidas cuando ella retenía el máximo de aire y después de expulsarlo. Guardó la cinta de nuevo. Ni él ni Jane parecieron encontrar nada extraño en todo aquello.

—Bueno, bueno —afirmó Radmaager—. Su pecho es excelente y su garganta, fuerte. Es usted inteligente, lo cual ha quedado probado por el hecho de no haber interrumpido mis averiguaciones. En realidad podría disponer de varias cantantes mejores que usted, aunque su voz es muy pura, magnífica, clara, un hilo de plata. Lo malo es que no puede forzarla, porque entonces la perdería. Así, pues, ¿qué hacer? En cuanto a lo que usted canta hoy en día, puede considerarse absurdo. Si tuviese más conocimientos (porque no creo que los que posee sean gran cosa) cambiaría de repertorio. Sin embargo, he de decir que la respeto. Es usted una artista.

Hizo una pausa.

—Ahora escúcheme bien —prosiguió—. Mi música es estupenda y no dañará su voz. Ibsen, al crear a Solveig, creó el carácter femenino más admirable de toda la literatura. Mi, ópera se apoya en ese hecho y, en consecuencia, no me basta una mujer que se limite a ser una cantante, por buena que resulte su voz. La Cavarossi, Mary Wontner, Jeanne Dorta y muchas más quisieran encarnar el papel, pero yo no las quiero. ¿Por qué? Porque apenas son otra cosa que inteligentes animalillos con magníficas cuerdas vocales. Para mi Solveig necesito un instrumento perfecto, es decir, un instrumentó con inteligencia. Usted es joven y nadie la conoce. El año próximo cantará mi *Peer Gynt* en el Covent Garden, si me satisface. Entonces… Ahora escuche lo que voy a ejecutar.

Se sentó al piano de Jane y comenzó a tocar una extraña, rítmica y monótona sucesión de notas…

—Ésta es la nieve, ¿me entiende? La nieve de los países nórdicos. Eso es lo que ha de parecer su voz: nieve. Esto es como una rica tapicería de damasco, de extremada blancura, sobre la cual se inscribirán los dibujos musicales. Pero los dibujos están dados

por la música, no por su voz.

Siguió tocando. La monotonía no tenía aparente final. La música se repetía sin cesar. Hasta que, de pronto, el dibujo de que hablara se hizo presente.

Se detuvo.

—¿Y bien?

—Será muy difícil de cantar.

—Exactamente. Pero usted tiene un oído excelente. ¿Verdad que querrá interpretar a mi Solveig?

—Claro. Es la oportunidad de su vida para una cantante. Si usted me cree apta…

—La creo.

Volvió a ponerse en pie y posó ambas manos sobre sus hombros.

—¿Qué edad tiene?

—Treinta y tres años.

—Ha sido usted muy desgraciada, ¿no es así?

—Así es.

—¿Con cuántos hombres ha vivido?

—Con uno solo.

—¿Y no era bueno?

Jane permaneció un momento silenciosa.

—No. Muy malo —repuso con voz serena.

—Ya veo. Sí, lo lleva usted todo escrito en el rostro. Ahora escúcheme: todos sus sufrimientos y todas sus alegrías tendrán que aparecer en mi música. Pero no con abandono ni con excesiva extraversión, sino con fuerza controlada y sujeta a una disciplina estricta. Es usted inteligente y valerosa. Sin coraje no se consigue nada. Quienes carecen de él dan la espalda a la vida, cosa que Jane Harding no hará jamás. Suceda lo que suceda, usted se plantará, inconmovible ante los hechos, encarándolos con la frente alta y la mirada resuelta… Aunque espero, hija, que no la hieran demasiado…

Se volvió.

—Le enviaré la partitura para que se la estudie cuidadosamente.

Salió de la habitación, dando un rápido portazo.

Jane tomó asiento junto a la mesa. Miró la pared que tenía ante ella, sin verla. Su oportunidad había llegado.

—Tengo miedo —murmuró.

3

Durante una semana entera Vernon reflexionó sobre si debía o no creer en las palabras de Jane. Podía viajar a Londres aquel fin de semana; pero acaso ella no estuviese esos días en la capital. Se sintió dolorosamente inseguro y tímido. Tal vez Jane hubiese olvidado ya la invitación que le hiciera en casa de Sebastián.

Dejó pasar aquel fin de semana, seguro de que la cantante ya no le recordaba; pero poco después recibió carta de Joe dándole cuenta de que la había visto dos veces. Esto le decidió a ir. El sábado siguiente se presentaba en casa de Jane. Eran las seis de la tarde cuando llamó a su puerta. La propia Jane la abrió, quedándose un tanto sorprendida al reconocer a Vernon. Sin embargo, no se dejó llevar por efusión alguna.

—Entre —dijo—. Estaba terminando de estudiar. Espero que no le moleste esperar un poco.

La siguió hasta una habitación, cuyas ventanas daban al río. Había pocos muebles: un piano, un diván y dos sillas. El papel de las paredes tenía dibujos de flores silvestres de color chillón, a excepción de una, verde oscuro, sobre la cual se veía un solo cuadro, algo extraño, que representaba un grupo de árboles desnudos. Algo en él, recordó a Vernon sus infantiles aventuras en el bosque.

Sentado al piano estaba aquel hombrecillo insignificante que ya había visto en casa de Sebastián, y que se encargaba del acompañamiento de Jane.

La mujer dejó cerca de Vernon una cajetilla de cigarrillos y luego se dirigió al hombre del piano.

—Ahora, señor Hill —le dijo con tono autoritario, casi brutal.

Se puso a recorrer la habitación de un lado a otro, mientras el señor Hill atacaba las notas con maravillosa destreza y exactitud. Jane cantó la mayor parte del tiempo *sotto voce*, casi en secreto, aunque de vez en cuando dejaba sonar su voz con gran fuerza. Una o dos veces se interrumpió lanzando una exclamación de furiosa impaciencia y el señor Hill tuvo que reemprender el fragmento a partir de unos cuantos compases más atrás.

Puso fin al ensayo de manera súbita, golpeando ambas manos.

Dirigiéndose a la chimenea tocó un timbre. En seguida se volvió al señor Hill, hablándole por primera vez como a un ser humano.

—Se quedará a tomar el té con nosotros, ¿no es así, señor Hill?

Pero el interpelado se excusó. Haciéndole varias reverencias, salió de la habitación. Una criada trajo café y tostadas calientes con mantequilla, lo cual parecía constituir la merienda habitual de Jane.

—¿Qué cantaba usted?

—*Electra*, de Richard Strauss.

—Me gustó. Parecía una riña de perros.

—A Strauss le gustaría su comentario. De todos modos, comprendo lo que usted quiere decir. Sí, es bastante agresivo.

Empujando hacia él las tostadas, agregó:

—Su prima ha estado aquí dos veces.

—Lo sé. Me ha escrito.

Vernon se sentía embarazado e incómodo. Había deseado mucho hacerle aquella visita y ahora no acertaba a decir nada. Había algo en Jane que le ponía nervioso.

—Dígame la verdad —dijo por fin, hablando desordenadamente —. ¿Me aconsejaría usted que enviase al diablo mi trabajo y me dedicara por entero a la música?

—¿Cómo puedo saber yo lo que le conviene? Ignoro lo que se propone, en realidad.

—Sin embargo, la otra noche fue usted muy explícita. Habló como si cada uno pudiera hacer en la vida lo que más le gustara.

—Tal es mi opinión. Admito que puede haber excepciones; pero casi siempre es posible seguir las inclinaciones más profundas. Si se desea matar a alguien, nadie lo podría impedir. Aunque, naturalmente, el asesino sea colgado después.

—No deseo matar a nadie.

—No, claro. Usted quisiera que su cuento de hadas terminara felizmente. Muere el tío y deja mucho dinero; el beneficiario se casa con la mujer de sus sueños; se instala en Abbots Puissants, o como sea que el lugar se llame, y vive muy feliz componiendo música hasta el fin de su larga vida.

Vernon se sintió fastidiado.

—Quisiera que dejara de reír a costa mía.

Jane permaneció un momento silenciosa.

—No me reía —dijo luego—. Estaba haciendo algo que, según

parece, no debe hacerse: interferir en la vida ajena.

—¿Qué quiere decir con eso de interferir en la vida ajena?

—Me refería a tratar de que viera usted la realidad de las cosas —dijo cambiando el tono de voz— y olvidara que es, pongamos, unos ocho años más joven que yo.

«Podría decirle lo que fuera —pensó Vernon—. Lo fuera. Nunca me contestaría del modo que yo quiero».

—Por favor, prosiga —pidió Vernon—. Supongo que soy muy egoísta al acaparar de este modo la conversación, pero me siento solitario y preocupado. Quisiera saber qué es lo que quiso insinuar usted la otra noche cuando me aseguró que, de las cuatro cosas que deseaba, tendría que conformarme con una sola.

Jane reflexionó un minuto.

—¿Qué quise decir? Pues eso. Que para obtener lo que se desea hay que pagar normalmente un precio o correr un riesgo. Algunas veces es preciso pagar y arriesgar a la vez. Yo, por ejemplo, soy cantante y me gusta la música; al menos parte de ella. Pero, precisamente, mi voz no se presta para cantar esa parte que más me atrae. Es una buena voz de concierto, pero no operística, a menos que se trate de óperas ligeras. He cantado Wagher, Strauss y mucha música que me interesa. No pagué el precio y corrí riesgos enormes. Ahora, mi voz podría quebrarse en cualquier momento y lo sé. Sin embargo, he hecho frente a la verdad y he decidido que el juego merecía la pena.

Tras una pausa, continuó:

—En su caso, se presentan cuatro situaciones que usted mismo ha enumerado. En cuanto a la primera, supongo que si permanece trabajando en casa de su tío durante un número suficiente de años, terminará siendo un hombre rico sin correr mayores peligros. Pero la eventualidad no parece muy tentadora. Respecto a la segunda, vivir en Abbots Puissants, no le supondría ningún problema, si se casa con una mujer rica. En cuanto a la chica que ama y con la que quiere casarse…

—¿Cómo hacer para que sea mía mañana mismo?

—Pues no veo mayor dificultad.

—¿Cómo?

—Venda Abbots Puissants. La propiedad es suya al fin y al cabo.

—Sí; pero no puedo venderla. Nunca lo haré.

Jane se echó atrás en su asiento y sonrió.

—¿Prefiere seguir pensando que la vida puede ser un cuento de hadas?

—Tiene que haber otro camino.

—Oh, sí, naturalmente. El más simple, sin duda. ¿Por qué no lleva a su chica hasta el registro matrimonial más próximo? Es algo que está al alcance de cualquiera.

—Es que usted no comprende. Hay muchas dificultades por el camino. No puedo pedir a Nell que enfrente una vida de privaciones. No quiere ser pobre.

—Acaso no pueda serlo.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Justamente eso. Que no pueda. Hay personas que no pueden ser pobres, ¿no lo sabía?

Vernon se levantó y empezó a pasearse por la habitación. Luego se fue hacia Jane, dejándose caer en la alfombra, a los pies de su asiento. La miró.

—¿Y la cuarta eventualidad? Me refiero a la música. ¿Cree usted que podría…?

—Eso es algo que, naturalmente, no puedo saber. Que a Usted le interese escribirla podría resultar insuficiente. Tendría que entregarse a ella por entero y todo lo demás iría por la borda: Abbots Puissants, el dinero, la niña… Amigo mío, no creo que la vida le resulté fácil, en definitiva. Ah, se me pone la piel de gallina si lo pienso mucho. Pero cuénteme algo sobre esa ópera que, según me ha dicho Sebastián, está usted escribiendo.

Cuando Vernon terminó de hablar, eran las nueve. Se asombraron de que se hubiese hecho tan tarde. Resolvieron ir a un restaurante. Al despedirse de ella, Vernon sintió que de nuevo le asaltaba la timidez.

—Pienso que es usted una de las mejores… de las mejores personas que he conocido. ¿Me permitirá que vuelva a visitarla, no es así? Quiero decir, en caso de que no la haya importunado mucho.

—Venga siempre que quiera. Buenas noches.

Myra escribió a Joe.

Mi querida Josephine:

Estoy realmente preocupada por Vernon. Va muy a menudo a ver a una mujer que, según parece es algo así como cantante de ópera, y además mucho mayor que él. Es horrible que mujeres mayores se dediquen a enamorar a chicos jóvenes. No sé qué hacer. He hablado del asunto con tu tío Sydney, pero no pudo brindarme mucha ayuda. Se limita a decir que los muchachos son muchachos. Sin embargo, no quiero que el mío sea como el resto.

Me he estado preguntando si no sería conveniente que yo fuera a ver personalmente a esa mujer para pedirle que dejara en paz a mi hijo. Creo que hasta una mala mujer prestaría oídos a una madre. Vernon es demasiado joven y podría arruinar su vida. En verdad estoy desconcertada. No sé qué hacer, porque me parece haber perdido toda influencia sobre él.

Recibe todo el cariño de tu tía que te quiere,

Myra.

Joe enseñó la carta a Sebastián.

—Supongo que se refiere a Jane —dijo éste—. Me gustaría asistir a una entrevista entre ambas. Hablando francamente, sospecho que Jane se divertiría mucho si pudiéramos arreglar algo por el estilo.

—Es una majadería —repuso Joe—. A decir verdad, yo quisiera que Vernon se enamorara realmente de Jane. Sería mil veces mejor para él que seguir detrás de esa tonta de Nell, de la que parece estar enamorado. Esa bobalicona…

—Ya sé que Nell no te gusta nada, Joe.

—Ni a ti.

—Te equivocas. Me agrada, en cierto modo. Aunque ciertamente no me interesa en absoluto su conversación, puedo comprender qué Vernon se sienta atraído por ella. A su modo es encantadora.

—Su carita estaría muy bien en la tapa de una caja de bombones.

—Te repito que a mí no me atrae. En realidad, creo que es una chica que no ha madurado bastante. La verdadera Nell es algo que no ha nacido todavía. Pensándolo mejor, acaso no nazca nunca.

Pero tienes que estar de acuerdo conmigo en que esa misma imprecisión, que parece propia de Nell, atrae porque ofrece toda suerte de posibilidades.

—De todos modos, creo que Jane es cien veces mejor que Nell. Cuanto antes deje Vernon su amor infantil por ésta, mejor para él.

Sebastián encendió un cigarrillo.

—No estoy tan seguro de eso.

—¿Por qué?

—Bueno, no es fácil de explicar. Jane es una mujer real. Muy real. Enamorarse de ella podría implicar un trabajo constante. Estamos de acuerdo, ¿verdad?, en que Vernon es probablemente un genio. Pues bien, no creo que los genios deban casarse con personas reales sino con mujeres corrientes, cuyas personalidades no incidan en sus obras. Y lo que digo vale para Nell. De momento, ella representa… No sé cómo expresarlo. «El manzano, el canto, el oro…». Algo así. Una vez que se casara, todo eso se disiparía. Admito que Nell sea una chica buena, simpática y de buen carácter. También acepto que Vernon la quiera. Pero una vez pasada la pasión, Nell será la mujer corriente que el genio necesita; la que no incide para nada en su obra, simplemente porque carece de la personalidad necesaria para influenciar el trabajo creativo. En cambio, Jane tiene una personalidad acusada y, aunque no quisiera interferir en la obra de Vernon, no podría evitar hacerlo. Lo que atrae en Jane no es su belleza, sino ella misma. Créeme que podría ser muy perjudicial para Vernon.

—Bueno —dijo Joe—. Una vez más, estoy en desacuerdo contigo. Creo que Nell es tonta a más no poder y, en consecuencia, me repugna la idea de verla casada con Vernon. Espero que el asunto quede en nada.

—Que, por cierto, será lo más probable —completó Sebastián.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Nell estaba de vuelta en Londres y Vernon corrió a verla. Ella notó de inmediato que en su enamorado se había producido un cambio. Parecía ansioso y excitado.

—He dejado mi trabajo en Birmingham, Nell —le dijo súbitamente.

—¿Qué?

—Escúchame. Te lo explicaré.

Habló inquieto y atribulado. Le dijo que debía dejar todo para dedicarse por entero a la música. Se refirió a la ópera que estaba componiendo.

—Mira, ésta eres tú, en tu torre, con tu pelo dorado cayéndote por el antepecho de la ventana y brillando al sol.

Fue hasta el piano, explicándole a medida que tocaba las alternativas de la acción.

—Aquí violines, y aquí arpas… Éstas son las joyas redondas…

Arrancaba del instrumento lo que a Nell le parecían desagradables disonancias. En su interior pensaba que aquello era simplemente intolerable, aunque quizá sonara de otra modo ejecutado por una orquesta.

Pero le amaba; y como le amaba, todo cuanto Vernon hacía no podía menos que ser bueno. Sonrió.

—Encantador, Vernon.

—¿Realmente te gusta, Nell? Oh, cariño, eres tan maravillosa… Siempre entiendes. Eres tan comprensiva y dulce en todo…

Fue hacia ella y, arrodillándose, hundió la cabeza en su seno.

—Te amo.

Nell le acarició la cabeza.

—Cuéntame el argumento de tu ópera.

—¿De veras te interesa? Bueno, pues hay una princesa en su torre. Tiene largos cabellos rubios. Reyes y caballeros procedentes de todas partes llegan hasta ella para convencerla de que se case con ellos. Sin embargo, la princesa es demasiado altiva para mirarlos siquiera. Ya sabes, puro cuento de hadas. Hasta que, al fin, aparece alguien con aspecto de gitano; lleva un traje raído y un sombrerito verde. Tiene una pequeña flauta, a la que arranca maravillosos sonidos. Además canta. Y le ofrece las más bellas alhajas: las gotas de rocío. Los cortesanos afirman que está loco y le arrojan fuera de palacio. Pero esa misma noche, cuando la princesa se encuentra en su lecho, le llega a los oídos el sonido de su flauta y presta atención. La música viene de los jardines.

Tras una pausa, Vernon prosiguió:

—Aparece entonces un viejo buhonero judío en la ciudad y le ofrece al muchacho oro y otros tesoros con los que, según dice, conquistará el corazón de su amada. El gitano se echa entonces a reír, preguntándole con qué cree él que podría pagarle. El judío declara que se contentará con el sombrero y la flauta; pero el muchacho le responde que nunca renunciará a sus más preciados bienes.

»Cada noche toca en el jardín una canción que dice:

Sal, mi amor.
Sal.

»Y cada noche la princesa, incapaz de dormirse, le escucha. En el palacio hay un viejo trovador, que narra una historia, según la cual, cien años antes, cierto príncipe de la casa real fue encantado por una doncella gitana; huyó con ella y, desde entonces, jamás se supo de él. La princesa presta atención a la leyenda y una noche se asoma al balcón para oír a su enamorado. Éste le pide que se quite todas sus costosas ropas y alhajas, y que se vista pobremente para irse con él. La princesa asiente, pero piensa que será mejor asegurarse y coloca una gran perla en el dobladillo de su vestido. Después sale en busca del gitano y ambos huyen. La luz de la luna ilumina el camino, mientras él canta… Pero la perla que ella lleva

comienza a pesar demasiado, y la impide continuar andando. El muchacho no advierte que la princesa va quedando cada vez más atrás…

Se detuvo.

—Te he contado todo muy desordenadamente, Nell. Bueno, éste es el final del primer acto: él sigue caminando solo, mientras ella queda atrás, llorando. Hay tres escenas: los salones de recepción del castillo, el mercado y el jardín, al cual dan los ventanales de la torre.

—¿No será muy costoso tanto despliegue? Me refiero a los decorados.

—No lo sé. En realidad no he pensado en eso; pero estoy seguro de que se podrá arreglar de algún modo.

A Vernon le fastidiaban aquellos prosaicos detalles.

—Bueno, el segundo acto transcurre en la plaza del mercado. Se ve a una muchacha remendando los vestidos de sus muñecas. Tiene el pelo negro y éste le cae sobre el rostro. El gitano llega hasta ella y le pregunta qué es lo que está haciendo, a lo cual ella responde que remienda los vestidos de sus muñecas. Tiene en la mano la más maravillosa de las agujas y se sirve de un hilo mágico. Entonces él le narra la historia de la princesa y el modo en que la ha perdido. Le dice que se propone ir en busca del judío para venderle su sombrero y su flauta; y, aunque ella le advierte que no debe hacerlo, el chico insiste en que no tiene más remedio.

»Quisiera saber contar mejor mi historia. En realidad te la estoy contando seguida, es decir, cosas sobre las cuales aún no he llegado a una solución que me satisfaga. En cambio, ya tengo la música, que es lo principal: la del palacio es pesada y vacía; la de la plaza, ruidosa y con mucha percusión, y la de la princesa, que en cierto modo está dentro de aquella estrofa poética:

El arroyo canta en el valle silencioso…

»También tengo la música de la muchacha que repara sus muñecas, así como la de los árboles y la del bosque oscuro que se parece al de Abbots Puissants. Ya sabes: encantado misterioso y un poco intimidante… Creo que para esto necesitaré instrumentos no convencionales…, pero no entraré en detalles al respecto. No te

interesarían, porque son demasiado técnicos y áridos.

»¿Dónde estaba? Ah, sí. Pues el gitano vuelve al palacio. Esta vez, vestido con todas las galas de un rey, con espada y montando un caballo ricamente enjaezado. La princesa queda entusiasmada. Se disponen a casarse y todo parece desarrollarse a la perfección hasta que él comienza a palidecer y a mostrar signos de agotamiento. Cada día se encuentra peor, pero cuando se le pregunta qué es lo que le sucede responde invariablemente: nada.

—Como tú cuando eras niño en Abbots Puissants —comentó Nell sonriendo.

—¿Sí? No lo recordaba. Bueno, pues la víspera de la boda ya no puede soportar más su creciente malestar, de modo que se escabulle, yendo a casa del judío, a quien despierta en plena noche. Le dice que necesita su sombrero y su flauta. Agrega que le devolverá todo cuanto le había dado a cambio. El viejo judío suelta la carcajada y arroja a los pies de su visitante el sombrero hecho trizas y la flauta, rota también en varios pedazos.

»El muchacho siente que su corazón se marchita, como si ya no quisiera seguir latiendo en este mundo. Vaga con aquellos restos en sus manos hasta llegar al lugar donde se encuentra la chica de las muñecas, a quien le cuenta sus desventuras. La respuesta de ella es que se tienda allí y duerma. A la mañana siguiente despierta para encontrarse con que su sombrero y su flauta han sido tan hábilmente reparados que nadie diría que alguna vez estuvieron casi deshechos.

»Entonces se echa a reír de alegría. La chica abre una caja y saca un sombrero y una flauta similares a los de él. Ambos se van a pasear por el bosque y, cuando el sol se levanta por el este, él la mira y la reconoce. Le dice: «Vaya, hace cien años dejé mi palacio y mi trono por ti». A lo que ella responde: «Sí; pero como temías por tu porvenir escondiste oro en el forro de tu chaqueta. La visión del oro encantó tus ojos y nos perdimos el uno del otro en el bosque. Pero ahora el mundo es nuestro. Vagabundearemos por él siempre juntos, sin separarnos jamás».

Aquí Vernon volvió a detenerse, mirando a Nell entusiasmado.

—El final tiene que ser magnífico; absolutamente maravilloso. Si llego a encontrar la música que oigo en mi cabeza para acompañar la escena… Veo a los dos con sus sombreros verdes, soplando sus

flautas, rodeados por el bosque mientras el sol se levanta en el horizonte…

Su rostro adquirió una expresión aún más ensoñadora y extática. Parecía haber olvidado por completo a Nell, que estaba a su lado.

Nell sentía contradictorias impresiones al escucharle. Le asustaba un poco aquel Vernon extraño y ensimismado. En otras ocasiones le había hablado de música, pero nunca con aquel tono exaltado por la pasión. No ignoraba que Sebastián Levinne opinaba que Vernon llegaría algún día a escribir cosas maravillosas. Sin embargo, le venía ahora a la cabeza lo que leyera referente a la vida de músicos famosos, y deseaba ardientemente que Vernon no estuviera provisto de tan maravilloso don. Le quería como había sido hasta entonces: un apasionado joven que la adoraba y que tejía a su alrededor un sueño, dentro del cual ambos tenían cabida.

La vida de los músicos siempre era desgraciada, según había leído en alguna parte. No deseaba que Vernon llegara a ser un gran compositor porque, en tal caso, el precio une debía pagar sería exorbitante. Prefería que ganara rápidamente dinero para ir a vivir con él a Abbots Puissants. Quería una vida apacible, sana, normal y rutinaria. El amor y Vernon…

En cambio, aquello… aquella especie de exaltación, era peligrosa.

Pero no podía reprimir el ardor de Vernon. Le quería demasiado para eso. Al hablar, trató de que su voz sonara comprensiva e interesada.

—¡Qué cuento de hadas tan inesperado! ¿Quieres decirme que lo recuerdas desde tu infancia?

—Más o menos, sí. Me acudió a la cabeza aquella mañana en Cambridge, junto al río, momentos antes de verte a ti bajo los árboles en flor. Mi amor, estabas tan encantadora… tan esplendorosa… Siempre serás así de hermosa, ¿verdad? No podría soportar que cambiaras. Pero ¡qué insensateces digo! Y luego aquella noche, en el puente, cuando te dije por primera vez que te amaba, toda la música me invadió por entero. Sólo que en aquella ocasión no pude recordar el cuento completo. Sólo la parte de la torre.

»Sin embargo, tuve mucha suerte. Conocí casualmente una chica, la sobrina de la enfermera que cuidó de mí cuando me rompí

la pierna, y a la cual le debo esa narración. Pues bien, esa chica la recordaba perfectamente y me ayudó reconstruirla con toda claridad. ¿No es extraordinario lo que a veces sucede?

—¿Quién es esa chica?

—Bueno, ya tiene más de treinta años, pero es realmente una persona excepcional, según creo. Simpatiquísima y sumamente inteligente. Es cantante y se llama Jane Harding. Suele encarnar papeles en óperas difíciles, como *Electra, Brunilda, Isolda*. Forma parte del elenco de la Compañía de Ópera Inglesa y quizá cante la temporada que viene en el Covent Garden. La conocí en el curso de una fiesta que dio Sebastián. Me gustaría que tú también la conocieras. Estoy seguro de que estarías de acuerdo conmigo.

—¿Qué edad tiene, concretamente?

—Como te he dicho: treinta y tantos. Tal vez algo menos. Su aspecto es juvenil. Cuando se la trata deja una impresión extraña e imborrable. En cierto modo, uno se siente inclinado a no tomarle simpatía; pero luego adviertes que te da fuerzas y seguridad en ti mismo. Ha sido muy bondadosa conmigo.

—Así parece.

¿Por qué había dicho Nell aquello? ¿Por qué habría de sentir antipatía por Jane, a quien no conocía?

Vernon miraba a Nell con expresión intrigada.

—¿Qué pasa, cariño? —dijo—. Te has expresado en un tono extraño.

—No lo sé —repuso ella tratando de sonreírle—. Sentí algo. Se me puso la piel de gallina.

—Curioso —musitó él frunciendo el ceño—. Alguien más adoptó tu misma expresión hace poco.

—No es extraño.

Nell se rió. Luego se hizo un silencio.

—Sabes, Vernon, quisiera conocer a esa amiga tuya. Me gustaría, realmente.

—Estupendo, porque también yo deseo que la conozcas. Le he hablado mucho de ti.

—Hubiese preferido que no lo hicieras. No olvides que prometimos a mamá no hablar de nuestras cosas.

—Oh, nadie sabe nada, aparte de Sebastián y de Joe.

—Bueno, si es así no me importa. Os conocéis de toda la vida.

—Naturalmente. Sólo he hablado con ellos. De todos modos no te he nombrado. ¿No estarás enfadada conmigo, verdad, mi amor?

—Claro que no.

Pero aun a los propios oídos de Nell, su voz sonó dura. ¿Por qué la vida era tan terriblemente complicada y difícil?

Temía la música de Vernon, que ya le había hecho abandonar un trabajo bien remunerado y, sobre todo, con porvenir. Pero ¿había sido la música la única causa de aquella decisión? ¿No tendría Jane Harding algo que ver?

Pensó desolada que hubiese preferido no haber conocido nunca a Vernon Deyre, no haberle amado, no sentirse tan enamorada de él. Tenía miedo.

2

¡Bueno, ya estaba! ¡El paso estaba dado! Por supuesto, había sido desagradable. El tío Sydney se puso furioso y Vernon comprendió que con razón. Hubo, además, escenas con su madre, lágrimas, recriminaciones. Una docena de veces estuvo a punto de abandonar la lucha; pero, sin saber cómo, resistió.

Todo el período que duró aquello se sintió solo y desamparado. Ni la propia Nell estaba totalmente de su parte, por mucho que le amara y dijera comprenderle. Vernon sentía que su decisión la había sorprendido desfavorablemente, llegando a dañar su fe en el futuro de ambos. En cuanto a Sebastián, le dijo que consideraba prematura su resolución. Consideraba que, de momento, lo sensato era sacar el mejor partido de la ambigüedad con que se plantearan las cosas. No lo dijo así porque Sebastián nunca brindaba consejos a la ligera, pero era evidente su modo de ver el caso. En lo referente a Joe, el sentimiento que la dominaba era la duda. Comprendía que para Vernon romper toda relación con los Bent era algo muy serio, y además no tenía tanta fe en las dotes musicales de Vernon como para aplaudir sin reserva su gesto.

Hasta entonces nunca en su vida se había visto Vernon en la situación de mostrarse abiertamente en contra de la opinión general. Cuando todo hubo pasado, y se encontró instalado en unas

habitaciones muy baratas que eran lo único que podía permitirse en Londres, le pareció como si hubiese presentado batalla contra algún enemigo invencible. Fue entonces cuando se decidió a visitar de nuevo a Jane Harding.

Esto sucedía antes de que Nell volviera a Inglaterra. Era la segunda vez que llegaba a casa de la cantante. Previamente había entablado con ella imaginarias conversaciones. La realidad, como siempre, sería distinta.

—Me he decidido a hacer lo que usted me aconsejó.

—Magnífico. Siempre pensé que no le faltaría el coraje.

Vernon mostraría una actitud modesta, pero ella iba a aplaudir su decisión, con lo cual el muchacho se sentiría estimulado.

Pero el episodio se desarrolló de otro modo, como ya sucediera en otra ocasión. Cada vez que planeaba una entrevista con ella, tejía en su mente una serie de diálogos que más tarde no guardarían relación con la verdad.

Ahora, al anunciarle, con la debida modestia, lo que acababa de hacer, Jane pareció tomar el asunto como algo natural, que no merecía aplausos especiales.

—Supongo que sus deseos de obrar así eran muy intensos. De otro modo nunca los hubiese llevado a la práctica.

Se sintió chasqueado y un poco colérico. Siempre que se encontraba en presencia de Jane le invadía cierta timidez. No acertaba a comportarse con verdadera naturalidad en su presencia. Tenía tantas cosas que contarle… Sin embargo, era incapaz de encontrar las palabras aptas para expresarse. Hablaba torpemente, interrumpiéndose a menudo, esperando que súbitamente la niebla que envolvía su lucidez se disipara para dejarle expresar lo que pretendía.

Pensó de nuevo por qué tenía que sentirse embarazado en su presencia, cuando ella misma actuaba con la mayor naturalidad. Poco después se marchó de su casa.

Era algo que le preocupaba. Ya en la primera entrevista se había sentido nervioso, inseguro de sí mismo, y hasta un poco atemorizado. Le echaba las culpas por el efecto que causaba en él, aunque no estuviese dispuesto a admitir la fuerza con que dicho efecto le sacudía.

Más tarde, el intento de establecer una amistad entre ella y Nell

iba a fracasar. Vernon advertía que detrás de la aparente cordialidad que la cortesía dictaba en tales casos, no cabía esperar que simpatizaran.

Al preguntar a Nell lo que pensaba de Jane, repuso:

—Me parece muy simpática e interesante.

No fue tan cómodo abordar a Jane para hacerle una pregunta parecida, pero lo consiguió.

—¿Quieres saber lo que pienso de Nell? Pues que es encantadora y muy dulce.

—¿Crees que podrías llegar a ser amiga suya? —le preguntó Vernon.

—No, claro que no. ¿Por qué habríamos de ser amigas?

—Bueno, es que…

Se detuvo, confuso.

—La amistad —dijo Jane— no es un triángulo equilátero. A es amigo de B y ama a C, C y B… etcétera. Tú, Nell y yo no tenemos nada en común. Como tú, ella espera que la vida le resulte un cuento de hadas. Mejor dicho, esperaba; ahora, la pobrecilla comienza a albergar sus dudas. Parece la Bella Durmiente que despierta en el bosque. Para ella el amor es algo maravilloso, algo sumamente bello.

—¿Y para ti, no?

Tenía que hacer aquella pregunta porque sentía verdadera necesidad de saber lo que Jane pensaba al respecto. Tantas y tantas veces se había preguntado sobre las relaciones de su amiga con Boris Androv. Habían durado nada menos que cinco años…

Su interlocutora le contempló con ojos inexpresivos.

—Algún día… te responderé.

Vernon estuvo a punto de instarla a que le contestara de inmediato; pero, pensándolo un poco, prefirió preguntarle:

—Dime, Jane, ahora que nos conocemos y tuteamos, ¿qué es la vida para ti?

Ella permaneció pensativa.

—Una aventura —repuso—. Una aventura difícil pero muy interesante.

Por fin estaba en condiciones de trabajar. Comenzó a apreciar cabalmente la dicha de la libertad. Nada consumía sus nervios ni malgastaba sus energías. Su vigor creativo podía discurrir en una continua y única corriente, sin riesgo de distracciones. En cuanto a dinero, tenía apenas para lo imprescindible. Abbots Puissants estaba de momento desalquilada.

Así pasó el otoño y buena parte del invierno. Veía a Nell una o dos veces a la semana, en el curso de entrevistas furtivas e insatisfactorias.

Ambos tenían conciencia de que los primeros y deliciosos arrebatos amorosos ya eran cosa del pasado. Ella le preguntaba sobre los adelantos de su ópera: ¿cómo iba? ¿Cuándo esperaba terminarla? ¿Qué posibilidades tenía de ser estrenada?

Las respuestas de Vernon a preguntas tan prácticas resultaban vagas, porque de momento sólo le interesaba la tarea creativa. Su ópera nacía lentamente, en medio de muchas dudas y de no menos dolores, debidos en gran medida al hecho de que los aún escasos conocimientos musicales de que disponía y su falta de experiencia paralizaban a veces su labor. Su conversación solía girar en torno a problemas de instrumentación y a las posibilidades que cada instrumento musical ofrecía. Se entrevistaba con la mayor cantidad posible de individuos que tocaban en diferentes orquestas.

Nell iba a menudo a los conciertos y la música le agradaba, aunque difícilmente llegaba a distinguir un oboe de un clarinete. Siempre había pensado que el corno inglés y la trompa eran lo mismo. Los conocimientos técnicos requeridos por una partitura la sobrepasaban completamente y la indiferencia con que Vernon respondía a sus preguntas, al preguntarle sobre la fecha en que podría ser estrenada su ópera, le causaban perplejidad.

El propio Vernon no tenía conciencia de lo mucho que sus ambiguas respuestas desalentaban a Nell. Cierto día, Vernon se sorprendió mucho cuando ella le dijo casi al bordo de las lágrimas:

—Oh, Vernon, no me atosigues demasiado con tus tecnicismos. Todo lo que me explicas es muy difícil para mí. ¿No comprendes que no estoy preparada para penetrar en lo que te apasiona?

—Pero Nell —replicó él mirándola con verdadero estupor—. No hay por qué ponerse así. Tendrás que tener paciencia.

—Lo sé, mi amor. No debía decir nada. Pero es que sabes…

Se interrumpió.

—Me haces las cosas aún más difíciles, cariño —le dijo Vernon —, porque creo hacerte desgraciada.

—No, no lo soy —exclamó Nell—. No lo seré nunca.

Sin embargo, en su interior, apenas ahogada por su voluntad, cierta sensación de fastidio volvió a despertar. Vernon no entendía o no quería entender hasta qué punto eran difíciles las cosas para ella. Podía decirse que ni siquiera sospechaba la magnitud de los esfuerzos que le estaba exigiendo casi diariamente. Acaso los subestimaba tanto como para considerar que su actitud era tonta. Claro que, en cierto sentido, lo era; pero la perspectiva de pasar una vida en medio de nociones tan áridas no podía considerarse halagüeña. Vernon no se daba cuenta de que ella vivía librando una dura y constante batalla. Si tan sólo fuese capaz de comprender y de estimularla, mostrándole con su actitud que entendía su difícil posición… Pero no era así.

Una abrumadora soledad la invadió. Así eran los hombres. Nunca se detenían para intentar comprender o demostrar cariño. El amor, en su más cruda expresión, solucionaba todo para ellos. Pues bien, no. Para Nell no solucionaba todo, ni mucho menos. A veces casi odiaba a Vernon porque se sumía egoístamente en su trabajo, llegando a decirle, muy fresco, que le dificultaba aún más una obra, ya difícil de por sí.

Ella llegó incluso a pensar que cualquier mujer normal la entendería.

Movida por un impulso súbito y no fácilmente explicable para ella misma, decidió ir a ver a Jane Harding.

La encontró en su casa. Si se sorprendió de ver a Nell, no lo demostró. Durante un rato hablaron de generalidades; pero la visitante sentía que Jane esperaba algo y que estaba dispuesta a encararlo.

«¿Por qué habré venido?», se preguntaba Nell. Lo ignoraba. En verdad temía a Jane y estaba lejos de tenerle confianza. ¡Acaso en esa paradoja se encontraba la razón de su visita! Jane era su enemiga, sin duda; pero esa enemiga parecía poseer una sabiduría que ella no hubiese podido emular. Era una mujer lista y mayor que ella. Mala, muy probablemente… Sí, mala. Sin embargo, de un modo u otro, los malos pueden brindar lecciones útiles.

No entró muy airosamente en el tema. ¿Pensaba Jane que la música de Vernon tenía posibilidades… es decir, posibilidades más o menos inmediatas de…? Trataba inútilmente de que su voz no flaqueara.

Sintió la mirada de los fríos ojos verdes de Jane en los suyos.

—¿Se han puesto difíciles las cosas?

—Bueno, sí, en cierto modo…

A trancas y barrancas fue contándole muchas cosas. Le habló de sus dificultades, de la inconfesada fuerza de los silencios maternos y hasta de la existencia de alguien (a quien no citó por su nombre) que la entendía, que era bueno con ella, y que disponía de una gran fortuna.

Al fin y al cabo no había sido tan difícil hablar, pensaba Nell. Era más fácil con las mujeres, aunque fuesen como Jane, quien ni siquiera conocía mayores detalles sobre las relaciones suyas con Vernon. Las mujeres eran capaces de penetrar en los problemas de otra mujer y no se limitaban a decir: ¡bah!, ante situaciones que para los hombres carecían de importancia.

Cuando terminó sus confidencias, Jane hizo un movimiento de cabeza.

—Sí, claro. Comprendo que sea algo duro para ti. Al fin y al cabo, cuando os conocisteis no tenías idea de lo de la música.

—Nunca pensé que la situación se orientaría de este modo.

—En cualquier caso, no vale la pena perder tiempo en considerar qué pensabas por entonces, ¿no crees?

—Supongo que no.

A Nell no le cayó del todo bien aquella observación ni el tono con que fue pronunciada. Pero ya no podía detenerse.

—Tú crees, naturalmente, que todo ha de supeditarse a su música, que Vernon es un genio y que yo tendría que sentirme feliz de sacrificarme.

—De ninguna manera —repuso Jane—. Estoy muy lejos de pensar así. Por otra parte, no sé distinguir entre verdaderos genios y otros que parecen serlo. Algunas personas nacen con la creencia de que son superiores al resto de los mortales, mientras otras opinan lo contrario, sin que las obras respectivas respondan a tales creencias. Es imposible decir si tienen o no razón. Lo mejor que podrías hacer sería convencer a Vernon para que vendiese Abbots Puissants y

abandonase la música. Podríais vivir de la renta. Sin embargo, tengo la impresión de que no accederá a abandonar la música. Cosas como el genio, el arte y otras por el estilo son mucho más fuertes que nosotros. Ya podrías ser el propio rey Canuto al borde del mar. Nunca apartarás a Vernon de la música.

—¿Qué puedo hacer?

—Pues casarte con ese otro hombre al que le referiste y ser razonablemente feliz con él, o bien casarte con Vernon y ser seguramente desgraciada, aunque disfrutando de breves periodos de dicha.

Nell la miró.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—Oh, preferiría casarme con Vernon y ser desdichada; pero no tomes en cuenta mis preferencias; soy de las que saco placer de la tristeza.

Nell se puso en pie… Ya en el umbral echó una mirada a Jane, que no se había movido. Seguía recostada en la pared, fumando un cigarrillo con los ojos entrecerrados. Parecía una gata o un ídolo chino. Nell sintió que la azotaba una súbita furia.

—¡Te odio! —exclamó—. Estás tratando de quitarme a Vernon. Tú, sí. Eres malvada y pérfida. Lo sé. Puedo sentirlo. Eres una mujer mala.

—Estás celosa —repuso Jane sin inmutarse.

—¿Admites, pues, que hay razones para albergar celos? Pero Vernon no te ama, puedes estar segura. Nunca te amaría. Eres tú la que quieres cazarle.

Siguió un silencio cargado de electricidad. Hasta que Jane, siempre en el mismo lugar, lanzó una carcajada. Nell se precipitó fuera del apartamento, sabiendo apenas lo que estaba haciendo.

4

Sebastián visitaba muy a menudo a Jane. Habitualmente iba a su casa después de cenar y, para asegurarse de encontrarla en casa, la solía llamar antes por teléfono. Ambos encontraban un extraño placer al hallarse juntos. Jane le contaba el trabajo que el papel de

Solveig le imponía, las dificultades encerradas en la música de Radmaager y lo trabajoso que era complacer al compositor, por no hablar de las exigencias que ella misma se planteaba en su tarea. Sebastián la escuchaba, extendiéndose luego sobre el tema de sus propios proyectos y ambiciones. Le exponía asimismo sus planes presentes y sus vagos ideales para el futuro.

Una noche, tras el largo silencio que sucediera a una animada conversación, Sebastián le dijo:

—Me resulta más fácil hablar contigo que con cualquier otra persona, Jane. No podría darte las razones, pero es así.

—Bueno, es que, en cierto modo, somos de la misma clase de personas, ¿no te parece?

—¿Tú crees?

—Pienso que sí. No me refiero a las apariencias ni al trato superficial, sino a lo básico. A los dos nos gusta la verdad. Yo diría que vemos las cosas tal como son.

—¿Y no estimas que la mayoría de las personas las ven como nosotros?

—Claro que no. Toma a Nell Vereker, por ejemplo. Para ella las cosas son como le han dicho que eran, o como ella cree que deben ser.

—Esclava de las convenciones, ¿no?

Jane asintió.

—Pero las convenciones —dijo— pueden actuar en doble dirección. Joe, por ejemplo, se precia de ser anticonvencional, pero actúa realmente en función de las convenciones, lo cual la lleva a cierta estrechez de miras y a muchos prejuicios.

—Sí, claro; hay gente que considera las cosas al margen de lo que, en realidad, son. Joe forma parte, sin duda, de esa especie de seres. Se cree obligada a ser rebelde y nunca examina una situación buscando en ella la verdad desnuda. Eso es precisamente lo que juega en contra de mí: yo conozco el camino del éxito y Joe admira a los fracasados; soy rico, de modo que saldría ganando, si se casara conmigo. Y el ser judío no es nada perjudicial para uno, hoy en día.

—¡Hasta estáis de moda! —exclamó Jane riendo.

—Sin embargo —continuó Sebastián—, te diré algo: siempre he tenido la extraña sensación de que Joe me quiere, aunque no lo reconozca.

—Tal vez sea así; pero creo que ha habido una confusión de tiempos. Aquel sueco que estaba en tu fiesta dijo algo extraordinariamente lúcido, a mi modo de ver. Que estar separados por el tiempo era mucho peor que verse separados por el espacio. Si tu tiempo no es el de la otra persona, nada en el mundo os separará de forma más irremediable. Puedes estar hecho a la medida de otra persona, pero, si no has nacido dentro del mismo tiempo que ella, te verás distanciado. ¿Te parece que digo insensateces? Creo que, cuando Joe tenga unos treinta y cinco años, podría enamorarse de ti. Quiero decir de tu ser esencial. Podría enamorarse locamente. Porque a ti no te puede querer una niña, Sebastián, sino una mujer hecha y derecha.

Sebastián tenía la mirada perdida en el fuego de la chimenea. Era una noche fría de febrero y Jane había colocado unos leños sobre los carbones. Tenía particular repugnancia por la calefacción y también por las estufas de gas.

—¿Nunca te has preguntado, Jane, por qué tú y yo no nos hemos enamorado? La amistad platónica no explicaría del todo esta vinculación. Por otra parte, eres muy atractiva. Algo así como una sirena, aunque tú misma, quizá, no lo percibas.

—Tal vez nos hubiésemos enamorado en condiciones más normales.

—¿Qué? ¿Acaso no estamos en condiciones normales? ¡Ah! Ya veo lo que quieres decir: que los dados están echados.

—Claro. Si no amaras a Joe…

—Y si tú…

Se detuvo.

—Bueno. Ya lo sabes. ¿O no? —dijo Jane.

—Supongo que sí. ¿No tienes reparos en hablar del asunto?

—En lo más mínimo. Si las cosas son como son, ¿qué importa ya?

—¿Eres de esa clase de personas que creen que basta desear ardientemente una cosa para que suceda?

Jane reflexionó brevemente.

—No… No lo creo. Son tantas las cosas que suceden… y, naturalmente, una está siempre ocupada. No se tiene tiempo para salir en busca de más cosas. Apenas nos quedan opciones. Los hechos se presentan y puedes aceptarlos o rechazarlos, eso es todo.

El destino. Y una vez que has optado, es mejor que aceptes las consecuencias sin mirar atrás.

—Hablas con el espíritu de la tragedia griega. Llevas a Electra en las venas, Jane.

Cogió un libro que estaba sobre la mesa más cercana.

—¿*Peer Gynt*? Veo que te empapas de Solveig.

—Oh, es que, sabes, la ópera debiera llamarse así y no *Peer Gynt*. El papel femenino es el principal. Un carácter teatral magnífico: fascinador, impasible, sereno… Lo cual no impide que Solveig considere que su amor por Peer es lo único que importa en el cielo y en la tierra. Sabe que lo desea y lo necesita, pero no se lo dice. Al fin Peer la abandona. Pero ella consigue dar la vuelta a la situación de tal forma que el abandono se transforma en la suprema y confirmatoria evidencia de su amor por ella. De paso te diré que la música de Radmaager para la escena de Pascua de Pentecostés es algo absolutamente celestial. Ya conoces aquello: *Bendito sea quien ha hecho de mi vida una bendición*.

—¿Y Radmaager está de acuerdo contigo?

—A veces. En otros casos no tanto. Ayer, sin ir más lejos, me envió varias veces al infierno y, en cierta ocasión, se dedicó a sacudirme con tal fuerza que por poco no me rompió algún hueso. A decir verdad, con toda razón, pues canté un pasaje de manera completamente errada. Como lo hubiera hecho una niña cursi y dada al melodrama barato. En cambio, es preciso que el personaje que encarno se vea cargado de energía contenida; la fuente de su vigor ha de ser una voluntad serena pero férrea. Solveig es suave y tierna, lo cual no le impide ser tremendamente enérgica. Lo dijo Radmaager el primer día que estuvo aquí: Solveig es nieve, nieve suave y monótona por la cual corre un dibujo muy claro y preciso.

Jane se refirió luego a la obra de Vernon.

—Está casi terminada, sabes. Yo quisiera que Radmaager la viese.

—¿Querrá Vernon mostrársela?

—Pienso que sí. ¿Conoces tú algo de ella?

—Partes.

—¿Qué te parece?

—Prefiero oír primero lo que te parece a ti. Tu juicio, en lo que respecta a la música, es más autorizado que el mío.

—Creo que está cruda. También hay muy buenas cualidades en ella. Aún no ha aprendido a manejar diestramente sus materiales. Lo cual no significa, claro, que los materiales que ha seleccionado sean malos. Al contrario. ¿No estás de acuerdo?

Sebastián asintió con la cabeza.

—Totalmente. Cada día estoy más seguro de que Vernon va a revolucionar los lenguajes musicales, aunque le esperen tiempos muy difíciles. Tendrá que enfrentarse tarde o temprano a la constatación de que su obra, por buena que sea, carece de lo que podríamos llamar valores comerciales.

—¿Crees que no se podrá representar?

—Lo creo.

—Pero tú podrías producirla.

—¿Te refieres a un acto amistoso de mi parte?

—Claro.

Sebastián, poniéndose en pie, comenzó a pasear por la habitación.

—A mi modo de ver, algo así sería poco ético —dijo unos momentos después.

—Y además te disgusta la perspectiva de perder dinero.

—Así es.

—Sin embargo, podrías darte el lujo de perder algo sin que ello desequilibrara tu fortuna.

—Cualquier hecho adverso desequilibra mi fortuna. Afecta, como te diría… Afecta mi orgullo.

Jane hizo un gesto de asentimiento.

—Te comprendo. Con todo, insisto en que no tienes por qué perder necesariamente.

—Mi querida Jane…

—No discutas hasta conocer mis argumentos. Te dispones a presentar este verano una serie de espectáculos musicales pertenecientes a la categoría «A», es decir, destinados a los «entendidos». Pues bien, a principios de julio podrías estrenar *La Princesa en su torre* y mantenerla en cartel durante, digamos, dos semanas. Sin embargo, no tienes por qué presentar la obra como una ópera, sino como una comedia musical espectacular. Por favor, no digas a Vernon que yo te he dicho esto. Sí, ya sé que no le dirás nada; no eres tonto; pero te lo digo por si acaso. Como te decía: un

despliegue teatral, con escenografías inesperadas y nuevos efectos lumínicos. Eres un experto en materia de luces; eso lo sabe todo el mundo. El *ballet* ruso te puede dar una idea de lo que digo. Elige a cantantes que no sólo tengan buena voz, sino también prestancia y hermosura. Y aquí voy a dejar de lado mi modestia y decirte algo: yo podría contribuir al éxito de la producción.

—¿Tú en el papel de la Princesa?

—No, hombre, en el de la chica que repara las muñecas. Es un personaje extraño, capaz de atraer la atención y retenerla. La música que Vernon compuso para ella es, además, la mejor de toda la obra. Tú siempre has dicho, Sebastián, que yo era, por encima de todo, una actriz; y si esta temporada canto en el Covent Garden es porque lo soy. Puedo asegurarte que triunfaré. Sé que soy una actriz y eso es algo que importa mucho en una ópera. Me siento capaz de arrebatar al público, de emocionarle. La ópera de Vernon requiere apoyo desde el punto de vista dramático. Deja eso de mi cuenta y ocúpate, asesorado por Radmaager, del aspecto musical. Si Radmaager quiere asesorarte, claro; porque los músicos son más complicados que el diablo. Te aseguró que la cosa puede hacerse, Sebastián.

Su cuerpo estaba inclinado hacia delante y en su rostro se reflejaba una expresión vivaz y tensa. En cambio, los rasgos de Sebastián, como sucedía siempre que se sumía en reflexiones profundas, habían adquirido un aspecto cada vez más impasible. Examinaba a Jane, sopesaba sus palabras y las consideraba, no desde su punto de vista, sino desde otro impersonal. Creía en ella, en su fuerza y dinamismo, en su carisma y en su maravilloso poder de comunicar emociones desde un escenario.

—Pensaré lo que me has dicho —terminó diciendo—. Puede que haya algo interesante en ello.

Jane se rió.

—Y en tal caso podrías ofrecerme un contrato muy ventajoso para ti.

—Así lo espero —repuso Sebastián muy serio—. Mis instintos judíos han de ser satisfechos de algún modo. Me estás presionando, Jane. No vayas a creer que lo ignoro.

CAPÍTULO TERCERO

1

Por fin *La Princesa en su torre* estaba terminada. Vernon sufrió el asalto de una tremenda crisis nerviosa. Le parecía que su obra no valía nada y que mejor sería echarla al fuego. La dulzura de Nell y sus palabras de aliento fueron como el maná para él durante el tiempo en que revisó la partitura para darle los últimos toques. Tenía la rara cualidad de decirle siempre lo que él deseaba escuchar. Sin ella, como el propio Vernon solía afirmar, hubiese cedido al desaliento.

Durante el invierno se había visto menos con Jane. Gran parte de aquellos meses habían sido para la cantante tiempo de intenso trabajo con la Compañía de Ópera Inglesa.

Cuando cantó la *Electra* de Strauss en Birmingham, Vernon acudió a verla, quedando hondamente impresionado. Le maravilló a la vez la música y la caracterización de Jane en el papel de la heroína. Admiró la voluntad férrea que lo hacía exclamar:

Nada digas. Baila.

Comunicaba la sensación de ser más espíritu que carne. Sabiendo perfectamente que su voz carecía de la fortaleza requerida por el papel, suplía tal limitación recurriendo a recursos dramáticos que hacían olvidar aquel hecho. Jane era la propia Electra, es decir, aquel fanático instrumento de venganza.

En Birmingham aprovechó para permanecer unos días con su madre. La estancia no le resultó por cierto agradable. Cuando fue a ver al tío Sydney, éste le recibió con manifiesta frialdad. Enid se había comprometido en matrimonio con un abogado, que no era del agrado de su padre.

Nell y su madre pasaron fuera de Londres la temporada de Pascua. De vuelta en la ciudad, Vernon llamó a la muchacha por teléfono, diciéndole que tenía que hablarle de inmediato. Llegó a la casa muy pálido y con los ojos irritados.

—Nell, ¿sabes lo que he oído decir? Que vas a casarte con George Chetwynd. ¡Con George Chetwynd!

—¿Quién te ha dicho eso?

—Todo el mundo lo repite. Afirman que se te ve con él en todas partes.

Nell estaba atemorizada y se sentía desgraciada.

—Sería mejor que no prestaras atención a lo que la gente dice. ¿Por qué me miras con gesto acusador? Es cierto que me ha pedido en matrimonio. Dos veces, para ser exactos.

—¿Ese viejo?

—Vernon, haz el favor de no ser ridículo. Sólo tiene cuarenta y uno o cuarenta y dos.

—Es decir, que te dobla en edad. Es gracioso. Pensé que a quien quería era a tu madre.

Nell se echó a reír a pesar suyo.

—Ah, cariño. ¡Ojalá fuese así! Mamá todavía es hermosa.

—Aquella noche en que cené con vosotros estaba convencido de que el americano se inclinaba por ella. Ni se me pasó por la cabeza que sus intenciones tuvieran que ver contigo. ¿Ya había algo entonces?

—Pues sí, ya había algo, como tú dices. Eso te explicará el enfado de mamá, si lo recuerdas, por haberme quedado a solas contigo en el puente.

—¡Y yo sin darme cuenta de nada! Debías habérmelo dicho.

—¿Decirte qué? Por entonces no había nada que decir.

—Comprendo. He sido un perfecto majadero. De todos modos, dicen que es inmensamente rico. A veces tengo miedo. Oh, Nell, ha sido ruin y mezquino de mi parte dudar de ti, así fuera por un minuto. Como si a ti te importara tanto dinero que pueda poseer la gente.

Nell exclamó irritada:

—¡Rico! ¡Rico! ¡Rico! Deja de decir tonterías. También muy bueno y simpático.

—Oh, no lo dudo.

—Lo es, Vernon. Realmente lo es.

—Es muy noble de tu parte salir en su defensa; tiene que ser un individuo bastante insensible para seguir detrás de ti después de haber sido rechazado dos veces.

Nell no dijo nada. Se limitó a mirar a Vernon con una expresión que éste no logró comprender. Había algo de contrito e indefenso en su expresión; algo que se conjugaba con el reto de sus límpidos ojos. Era como si le contemplara desde un mundo tan distante del suyo que bien podrían hallarse en las antípodas.

—Siento vergüenza de mí mismo, Nell —dijo Vernon— pero es que eres tan maravillosamente bella que todos los hombres han de enamorarse de ti…

De pronto, algo más fuerte que Nell cedió en su interior y se echó a llorar a pesar de sus esfuerzos por contenerse, Vernon la miró sorprendido mientras ella, incapaz ya de controlarse, lloraba desconsoladamente con la cabeza apoyada en el hombro del muchacho.

—No sé qué hacer, no sé qué hacer… Soy tan desgraciada. Si sólo consiguiera explicarte…

—Pero puedes explicarme lo que quieras, Nell. Te escucho.

—No, no. Nunca podría. Nunca me comprenderías. Es inútil…

Vernon la besó, tratando de calmarla, expresándole todo el amor…

Cuando se marchó, la señora Vereker entró en la estancia. Llevaba una carta en la mano.

No pareció notar que su hija lloraba.

—George Chetwynd se embarca para los Estados Unidos el treinta de mayo —dijo.

Se dirigió a un escritorio que se hallaba cercano.

—No me importa que se vaya ni tampoco cuándo —repuso Nell con acento de rebeldía.

La señora Vereker no respondió.

Aquella noche, Nell permaneció más tiempo del habitual arrodillada junto a su lecho blanco.

—Oh, Dios mío, permite que me case con Vernon. Es lo que más deseo en el mundo. Que todo se arregle de modo que podamos estar juntos… Le amo tanto… Haz que suceda algo… Dios mío…

2

A fines de abril se arrendó Abbots Puissants. Vernon, apenas firmado el contrato, corrió a ver a Nell, muy excitado.

—Nell, ¿quieres casarte conmigo ahora? Podríamos arreglarnos. El alquiler es bajo, sumamente bajo; pero tuve que aceptarlo porque los intereses de la hipoteca llevaban atraso y había muchos gastos que pagar. La casa debía ponerse en condiciones antes de que la ocuparan los nuevos inquilinos. Tuve que pedir dinero prestado para todo eso, y era preciso arrendar la propiedad sin demora para saldar las cuentas. Durante un año o dos tendríamos que vivir modestamente; pero luego todo sería un poco mejor.

Siguió explicándole una serie de pormenores referentes a sus posibilidades.

—He examinado cuidadosamente todo, Nell. Te aseguro que hice un estudio detallado y razonable de la situación. Podríamos alquilar un pisito, tener una criada y aún disponer de un dinerito para imprevistos. ¿Verdad que no te importaría ser pobre a mi lado, cariño? Una vez me dijiste que no sabía lo que era ser pobre, pero ya no puedes oponerme el mismo argumento: en Londres he tenido que vivir con una suma insignificante. Sin embargo, no me ha importado en absoluto.

Nell sabía muy bien que no le había importado. La afirmación, en consecuencia, contenía un leve reproche. Pero el caso suyo era algo muy especial. En realidad, Vernon parecía no entender que una mujer ve las estrecheces de otro mudo, que necesita alegría, vestirse bien, sentirse admirada y divertirse. Nada de eso es importante para los hombres.

A ellos, por ejemplo, tanto les da vestirse de un modo u otro.

Pero ¿cómo explicar todo eso a Vernon? Imposible. Vernon no era George Chetwynd. Éste sí que comprendía.

—Nell.

La muchacha no contestó, permaneciendo indecisa mientras él la rodeaba con sus brazos. Había llegado el momento de las decisiones. Ante sus ojos desfilaban distintos escenarios. Amelie… la pequeña y modesta casita de los suburbios los niños llorando, George en su Rolls Royce, un pequeño piso sin aire, una criada

sucia y torpe, bailes, vestidos, el dinero que ella y su madre debían por las ropas caras y los alquileres atrasados… Se veía a sí misma en el hipódromo de Ascot, sonriente, charlando con personas alegres y despreocupadas, vestida con un modelo encantador y exclusivo… De pronto se veía en el puente, con Vernon a su lado…

Casi en el mismo tono de voz que había usado durante toda la entrevista, dijo:

—No sé, Vernon… No sé…

—Nell, cariño, dime que nos casaremos.

Se deshizo de su abrazo, poniéndose en pie.

—Déjame, Vernon. Debo pensar en esto… Sí, debo pensar y no puedo hacerlo cuando estás a mi lado.

Aquella misma noche decidió escribirle.

> Mi querido Vernon:
>
> Esperemos un poco más. Digamos seis meses. No creo tener deseos de casarme por ahora. Por otra parte, pasado ese plazo, podríamos saber qué ha sucedido con tu ópera. Tú crees que me atemoriza la perspectiva de ser pobre; sin embargo no es eso sólo lo que está en juego, sino lo que trae como consecuencia… He visto a parejas que se amaban y que dejaron de hacerlo por culpa de la estrechez y las preocupaciones. Pienso que si tenemos paciencia y sabemos esperar, todo se arreglará. Sé, Vernon, que así ha de ser y que luego todo irá de maravilla. Debemos esperar y tener paciencia…

Vernon leyó la carta y, al terminarla, no pudo contener su impaciencia y su ira. No se la enseñó a Jane; pero hablando con ella fue lo suficientemente indiscreto como para que su amiga se enterase de todo. No tardó en decirle con su lenguaje desconcertante:

—¿Te crees un excelente candidato para cualquier chica, verdad, Vernon?

—¿Qué quieres decir?

—Que piensas alegremente que cualquier mujer bonita y admirada, que concurre a fiestas de toda índole y se divierte de continuo, estará dispuesta en cualquier momento a enterrarse contigo en un agujero y a renunciar a todo cuanto hasta entonces constituyera su vida.

—Me tendría a mí y yo a ella.

—No puedes galantearla y hacer el amor las veinticuatro del día. ¿Qué haría ella mientras tú trabajas?

—¿Acaso no piensas que una mujer puede ser pobre y feliz?

—Claro. A condición de que se den las condiciones necesarias.

—¿Es decir, amor y lealtad?

—No, hombre. Pareces un crío. Sentido del humor, pellejo duro y sobre todo la admirable cualidad de bastarse a sí mismos. Tú hablas del amor en medio de la pobreza, centrando todo en el problema puramente sentimental, como si con el amor estuviera todo arreglado. En realidad, se trata de algo que depende del planteamiento que la mujer se haga del caso. A ti tanto te da. Ya se sabe. Tanto podrías hallarte en el palacio de Buckingham o en medio del desierto del Sahara, porque tienes tu propia vida interior, la que tiene que ver con la música. En cambio Nell depende del mundo exterior para alcanzar su plenitud. Al casarse contigo, perderá a todas sus amistades.

—¿Por qué habría de perderlas?

—¡Es que pareces tonto! Porque no hay nada más difícil que mantener amistades cuando los niveles económicos son distintos. Como es natural, cada uno lleva la vida que sus medios le permiten; y los niveles cambian. A cierta altura ya no hay temas comunes que tratar.

—Tú siempre te las arreglas para dejarme el lado más ingrato. Por lo menos, siempre tratas de hacerlo.

—Es que me fastidia ver que pretendes trepar a un pedestal para admirarte mejor. Te equivocas —dijo Jane con voz tranquila— si crees que sería fácil para Nell sacrificar sus amistades y su vida en aras del amor por ti. Tú mismo no harías ese sacrificio que, tan alegremente, esperas de ella.

—¿Qué sacrificio? Estoy dispuesto a hacer lo que sea.

—Pero no a vender a Abbots Puissants, por ejemplo.

—No comprendes que…

Jane le miró con simpatía.

—No; tal vez no comprenda. Sin embargo, creo que sí. Que comprendo y muy bien. Pero no vayas a hacerme un despliegue de nobleza varonil. Cambiemos de tema. Cuéntame de *La Princesa en su torre*. Quisiera que le enseñaras la partitura a Radmaager.

—Es que no vale nada. No podría hacer eso. Sabes, ni yo mismo había advertido la basura que es hasta terminarla.

—Nadie advierte eso —comentó Jane despreocupadamente—. Por fortuna, porque si así fuera ninguna obra quedaría terminada. Muéstrasela a Radmaager. Lo que te diga te resultará útil, de todos modos.

—Pensará que tengo una cara…

—No. De eso puedes estar seguro. Tiene en muy alta estima lo que opina Sebastián, y tú sabes que Sebastián siempre ha creído en ti. Radmaager siempre está diciendo que el juicio de tu amigo, a pesar de ser alguien tan joven, es verdaderamente asombroso por su justeza y precisión.

—Ah, mi viejo amigo Sebastián… Es un tío estupendo —exclamó Vernon, entusiasmado.

—Casi todo cuanto ha llevado a cabo ha sido un éxito y el oro parece acudir a él. Dios mío, cómo le envidio a veces.

—Pues no debes hacerlo. No es tan feliz como para suscitar envidia.

—¿Te refieres a lo de Joe? Oh, ya verás que todo ha de salir bien. ¿La ves a menudo?

—Bastante, aunque no tanto como antes. No puedo aguantar a los integrantes del grupo dentro del cual se mueve ahora. Creen que con dejarse largo el pelo y evitar los baños adquieren títulos para delirar en torno a los grandes problemas del arte y de la vida. No se parecen en nada a personas como tú, es decir, a las que, en realidad, hacen cosas.

—Oh, es que la gente como nosotros es lo que Sebastián llama una propuesta comercial exitosa. Pero, hablando en serio, me preocupa Joe. Temo que termine haciendo tonterías.

—¿Con el tonto de La Marre?

—Sí. Pero te equivocas si le crees tonto, Vernon. Es muy listo con las mujeres, sabes. Algunos hombres lo son, por si lo ignorabas.

—¿Crees que llegará a fugarse con él o algo así? Claro que Joe es una condenada insensata en muchas cosas.

De pronto miró a Jane con curiosidad.

—Sin embargo, yo diría que tú…

Se detuvo, poniéndose súbitamente muy rojo. Jane parecía ligeramente divertida.

—No tienes que ponerte nervioso por mis actitudes morales.

—No… Quiero decir que… siempre me he preguntado… Sí, me he preguntado mucho…

Su voz se fue apagando y se hizo el silencio. Jane estaba erguida en su asiento y no miraba a Vernon. De pronto comenzó a hablar con voz tranquila e igual, desprovista de arranques emotivos, como si en lugar de referirse a ella, hablase de lo ocurrido a otra persona. Su relato fue una enumeración fría y concisa de horrores, que a Vernon le resultaba más terrible por el sosiego desapegado que reinaba en las inflexiones de su voz. A veces creía estar escuchando a un científico, que exponía algún caso con frialdad y de manera impersonal.

Hundió la cabeza entre sus manos poco antes de que Jane terminara su narración.

—¿Y fuiste capaz de soportar todo eso? —dijo en voz baja y algo temblorosa—. No sabía que pudieran suceder cosas así.

—Era un ruso degenerado —repuso Jane con su invariable calma—. A los anglosajones les resulta difícil comprender tales refinamientos en materia de crueldad. Comprendemos lo brutal, nada más.

Vernon le preguntó, sintiéndose un poco infantil y también incómodo:

—¿Le… amabas?

Ella negó con la cabeza y se dispuso a contestar. Pero se detuvo.

—¿Para qué volver al pasado? —Terminó por decir—. Era un artista importante. Realizó obras que perdurarán. Hay una en South Kensington. Es macabra, pero buena.

De inmediato se puso a hablar de la obra de Vernon.

Dos días más tarde, Vernon fue a South Kensington y no tardó en dar con la escultura de Boris Androv. Representaba a una mujer ahogada. Su rostro era horrible: estaba descompuesto, inflamado y parcialmente deshecho. Pero su cuerpo no había sufrido aparentemente nada. Era magnífico, realmente perfecto. Vernon no necesitó que nadie le dijera que el de Jane había servido de modelo.

Permaneció un buen rato contemplando la desnuda imagen de bronce, cuyos brazos estaban abiertos y cuyos cabellos caían suavemente…

Un cuerpo maravilloso. El de Jane. Androv lo había copiado.

Por primera vez en muchos años le vino al recuerdo La Bestia que aterrara su niñez. Sintió miedo.

Se volvió rápidamente dejando tras de sí la escultura y el edificio en el que se encontraba. Al salir casi corría.

3

Llegó el día del estreno de la nueva ópera de Radmaager, *Peer Gynt*. Vernon asistiría a la representación y más tarde a una fiesta que ofrecería el compositor para celebrar el acontecimiento, aunque antes iba a cenar con Nell en casa de la madre de ella. Nell no iba al teatro.

Ante la sorpresa de la señora Vereker y de Nell, Vernon no se presentó a la hora convenida. Tras esperarle un rato, decidieron sentarse a la mesa sin él, que llegó cuando estaban en los postres.

—Lo siento muchísimo, señora Vereker. No puedo expresarle cuánto. Me ha ocurrido algo… algo completamente inesperado. Ya se lo contaré más tarde.

Su rostro estaba tan pálido y descompuesto que la señora Vereker no creyó conveniente evidenciar su fastidio. Era una mujer de mundo, con mucho tacto, de modo que hizo frente a la situación con la reserva que derrochaba en tales casos.

—Bueno —dijo al levantarse de la mesa—. Ya que estás aquí, puedes hablar con Nell, aunque, si vas a la ópera, no tendréis mucho tiempo.

Salió de la habitación y Nell miró inquisitivamente a Vernon.

—Joe se ha fugado con La Marre —dijo él respondiendo a la pregunta no formulada.

—No puedo creerte.

—Pues así es.

—¿Quieres decir que se ha ido con él y que piensan casarse en seguida?

—Oh, no —repuso Vernon con voz sombría—. La Marre no puede casarse porque ya lo está. Con otra mujer.

—Oh, Vernon, ¡qué atrocidad! ¿Cómo ha podido hacer semejante cosa?

—Joe ha sido siempre una insensata. Se arrepentirá, ya lo sé. No creo que le ame realmente.

—¿Y Sebastián? Comprendo cómo ha de sentirse.

—Sí, pobre. He estado con él hasta hace poco. Está deshecho. No sabía hasta qué punto amaba a Joe.

—Sí que la amaba.

—Sabes, siempre estábamos juntos, siempre. Joe, Sebastián y yo éramos inseparables. En cierto modo nos pertenecíamos mutuamente.

Un ligero toque de celos acudió al corazón de Nell.

—Siempre juntos los tres —repetía Vernon—. Inseparables. Por eso siento como si la culpa de cuanto sucede fuera parcialmente mía. No debí dejar que Joe se vinculara a otras personas de las que yo sabía tan poco. Querida Joe… siempre tan leal y tan bondadosa. Más de lo que hubiese podido ser una hermana. Me duele recordar lo que solía decir cuando era pequeña: que de mayor no tendría ningún enredo con hombres. Mira tú en lo que ha venido a quedar su promesa.

—Un hombre casado —murmuró Nell con voz ahogada—. Eso es lo que hace las cosas tan terribles. ¿Tiene hijos ese hombre?

—¿Cómo quieres que sepa algo sobre los condenados hijos de ese bellaco?

—Vernon, no debes ponerte así.

—Lo siento, Nell. Estoy trastornado, eso es todo.

—Pero ¿cómo ha sido Joe capaz de cometer semejante locura? —preguntó Nell.

Siempre había observado que Joe la trataba con mal disimulado desdén; y en la circunstancia no habría sido un ser humano si hubiese dejado escapar la oportunidad de vengarse.

—¡Escapar con un hombre casado! ¡Qué acto más censurable!

—Bueno, al menos no podrá decirse de ella que ha sido cobarde.

Vernon sentía un súbito y apasionado deseo de defender a Joe. A ella que pertenecía a Abbots Puissants y a todos sus recuerdos.

—¿Que no ha sido cobarde? —preguntó Nell.

—Que ha sido valiente, sí; valiente. No midió sus actos de acuerdo con la prudencia; no pensó en lo que le costaría. Envió al diablo todo, impulsada por el amor. Es algo que no todo el mundo es capaz de hacer.

—¡Vernon!

Nell se puso en pie. Respiraba con dificultad.

—¿Lo dices en serio? —Todas sus luchas internas y sus rencores afloraron en ella—. ¿Te refieres a mí?

—Claro que sí. Tú no eres capaz de sacrificar por mí ni un poco de tu comodidad. Te pasas diciendo: esperemos, esperemos. Aunque a veces prefieras susurrar: conviene ser prudentes. Eres incapaz de tirar todo por los aires, impulsada por la pasión.

—Oh, Vernon, qué cruel eres… qué cruel…

Las lágrimas asomaron a sus ojos y Vernon, al verlas, fue presa del arrepentimiento.

—Nell, te aseguro que no quise herirte. No lo hice adrede, mi amor.

La estrechó en sus brazos y el llanto de Nell se fue calmando. Vernon echó un vistazo a su reloj.

—Oye, debo irme de inmediato. Buenas noches, cariño. ¿Verdad que me quieres?

—Claro que sí, Vernon.

La besó precipitadamente, saliendo luego a toda carrera, Nell tomó asiento en una de las sillas, junto a la mesa, de la que aún no habían sido retirados los restos de la cena. Allí permaneció, perdida en sus pensamientos…

4

Al llegar al Covent Carden, la ópera ya había comenzado. Se desarrollaba la escena de las bodas de Ingrid, y Vernon entró en la sala en el momento en que tenía lugar el primer encuentro de Peer y Solveig. Se preguntó si Jane estaría nerviosa. Se la veía maravillosamente joven con su blanco vestido plisado y sus ademanes inocentes. No representaba más de diecinueve años. El acto terminó al llevarse Peer a Solveig.

Vernon prestaba más atención a Jane que a la música. Aquélla era una noche de prueba para su amiga. Si no triunfaba, acaso tuviera que enfrentar su ruina. Vernon sabía de sus ansiedades y de su ardiente anhelo de justificar la elección de Radmaager, quien la

había preferido a otras divas internacionales.

No tardó en constatar que sus aprensiones eran innecesarias. Jane era la perfecta Solveig. Su voz, clara y sincera, contenía aquel hilo de cristal en el registro agudo que tanto elogiara Radmaager. Cantó sin desfallecimiento alguno y, desde el punto de vista de la actuación escénica, lo hizo extraordinariamente bien. La serena impasibilidad y la firmeza de propósitos de Solveig dominaron la representación.

Por primera vez, Vernon se sintió atraído por la historia del débil y apabullado Peer, aquel cobarde que huía de las realidades cada vez que alguna se le presentaba. La música que ilustraba su combate con el gran Boyg le apasionó, porque no dejó de traerle a la memoria su infantil terror por La Bestia. El de Peer era parecido, puesto que estaba producido por la misma clase de objeto vago e indefinible. La voz de Solveig, a menudo emitida sin hallarse ella en escena, le libraba de sus temores. La escena en el bosque, donde Solveig acude a encontrarse con Peer, era infinitamente bella. Termina con la petición que él hace a la muchacha de que permanezca allí mientras corre a asumir su responsabilidad. A la petición, Solveig respondía:

—Si tan dura es, mejor será que yo te ayude a cumplir con ella.

Luego venía la partida de Peer, su evasión final, que él comenta para sí:

—¿Acarrearle penas? No. Mejor será que te dediques a vagar, Peer, a vagar por el mundo.

La música para la Pascua de Pentecostés era tal vez lo mejor. Llevaba la marca inconfundible del estilo de Radmaager, pensó Vernon, la atmósfera particular que él infundía a sus composiciones. Estaba concebida para aumentar el efecto de la escena final y preparar la llegada de la misma. El agotado Peer duerme con la cabeza apoyada en el seno de Solveig, mientras ella, con sus cabellos plateados y vestida con un largo manto azul pastel, canta una larga y valerosa aria.

El dúo con Chavaranov, famoso bajo ruso, fue deslumbrante y mantuvo en vilo a la audiencia. La voz de Jane subía y subía, clara y vibrante, mientras la de Chavaranov llegaba a los graves sin perder su resonancia. Al final, la música quedaba a cargo de Jane, quien la emitía con increíble pureza mientras, al fondo de la escena,

el sol se levantaba levemente…

Vernon, sintiéndose importante en su infantil alegría, fue a los camerinos en cuanto el telón cayó. Podía decirse que la representación había sido un éxito y que la ópera entraba, gracias a ello, en el repertorio de los grandes teatros. Los aplausos, largos y entusiastas, motivaron que Radmaager subiera a escena de la mano de Jane para agradecerlos.

Vernon encontró a su amiga virtualmente aprisionada por los brazos de Radmaager, quien no cesaba de besarla con artístico fervor.

—Eres un ángel. Eres maravillosa… sí, maravillosa. Una gran artista. ¡Ah! —Aquí se dejó llevar de su entusiasmo, lanzando una serie de exclamaciones en su idioma nativo.

Pero no tardó en volver a expresarse en inglés.

—Te recompensaré. Sí, querida, te recompensaré. Ya lo verás. Sé muy bien cómo hacerlo. Persuadiré a Sebastián. Ya lo verás. Juntos haremos que…

—¡Chist! —dijo Jane.

Vernon se llegó hasta ellos andando tímidamente.

—Ha sido espléndido —dijo con cierta timidez.

Estrechó la mano de Jane y ella le agradeció la felicitación sonriéndole con afecto.

—¿Dónde está Sebastián? ¿No andaba por aquí hace poco? —dijo Radmaager.

Pero no encontraron a Sebastián. Vernon se ofreció para salir en su busca y llevarlo a la fiesta que se disponía a ofrecer el compositor. Dijo que sabía dónde encontrarle. Jane ignoraba la escapada de Joe y Vernon juzgó más conveniente aplazar de momento la revelación.

Salió en busca de un taxi para dirigirse a casa de Sebastián. Pero no estaba allí, por lo cual pensó que acaso siguiera en su propio piso, donde le había dejado para ir a cenar con Nell. Así que se dirigió allí. Entretanto, una extraña sensación de poder y triunfo iba invadiendo a Vernon. Ni el episodio protagonizado por Joe conseguía ahogar la convicción de que su obra era buena o, al menos, que tarde o temprano podría componer algo importante. También pensaba que, de un modo u otro, lo que se refería a Nell pronto encontraría solución. Su expresión, al despedirse de ella

aquella noche, tenía un acento muy especial. La había sentido más cerca que nunca, como si apenas pudiese soportar verse alejada de él… Sí, estaba seguro de ello. Todo terminaría bien.

Subió corriendo las escaleras de su casa. Todo estaba en penumbra. Así que pensó que Sebastián ya se habría marchado. Al encender las luces y pasear la mirada en derredor advirtió que sobre la mesa, junto a la puerta, había una carta enviada sin duda por un mensajero, pues no estaba timbrada. Reconoció en el sobre la escritura de Nell. La cogió y la abrió a toda prisa…

Permaneció mucho tiempo inmóvil. Luego, pausadamente, llevó una silla junto a la mesa, colocándola con todo cuidado ante ésta, como si fuera a iniciar una tarea para la cual necesitara desplegar gran meticulosidad. Tomó asiento, manteniendo la carta abierta en su mano. Volvió a leerla, por décima o undécima vez.

> Mi querido Vernon:
>
> Perdóname, por favor, perdóname. Voy a casarme con George Chetwynd. No le amo como a ti, pero creo que junto a él viviré segura. De nuevo te pido perdón.
>
> Siempre te amaré.
>
> Nell.

«Viviré segura junto a él», repitió en voz alta. ¿Qué quería decir con aquella frase? Viviría segura con él, con Chetwynd. ¿Segura con él? El dolor le agobiaba.

Sentado allí, no advirtió que los minutos pasaban. Permaneció inmóvil mucho tiempo, durante horas, sin acertar a explicarse aquellas breves frases… Un pensamiento se abrió paso en medio de la pesadumbre que le inundaba: ¿Así era cómo se había sentido Sebastián? No había podido comprendo entonces.

—Vernon, querido, ¿qué sucede? Sabía que algo te había ocurrido cuando no te vi en la fiesta. Vine para averiguar…

Tristemente, con un gesto casi mecánico, Vernon le tendió la carta. Jane la leyó, dejándola luego sobre la mesa.

—No necesitaba escribir eso de que se sentiría más segura con el otro. Junto a mí, hubiese estado más segura que con nadie.

—Oh, Vernon, mi amor…

Sus brazos rodearon al muchacho, que se aferró súbitamente a

ella con un gesto de temor, parecido al de un niño que busca refugio en su madre. El llanto le anudó la garganta y hundió su rostro en la tersa blancura del cuello de Jane.

—Oh, Jane… Jane…

Ella le estrechó con más fuerza mientras con una mano le acariciaba los cabellos.

—Quédate conmigo —le pidió Vernon—. Quédate conmigo, no me dejes…

—No te dejaré —contestó ella—. Tranquilízate.

Su voz era tierna, maternal. Algo cedió dentro de él y las imágenes se precipitaron por su cabeza como las aguas de un dique que se abre de pronto. Su padre besando a Winnie in Abbots Puissants… la escultura de South Kensington… el cuerpo de Jane… su maravilloso cuerpo…

—Quédate conmigo —repitió con voz ronca.

Ella le rodeaba con sus brazos. Sus labios estaban sobre su frente.

—Me quedaré aquí, mi amor —murmuró.

Parecía una madre hablando a su niño.

De pronto Vernon se deshizo del abrazo.

—Pero no de ese modo. Así.

Sus labios buscaron y se confundieron con los de Jane impulsados por un deseo hambriento y salvaje. Su mano se apoderó de un pecho palpitante y redondo. Siempre la había deseado. Siempre. Era su cuerpo lo que quería; aquel cuerpo admirable que tan bien había llegado a conocer Boris Androv.

—Quédate conmigo —repitió.

Sobrevino un silencio tan prolongado que Vernon pensó qué habían transcurrido horas y años cuando la oyó murmurar.

—Me quedaré.

CAPÍTULO CUARTO

1

Un día de julio, Sebastián se dirigió andando a casa de Jane. Mientras recorría el Embankment, pensaba que el día resultaba más propio de principios de primavera que de pleno verano. Soplaba un viento fresco, arrastrando nubecillas de polvo que le daban en la cara y le obligaban a parpadear.

Su rostro mostraba claros signos de cambio. Estaba indudablemente más viejo. Ya no quedaba en él casi nada del muchacho que fuera en otro tiempo, aunque a decir verdad nunca, ni aún siendo joven, sus facciones habían sido juveniles. Sus rasgos siempre demostraron una precoz madurez, propia de quienes, como él, descienden de antepasados semíticos. Quien le hubiese visto caminar aquella tarde, con el ceño fruncido y actitud meditativa, hubiera creído que tenía bastante más de treinta años.

La propia Jane acudió a abrir la puerta.

—Vernon no está —le dijo con voz extraña y ronca—. No pudo esperarte. Dijiste a las tres y son las cuatro pasadas, sabes.

—Estuve ocupado. Pero tanto da. Nunca sé cómo tratar a Vernon. Con esos cambios de temperamento…

—No me digas que han surgido nuevos problemas. No podría tolerarlo.

—Oh, ya te acostumbrarás, como yo. ¿Qué pasa con tu voz?

—Un catarro. Me duele un poco la garganta, pero no es nada.

—¡Dios mío!, pero mañana se estrena *La Princesa en su torre* ¿Qué pasará si no puedes cantar?

—No temas; cantaré. Si hablo en voz baja es porque no quiero cansar mi voz. He de reservarme.

—Entiendo. ¿Habrás visto a alguien, supongo?

—A mi médico de costumbre.

—¿Y qué te ha dicho?

—Lo de siempre.

—¿No te prohibió que cantaras mañana?

—Oh, no.

—Creo que no mientes muy bien, Jane.

—Pienso que, de este modo, os evito dificultades. Pero ya veo que no puedo mentirte, así que te seré franca. Me ha advertido que mis cuerdas vocales no podrán resistir tantas exigencias. Según él, es una locura que cante mañana por la noche. No importa. Cantaré.

—Pero, querida Jane, no quiero que arriesgues tu voz.

—Piensa en tus cosas, Sebastián, y déjame a mí con las mías. Mi voz no es un problema que te incumba. Yo no interfiero en lo tuyo. Haz tú lo mismo.

Sebastián sonrió.

—La leona en su intimidad. De todos modos debieras cuidarte, Jane. ¿Lo sabe Vernon?

—Claro que no. Y no vayas a decirle nada, Sebastián.

—No me interpondré, te lo prometo. Bien sabes que nunca lo he hecho. Pero insisto en que cometes una locura. La opera no se lo merece y tampoco Vernon. Te lo digo, aunque te enfades conmigo.

—¿Por qué habría de enfadarme? Dices la verdad y lo sé mejor que nadie. Sin embargo, seguiré adelante. Llámame engreída, si quieres, pero *La Princesa en su torre* no será un éxito sin mí. He conseguido grandes éxitos con la Isolda y más aún con la Solveig. Estoy en el mejor momento de mi carrera que coincide, precisamente, con el mejor momento de la vida creadora de Vernon. Contribuiré a su triunfo.

Por debajo de sus palabras Sebastián creyó advertir un «por fin» no expresado; pero siguió manteniendo la misma expresión, sin mostrarle que había captado sus pensamientos.

—No se lo merece, Jane —se limitó a repetirle—. Piensa en ti misma. Eso es lo único que has de hacer. Tú has llegado y Vernon, no. Acaso nunca llegue.

—Lo sé. Nadie se merece nada, en realidad… Excepto, tal vez, una persona.

—¿Quién?

—Tú, Sebastián. Tú te mereces lo que hago, aunque no lo haga por ti.

El hebreo se quedó estupefacto y no tardó en sentirse conmovido por aquella frase de su amiga. Casi le saltaron las lágrimas. Extendiendo una mano, cogió la de Jane, que estaba sentada junto a él en el diván, y así permanecieron unos instantes en silencio.

—Eres demasiado buena, Jane —dijo por fin Sebastián.

—No he dicho nada más que la verdad. Vales cien veces más que Vernon. Tienes inteligencia, poder de iniciativa, carácter…

Su voz enronquecida se fue apagando. Un momento después, Sebastián le dijo con tono amistoso:

—¿Cómo van las cosas? ¿Sin cambios?

—Sin cambios. ¿Sabes que la señora Deyre vino a verme?

—No. ¿Qué quería?

—Suplicarme que dejara libre a su niño. Me dijo que estaba arruinando su vida y que sólo una mala mujer podría hacer lo que yo hago con Vernon, etcétera. Supongo que ya conoces el tipo de melodrama que le gusta.

—¿Qué le respondiste?

Jane se encogió de hombros.

—¿Qué querías que le, dijera? ¿Que a su niño tanto le da una prostituta como otra?

—Mi querida Jane —exclamó Sebastián—. ¿A ese punto han llegado las cosas?

Jane se puso en pie y, encendiendo un cigarrillo, se puso a pasear por la habitación con pasos nerviosos. Sebastián advirtió que su rostro estaba demacrado.

—Pero ¿está razonablemente bien?

—No sé a qué llamas «razonablemente bien». Sólo te diré que bebe demasiado.

—¿Y no puedes impedírselo?

—No.

—Es extraño. Siempre pensé que tu influencia sobre Vernon iba a ser permanente.

—Pues si la tuve, la he perdido.

Durante un minuto permaneció callada. Luego dijo:

—La boda de Nell se ha fijado para el otoño, ¿no es así?

—En efecto. ¿Piensas que las cosas mejorarán después?

—No tengo la menor idea.

—Dios lo quiera. Esperemos que termine por sobreponerse. Pero si tú eres incapaz de enderezarle, Jane, nadie lo conseguirá. Lo lleva en la sangre, desde luego.

Jane fue a sentarse nuevamente a su lado, súbitamente interesada.

—Cuéntame. Cuéntame lo que sabes sobre su padre, su madre y eso.

Sebastián le explicó brevemente quiénes eran los Deyre y Io que sabía de los padres de Vernon. Jane le escuchó con atención.

—A su madre ya la has conocido —terminó diciendo—. Raro, ¿verdad?, que su hijo se le parezca tan poco. Es un Deyre de pies a cabeza. Todos ellos tienen una veta artística, concretamente musical, son débiles de carácter, autoindulgentes y atractivos para las mujeres. La herencia es algo muy curioso.

—No estoy enteramente de acuerdo contigo —dijo Jane—. Cierto que Vernon se parece poco a su madre; pero hay algo que ha recibido de ella.

—¿Qué?

—La vitalidad. Su madre es un saludable animal, lleno de energía. ¿Nunca lo has advertido? Pues bien, Vernon tiene características parecidas. De no ser así, nunca hubiese escogido la carrera de compositor. Habría jugado a serlo; se hubiera entretenido con la música, pero nada más. Lo que le da fuerza para crear es la sangre de los Bent. Según acabas de contarme, su abuelo se hizo a sí mismo y llegó a poseer una gran fortuna. Hay algo de él en la sangre de Vernon.

—Tal vez tengas razón.

—Estoy segura.

Sebastián meditó unos momentos.

—¿Es sólo la bebida? —dijo finalmente—. ¿O hay… bueno, otras mujeres?

—Hay otras mujeres.

—¿Y a ti no te importa?

—¿Importarme? ¿Importarme? Pues claro que me importa. ¿De qué te piensas que estoy hecha? Me importa muchísimo, pero ¿qué puedo hacer? ¿Escenas? ¿Quieres que me ponga a suplicar? Con eso sólo conseguiría perderle para siempre.

Al hablar había ido elevando el tono de su voz. Sebastián hizo un rápido gesto y ella se contuvo.

—Tienes razón. He de cuidarme.

—No puedo entenderlo —dijo Sebastián—. Ni la música parece significar gran cosa para él ahora. Se limita a pedir consejos a Radmaager y obedecerle. No es natural.

—Debemos esperar. Sin duda le volverán las ansias de crear obras originales. Está en un momento de reacciones nerviosas, pero también emocionales, provocadas por la boda de Nell. Estoy segura de que si *La Princesa en su torre* triunfa, Vernon volverá a ser lo que era. Sentirá una especie de legítimo orgullo, una sensación de plenitud.

—Así lo espero —comentó Sebastián espaciando las palabras—. Sin embargo, he de decirte que el futuro me tiene un poco inquieto.

—¿En qué sentido? ¿Qué temes?

—La guerra.

Jane le miró muy sorprendida. Apenas podía creer lo que oía.

—¿Guerra?

—Sí, como consecuencia de lo sucedido en Sarajevo.

Jane pensaba que todo aquello era un poco ridículo y hasta absurdo.

—¿Guerra contra quién?

—Contra Alemania… y otras naciones.

—Oh, vamos, Sebastián. Estás hablando de algo muy remoto.

—¿Qué importa el pretexto? —exclamó Sebastián con impaciencia—. Me baso en el modo en que se comporta el dinero. El dinero habla y yo lo manejo, como lo manejan nuestros parientes en Rusia. Y te digo que, por la manera en que se conduce de un tiempo a esta parte, podemos saber de qué lado soplan los vientos. La guerra está próxima, Jane.

Mirándole con atención, Jane cambió de punto de vista sobre el asunto. Sebastián hablaba con toda seriedad y, generalmente, cuando usaba aquel tono, sabía lo que decía. Su afirmación de que se desencadenaría una guerra debía tomarse muy en cuenta.

El hebreo permanecía silencioso en su asiento, perdido en sus pensamientos. Pasaba revista a sus inversiones, a los riesgos, a las responsabilidades que había asumido, al futuro de sus teatros, a la política que debería adoptar el semanario de su propiedad. Y eso no

era todo, naturalmente. Tendría que combatir, puesto que era hijo de un ciudadano británico. Aunque no quisiera hacer la guerra, no podría evitar el enrolamiento. Todos los ingleses que hubieran alcanzado determinada edad serían llamados a filas. No era el peligro lo que le arredraba, sino el fastidio de tener que dejar en otras manos sus bien meditados planes. «¡Buen jaleo armarán! —pensaba con amargura—, todo saldrá mal». Partía de la base de que la guerra duraría bastante, dos años, por lo menos. Y además se extendería; no le extrañaría que, a la larga, los Estados Unidos se vieran obligados a entrar en el conflicto.

El gobierno emitiría bonos de guerra. Tal vez constituyeran una buena inversión. Los teatros variarían de repertorio: nada de piezas serias o de exigencias intelectuales. Los soldados con permiso querrían comedias ligeras, chicas bonitas, desnudos, baile. Pensó en todo ello con cuidado, tranquilamente. Jane era una excelente compañía, pues se podía reflexionar sin sufrir interrupciones, y por otro lado su presencia familiar alejaba toda sensación de soledad. Siempre sabía permanecer callada cuando así convenía.

Sebastián, alzando los ojos, la contempló. También ella meditaba. Se preguntó cuál sería el tema de sus pensamientos. Nadie podía sostener que la conocía a fondo. Jane, igual que Vernon, no solía ventilar sus ideas. En eso se parecían. Probablemente reflexionaba sobre Vernon. ¡Si tuviese que ir a la guerra y le matasen! Pero no… era imposible. El alma artística de Sebastián se rebeló contra la eventualidad. Vernon no podía morir en la guerra.

2

El estreno de *La Princesa en su torre* se olvidó pronto. Tuvo lugar en mal momento, pues la guerra estalló sólo tres semanas más tarde.

En su momento fue «bien acogida», como suele decirse. Algunos críticos se acaloraron un poco, permitiéndose algunos sarcasmos sobre la «nueva escuela de músicos jóvenes» que pensaba revolucionar todas las ideas existentes. Otros la elogiaron como

obra muy prometedora, aunque inmadura. En todo caso, hubo unanimidad en torno a las excelencias de la puesta en escena.

El público respondió bien. Se puso fugazmente de moda «ir a Holborn»: «Queda tan a trasmano, querida… Pero realmente hay que ir». Se insistía en ver aquel atractivo y fantástico drama y a la «maravillosa Jane Harding, que tiene un rostro, sabes, completamente medieval; algo delicioso. Sin ella la representación no hubiese sido completa».

Para Jane el triunfo fue brevísimo. Al quinto día tuvo que retirarse.

Llamó a Sebastián por teléfono, pidiéndole que fuese a verla a determinada hora en que sabía que Vernon no iba a estar en casa. Al llegar su amigo, la cantante salió a su encuentro con una sonrisa tan radiante que pensó que sus temores no se confirmarían. Se equivocaba.

—No hay nada que hacer, Sebastián. Mary Lloyd me suplirá. Ya sabes que no es mala. A decir verdad, su voz es mejor que la mía, y tiene muy buena presencia en escena.

—Ejem, ya me temía que Hershall dijera eso. Pero hablaré con él antes.

—Sí, también él quiere verte; pero no creo que se pueda hacer otra cosa. Es el fin.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que ya no podré cantar más, amigo. Mi voz se ha marchado para siempre. Hershall es demasiado honesto para dejar que alimente esperanzas. Comenzó expresando que, como es natural, nunca se puede afirmar nada definitivamente; que acaso con una buena cura de reposo, etcétera, etcétera. Me habló con la mejor voluntad del mundo y seguía especulando con las perspectivas… hasta que le miré de frente y me eché a reír. Entonces tuvo que dejarse de pamplinas. Y creo que se sintió aliviado al ver cómo me tomaba la cosa.

—Pero mi querida Jane…

—No te alarmes, Sebastián, por favor. Si mantienes la calma todo será más fácil. Desde el principio supe que corría riesgos, porque mi voz nunca fue realmente poderosa y sana. Jugué y jugué hasta perder. De todos modos, así son las cosas. Hay que saber cuándo la suerte está echada en tu contra y poner a mal tiempo

buena cara. Que las manos no tiemblen. ¿No es eso lo que te dicen en Montecarlo?

—¿Lo sabe Vernon?

—Sí. Está muy trastornado porque adoraba mi voz. No podría sentirse más abatido, realmente.

—Pero ignora que…

—Ignora que si hubiese esperado dos días, absteniéndome de cantar en el estreno, tal vez hubiese salvado mi voz. Y si tú eres leal conmigo, Sebastián, lo seguirá ignorando.

—No sé si debo ser tan leal. Pienso que debe saber la verdad.

—No, porque yo, por mi parte, hice algo incorrecto: sabiendo el estado incierto en que se hallaba mi voz, no le dije nada. Y esto no debe hacerse. Si le hubiera contado a Vernon lo que me dijo Hershall hace ya cierto tiempo, ¿crees que me hubiese permitido cantar? Se habría opuesto de manera terminante. Ahora resultaría el acto más ruin del mundo ir a decirle: «¡Mira lo que he hecho por ti!». Eso de lamentarse y solicitar agradecimiento es una mezquindad.

Sebastián permaneció silencioso.

—Vamos, amigo, tienes que estar de acuerdo conmigo.

—Sí —terminó por decir Sebastián—. Creo que llevas la razón. Lo que hiciste no puede considerarse éticamente plausible. Actuaste a espaldas de Vernon, de modo que lo razonable es que dejes de actuar del mismo modo. Pero ¿por qué lo hiciste, querida mía? ¿Acaso se lo merecía la música de Vernon?

—No sé si lo merece hoy; pero acaso valga algún día.

—¿Y por eso lo has hecho?

Jane hizo un movimiento negativo con la cabeza.

—Actué sin pensar.

Ambos permanecieron en silencio, hasta que Sebastián dijo:

—¿Qué harás ahora, Jane?

—Tal vez me dedique a la enseñanza, aunque no descarto el teatro. Lo ignoro. Si todo sale mal, siempre me queda la posibilidad de meterme a cocinera.

Ambos rieron, pero Jane sintió que sus lágrimas pugnaban por brotar.

Miró a Sebastián a través de la mesa ante la cual se hallaban sentados. De pronto, poniéndose en pie, fue hasta él y se arrodilló a

su lado. Sebastián la rodeó con un brazo.

—Sebastián… oh, Sebastián…

—Mi querida Jane…

—Quiero aparentar que esto me importa poco; pero tú sabes cuánto me afecta. Mi vida era el canto. Cuando pienso en la diáfana y sublime música de Solveig en Whitsuntide y comprendo que nunca más podré cantarla…

—Sé cómo te sientes, chiquilla. ¿Por qué has sido tan despreocupada contigo misma?

—No lo sé. Pura idiotez.

—Si tuvieses una oportunidad parecida…

—Haría lo mismo.

De nuevo reinó el silencio entre ambos.

Jane levantó la cabeza.

—¿Recuerdas haberme dicho, Sebastián, que tenía una enorme fuerza de voluntad? ¿Que nada podría apartarme del sendero que previamente me marcara? Ya ves que no me conocías del todo. Sí que puedo apartarme de mis propósitos. Ya puedes constatarlo. En mis relaciones con Vernon, me veo obligada a capitular.

—La vida es extraña —comentó Sebastián.

Jane se dejó caer en el suelo y permaneció sentada. Tenía entre las suyas una mano de su amigo.

—Se puede ser inteligente y astuto —continuó diciendo él—. Tener capacidad para profetizar lo que puede suceder, planear una estrategia consecuente y desplegar la energía requerida por la puesta en práctica de tus propósitos, hasta lograr el triunfo. Pero toda la inteligencia y la astucia del mundo serán insuficientes para evitar los sufrimientos que, de un modo u otro, llegan. Por eso todo es tan extraño. Sé que soy inteligente y me siento capaz de llegar a la cumbre en cualquier actividad a la que me dedique. No soy como Vernon, que necesariamente ha de ser un extremo u otro: un genio o algún fracasado de los tantos que despilfarran la vida. Vernon tiene dotes formidables y yo poseo habilidad. Pero toda mi habilidad no basta para evitarme el sufrimiento.

—Nadie puede evitarlo.

—Tal vez sí, a condición de que dedique la vida entera a esquivarlo. Si persigues la seguridad y sólo la seguridad, acaso lo logres, aunque, claro, no conseguirás nada más. Habrás llegado a

levantar un hermoso muro entre el mundo y tú, detrás del cual podrás guarecerte. Pero eso será todo.

—Piensas en una persona determinada. ¿De quién se trata?

—No, no; fantaseaba… Bueno, sí. En la futura señora Chetwynd.

—¿Nell? ¿Piensas realmente que conseguirá aislarse de los avatares de la vida?

—Tiene una aptitud muy marcada para desarrollar defensas eficaces. Es algo propio de ciertas especies.

Esperó un poco antes de preguntar:

—Jane, ¿sabes algo de Joe?

—La he visto dos veces.

—¿Qué te ha dicho?

—Muy poco. Se extendió sobre lo interesante y divertida que puede llegar a ser la vida, me habló de lo bien que lo pasaba y de lo espléndidamente que se siente una cuando ha tenido el coraje de burlar los convencionalismos.

Miró a Sebastián.

—No es feliz, sabes.

—¿Eso crees?

—Estoy segura.

El silencio se extendió sobre ambos. Aquellos dos rostros desaventurados escrutaron largo tiempo la chimenea vacía. Fuera, los automóviles hacían sonar sus bocinas a lo largo del Embankment. La vida seguía…

3

Corría el nueve de agosto. Nell Vereker salió de la estación de Paddington, echando a andar lentamente hacia el parque. Varios coches pasaron cerca de ella, transportando a ancianas señoras, cargadas de jamones. En las esquinas podían verse grandes carteles y, ante las puertas de los comercios, grandes colas de gente ansiosa por aprovisionarse de mercancías imprescindibles.

Nell se había dicho muchas veces que Inglaterra estaba metida en un conflicto, que el país se hallaba realmente en guerra. Pero no se hacía del todo a la idea. En cambio, ahora, por primera vez, vio

clara la realidad. Un viaje en tren, durante el cual el cobrador se negó a cambiarle un billete de cinco libras, dándole a entender que las cosas evolucionaban rápidamente. Ridículo, pero así era.

Vio un taxi vacío y subió a él, dando al conductor la dirección de Jane Harding, en Chelsea. Su reloj marcaba las diez y media. No era probable que a aquella hora Jane ya hubiese salido de su casa.

Salió del ascensor, deteniéndose ante la puerta del apartamento. El corazón le latía desordenadamente cuando oprimió el timbre. Un instante más tarde se abriría la puerta. Su rostro estaba muy pálido y mostraba señales de tensión extrema. Ah, la puerta se abría, en efecto. Nell y Jane se encontraron frente a frente.

Creyó notar que la anfitriona se sorprendía brevemente.

—Oh —dijo—. Eres tú.

—Sí —repuso Nell—. ¿Puedo pasar?

Le pareció que Jane vacilaba un instante antes de hacerse a un lado para permitirle penetrar en su piso. De inmediato fue hasta el extremo del vestíbulo para cerrar la puerta, tras lo cual volvió, abriendo otra que daba al salón. Dijo a Nell que entrara y la siguió, cerrando otra vez la puerta tras de sí.

—¿Qué te trae por aquí?

—Quise venir a preguntarte si sabes dónde está Vernon.

—¿Vernon?

—Sí. He ido a su casa… ayer. Se ha marchado y la mujer que me atendió no supo decirme dónde podía encontrarle pero me informó que las cartas que le llegan las envía aquí. Al volver a casa, decidí escribirte por si conocías su dirección pero luego, pensándolo mejor, preferí venir personalmente. Quizá tú optases por ignorar mi petición, o no me contestaras la carta.

—Ya veo.

El tono de su voz era indiferente y no parecía presagiar ayuda alguna. Nell insistió.

—Creo que tú sabes dónde se encuentra. ¿Lo sabes, verdad?

—Sí.

La palabra había salido de sus labios con desgana. Con una lentitud innecesaria, pensó Nell. Al fin y al cabo se trataba de decir sí o no.

—¿Y bien?

Después de una pausa, Jane dijo:

—¿Para qué quieres ver a Vernon, Nell? —dijo al fin.

La muchacha palideció.

—Porque me he portado tan mal con él… ¡Tan mal! Ahora me doy cuenta; ahora que esta horrible guerra ha estallado. He actuado como una despreciable cobarde… Me detesto a mí misma cuando lo pienso… Tan sólo porque George era simpático y bueno… y rico… Sí, rico. Oh, Jane. ¡Qué desprecio he de inspirarte! No puede ser de otro modo. Y tienes razón. Esta guerra me ha aclarado las ideas. ¿No te sucede a ti otro tanto?

—No exactamente. Las ha habido en el pasado y sin duda las habrá también en el futuro. Las guerras no alteran sustancialmente nada, sabes.

Nell no le prestaba atención.

—Es erróneo dejar al hombre que amas para casarte fríamente con otro. Y yo amo a Vernon. Siempre supe que le amaba; pero me faltaba el coraje de… Dime, Jane, ¿crees que ya es tarde? Tal vez lo sea, ¿verdad? Quizá ya no quiera saber nada de mí. No obstante, he de verle. Tengo que decirle…

En pie ante Jane, la miraba con ojos implorantes. ¿La ayudaría? De no ser así, tendría que acudir a Sebastián, aunque éste le causara cierto temor. Era de los que no tienen inconveniente en decir a las claras que no están dispuestos a hacer nada.

—Tal vez pudiera localizarle, si tanto te interesa —dijo Jane.

—Oh, gracias. Dime, ¿y la guerra?

—Vernon se ha alistado y espera que le llamen, si es a eso a lo que te refieres.

—Sí, precisamente. Es algo horroroso… Le podrían matar. De todos modos, no puede durar mucho. La gente asegura que habrá paz para las Navidades.

—No lo sé. Sebastián piensa que se alargará dos años por lo menos.

—Ah, pero él no puede saber nada. En realidad, no es inglés sino ruso.

Jane negó con la cabeza, sin decir nada. Se puso en pie.

—Iré y… —hizo una pausa— le llamaré por teléfono. Espera aquí.

Salió de la habitación cerrando la puerta tras de sí. Se encaminó por el corredor hasta llegar al dormitorio, donde Vernon dormía. Al

oírla, levantó su cabeza de la almohada, medio aletargado.

—Levántate —le dijo Jane secamente—, lávate, aféitate y trata de asumir un aspecto presentable. Nell está aquí y desea verte.

—Nell… pero…

—Cree que te estoy telefoneando. Cuando estés listo puedes salir y tocar el timbre. Te abriré.

—Pero Jane… ¿Qué quiere?

—Si aún quieres casarte con ella, Vernon, me parece que tienes la oportunidad a mano.

—Pero tendré que decirle que…

—¿Qué te has estado dando la gran vida? ¿Que eres un hombre «experto» en materia de mujeres? ¡Siempre los mismos eufemismos! ¡Si eso es precisamente lo que ella espera! Por otra parte, no tienes por qué extenderte sobre el asunto. Te quedará agradecida si apenas lo rozas delicadamente. De lo que no debes hablarle es de tus relaciones conmigo, porque, en tal caso, sí que la pierdes. No salgas de las generalidades y todo irá bien. Amordaza tu noble conciencia. Piensa en ella.

Vernon se sentó en la cama.

—No te entiendo, Jane.

—Ya lo sé. Probablemente no me entenderás nunca.

—¿Qué ha pasado con George Chetwynd? ¿Ha terminado con él?

—No la he interrogado sobre pormenores. Vuelvo con ella. Date prisa.

Dejó el dormitorio cerrando la puerta y Vernon se puso a pensar que nunca había comprendido a Jane y que, como ella había dicho, acaso nunca lo consiguiera. Era realmente una mujer desconcertante. Quizás él sólo hubiese sido en su vida un entretenimiento pasajero. Pero no, Jane siempre le había demostrado una gran lealtad. Nadie en el mundo pudo ser más recto. Sea como fuere, no podía hablar del asunto con Nell porque, en tal caso, vaya uno a saber qué conclusiones sacaría ésta sobre Jane.

Mientras se aseaba pensó que Nell y él nunca más podrían llegar a nada, aunque probablemente ni siquiera se planteara este punto. Lo más lógico era que le buscara para disculparse por su proceder y así librarse de cargos de conciencia, caso de que resultara muerto

en la guerra. La típica actitud en una chica como ella. En resumidas cuentas, concluyó, no creo que ya me importe gran cosa Nell.

Pero otra voz, en lo más profundo de su alma, dijo con ironía: «¡Oh, no! ¡De ninguna manera! ¡Es porque no te importa Nell que tu corazón late de ese modo y tus manos tiemblan! ¡Qué perfecto cretino eres!».

Estaba listo. Se escabulló por el corredor, salió y, de repente, se vio oprimiendo el timbre de la puerta de entrada. Un estúpido subterfugio, una conducta indigna por la que sintió cierta vergüenza. Jane vino a abrirle, diciendo con el tono de una criada:

—Por aquí.

Le condujo al salón, mostrándole el camino con un movimiento de la mano. Vernon cerró la puerta del apartamento, siguiéndola.

Al oír la llamada, Nell se había puesto en pie, y así la vio él al penetrar en la estancia. Se cogía ambas manos con gesto nervioso.

Habló con voz desvaída y frágil, como la de un niño que se sabe culpable de algo.

—Vernon…

El tiempo pareció desvanecerse. Vernon estaba junto al río, en Cambridge; sobre el puente bajo el cual corría un hilo de agua. Olvidó a Jane y todo lo demás. Él y Nell eran las únicas personas del mundo.

—Nell.

Se abrazaron desfallecientes, como si acabaran de efectuar una larga carrera. Las palabras se agolpaban en boca de la muchacha, quien no acertaba a pronunciar una sola. Por fin pudo decir:

—Vernon, si tú quieres… Te amo. ¡Te amo! Me casaré contigo cuando tú quieras, mi amor… Hoy, si así lo deseas… Ahora mismo. No me importa lo que sobrevenga, ni me atemoriza la falta de dinero.

Cogiéndola en sus brazos, Vernon la levantó mientras le besaba los ojos, el pelo, los labios.

—¡Mi amor! ¡Mi vida! No perdamos un minuto; ni uno solo, aunque en verdad no sé lo que se necesita para casarse. Nunca había pensado en eso. No importa; salgamos, que ya veremos. Podríamos ver al arzobispo de Canterbury. He oído algo de que el arzobispo puede darte una licencia especial o cosa así. ¿Cómo demonios hace la gente que quiere casarse?

—¿Y si vamos a ver a un cura?

—No. Al Registro Civil. Sí, eso es.

—Pero yo no quiero casarme en un registro. Eso es cosa de cocineras y gente por el estilo.

—Yo no lo veo así. Pero ¿qué importa? Si lo que quieres es casarte en una iglesia por todo lo alto, pues allá vamos, mi amor. No será difícil. Hay miles de iglesias por todo Londres y en todas ellas hay gente que no tiene nada que hacer. Estoy seguro de que en alguna encontraremos a un cura que se muestre encantado ante tal solicitud. Ya verás cómo nos casan de inmediato.

Salieron riendo, rebosantes de felicidad. Vernon dejaba todo tras él: remordimientos, recuerdos, a Jane…

A las dos y media de aquella misma tarde, Vernon Deyre y Eleanor Vereker contraían matrimonio en la iglesia de San Ethelred, en Chelsea.

LIBRO CUARTO

GUERRA

CAPÍTULO PRIMERO

Seis meses más tarde, Sebastián Levinne recibía carta de Joe.

St. George's Hotel, Soho.
Querido Sebastián:
Me encuentro en Inglaterra por unos días y me encantaría verte.
Saludos de

Joe.

Sebastián leía y releía la carta. Estaba en casa de su madre, pasando unos días de permiso, así que la breve nota le había llegado sin tardanza. No le era difícil sentir los ojos de su madre, fijos en él, mientras ambos desayunaban. Le maravilló, y no era la primera vez que esto le sucedía, la extraordinaria perspicacia de aquella mujer y el inusitado aunque discreto celo maternal que siempre le deparara. Ella sí que podía leer con claridad en el rostro de su hijo, inescrutable para casi todo el mundo. Era capaz de leer en él con la misma claridad con que su hijo desentrañaba las pocas palabras contenidas en el papel que sostenía entre sus dedos.

Pero cuando habló, lo hizo con la mayor naturalidad.

—¿Un poquito más de mermelada, hijo?

—No, gracias, mamá.

Ésta fue la contestación a la pregunta expresada. Luego respondió a la que le estaban haciendo los ojos de su madre.

—Es de Joe.

—Joe —repitió la señora Levinne.

Su voz no expresaba absolutamente nada. Se produjo un breve silencio.

—Ya veo —dijo la señora Levinne.

En su tono seguía faltando la expresión; pero Sebastián podía

advertir que en el pecho de su madre se agrupaba un tumulto de sentimientos. Le bastaba con aquella actitud. No era preciso que exclamara: «¡Hijo, hijo! ¡Pensar que ya comenzabas a olvidarla! ¿Por qué vuelve a entrometerse así en tu vida? ¿No puede dejarte en paz esa muchacha que no tiene nada que ver con nosotros, que no es de los nuestros? ¡Ella nunca será la esposa que tú te mereces!».

Sebastián se puso en pie.

—Creo que iré a verla.

La señora Levinne apuntó en el mismo tono que antes empleara:

—Supongo que haces bien.

No dijeron nada más. Se entendían sin necesidad de largos intercambios verbales. Por otra parte, cada uno de ellos respetaba los puntos de vista del otro.

Mientras iba por la calle, Sebastián cayó en la cuenta de que Joe no le daba detalles sobre la identidad bajo la cual se alojaba en el hotel Saint George. ¿Figuraría en el registro como señorita Waite o como señora La Marre? Desde luego, la cosa carecía de importancia. No era más que una de sus tonterías convencionales, que sólo sirven para ponerle a uno molesto. Tendría que preguntar por ella dando dos nombres. Era muy propio de Joe eso de omitir algo así.

Pero el problema no se le planteó, puesto que la primera persona que apareció ante sus ojos al entrar por la puerta giratoria fue la propia Joe. Ésta le dio la bienvenida con una exclamación de alegría.

—¡Sebastián! ¡Nunca pensé que recibirías tan pronto mi carta!

Le condujo hasta una salita lateral.

Lo primero que pensó fue que su amiga había cambiado. Tanto tiempo fuera del país le había dado un aspecto diferente. Casi parecía una extranjera con su vestido superfrancés. Lo mismo podía decirse de su cara, cuidadosamente maquillada, en la que se veía una cremosa palidez muy de moda por entonces. Sus labios estaban escandalosamente pintados de rojo y una línea parda realzaba la belleza de sus ojos.

«Es una extranjera —pensó Sebastián—, pero sigue siendo Joe. La misma Joe de siempre, aunque la haya dejado de ver todo este tiempo».

Ninguna de aquellas reflexiones obstaculizó mucho la charla

entre ellos, aunque uno y otro tantearan las distancias que les separaban, como deseosos de conocerlas bien. Éstas fueron acortándose gradualmente al desvanecerse la elegante parisina para dejar paso a Joe.

Hablaron de Vernon. ¿Dónde estaba? Nunca le había escrito una palabra.

—Está en Salisbury Plain, cerca de Wiltsbury. En cualquier momento podría ser enviado a Francia.

—¡Y después de todo se casó con Nell! Sabes, Sebastián, creo que me he portado muy mal con ella. Nunca pensé que llegara a reunir el valor suficiente para casarse con Vernon. Aunque pensándolo mejor, estoy segura de que, si no hubiese sido por la guerra, jamás habría tomado tal decisión. ¿Verdad que es maravillosa esta guerra, Sebastián? Bueno, lo que esta guerra cambia a las personas quiero decir.

Sebastián contestó que no veía diferencia entre esta guerra y las demás. De inmediato, Joe se puso a argumentar con vehemencia.

—No, no. De ninguna manera. Es una guerra diferente. La gente se confunde en esto. Un mundo completamente nuevo surgirá cuando llegue la paz. La gente comienza a ver cosas que nunca había visto antes: la crueldad, la perversidad y el despilfarro que la guerra implica. Y todos los pueblos se unificaran para que esto no vuelva a suceder.

Su rostro estaba un poco colorado y en sus ojos brillaba la exaltación. Sebastián pronto advirtió que la guerra la apasionaba como a tantas otras personas. Precisamente, poco antes había estado hablando con Jane al respecto y él había deplorado aquel estado de ánimo, lleno de simpleza, que inspiraba charlas precipitadas y hasta editoriales de periódicos serios, donde se hablaba de «un mundo propio de héroes» y «una guerra que terminará con las guerras». No menos pueril era el slogan de la «lucha por la democracia». A fin de cuentas, estaban ante el viejo negocio sangriento e inmemorial, ante la misma carnicería. ¿Por qué no decir la verdad?

Jane no se había mostrado de acuerdo con él. Sostenía que la música celestial que se entonaba a propósito de la guerra, era mera música celestial, sí; pero que resultaba imprescindible al constituir un fenómeno paralelo e inseparable de la guerra misma. Era el

instrumento manejado por la naturaleza para brindar una vía de escape. Se necesitaba aquella cortina de ilusiones y mentiras para hallarse en condiciones de enfrentar la dura realidad. Para Jane era patético y casi bello repertorio de utopías en las que se deseaba creer y que uno se recitaba a cada instante.

Parcialmente, Sebastián comprendía sus puntos de vista.

—Pero ya veremos lo que le sucede al país cuando se apaguen los ecos de la ilusión, y la utopía quede incumplida.

Ahora, ante los argumentos, ya gastados para él, que Joe esgrimía con su vehemencia característica, sintió tristeza y cierto desencanto. Los entusiasmos de su amiga no sabían de paños tibios. Una vez que tomaba partido, no tardaba nada en inflamarse. El tiempo y la vida no habían conseguido cambiarla: la verdad y la índole del partido que tomaba era lo de menos, porque Joe tanto podía ser una ardiente pacifista como una no menos ardiente partidaria de la guerra. Lo único constante y verdadero era su apasionamiento.

—¿No estás de acuerdo conmigo, eh? —le preguntó en tono acusatorio—. Crees que luego todo seguirá igual.

—Siempre ha habido guerras, Joe, y siempre ha seguido luego todo igual.

—Pero ésta es completamente distinta, te digo.

Sebastián sonrió débilmente. No pudo evitarlo.

—Mi querida Joe, lo que sucede a cada uno de nosotros parece siempre distinto.

—Ah, no tengo paciencia contigo. Es la gente como tú que…

Se detuvo.

—Decías, Joe, que la gente como yo…

—Antes no eras así. Tenías ideas. En cambio ahora…

—Ahora estoy forrado en dinero. Soy un capitalista, y todo el mundo sabe lo puercos que son los capitalistas.

—No te hagas el tonto. Lo que te digo es que el dinero es… bueno, algo que te ahoga.

—Es cierto; bastante cierto, al menos, en general. Pero la fortuna surte efectos distintos, según los individuos. En principio no discrepo contigo si sostienes que la pobreza constituye un estado digno de alabanza. Es como el abono para la tierra, si quien se halla en dicho estado es un artista. Si no lo es, los efectos variarán,

naturalmente. De todos modos no es eso lo que está en discusión. Me limito a recordarte que no por poseer dinero estoy incapacitado para intentar diagnosticar lo que puede pasar una vez que la guerra termine. Precisamente, mi riqueza me habilita para ser un buen juez, puesto que las guerras, como sabes, tienen mucho que ver con el dinero.

—Y por eso sostienes que siempre habrá guerras. Como todo lo calculas en términos de libras, chelines y peniques…

—No me has comprendido. Espero que algún día todas las guerras sean borradas del planeta. Tal vez dentro de unos doscientos años.

—Admites que para entonces nuestras ideas serán más puras. Que los ideales de los seres humanos…

—No, Joe; los ideales no tendrán probablemente nada que ver, sino, por ejemplo, los transportes. La rapidez y frecuencia de las comunicaciones que eliminarán diferencias entre los hombres, llevándoles a conocerse mejor. Las naciones se mezclarán y los negocios sufrirán transformaciones revolucionarias. Desde el punto de vista práctico, este mundo nuestro se va reduciendo porque el tiempo anula cada vez más las distancias. No creo que eso que ahora se llama «fraternidad» llegue nunca a plasmarse en ideas practicables. Lo que espero es que triunfe el sentido común.

—Oh, Sebastián…

—Te estoy aburriendo, lo sé. Lo siento, querida.

—No; lo que sucede es que eres un ateo, aunque esta palabra ya no esté de moda. En la actualidad volvemos a creer. Creemos en *algo*. Personalmente me siento muy satisfecha con Jehová. De todos modos creo comprender tu posición y he de decirte que no la comparto. Creo, creo en la belleza, en la creación, en cosas como la música de Vernon y soy incapaz de ver qué relación tienen con la economía. Estoy completamente segura del papel preponderante que esas cuestiones desempeñan en el mundo. Fíjate que, a veces, hasta me siento dispuesta a contribuir con mi propio dinerillo para que triunfen… Aunque comprendo que un judío nunca podría entenderme.

Se rió a pesar suyo y luego prosiguió, diciendo:

—Pero háblame de *La Princesa en su torre*. ¿Qué tal es? Dime la verdad, Sebastián.

—Mira, su desarrollo hace pensar en el paso de un gigante que apenas echa a andar. No convence; pero lo indudable es que estamos ante algo que no se parece a nada de lo ya conocido.

—De modo que, según tú, algún día…

—Seguro. De nada estoy tan seguro en el mundo como del triunfo final de este nuevo lenguaje musical. Siempre que no maten a Vernon en esta maldita guerra.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Joe.

—Es espantoso —murmuró—. He trabajado en los hospitales de París. No sabes los espectáculos que he visto.

—Sí, me lo imagino. Si al menos quedara tullido, la desgracia no afectaría sus posibilidades, puesto que es compositor y no violinista, por ejemplo. Quienes tocan algún instrumento ven sus carreras interrumpidas para siempre si sufren algún accidente en sus manos. En cambio quien escribe música puede seguir su actividad por mucho que su cuerpo sufra. A condición, claro, de que su cerebro no resulte dañado. Sé que lo que digo es bastante brutal, pero ya me comprendes.

—Pero a veces, aun así…

Parecía muy afectada. De pronto abandonó toda reserva y dijo bajando la voz:

—Sabes, me he casado.

Si la revelación sobrecogió a Sebastián, su rostro no lo de mostró.

—¿Cierto? ¿Consiguió el divorcio La Marre?

—No lo sé. De todos modos mi marido no es él. Tuve que dejarle. Es un animal, Sebastián. Un verdadero animal.

—Algo de eso me imaginaba.

—No es que deplore nada. Lo importante es vivir la vida y recoger experiencia. Cualquier cosa antes que dar la espalda a los hechos. Eso es lo que la gente como tía Myra no alcanza a comprender. Ni siquiera pienso acercarme a su casa de Birmingham. No me arrepiento de nada.

Miró a su amigo con ojos desafiantes. Sebastián recordó la infancia de ambos en Abbots Puissants y en Deerfields, y se dijo: «Es la misma de siempre. Alocada, rebelde y adorable. Era previsible, ya por entonces, que terminaría haciendo lo que me está contando».

—Siento mucho saber que has sido desgraciada —le dijo con

ternura—. Porque lo has sido, ¿no es así?

—Sí. Mucho. Pero he encontrado por fin mi verdadero camino. Conocí a un soldado en el hospital, que llegó malherido. Estaba muy grave y sufría horriblemente, de modo que se le administró morfina con cierta regularidad. Por fin se curó, aunque fue licenciado porque ya no estaba en condiciones de luchar. Pero se convirtió en adicto a la morfina, hasta tal punto que no puede dejarla. Por eso me… casé con él. Hace quince días. Lucharemos juntos contra la droga.

Sebastián prefirió callar por miedo a decir algo desagradable. Aquello era muy propio de Joe. ¿Por qué, santo cielo, no conformarse con personas con defectos físicos? Morfina. Feo asunto.

De pronto, un gran pesar le inundó. Asistía al fin de su última esperanza. Los caminos de él y de Joe iban definitivamente en direcciones opuestas. El de Joe se internaba en el mundo de las causas perdidas, mientras que el suyo era cada vez más el de quienes triunfan y no dejan de ascender en la vida. Cierto que quizá resultara muerto en la guerra; era una posibilidad. Sin embargo, no creía que eso llegara a suceder. Ni siquiera pensaba llegar a ser herido, así fuera levemente. Algo dentro de él le aseguraba que haría toda la guerra sin sufrir un rasguño y que acaso llegara a distinguirse con alguna acción valerosa. Volvería a sus negocios para reorganizarlos e infundirles nueva vida. Alcanzaría grandes éxitos en un mundo que no toleraría las chapuzas porque sería más técnico, más exigente, más apto para los perfeccionistas. Pero, naturalmente, cuanto más alto llegara, más lejos dejaría a Joe.

Amargamente pensó que era bastante fácil encontrar a una mujer cuando uno estaba en el fondo del pozo. Esa mujer no sólo te acompaña, sino que incluso te ayuda a salir. En cambio, nadie vendrá a escoltarte si te encuentras en la cumbre de la montaña, de modo que podría suceder que te encontraras allí muy solitario, mientras a nadie se le ocurre siquiera compadecerte.

No sabía qué decir a su amiga; desde luego, nada que la deprimiera, pobrecilla.

—¿Cómo se apellida tu esposo? —dijo con voz débil.

—Valniére. François Valniére. Me gustaría que le conocieras. Yo vine a Londres para poner en orden unos tediosos papeles. Papá murió hace un mes, sabes.

Sebastián asintió. Recordaba haber leído algo sobre la muerte del coronel Waite.

—Quiero ver a Jane —siguió diciendo Joe—, y también a Vernon y a Nell.

Antes de despedirse, Sebastián le prometió que pasaría a buscarla al día siguiente, para llevarla en automóvil a Wiltsbury.

2

Nell y Vernon vivían en una pequeña casita a una milla, más o menos, de Wiltsbury. Vernon, cuyo rostro tostado tenía un excelente aspecto, abrazó con entusiasmo a Joe.

Todos entraron en el interior. La sala estaba llena muebles cubiertos por fundas. Para comer había cordero con salsa de alcaparras.

—Tienes un aspecto espléndido, Vernon —exclamó su prima—. Yo diría que hasta guapo. ¿No lo crees así, Nell?

—Será por el uniforme —repuso Nell.

Estaba cambiada, pensó Sebastián al mirarla. No la veía desde la boda, celebrada cuatro meses antes; pero ese breve espacio de tiempo bastaba para que la mutación fuera evidente. Para él, Nell había encarnado siempre un tipo concreto de mujer, el de la joven encantadora. Ahora la veía fuera de toda clasificación. La verdadera Nell ya no era crisálida, sino una mujer.

Irradiaba una especie de suave resplandor. Siempre había sido más bien callada, pero ahora lo era aún más. Sin embargo, parecía más vivaz que antes.

Eran felices. Bastaba verles. Durante la visita pocas veces se cruzaron sus miradas. No obstante, esas raras ocasiones demostraron la intensidad de la comunicación entre ambos. Era como si en tales casos algo fuera de uno al otro, algo delicado, evanescente e inconfundiblemente revelador.

Fue un almuerzo alegre y feliz. Hablaron de los viejos tiempos y, por cierto, de Abbots Puissants.

—Y luego de tantas vueltas y revueltas, aquí estamos otra vez los cuatro —dijo Joe.

Un sentimiento de gratitud invadió a Nell. Por primer vez Joe la incluía. «Otra vez los cuatro», había dicho. Recordaba que, en cierta ocasión, Vernon había hablado sobre «nosotros tres», y la pena que le había causado aún permanecía viva en ella. Ahora era uno de ellos y la satisfacción se le antojaba como una recompensa; una de tantas, por haberse casado con Vernon. Hasta entonces la vida parecía querer mostrarse pródiga en premios.

En realidad, era muy feliz, lo cual sucedía un poco por azar, ya que le había faltado poco para casarse con George Chetwynd al estallar la guerra. ¿Cómo pudo haber sido tan insensata? ¿Por qué vaciló cuando la verdad resplandecía ante ella, tornando absurdas las vacilaciones? Sólo una cosa importaba: casarse con Vernon. A eso debía su felicidad presente, la dicha continua que venía a demostrar, de una vez por todas, que Vernon tenía toda la razón cuando afirmaba que la pobreza no constituía obstáculo alguno, si un hombre y una mujer se aman.

Por otra parte, ella no era la única que había optado por aquella solución. Muchas de sus amigas tiraban en aquellos momentos convenciones y conveniencias por la borda para casarse con el hombre que amaban, sin reparar en su pobreza. Después de la guerra, se producirían los cambios. Tal era la actitud general, aunque la misma se fundara en un optimismo gratuito, que excluía una consideración seria de la realidad, por temor a que los cambios fuesen para mal. Se decía que no era posible predecir «lo que» iba a suceder, pero que sucederían «cosas».

«El mundo está cambiando rápidamente —había pensado Nell—. Ahora todo es distinto y seguirá siéndolo. Nunca volverá lo de antes».

Miró a Joe a través de la mesa. En cierto modo estaba muy cambiada, como si encarnara los aires de la época. Su aspecto era un poco raro. Parecía una mujer «no del todo…» como se decía antes de la guerra. ¿Qué habría hecho desde que se vieran por última vez? Aquel La Marre… Una mala persona, seguro. Bueno, lo mejor era no pensar. Ahora nada importaba mucho.

Se mostraba muy simpática con ella; su actitud, por cierto tenía poco que ver con la de antes, que siempre le inspiraba a Nell la sensación de ser alguien despreciable y frívolo. Pensándolo mejor, acaso Joe estuviera en lo cierto: sin duda era cobarde. Sí que lo era.

La guerra era una catástrofe, por supuesto. Pero todo parecía verse ahora un poco más claro y simple. Su madre, por ejemplo, no ofreció la resistencia que era de esperar en tiempos de paz. Claro que se desilusionó al verse privada de un yerno como George Chetwynd. (Pobre George; era adorable y te has portado tan mal con él, querida). Sin embargo, se rehízo con cierta rapidez, haciendo gala de un admirable sentido común y evitando disputas estériles.

—¡Ay, estos casamientos de guerra! —Solía decir con un ligero encogimiento de hombros—. Pobres chicos, es imposible censurarlos. Tal vez no actúen sabiamente; pero ¿de qué sirve la sabiduría en estos tiempos?

La señora Vereker hizo alarde de verdadera pericia en el arte de vérselas con sus acreedores y, en consecuencia, pudo salir razonablemente bien parada de tan amargo trance. Algunos de ellos hasta demostraron una comprensión inimaginable.

Si bien era cierto que ella y Vernon nunca llegaron a simpatizar del todo, ambos se las arreglaron para enmascarar bastante bien la situación real la única vez que se vieron después de la boda. Todo resultó fácil.

Quizá los problemas requirieran simplemente valor para enfrentarlos. Se diría que con arrojo, la vida era más sencilla de lo que se esperaba. Quizás estuviera allí el secreto.

Nell dejó bruscamente de cavilar para intervenir más activamente en la reunión.

Estaba hablando Sebastián.

—De vuelta en Londres iremos a ver a Jane. Ni siquiera he oído hablar de ella últimamente. ¿Y tú, Vernon?

Vernon movió negativamente la cabeza.

—No, yo tampoco.

Trató de seguir hablando en un tono despreocupado, sin lograrlo del todo.

—Es muy simpática —dijo Nell—. Pero… algo difícil de tratar, ¿no creéis? Me da la impresión de que nunca sé lo que está pensando.

—Sí; ocasionalmente puede llegar a desconcertarte —admitió Sebastián.

—Es angelical —afirmó Joe con su habitual vehemencia.

Nell vigilaba la actitud de Vernon, deseando que dijese algo, lo que fuera. Temía de veras a Jane, desde que la había conocido. Pensaba que era un verdadero demonio.

—Probablemente —dijo Sebastián— se haya marchado a Rusia, a Timbuctú o a Mozambique. A mí nada que venga de Jane me extrañaría.

—¿Cuánto hace que no la has visto? —le preguntó Joe.

—Oh, no sé con exactitud. Tres semanas, tal vez.

—¿Nada más? Pensé que hablabas de años.

—Oh, no.

Comenzaron a hablar del hospital de París en el que trabajaba Joe, y también de la madre de Vernon, sin omitir al tío Sydney. Myra se encontraba perfectamente. Hasta fregaba pisos, cumpliendo así las tareas de guerra que le asignaron al presentarse como voluntaria; y dos veces a la semana servía en una cantina de soldados. En cuanto a su hermano Sydney, iba en camino de doblar su fortuna, pues se dedicaba a la fabricación de explosivos.

—Pronto habrá ganado muchísimo dinero —comentó Vernon—. Y seguirá así, puesto que esta guerra durará al menos tres años.

Discutieron sobre este último punto. Los días en que se pensaba con optimismo que todo estaría terminado a los seis meses habían quedado atrás; pero hablar de tres años resultaba para muchos asumir una postura demasiado pesimista. Sebastián se extendió sobre el tema de los armamentos, la situación en Rusia, la problemática de los suministros alimenticios y la guerra submarina. Hablaba en tono ligeramente autoritario, porque se sentía seguro de llevar la razón.

A las cinco, Sebastián y Joe, después de despedirse calurosamente de los anfitriones, subieron al automóvil para volver a Londres. Vernon y Nell se quedaron en medio de la calle saludándoles con el brazo hasta que se perdieron de vista.

—Bueno —dijo finalmente Nell—. Se han ido.

Pasó su brazo bajo el de él.

—Me alegro de que hayas podido disponer del día. Joe hubiera sufrido un gran desencanto si no hubiese podido verte.

—¿Te ha parecido cambiada?

—Un poco, ¿y a ti?

Decidieron dar un paseíto, caminando un poco al azar.

—Sí —repuso Vernon suspirando—. Supongo que era inevitable.

—Me alegro de que se haya casado. Y creo que su decisión resulta altruista y noble.

—Oh, claro. Si algo ha sido siempre Joe es compasiva y generosa.

Hablaba con acento un poco indiferente, como con desgana, y Nell advirtió que no se había mostrado muy locuaz aquel día. Eran los demás quienes más habían hablado.

—Me alegro mucho de que hayan venido —repitió ella.

Vernon no dijo nada. Nell presionó ligeramente su brazo y él respondió de la misma forma; pero su silencio persistía.

Las sombras de la noche ya comenzaban a extenderse y podía sentirse el húmedo y frío aire crepuscular; pero prefirieron seguir el paseo. Ninguno hablaba, circunstancia bastante común en ellos. Les gustaba saborear en silencio la felicidad que les embargaba. No obstante, esta vez las cosas eran distintas.

Hasta que, de pronto, Nell, comprendió.

—¡Vernon! ¡Te ha llegado la notificación! Tienes que presentarte a…

Su marido le estrechó un poco más la mano, sin responder.

—¿Cuándo, Vernon?

—El martes que viene.

Nell lanzó una pequeña exclamación mientras sentía la alarma apoderarse de ella. El temido momento se presentaba. Era evidente que no había nada de insólito en el hecho. Ninguno de ellos ignoraba que la llamada podía llegar en cualquier momento. Sin embargo, Nell quiso evitar desde el principio que la amenaza perturbara su felicidad. Ni siquiera había previsto qué iba a sentir cuando se cumpliera.

—Nell… Nell… No debes preocuparte demasiado. Por favor, no te inquietes —exclamó él con palabras entrecortadas—. Todo saldrá bien, ya verás. No creas que van a matarme. Eso es imposible ahora, puesto que me amas y estamos casados. Algunos creen hallarse sentenciados cuando les llega el momento de formar filas y marchar al frente, pero yo no. Tengo la seguridad de que nada ha de sucederme y quiero que la compartas.

Ella se detuvo, paralizada. Así era la guerra: te arrancaba el corazón del cuerpo, te vaciaba las venas. Se agarró a él, que a su

vez la oprimió contra sí.

—Bueno, Nell. Sabíamos que esto había de llegar pronto. Por mi parte, te diré que, si no fuese por ti, me incorporaría con verdadero entusiasmo. A ti no te gustaría que yo pasara la guerra cuidando de un puente, aquí en Inglaterra, ¿verdad? Además no debes olvidar que de tanto en tanto te conceden licencias y puedes volver a casa. Ya verás qué bien lo vamos a pasar tú y yo en los períodos de permiso. Tendremos todo el dinero del mundo para gastarlo en diversiones. Te aseguro, querida Nell, que nada malo puede suceder, ahora que me quieres.

Ella se mostró de acuerdo.

—Claro que nada ha de sucederte, Vernon. Eso es imposible… Dios no podría ser tan cruel…

Pero la idea de que Dios permitía que pasasen cosas muy crueles la contuvo.

—Todo saldrá bien —dijo, resuelta a ser fuerte y reprimiendo las lágrimas—. También yo estoy segura de que todo saldrá bien.

—Y en caso de que así no fuera, mi amor, has de recordar siempre lo grande y maravilloso que ha sido nuestro amor. Porque has sido feliz conmigo, ¿verdad?

En respuesta Nell le tendió sus brazos. Se besaron, estrechándose con fuerza… La sombra de la primera separación se cernía amenazante sobre ellos.

Ni ellos mismos supieron en verdad cuánto tiempo pasaron en aquella actitud.

3

De vuelta en casa, se sentaron en los sillones de la sala, dedicándose a hablar alegremente de muchas cosas. Vernon tocó sólo una vez el tema del futuro.

—¿Qué harás cuando yo me haya marchado, Nell? ¿Te quedarás, aquí o prefieres vivir con tu madre?

—Me quedaré aquí. Hay mucho que hacer en Wiltsbury. Está el hospital, la cantina…

—Es que yo prefiero que no hagas nada. Pienso que estarías

mejor en Londres. Podrías distraerte yendo a teatros y a otras partes.

—No, Vernon. Debo hacer algo útil. Son tiempos de trabajo.

—Pues si realmente quieres trabajar, puedes tejerme calcetines. No me gusta nada la idea de que estés en los hospitales, aunque admito que es necesario que haya quien se ocupe de ellos. ¿No te gustaría ir a Birmingham?

En tono muy decidido, Nell repuso que prefería no ir allí.

Llegado el momento de la partida, la cosa no resultó tan desgarradora. Vernon la besó casi con displicencia.

—Bueno, hasta la vista. No pierdas el ánimo. Ya verás como todo sale bien. Te escribiré tanto como me sea posible, aunque me temo que no nos permitan decir cosas de interés. Cuídate mucho, Nell, amor mío.

La estrechó entre sus brazos y luego se deshizo bruscamente de ella.

Minutos después se había marchado.

«No podré dormir», pensó Nell.

Pero, llegada la noche, durmió profundamente. El sueño la devoró como si fuese un abismo. Al principio sufrió una pesadilla que la llenó de espanto y angustia; pero sus malos sueños no tardaron en dejar paso a la inconsciencia causada por el agotamiento.

Al despertar, le pareció que una aguda espada de pesadumbre le atravesaba el corazón.

«Vernon se ha marchado a la guerra —pensó—. Ahora he de hallar algo en qué ocuparme».

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Nell fue a visitar a la señora Curtis, comandante de la Cruz Roja, la cual se mostró simpática y afable. Muy satisfecha de la importancia que el cargo llevaba consigo, parecía segura de poder demostrar que era una organizadora nata. En realidad, sucedía precisamente lo contrario. Lo que nadie podía discutir, eso sí, eran sus modales. Accedió con gesto condescendiente a la solicitud de Nell.

—Veamos, señora… ah, sí, señora Deyre. ¿Tiene usted en regla su certificado de ayudante voluntaria?

—Sí.

—¿Y el de enfermera?

—También.

—¿Pero no está adscrita a ningún departamento local?

Ambas estudiaron con cierto detenimiento la situación exacta en que Nell se encontraba.

—Bueno, pues ya veremos qué podemos hacer por usted —dijo la señora Curtis—. El personal hospitalario está completo de momento; pero, como comprenderá usted, siempre hay bajas. A los dos días de llegar el primer envío de heridos recibimos diecisiete renuncias. Todas eran mujeres de cierta edad, disconformes con el trato que las monjas les dispensaban. Admito que quizás éstas no fueran todo lo corteses que debieran ser, pero no pueden perder tiempo. Las dimisionarias pertenecían a la clase adinerada y no tenían costumbre de ser tratadas sin miramientos. Espero que no sea usted exageradamente susceptible, señora Deyre.

Nell le repuso que no lo era y que estaba dispuesta a aceptar la situación tal como se presentara.

—Ésa es la actitud correcta —aprobó la señora Curtis—. Por mi parte, lo que creo imprescindible es acatar las normas disciplinarias. ¿Dónde estaríamos todos si la disciplina flaqueara?

Nell creyó intuir que la señora Curtis nunca había estado bajo las órdenes de nadie, lo cual quitaba sin duda autoridad a lo que tan enfáticamente afirmaba; pero la siguió escuchando con atención.

—Tengo una lista de jóvenes que se han ofrecido como asistentas y, por ahora, están en la reserva. Agregaré su nombre a esa lista. Dos veces por semana preséntese en el servicio de admisiones externas en el Town Hospital. Así irá usted ganando experiencia. Están faltos de personal, de modo que se mostrarán contentas de poder contar con usted. Además, usted y la señorita… —consultó su lista— la señorita Cardner, creo… Eso es, Cardner. Usted y ella acompañarán a la enfermera de distrito en sus revistas, los jueves y viernes, ¿tendrá usted su uniforme, supongo? Pues muy bien.

Mary Cardner era una agradable muchacha, algo regordeta, cuyo padre era carnicero, aunque ya se había retirado de los negocios. Se mostró muy amistosa con Nell y le dijo que los días de revista no eran los jueves y viernes, sino los miércoles y sábados.

—La vieja Curtis siempre se equivoca.

Agregó que la enfermera de distrito era encantadora.

—No es una de esas marimandonas, que siempre te están diciendo lo que tienes que hacer.

En cuanto a la hermana Margaret, afirmó, constituía el terror de los hospitales.

Llegado el miércoles, hizo la primera ronda con la enfermera de distrito, una mujer pequeñita, desbordada de trabajo. Al final de la jornada dio a Nell unas palmadas en el hombro.

—Me alegro de que colabore conmigo alguien que tiene la cabeza en su sitio. Puedo asegurarle que muchas de las jóvenes que me envían parecen tontas de capirote. Se lo digo en serio. Las ves y te impresionan, pues son mujeres distinguidas, de gran sensibilidad y ternura… Lo malo es que la idea a que tienen sobre enfermería es muy sumaria. Piensan que se trata de airear un poco las almohadas y alimentar a los pacientes con uvas selectas. Creo que eso no sucederá en su caso y que en poco tiempo llegará a comprender

cómo son en verdad las cosas.

Estimulada por aquellas palabras, Nell se presentó en el servicio de admisiones externas a la hora que le habían indicado, sin demostrar demasiada inquietud. Una monja alta y de rostro demacrado, cuya mirada no era, por cierto, benevolente, fue la encargada de recibirla.

—Otra novata —gruñó—. Supongo que la ha enviado la señora Curtis. Esa mujer me tiene harta. No hace más que mandarme niñas tontas. Me lleva más tiempo enseñarles a hacer las cosas que hacerlas yo misma. Y llegan haciendo gala de conocimientos. Al oírlas, cualquiera diría que lo saben todo.

—Lo siento —dijo Nell en voz baja.

—Ostentan un par de certificados, asisten a una docena de conferencias y ya se creen capacitadas —agregó la hermana Margaret con acento irritado—. Pues que sigan viniendo; pero se lo advierto a usted: no se cruce en mi camino a menos que sea absolutamente imprescindible.

Cerca de ellas había un grupo variado y típico de heridos. Un hombre muy joven mostraba grandes ulceraciones en ambas piernas; un niño presentaba quemaduras originadas por una olla de líquido hirviente que se había derramado sobre él; una pequeña se había clavado una aguja en un dedo, muchos otros necesitaban cuidados en los oídos, las piernas o los brazos.

—¿Sabe usted hacer un lavaje de oídos? —le preguntó secamente la hermana Margaret—. Supongo que no. Pues mire.

Nell la observó trabajar.

—La próxima vez tendrá que apañárselas usted sola —dijo la monja—. Quite el vendaje del dedo de ese niño y sumérjalo en ácido bórico y agua. Ya le veré luego con más detenimiento.

Nell se sentía torpe. La hermana Margaret la ponía nerviosa, quitándole desenvoltura para actuar. Le pareció que apenas habían transcurrido unos instantes cuando la vio volver a su lado.

—Mire usted, no tenemos todo el día para hacer cada cosa. Ya está bien, déjeme a mí. Se diría que todas ustedes son obtusas. Moje los vendajes que lleva aquel niño en la pierna y quíteselos. Agua tibia.

Nell llenó de agua tibia un recipiente y arrodillándose ante el pequeño, que apenas tendría unos tres años, comenzó a mojarle la

pierna con una esponja. Había sufrido una quemadura profunda, de modo que, por más que Nell trataba de hacerlo con la mayor delicadeza, el niño se puso a gritar desesperadamente; tanto que Nell advirtió que sus fuerzas le flaqueaban.

Sintió náuseas y casi perdió el sentido. Nunca podría llevar a cabo tareas como aquélla. Nunca. Se echó un poco hacia atrás y al hacerlo se encontró con la mirada de la hermana Margaret, que la observaba con un brillo de malicioso placer en los ojos.

—Sabía que le faltaría valor para hacerlo —decía la mirada.

El desafío sirvió para que Nell se rehiciese, dispuesta a demostrar su eficiencia. Bajó la cabeza y, apretando los dientes, se dedicó a la tarea que se le confiara, tratando de desoír los chillidos del chaval. Finalmente terminó, tras lo cual se puso en pie, aunque pálida y algo temblorosa. Se sentía presa de vértigos.

La hermana Margaret, que momentáneamente se había alejado para atender a otros heridos, volvió. Al observar el trabajo de Nell, se llevó un chasco.

—Oh, ha conseguido hacerlo —tuvo que admitir.

Se volvió a la madre del niño.

—Tendrá usted que ser más cuidadosa en el futuro cuando cocine y el niño se encuentre cerca —le dijo.

La mujer se limitó a balbucear que le era imposible hallarse simultáneamente en todas partes.

Nell tuvo que atender luego a alguien con un dedo infectado y más tarde ayudó a la hermana a poner una inyección al pequeño de la pierna quemada. También sirvió de asistente a un joven médico que extrajo la aguja que se había clavado la niña que antes viera allí. Al cortarle la piel con el bisturí, la chica quiso retirar su mano con brusquedad. El hombre pareció enfadarse mucho.

—Quédate quieta, ¿entiendes?

Nell pensó que jamás había conocido la medicina hospitalaria. Ella estaba acostumbrada al estilo del médico de la familia, que, en casos así, te decía con voz muy afectuosa: «Me parece que esto va a doler un poquitín, chiquilla. A ver si puedes permanecer quietecita».

Al próximo paciente, el joven médico le extrajo un par de muelas, que tiró despreocupadamente al suelo. Siguió el caso de un individuo que se había aplastado una mano en un accidente.

El facultativo no carecía ciertamente de destreza, pensó Nell;

eran sus maneras bruscas, las que contrariaban tanto la imagen que ella siempre había tenido del médico. La hermana Margaret venía constantemente a su lado, festejando como una colegiala las bromas que, de vez en cuando, el hombre intercalaba en su trabajo. En ningún caso, éste prestó atención a Nell.

Finalmente llegó la hora de marcharse a casa. Nell sintió un inmenso alivio al despedirse con un poco de timidez de la hermana Margaret.

—¿Qué le ha parecido? —le preguntó la monja sarcásticamente.

—Bueno, me parece que soy un poco tonta.

—¿Y cómo podría usted ser otra cosa? Mucha gente anda por ahí proclamando su admiración por las voluntarias de la Cruz Roja, sin comprender que una novata no entiende ni sabe nada. De todos modos, es probable que poco a poco vaya perdiendo su torpeza.

Tal fue todo el estímulo que Nell recibió tras su debut hospitalario.

Sin embargo, sus tareas fueron haciéndose más llevaderas con el tiempo. La hermana Margaret se mostraba menos antipática y menos propensa a las actitudes defensivas de lo que en ella habitual. Hasta accedió a responder a alguna que otra pregunta.

—Usted no es tan inepta como la mayoría —llegó a confesarle.

Nell, por su parte, admiraba la capacidad de la hermana Margaret no sólo para trabajar sin descanso durante largas horas, sino para realizar eficientemente tareas que requerían conocimientos técnicos considerables. Y todo lo hacía con la máxima premura. Nell llegó incluso a comprender, al menos en parte, la rudeza de la religiosa en lo referente a las novatas.

Lo que más llamaba la atención de Nell era la cantidad de miembros deformados que requerían asistencia. Los aquejados por tal tipo de dolencias parecían resultar familiares para quienes trabajaban en el hospital. Un día indagó sobre el punto.

—Generalmente no puede hacerse nada por ellos —le explicó la hermana Margaret—. Sufren en su mayoría enfermedades hereditarias. Taras. Lo llevan en la sangre.

También asombró a Nell el callado heroísmo de los pobres, que soportaban tratamientos muy dolorosos, para marcharse luego andando hasta sus hogares, a veces a varias millas de distancia.

La misma actitud mostraban cuando se les visitaba en sus casas.

Nell y Mary Cardner se encargaron de un sector correspondiente a la enfermera de distrito, que no daba abasto con sus tareas. Así bañaban a ancianas paralíticas, cuidaban de deformaciones en las piernas que impedían a los pacientes acudir al hospital y atendían a muchos bebés cuyas madres enfermas no estaban en condiciones de hacerlo. Las casas de aquellas personas eran reducidas, tristes y mal ventiladas, porque en general las ventanas se mantenían herméticamente cerradas. Allí dentro, Nell sentía una sensación de ahogo, que llegaba a hacerse insoportable.

La mayor y más desagradable sorpresa se la llevó a las dos semanas de desempeñar sus tareas. Al entrar en el dormitorio de una casucha, Nell y Mary constataron que el anciano que iban a cuidar, estaba muerto en su cama. Entre ambas tuvieron que amortajarle. Sin la presencia de ánimo de Mary, que nunca perdía del todo el denuedo, Nell tal vez no hubiera podido cumplir aquella lúgubre función.

Al enterarse, la enfermera del distrito las felicitó.

—Sois de las buenas y nos estáis ayudando de manera muy eficiente.

Las dos jóvenes se marcharon a sus casas muy satisfechas. Al llegar a la suya, Nell consideró que nunca había llegado a valorar tanto un buen baño de inmersión, generosamente sembrado de sales aromáticas.

Hasta entonces sólo le habían llegado dos tarjetas postales de Vernon, escritas ambas a la carrera, en las que apenas le decía nada. Se encontraba bien y añadía que todo era magnífico. Ella le escribía a diario, contándole cosas de su trabajo en el hospital con el mayor humor posible. Poco después recibió carta de Vernon.

> En algún lugar de Francia.
>
> Querida Nell:
>
> Estoy muy bien. Me siento en plena forma, porque ésta es una fantástica aventura. Sin embargo, te echo muchísimo de menos y me gustaría verte. Quisiera que no fueses a esas chozas miserables ni te mezclaras con enfermos. De seguir así, no dudo que terminarás cogiendo vete tú a saber qué peste rara. No entiendo por qué te ha dado por ahí, pues estoy seguro de que tu asistencia no es tan necesaria. Por favor, cambia de ocupación.
>
> En lo que más pensamos por aquí es en la comida. Los

muchachos sueñan con un buen té a la inglesa; tanto que correrían el riesgo de volar en pedazos por merendar según sus costumbres, y beberse una taza caliente. Trabajo a veces como censor. Días pasados leí una carta que terminaba así: «Tuyo hasta que el infierno se congele». Plagiaré la despedida, haciéndola mía.

Te quiero,

Vernon.

Cierta mañana Nell recibió una llamada telefónica de la señora Curtis.

—Necesitamos cubrir una plaza de encargada de limpieza en el hospital, señora Deyre. Trabajo por las tardes. Preséntese a las dos y media.

La sede del ayuntamiento de Wiltsbury había sido transformada en hospital. Era un edificio grande y nuevo, situado en la plaza de la catedral. La torre de la iglesia arrojaba su sombra sobre el improvisado centro asistencial, cuando Nell llegó allí. Un guapo militar de uniforme, que tenía una pierna de palo y el pecho cubierto de medallas, la recibió amablemente.

—Se ha equivocado usted de puerta, señorita. El personal ha de entrar por la puerta reservada a tales efectos. Allí un portero le indicará a quién debe dirigirse.

El portero, un hombre muy menudo, le mostró el camino. Bajaron unas escaleras hasta encontrarse en una cripta mal iluminada. A un lado, podía verse a una mujer de cierta edad vestida con el uniforme de la Cruz Roja y rodeada de fardos de ropa blanca. Llevaba encima varios chales de lana, a pesar de lo cual temblaba de frío. Doblando hacia una esquina de la estancia se internaron en un corredor con piso de piedra, que recorrieron hasta llegar a una cámara de triste y oscura apariencia. Allí les recibió la señorita Curtain, directora de los departamentos hospitalarios. Era una mujer alta, de porte aristocrático y maneras encantadoras.

Impartió a Nell las instrucciones que debían guiar su nueva asignación, la cual no era particularmente compleja. En cambio implicaba trabajar duro. Debía fregar parte de los corredores de piedra y también de las escaleras; servir el té a las enfermeras, levantar luego las mesas, y lavar la vajilla. A continuación, disfrutaría de un descanso para merendar y más tarde serviría la

cena, ocupándose nuevamente de lavar los platos y los cubiertos empleados.

Nell no tardó en adquirir destreza para desempeñar sus nuevas competencias. Era preciso lidiar con todo lo que era cocina y dar con el tipo de té que apetecía a las monjas.

En el comedor se extendía una larga mesa donde las enfermeras voluntarias tomaban sus alimentos. Al llegar, se precipitaban sobre éstos, con feroz apetito, y los engullían sin detenerse un instante. Lo malo era que los víveres resultaban siempre insuficientes, de modo que las rezagadas solían quedarse a dos velas, con el único recurso de dirigirse a la cocina en busca de algún bocadillo. Allí se les solía decir, sin embargo, que la ración prevista para cada una había sido enviada al comedor y que no era fácil disponer de mayores cantidades de pan y mantequilla. Alguna o algunas habían comido más de la cuenta, y las que lo habían hecho se enzarzaban en discusiones, sosteniendo que aquello no era cierto. Todo transcurría, a pesar de la estrechez, dentro de un tono de amable camaradería. Las voluntarias se tuteaban.

—Te juro que no he comido tu parte de pan, Jones. ¿Crees que hubiera hecho algo semejante? Lo que sucede es que de la cocina no vienen todas las raciones previstas.

—¡Eh, vosotras! Catford tiene que comer algo. Dentro de media hora tiene que ayudar en una operación.

—Muévete, gordinflona, que aún debes lavar toda aquella ropa.

Muy diferente era el clima reinante en las comidas de las monjas. La mesa de éstas se encontraba en el otro extremo de la espaciosa habitación y las comensales cuidaban mucho la urbanidad de sus actitudes. Hablaban en voz baja, casi en secreto. Ante cada una de ellas podía verse una taza de té que Nell debía preparar teniendo presente el gusto de cada una, pues a algunas les gustaba más cargado que a otras, aunque todas lo preferían fuerte. Llevar el té «aguado» a una monja equivalía a caer en desgracia con ella.

Los susurros no cesaban un momento.

—Fue entonces cuando le dije: «Pues naturalmente que los casos que requieren intervención quirúrgica tienen preferencia».

—Me limité a pasar por alto la observación, sabe usted.

—Siempre con las mismas ansias de pasar por delante de los demás…

—Aunque no lo crea, olvidó tener lista la toalla cuando el cirujano terminó de lavarse las manos.

—… Le advertí al especialista esta mañana…

—Pasé la información a la enfermera, que es la responsable de…

Una y otra vez, la frase volvía: «Pasé la información a…». Nell se acostumbró tanto a oírla que apenas reparaba en ella. De todos modos, en cuanto se acercaba a la mesa, los murmullos se tornaban casi inaudibles y las monjas le dirigían miradas recelosas. Las conversaciones tomaban un tono confidencial, sin que las interlocutoras perdiesen su dignidad, extraordinariamente cuidadosas de las formas, se ofrecían té unas a otras.

—¿Quiere usted un poquito del mío, hermana Westhaven? Aún me queda mucho.

—Si es usted tan amable de pasarme el azúcar, hermana Carr. Le ruego que me perdone por la molestia.

Poco a poco Nell se iba familiarizando con la atmósfera del hospital, con sus hostilidades, sus celos, sus intrigas, las mil y una corrientes subterráneas que determinaban conductas, a veces inesperadas.

Poco después fue cambiada de sección, con el fin de que supliera a una enfermera que debió marcharse por razones de salud.

Sus nuevas funciones incluían el cuidado de doce enfermos, la mayor parte de los cuales habían sido operados o se aprestaban a serlo. Su compañera se llamaba Gladys Potts y era una joven menuda que casi permanentemente se reía. Inteligente y capaz, no era, sin embargo, trabajadora. La dirección del departamento corría a cargo de la hermana Westhaven, mujer alta, flaca y avinagrada, que parecía supervisarlo todo con gesto de censura. Cuando vio a la monja, a Nell se le cayó el alma a los pies, pues la conocía del comedor. Pero sólo creía conocerla, porque no tardó en darse cuento de que la había juzgado mal. La hermana Westhaven era con mucho la más agradable y comprensiva directora de departamento con que contaba el hospital, y resultaba muy grato trabajar a sus órdenes.

Había allí cinco monjas. La hermana Carr, gorda y de aspecto bonachón, era la predilecta de muchos pacientes, con quienes solía reír y bromear, aunque por tal causa no era raro que se atrasara en las demás tareas que le estaban asignadas. Al advertirlo, se

apresuraba a recuperar el tiempo perdido. Se dirigía a las voluntarias llamándolas «queridas» y dándoles pequeñas palmadas en los hombros con ademán afectuoso. Sin embargo, su humor era variable y en conjunto no se podía una fiar del todo. Siendo persona poco puntual y bastante descuidada, lo que se le encargaba salía con frecuencia mal; y entonces, sus «queridas» voluntarias debían cargar con las culpas. Era enervante trabajar bajo su dirección.

La hermana Barnes era absolutamente insoportable, como todo el mundo decía. No hacía más que rezongar y reñir de la mañana a la noche. Detestaba a las voluntarias y, desde luego, no lo ocultaba.

—Ya les enseñaré yo a presentarse aquí pensando que todo lo saben.

Con esta frase, una de sus favoritas, declaraba constantemente la guerra a las jóvenes que se presentaban a trabajar a sus órdenes. A pesar de su ácido sarcasmo, era una buena enfermera, razón por la cual muchas voluntarias preferían trabajar a sus órdenes, prestando oídos sordos a sus ataques.

La hermana Dunlop pertenecía a una generación anterior. Ya estaba retirada cuando se solicitó su concurso. Se limitaba a hacer lo menos posible, mientras bebía grandes cantidades de té.

La hermana Westhaven era sin duda la enfermera más competente del hospital. No sólo le entusiasmaba su trabajo y lo cumplía a conciencia, sino que juzgaba justa y desapasionadamente el trabajo del personal subordinado a ella. Si una voluntaria tenía condiciones, se mostraba relativamente amistosa; pero en caso contrario le hacía difícil la permanencia.

Al cuarto día dijo a Nell: le confieso que al principio consideré que no valía usted gran cosa, enfermera. Ahora veo que es capaz de asumir tareas de importancia.

La declaración dio ánimo a Nell, que por entonces ya se estaba acostumbrando al trabajo hospitalario y que se sentía interesada en él. Volvió a su casa muy contenta.

Poco a poco se fue metiendo en el engranaje de la rutina. Al principio la sola vista de los heridos le hacía sentirse mal, y la primera curación que tuvo que efectuar le produjo un malestar físico casi intolerable. Pero con el tiempo, y casi sin advertirlo, sus emociones quedaron a un lado. Sangre, heridas y sufrimientos eran cosa de cada día.

Los pacientes le tenían mucho afecto. Cuando le quedaba algo de tiempo escribía cartas que ellos le dictaban y en algún caso les prestaba libros que pensaba que podían interesarles, cogiéndolos de los anaqueles colocados a un extremo del departamento. También acostumbraba a oírles hablar de sus familias o de las chicas a quienes amaban. Nell, como otras voluntarias y enfermeras, tomaba partido por los hospitalizados, evitando que se les hiciese sufrir inútilmente o que fueran tratados sin consideración por parte de quienes pretendían hacerse pasar por expertos.

Los días de visita llegaban numerosas ancianas al pabellón de Nell, en el que se atendía a los heridos de guerra. Se sentaban junto a la cama y hacían lo posible por «dar ánimos a nuestros valerosos soldados».

Menudeaban los convencionalismos.

—Supongo que estarás ansioso por volver al frente, ¿no es así, hijo?

—Claro, mamá.

Invariablemente los hombres caían en aquella pequeña trampa del coraje verbal.

A veces se programaban conciertos. Algunos, previstos con anticipación y debidamente organizados, resultaban muy exitosos. Otros…

La enfermera encargada de las doce camas contiguas a las doce de Nell resumió acertadamente lo que eran esos malos conciertos.

—Todo el que cree que puede cantar y que nunca fue tolerado en familia parece haber encontrado su alternativa.

Eran numerosos los sacerdotes y pastores que frecuentaban el hospital. Nell nunca había visto antes a tantos juntos. Sin embargo, a muy pocos se les tenía aprecio. Éstos eran los más delicados en el trato; aquellos que, más allá de la cordialidad y la simpatía, desplegaban mayor tolerancia y comprensión. Los soldados preferían a los que mostraban tacto, absteniéndose de hacer hincapié en los deberes religiosos. Era de lamentar que fuesen tan pocos.

—Enfermera.

Nell tenía prisa, porque la hermana Westhaven le acababa de reprochar que algunas de sus camas estaban deshechas y que el número siete tenía una pierna fuera.

—Sí. ¿Qué sucede?

—¿No podría usted lavarme?

Nell se sorprendió ante la extraña solicitud.

—Aún falta para las siete y media.

—Es que el párroco accedió a confirmarme. Ha de estar ya en camino.

Nell se apiadó del hombre. Al llegar, el reverendo Edgerton encontró a su proyectado converso separado de él por biombos y jofainas de agua.

—Gracias, enfermera —le dijo el herido—. No se puede regañar mucho a un individuo cuando no puede facilitarle un poco su labor, ¿verdad?

Lavar personas, lavar y fregar el pabellón, lavar ropa. Lavar, siempre lavar.

Y siempre el lavado parecía insuficiente.

—Enfermera, esas camas. Las sábanas cuelgan en la número nueve y el número dos la ha movido a un costado. ¿Qué pensará el médico al pasar revista?

Los médicos, los médicos… Mañana y tarde, médicos. El médico del hospital de sangre era Dios. Una simple enfermera ni siquiera podía hablarle; sería un delito de lesa majestad que la hermana no pasaría por alto. Algunas voluntarias lo cometían por inocencia, fuera porque, siendo de Wiltsbury, conocían al facultativo, o porque le tomaban por un mortal cualquiera. Pero sólo una vez daban alegremente los buenos días al médico. De inmediato comprendían que tal actitud equivalía a «querer pasar por delante de las demás». Mary Cadner pretendió «pasar por delante de las demás» cuando un cirujano le pidió unas tijeras y ella le tendió las suyas sin pensárselo mucho. La hermana le explicó de inmediato la grave falta que acababa de cometer, terminando así:

—Observa bien que no digo que te abstuvieras de darle tus tijeras. Pero al constatar que un médico te solicita algo, que tienes precisamente a mano para tu propio uso, has de decirme en voz muy baja, desde luego: «¿Es esto lo que pide, hermana?». Entonces yo misma cogeré lo que él pide y se lo entregaré. Si esta vez hubieses obrado así, no se podría decir nada en tu contra.

Resultaba tediosa hasta la palabra «doctor» incesantemente repetida. No había comentario o instrucción que saliera de boca de

una monja que no estuviera atestado de tal título.

Siempre recurrían a él.

—Sí, doctor.

—Tenía treinta y ocho esta mañana, doctor.

—No lo creo, doctor.

—¿Qué ha dicho, doctor? ¿Le importaría repetírmelo, doctor?

—Enfermera, tenga lista la toalla para el doctor.

Y Nell tenía que estarse allí, con porte modesto, sosteniendo la toalla hasta que el doctor, al cogerla para secarse, la dejaba escapar de sus sacrosantas manos. Había que inclinarse, recogerla y traer otra.

Nell debía alcanzar el jabón al médico, echar agua para que enjuagara sus manos, tenderle la toalla para que se las secara. Finalmente, otra orden:

—Enfermera, abra la puerta al doctor.

—Lo peor es que son cosas que ya te quedan para siempre —le dijo cierto día Phillis Deacon con ira—. Ya nunca podré tratar a los médicos como antes. En el futuro me sentiré sirvienta hasta del más insignificante matasanos. Si alguno viniera un día a cenar, ya me veo precipitándome a las puertas antes de que él llegue a tender la mano para abrirla.

Una camaradería especial reinaba entre las enfermeras. Las distinciones de clase se consideraban algo perteneciente al pasado. La hija del decano, la del carnicero, la señora Manfred, esposa del empleado de la mercería, Phillis Deacon cuyo padre era *baronet*, y todas las demás, se tuteaban compartían el mismo ansioso interés por saber qué había para merendar, deseando que no hubiese trampas en el reparto de las raciones individuales. En algunos casos, sin embargo, la trampa estaba en las propias filas: se supo que sonriente Gladys Potts se había metido en las cocinas cierta mañana, a primera hora, para apoderarse de un trozo de pan con mantequilla que no le correspondía; y que otra vez pudo obtener por el mismo procedimiento un plato de arroz.

—Sabes —dijo Phillis Deacon—. Ahora entiendo a los sirvientes y estoy del lado de ellos. Antes me preguntaba por qué parecían vivir tan sólo para la comida y ahora, hete aquí que yo estoy en las mismas. Es en lo único que pienso. Casi me eché a llorar anoche, al ver que los huevos revueltos se agotaban antes de llegar a nosotras.

—Es que nunca debieran servirse huevos revueltos —opinó Mary Cardner con enfado—. Tendrían que hacerse hervidos, fritos o *pochés*. Ya se sabe que revueltos son tentadores para las personas sin escrúpulos, a quienes brindan oportunidades magníficas.

Al hablar miraba significativamente a Gladys Potts, que sonreía nerviosamente y que terminó por marcharse.

—Esa chica es tramposa —dijo Phillis Deacon—. Siempre está ocupada cuando se la requiere para algún trabajo duro, y no para de hacer la pelota a las monjas. Con Westhaven no importa, porque a ella no le gusta que la adulen; pero con Carr siempre consigue lo más fácil.

Gladys Potts no era popular, ciertamente. Muchas veces sus compañeras habían tratado de hacerle entender que a veces no quedaba otro remedio que hacer de tripas corazón y enfrentarse a los trabajos desagradables. Todo fue inútil. La regordeta siempre encontraba el modo y manera de eludir el compromiso. Sólo Phillis Deacon conseguía de vez en cuando impedir que abusara de sus compañeras.

Por otra parte, entre los mismos médicos había rencillas, a veces por celos. Y todos querían para sí los casos quirúrgicamente más interesantes. Siempre que se hacía el reparto de pacientes por pabellones o departamentos se producía algún roce entre ellos.

Nell no tardó mucho en conocer a todos y, por tanto, de estar en condiciones de juzgarlos. El doctor Lang, alto, desaliñado y desgarbado, tenía unas manos inconfundibles, de largos y nerviosos dedos. Era el mejor cirujano del plantel. Solía hablar con sarcasmo y no era raro que se mostrara rudo y antipático; pero había que reconocer su valía. Las hermanas le veneraban sin excepción.

El doctor Wilbraham era el médico de moda en Wiltsbury y atendía a las familias acomodadas de la localidad. Corpulento y saludable, se mostraba benevolente y de buen humor cuando las cosas iban bien; pero cuando sucedía al revés se conducía como un niño malcriado. Ésta era la actitud que asumía cuando se prefería a otro para un trabajo que él quería para sí. Y si estaba cansado y de mal humor se volvía descortés y hasta grosero. En esos momentos Nell le odiaba.

El doctor Meadows era el internista, y podía decirse que, dentro de lo suyo, resultaba eficiente. Satisfecho de no tener que realizar

operaciones quirúrgicas, prestaba a cada caso que se le sometía una solícita atención. Al dirigirse a las voluntarias usaba un lenguaje atento. Sus toallas nunca se caían al suelo, quizá porque no tuviera la intención de humillar a nadie.

Del doctor Bury nadie esperaba gran cosa, aunque él creía saberlo todo. Anhelaba poner en práctica nuevos sistemas y experimentar por su cuenta; pero era incapaz de seguir un tratamiento por más de dos días seguidos. Cuando alguno de los pacientes moría, se acostumbraba a decir en el hospital:

—¿Qué tiene de extraño, si el doctor Bury era su médico?

Finalmente estaba el doctor Keen, que antes había ocupado cargos en los campos de batalla. Se le llamaba doctor, pero aún no había concluido sus estudios, lo cual no obstaba para que se sintiera importante. Hasta llegaba a rebajarse, charlando con las voluntarias de tanto en tanto para explicarles, lleno de condescendencia, lo delicado de una operación recién finalizada.

—No sabía que el doctor Keen operara —dijo Nell a la hermana Westhaven—. Le confundí con el doctor Lang.

—No, no le ha confundido usted —repuso la monja—. El doctor Keen era quien sostenía la pierna del paciente.

Al principio, las operaciones fueron un martirio para Nell. En el transcurso de la primera que presenció, hubiese dicho que el piso se elevaba por los aires para echársele luego encima, de modo que una enfermera hubo de acompañarla fuera del quirófano. Su preocupación giraba en torno a lo que diría la hermana; pero ésta se mostró indulgente.

—En parte, la razón está en la falta de ventilación y en el olor del éter —le dijo bondadosamente—. La próxima vez no asista usted a una intervención larga, enfermera. Ya verá cómo termina habituándose.

La segunda vez, Nell fue presa de mareos, pero no tuvo que abandonar la sala de operaciones. En adelante, nunca se mareó.

Un par de veces se le pidió que ayudase a la enfermera de limpieza en la tarea de poner orden en el quirófano tras alguna larga operación. El lugar parecía un auténtico matadero. Se veía sangre por doquier. La enfermera de limpieza era una joven de dieciocho años, muy pequeña y delgada. Dijo a Nell que al principio creía que no iba a poder hacer este trabajo.

—La primera operación fue de una pierna —explicó—. Amputación. La hermana me dio instrucciones para que limpiara y pusiese en orden todo esto. Pues bien, de pronto me encontré con la pierna. Tuve que llevarla yo misma al horno. Fue una tortura.

Los días de salida Nell iba a veces a merendar con amigas. No todas eran de su edad. Algunas ancianas simpáticas se conmovían al enterarse de lo que la joven llevaba a cabo en el hospital. Le decían que era admirable.

—¿Y trabaja usted los domingos?

—Sí.

—Pero eso no está bien. El domingo ha de ser día de descanso.

Nell decía a la buena señora que a los soldados también había que lavarles y alimentarles los domingos. Sus amigan replicaban que eso era razonable, aunque insistían en que el problema no estaba satisfactoriamente resuelto y que la organización dejaba bastante que desear. Deploraban, asimismo, el hecho de que Nell tuviera que ir andando todas las noches hasta su casa, al salir del hospital, a las doce.

Otras eran menos agradables.

—Tengo entendido que las enfermeras tienen grandes ínfulas y que se divierten dando órdenes a diestro y siniestro. Es algo que personalmente no puedo tolerar. Estoy dispuesta a hacer lo que sea en esta guerra horrorosa, con tal de colaborar; pero no admito impertinencias. Así se lo dije a la señora Curtis, hasta que ella misma consideró que era preferible que no me dedicase al trabajo hospitalario.

Nell no respondía a esa clase de comentarios.

Rumores sobre «los rusos» invadieron de pronto Inglaterra. Todo el mundo sostenía haber visto a alguno. Y, cuando no era así, resultaba que la prima segunda de la cocinera sí que lo había visto, lo cual venía a ser lo mismo. El runrún lardó en disiparse, acaso porque era divertido.

Un día, cierta mujer muy vieja le dijo en el hospital que quería hablarle a solas.

—No creas nada de eso, querida. Es cierto; pero la cosa es de otra manera.

Nell la miró inquisitivamente.

—¡Huevos! —exclamó la anciana tratando de contener un grito

—. ¡Huevos rusos! Millones de huevos para salvarnos de morir de hambre…

Nell escribía a Vernon contándole todos los episodios de su vida en el hospital. Le echaba terriblemente de menos. Las cartas de su marido no eran demasiado extensas ni abiertas. En ellas continuaba repitiendo que consideraba equivocado que ella trabajara en un hospital y la instaba a irse a Londres a pasar el tiempo de la mejor manera posible.

Qué extraños son los hombres, pensaba Nell. Parecen no entender. Detestaba hasta la idea de engrosar las filas de quienes sostenían las ventajas de «conservar el buen humor para cuando lleguen los muchachos». «¡Con cuánta rapidez se separan mentalmente las personas —pensaba— cuando se ocupan de cosas diferentes!». Nell no podía compartir la vida de Vernon ni comprender su entusiasmo, y él ya no comprendía la suya.

Felizmente, aquella trágica sensación de que le matarían en la guerra, tras obsesionarla algún tiempo, terminó desvaneciéndose. Ahora se sentía una esposa más en espera de su marido. A los cuatro meses de marcharse, Vernon ni siquiera había sufrido un rasguño. Así sería durante todo el tiempo que la contienda durara. Estaba convencida de ello. Todo iría bien.

A los cinco meses, Vernon telegrafió para decirle que le acababan de dar permiso y que pronto volvería a Inglaterra. Al leer el mensaje, creyó sentir que su corazón se paralizaba. Estaba excitadísima. De inmediato solicitó a su vez permiso a la dirección del hospital, que se lo concedió.

Se dirigió a Londres, sintiéndose extraña con sus ropas de calle. ¡Las primeras vacaciones de ambos!

2

¡Era cierto! ¡Era cierto! Al llegar, el tren descargó una multitud de soldados. Nell no tardó en verle. Allí estaba Vernon en carne y hueso. Abrazados, ninguno de los dos acertaba a pronunciar palabra. Vernon apretaba nerviosamente la mano de Nell. Fue entonces cuando ella advirtió el miedo que había soportado hasta

entonces.

Fueron cinco días fugaces. Todo transcurrió como si de un extraño y delirante sueño se tratara. Nell sólo sabía que adoraba a Vernon y que éste la adoraba a su vez, aunque de alguna extraña manera se comportaran a veces como dos desconocidos. Al preguntarle Nell sobre Francia, Vernon se limitaba a decir que estaba muy bien. En realidad todo estaba bien, muy bien. Lo que convenía hacer era bromear y evitar tratar los problemas con seriedad.

—Por Dios, Nell, no te pongas sentimental. No es posible llegar a casa y encontrar caras largas. Y no vayas a referirte, por favor, a nuestros bravos soldados que entregan sus vidas en aras de lo que sea. Ese tipo de palabrería me enferma, y tú lo sabes. Hala, compremos entradas para otro teatro.

Nell advirtió inquieta que en sus maneras había algo de despiadado. Sin duda no era razonable tomarse las cosas a la ligera, cuando tantas atrocidades tenían lugar en el mundo. Vernon hizo algunas preguntas sobre lo que había estado haciendo en su ausencia y ella sólo pudo responderle con noticias y anécdotas del hospital. Pero pronto advirtió que nada de aquello le interesaba ni atraía. Por si le cupieran dudas, a cierta altura, él mismo le pidió que hablara de otra cosa.

—Eso de trabajar de enfermera es asqueroso. No quiero ni pensar que dedicas tu tiempo a esa tarea.

Un escalofrío la recorrió y tuvo la sensación de sentirse chasqueada; pero no tardó en cambiar de talante. Estaban de nuevo juntos. ¿Qué más importaba?

Se divirtieron muchísimo. Salieron cada noche. Iban a ver alguna revista musical y luego a bailar. Durante el día se dedicaban a hacer compras. Vernon le compraba todo cuanto a ella le pasaba por la cabeza. En una casa francesa de alta costura se sentaron entre altivas y jóvenes duquesas envueltas en muselinas tenues. Vernon adquirió para ella el modelo más costoso, y aquella misma noche, sintiéndose ambos culpables de haber hecho aquella locura, pero muy felices, Nell se lo puso para ir a bailar.

Cuando ésta le dijo que tendría que ir a ver a su madre, Vernon rechazó la idea.

—No, querida. No me apetece en absoluto. Tenemos muy poco

tiempo y cada minuto es precioso. No puedo desperdiciarlo.

Nell insistió. Le dijo que pensara en lo desilusionada que se mostraría Myra y en el dolor que, sin duda, le iba a provocar el enterarse de que había estado en Inglaterra y no había ido a verla.

—Bueno. Acepto. Pero has de venir tú conmigo.

—No. Creo que no estaría bien.

Finalmente Vernon se dispuso a hacer una visita relámpago a Birmingham, donde su madre hizo un gran despliegue de extroversiones. Le daba la enhorabuena con el rostro bañado en lo que ella llamaba «felices y orgullosas lágrimas», y no cesaba en sus alharacas. También vio brevemente a la familia Bent antes de volver a Londres con la satisfacción del deber cumplido.

—Eres un demonio, Nell. Me has hecho perder un día entero. Dios, cuánto me han besuqueado… Por no hablar de las majaderías que he tenido que oír.

De inmediato un sentimiento de vergüenza le invadió. ¿Por qué su madre le era tan indiferente? Cierto que ella se las arreglaba para actuar siempre a contrapelo en sus relaciones con él. Por buenas que fuesen las intenciones de Vernon, no había modo de congeniar.

Estrecho a Nell entre sus brazos.

—No quise decir eso. Me alegro de que me hayas rogado que fuera a Birmingham. Qué buena eres, Nell… Nunca piensas en ti. Esto de estar otra vez contigo es fabuloso. No sabes…

Esa noche Nell volvió a ponerse el vestido francés que Vernon le regalara dos días antes y juntos fueron a cenar con la ridícula conciencia de haberse portado como niños modelos merecedores de una recompensa.

Casi habían terminado de comer, cuando Nell vio que el lustro de Vernon adquiría súbitamente una expresión cada vez más extraña. Parecía estar ansioso.

—¿Qué sucede?

—Nada.

Nell, volviéndose, miró el salón. Sentada ante una mesa pequeña estaba Jane.

Una mano helada pareció por un momento comprimir su corazón; pero se rehízo y exclamó con tono desenvuelto:

—¡Pero si es Jane! Vayamos a hablar con ella.

—Preferiría quedarme aquí.

Nell se sorprendió un poco por la vehemencia, apenas controlada, con que Vernon dejara escapar aquella frase. Su marido pudo captar su asombro.

—Soy un tonto, cariño. Lo que sucede es que quiero tenerte a ti y a nadie más. Me molestaría compartir mis emociones con otras personas. Si has terminado podríamos marcharnos. Venga, que no me quiero perder el comienzo de la obra.

Pagaron y salieron. Al pasar cerca de Jane, ésta les saludó descuidadamente con la cabeza y Nell respondió agitando la mano en dirección a su exrival. Llegados al teatro, faltaban aún diez minutos para el comienzo.

Más tarde, mientras Nell se deslizaba dentro del camisón, Vernon dijo abruptamente:

—¿Crees que volveré a escribir música alguna vez?

—Naturalmente. ¿Por qué no?

—Oh, no lo sé. A veces pienso que nunca volveré a escribir nada más.

Nell le contempló intrigada. Estaba sentado en una silla, con la mirada perdida. Fruncía el ceño.

—Creía que era lo único que te interesaba.

—Interesarme… interesarme… No es el modo de expresar el problema. Las que importan no son las cosas que te interesan, sino aquellas que no te puedes quitar de encima; aquellas que te tienen cogido y no te dejan escapar; las que te obsesionan. Esto es como un rostro del que no eres capaz de apartar la vista, por mucho que lo intentes.

—Vernon querido, no te…

Fue hacia él y se arrodilló a su lado. Vernon la estrechó con fuerza.

—Nell, cariño… Nada importa en el mundo más que tú. Bésame…

Sin embargo, no tardó nada en volver a su tema.

—Las armas marcan un ritmo, sabes; una estructura musical rítmica, quiero decir. No se trata del ruido que uno oye, sino del dibujo rítmico que el sonido produce en el espacio. Oh, creo que estoy delirando. De todos modos, sé lo que quiero decir.

Poco después insistió:

—Si yo pudiese captarlo adecuadamente…

Con mucha cautela, ella apartó su cuerpo del de Vernon. Su gesto parecía el de una mujer que desafía a su rival. Aunque nunca llegara a reconocerlo abiertamente, temía en serio la música de Vernon. Hubiese querido que ésta no significara tanto en su vida.

Sea como fuere, aquella noche Nell era la triunfadora. Vernon volvió a atraerla hacia él y, estrechándola con fuerza entre sus brazos, la cubrió de besos.

Pero mucho después de dormirse ella, Vernon permanecía en plena vigilia, con los ojos perdidos en la penumbra. Veía, a pesar suyo, el rostro de Jane y las líneas de su cuerpo envueltas en una tela gris verdoso contra la cortina carmesí del restaurante.

«Maldita sea», se dijo muy en secreto.

Sabía, sin embargo, que no era posible deshacerse fácilmente de Jane.

Hubiese preferido no verla.

Algo muy perturbador aleteaba siempre en torno a Jane.

Al día siguiente la olvidó. Era el último de su permiso y pasó con tremenda rapidez.

Antes de que lo advirtiera, ya había pasado.

3

Fue un sueño y ahora, despierta, Nell apenas atinaba a comprender que el episodio pertenecía al pasado.

Estaba de nuevo en el hospital y le parecía no haberse ausentado de él. Esperó desesperadamente carta de Vernon y no tardó en recibirla. Su contenido era más ardiente y expansivo que nunca. El censor no pareció intimidarle esta vez. La colocó sobre su corazón, y tan cerca de él estaba que los trazos, escritos nerviosamente con lápiz, se imprimieron en su piel. Al responderle, le contó aquello.

La vida continuó su curso como antes. El doctor Lang fue enviado al frente, siendo reemplazado por un médico ya anciano que gastaba una pequeña barba y repetía incesantemente: «Gracias, gracias, hermana», en cuanto se le tendía una toalla o se le ayudaba con la bata. Luego siguió un periodo de poco trabajo y muchas camas quedaron vacías, razón por la cual Nell se encontraba

desocupada y aburrida.

Cierto día, para su sorpresa y regocijo, Sebastián fue a visitarla al hospital. Se encontraba de permiso en Inglaterra y aprovechó para verla, accediendo a pedidos de Vernon.

—¿De modo que le has visto?

Sebastián asintió. Su compañía había recibido el permiso al expirar el de la compañía de Vernon.

—¿Está bien?

—Oh, sí. Está bien.

Algo, en el modo en que Sebastián pronunció aquellas palabras, causó cierta alarma a Nell, la cual insistió para que aquél se explicara mejor. El hombre frunció el ceño evidenciando perplejidad.

—No es fácil explicar el punto, Nell. Vernon es un individúo muy especial. Siempre lo ha sido. No quiere mirar los problemas de frente.

Levantando una mano, ahogó la vehemente respuesta que asomaba en labios de ella.

—Lo que yo quiero decir no es lo que tú crees que significa. No tiene miedo a los problemas. En general hay que reconocer su absoluto desconocimiento de lo que es el miedo. En eso le envidio. Yo me refería a otra cosa. Esta vida de soldado… Resulta asquerosa, sabes. Suciedad, sangre, barro y ruido. Sobre todo ruido, a todas horas. Te aseguro que tengo los nervios deshechos, de modo que imagino cómo estarán los de Vernon.

—Sí, sí; ¿pero qué decías sobre la incapacidad suya para encarar los hechos de frente?

—Pues simplemente que nunca admitirá que exista algo a lo que se deba enfrentar. Detesta las preocupaciones, así que insiste en que no hay nada de qué preocuparse. Si reconociera la existencia de todo este maldito enredo, como yo, todo iría mejor. Pero no; le sucede como con el piano de su niñez. Se niega a mirarlo y a enterarse de lo que se trata. Me parece pueril sostener que lo que te desagrada no existe; pero tal ha sido siempre el credo de Vernon. Se encuentra muy bien, si eso es lo que quieres saber. Está contento y alegre. Y eso es precisamente lo que no parece natural. Temo su… Oh, demonios, no sé bien lo que temo. Bueno, de todos modos, creo que contarse a sí mismo cuentos de hadas es lo peor que puede

hacerse. Vernon es músico y tiene el temperamento de un músico. Pero no lo sabe. Ignora todo cuanto tiene que ver consigo mismo. En eso no ha cambiado.

Nell le miraba sin comprender bien todo aquello.

—¿Qué crees que puede suceder, Sebastián?

—Oh, nada, probablemente. Lo mejor para él sería que le hiriesen de poca consideración y le enviaran a Inglaterra.

—¡Cómo me gustaría eso!

—¡Pobrecilla! Pensar que hoy en día uno desea ser herido… Todo esto es una atrocidad para gente como vosotros. Me alegro de ser soltero.

—Si tuvieses una esposa, ¿qué preferirías? ¿Qué trabajara, como yo, en un hospital o que no hiciese nada?

—Todo el mundo tendrá que trabajar tarde o temprano. Será mejor que la gente se ponga a hacerlo cuanto antes.

—Pues a Vernon no le gusta que yo esté aquí.

Muy propio de su sistema, que consiste en esconder la cabeza, como el avestruz. Es su carácter, empeorado por el tipo de educación aristocrática que ha recibido. Algún día tendrá que admitir que las mujeres trabajan; pero, si lo hace, será cuando sea tan claro como la luz del día. Hasta entonces sostendrá que no es así.

Nell suspiró.

—Qué complicado es todo.

—En efecto. Y yo he venido a complicarte aún más la vida. De todos modos, tú sabes lo mucho que aprecio a Vernon. Es el amigo a quien más quiero. Y por lo mismo he creído conveniente hablar contigo, ya que explicándote cómo son las cosas, acaso tú puedas hacer algo, estimulándole para que… bueno, para que cambie un poco. Pero, ahora que lo pienso, quizá contigo se muestre más razonable.

Nell negó con la cabeza.

—Lo único que cuenta de la guerra son episodios divertidos.

Sebastián silbó por lo bajo.

—Pues trata de que se muestre un poco más serio, e insiste en ello.

—¿Crees que hablaría con más franqueza si su interlocutora fuera… Jane? —preguntó Nell de repente, en tono seco.

—¿Jane? —Sebastián pareció embarazarse un poco—. No lo sé. Tal vez. Depende…

—Piensas que sí, Sebastián. Pero ¿por qué? Quizás opines que Jane es más comprensiva que yo.

—Mujer, qué tonterías dices. Jane no es, exactamente hablando, una mujer muy comprensiva. Estimulante, tal vez: y franca, también. Si te enfadas un poco con ella, te dirá sin rodeos lo que piensa. Creo que podría servirle a Vernon en estos momentos, aunque no estoy seguro. No porque sea comprensiva, sino porque es de las que te obliga a mirarte tal como eres y no como crees o quisieras ser. Nadie como Jane para obligarte a bajar del pedestal en el que tú mismo te has instalado.

—¿Y crees que podría influir sobre Vernon?

—Te repito que no estoy seguro. Por otra parte, olvidaba decirte que importa poco. Se ha alistado en los servicios de socorro y hace quince días que se encuentra en Servia.

—Oh… —comentó Nell.

Suspiró hondamente y en seguida pudo verse en su rostro una sonrisa.

En cierto modo se sentía más feliz.

4

Querida Nell:

Sueño cada noche contigo. Muchas veces te muestras simpática y tierna; pero otras sucede al revés. En estos casos me parece tenerte lejos, muy lejos, y te siento áspera y poco amistosa. ¿Verdad que nunca serás así conmigo? Al menos no lo seas por ahora. ¿Qué hay de aquellas letras que se quedaron impresas en tu piel? Quisiera que fuesen indelebles.

Nunca he creído que llegaran a matarme en esta guerra, Nell; pero ¿qué importa si así ocurre? Hemos tenido nuestra parte de felicidad y siempre pensarías en mí como en alguien que te amó y te hizo feliz, ¿verdad? Por mi parte, te seguiría amando, aun después de muerto. Ese sentimiento es lo único que perduraría. Te quiero, te quiero, te quiero…

Nunca Vernon le había escrito en aquellos términos.

Aquel día desarrolló sus tareas en el hospital con la mente en blanco. Olvidaba instrucciones y descuidaba deberes. Los pacientes lo advirtieron.

—La enfermera está como en un ensueño —decían en voz alta para que ella les escuchara.

Le hacían bromas y ella tuvo que reír.

Era tan, tan magnífico sentirse amada hasta aquel punto… La hermana Westhaven estaba de mal humor y la enfermera Potts holgazaneaba más de la cuenta; pero no importaba. Nada importaba.

Hasta la monumental hermana Jenkins, a quien le correspondía uno de los turnos de noche, y que por regla general se mostraba pesimista, le pareció alegre y contenta. No consiguió contagiarle su tristeza.

—¡Ah! —Solía decir la monja poniéndose bien la cofia y metiendo, en la medida de lo posible, su triple papada dentro del cuello de su bata—. ¿De modo que el número tres hoy está con vida? Pues me sorprende. No pensé que pasara el día. Bueno, supongo que morirá mañana, el pobre.

La hermana Jenkins se pasaba pronosticando muertes y, de fallar sus profecías, su ánimo, lejos de entonarse con actitudes más esperanzadoras, parecía empeorar.

—No me gusta el aspecto del número dieciocho. La última operación no sólo no le sirvió de nada, sino que lo ha agravado. En cuanto al número ocho, pronto empeorará si mucho no me equivoco. Se lo dije al médico que le atiende, pero no quiso prestarme atención. ¡Enfermera! —decía de pronto, interrumpiendo su fúnebre recuento para dar rienda suelta a su hostilidad—. ¿Qué hace usted ahí? ¿No encuentra nada en qué ocuparse?

Pero no tardaba en dulcificar el tono.

—Está bien. Ha terminado su turno. Puede marcharse ya.

Nell aparentaba aceptar con agrado la concesión, sabiendo que si no hubiese hecho gala de encontrarse desocupada, la hermana Jenkins hubiese exclamado al verla partir:

—¿Qué es eso de precipitarse a la salida? ¿Es que no puede quedarse un minuto más?

Aquella noche tardó veinte minutos en llegar andando hasta su

casa. El cielo estaba claro y estrellado y el aire corría límpido. Nell gozó con el paseo. Sólo faltaba que Vernon caminara a su lado.

Al llegar, entró silenciosamente, como era su costumbre, abriendo la puerta con la llave. Sobre la mesa del vestíbulo divisó un sobre color naranja.

Supo…

Se decía que no era así; que no era posible que sucediera; que sin duda le habían herido, nada más… Sin embargo, supo…

Una de las frases contenidas en la carta de Vernon, que había recibido aquella misma mañana, pareció saltar ante ella. La retenía textualmente:

> Nunca he creído que llegaran a matarme en esta guerra, Nell; pero ¿qué importa si así ocurre? Hemos tenido nuestra parte de felicidad…

Permaneció en pie, inmóvil, con el telegrama en la mano. Vernon… su amor… su marido… Durante un largo rato siguió en la misma posición…

Por fin se decidió a abrir el telegrama.

En él, un superior le decía que le era preciso cumplir con el penoso deber de informarle que su esposo, el teniente Vernon Deyre, había resultado muerto en acción.

CAPÍTULO TERCERO

1

Un servicio religioso en memoria de Vernon tuvo lugar en la pequeña y antigua iglesia de Abbotsford, situada a la sombra de los árboles de Abbots Puissants. La ceremonia fue casi idéntica a la que se había oficiado por su padre. Ninguno de los dos últimos Deyre sería sepultado en el panteón familiar. Uno quedaba en Sudáfrica. El otro, en Francia. En la confusa memoria de Nell perduró la monumental presencia de la señora Levinne, que parecía relegar a segundo término todos los aspectos del ritual litúrgico. Su vasta y matriarcal figura imponía, a la vez que resultaba ridícula. Nell tuvo que morderse los labios para no estallar en histéricas risotadas en cuanto la vio. Ella y sus gestos quedaban fuera de contexto en los funerales de Vernon.

La madre de Nell también estaba presente, vestida con elegancia, considerando cuanto la rodeaba con altiva condescendencia. A su lado se hallaba Sydney Bent, completamente de negro y luchando, sin duda, por no hacer sonar las monedas de su bolsillo. Se comportaba a la altura de las circunstancias, tratando de asumir una actitud acorde con el luto general. Junto a él estaba la madre de Vernon. Cubierta con un tupido velo, lloraba sin cesar. Pero era, sin duda, la señora Levinne la gran protagonista de la jornada. Terminada la ceremonia acompañó a la familia hasta la posada cercana para manifestar a todos sus sentimientos de simpatía y el dolor que la pérdida de Vernon le causaba.

—Pobrecillo —murmuraba con cariño—. Pobrecillo, qué valiente…

Estaba realmente desolada. Las lágrimas corrían en abundancia

por sus mofletes e iban a dar en su costoso vestido negro. Dio unas palmaditas en el hombro de Myra.

—Bueno, querida, bueno. No ha de sufrir usted de este modo. Nuestra tarea y nuestra obligación consiste en soportar los trances amargos. Ha entregado usted a su hijo por Inglaterra. No podía hacer más. Mire a Nell. Mire con qué valor enfrenta su pérdida.

—Era todo cuanto me quedaba en el mundo —decía Myra sollozando—. Primero perdí a mi marido y ahora a mi único hijo. Ya no tengo a nadie.

Miraba fijamente hacia delante con los ojos enrojecidos por el llanto, sintiendo una especie de éxtasis resignado.

—El mejor de los hijos. Éramos todo el uno para el otro —cogió la mano de la señora Levinne—. ¡Para comprender lo que siento piense que es como si a Sebastián…!

Un espasmo de terror cruzó por el rostro de la señora Levinne. Sus manos se crisparon un poco.

—Veo que han traído bocadillos y un poco de oporto —dijo el tío Sydney como si buscara desviar el tema—. Muy acertado. Mira, toma un poquitín de oporto, hermana. Has estado sometida a una gran tensión y esto te vendrá bien.

Myra rechazó el ofrecimiento con un amplio movimiento de la mano. Su gesto era de horror. El tío Sydney no quiso, sin embargo, desempeñar el papel del despiadado.

—Tenemos que seguir adelante, Myra —dijo—. Es nuestra obligación.

Sin querer, su mano se le fue hasta el bolsillo y allí volvió a encontrar las familiares monedas, que no tardaron en sonar levemente.

—¡Syd!

—Discúlpame, Myra.

De nuevo asaltó a Nell el deseo nervioso de echarse a reír. No podía llorar y sentía, en cambio, la necesidad de reír y reír… Era horrible.

—A mi modo de ver, todo ha salido perfectamente —expuso el tío Sydney—. Perfectamente. Una gran cantidad de gente de la aldea ha asistido a la ceremonia.

Se dirigió a su hermana.

—¿No quisieras dar una vuelta hasta Abbots Puissants? Los

arrendatarios nos han enviado una carta muy amable poniendo la casa a nuestra disposición durante todo el día.

—Odio ese lugar —repuso ella—. Siempre lo odié.

—Y tú, Nell, ¿has visto al abogado? Tengo entendido que Vernon hizo un sencillo testamento antes de embarcar para Francia, dejándote cuanto poseía. En tal caso, Abbots Puissants es tuyo, ahora. No hay más herederos. Se han acabado los Deyre.

—Gracias, tío Sydney. Ya he visto al abogado y me ha explicado la situación.

—Pues eso es más de lo que abogado alguno suele hacer. No sé cómo se las arreglan, pero consiguen que las cosas más simples parezcan complicadísimas. Desde luego que no me compete aconsejarte; pero, visto que no hay hombre en tu familia que pueda orientarte, te diré que, en tu caso, yo vendería la propiedad. Como sabes, no da dinero y cuesta mucho mantenerla. ¿Me entiendes, verdad?

Nell entendía. El tío Sydney dejaba bien sentado que de los Bent no podía esperar dinero en el futuro. Myra dejaría el suyo a los miembros de su propia familia, lo cual era perfectamente lógico. Nell nunca habría deseado otra cosa.

En realidad, lo primero que el tío Sydney preguntó a Myra en cuanto pudo fue si su nuera esperaba familia al morir Vernon. La respuesta fue que no, aunque Myra no estaba era condiciones de asegurarlo con toda certeza. Su hermano le dijo entonces que mejor sería asegurarse.

—Tendrás asimismo que cambiar tu testamento. No sé exactamente lo que dice la ley; pero, según creo, si hubieses testado dejando cuanto tienes a Vernon, ella heredaría todo si por cualquier desgracia tú mueres. Siempre es mejor ser precavido.

Myra repuso que era muy poco considerado hablar de su posible muerte.

—En absoluto —respondió rápidamente—. Vosotras las mujeres no cambiaréis nunca. Carrie permaneció una semana ofuscada cuando le pedí que hiciera un testamento como Dios manda. Es preciso que el dinero de la familia permanezca dentro de ella.

Lo que, en realidad, era preciso para el tío Sydney se resumía en algo muy concreto: que el dinero de la familia no fuese a parar a Nell. No le profesaba simpatía, pues, para él, era la culpable de que

hubieran fracasado sus planes de casar a Vernon con Enid. Y menos simpatía aún le inspiraba su madre, quien siempre se las apañaba para hacerle parecer basto y hasta impresentable.

—Nell, por supuesto, se asesorará debidamente en su momento.

Era la señora Vereker quien hablaba, interrumpiendo la conversación de su hija con el tío Sydney.

—No vaya usted a creer que pretendo inmiscuirme —dijo el hombre.

En aquel momento, Nell sintió un agudo dolor. Hubiese deseado estar embarazada. Pero Vernon quería esperar, porque temía por ella.

—Sería terrible para ti, cariño, que yo muriera y tú te encontraras con un niño y sin recursos —le había dicho—. Por otra parte, no quiero que sufras. Hasta podrías morir. Es un riesgo que no estoy dispuesto a correr.

En verdad parecía asistirle la razón. Era más prudente esperar.

Y ahora lamentaba aquella decisión. Las palabras de consuelo de su madre no habían mitigado su deseo frustrado de tener un hijo.

—No esperas un niño, ¿verdad, Nell? —le dijo en cuanto se enteró de la muerte de Vernon—. ¿No? Pues gracias a Dios. Como es natural, volverás a casarte y es mucho mejor que no se interpongan impedimentos de esa índole.

Como respuesta a la apasionada protesta de su hija, la señora Vereker se limitó a sonreír.

—No debí decir eso en estos momentos. Pero es que aún eres una niña, Nell, y el propio Vernon hubiese querido que fueras feliz.

Nell pensó que su madre no entendía. No estaba dispuesta a casarse otra vez.

El tío Sydney cogió delicadamente un emparedado.

—En verdad, éste es un mundo bastante triste —dijo—. La flor de la juventud inglesa muere en los campos de batalla. De todos modos, estoy orgulloso de mi patria y siento el honor de ser inglés. De ahí que me guste pensar que también yo llevo a cabo mi tarea en bien de nuestro país, como los jóvenes cumplen con sus responsabilidades en el frente. A partir del próximo mes, comenzaremos a doblar la producción de municiones y explosivos. La fábrica trabajará día y noche. Puedo decir con altivez que las Industrias Bent merecen un aplauso.

—Si no lo obtienen, sí que arrojarán, en cambio, excelentes rendimientos en dinero —comentó la señora Vereker.

—Sí, pero no es ése el ángulo desde el cual me gusta considerar mis quehaceres. Prefiero pensar que, a mi modo, estoy sirviendo a mi patria.

—Oh, sabe usted, yo creo que todos nosotros hacemos lo que está de nuestras manos en pro de la causa común —dijo la señora Levinne—. He organizado en mi casa dos tardes de trabajo por semana y me intereso personalmente por las pobres chicas que quedan embarazadas.

—Me parece que hay por ahí demasiada benevolencia en materia moral —comentó el tío Sydney—. No debemos relajar nuestras costumbres. Inglaterra jamás ha sido un país de moral dudosa.

—De todos modos, es preciso tener en cuenta a los niños que nacen durante la guerra —insistió la señora Levinne.

Miró en torno.

—¿Cómo está Joe? Pensé que la vería aquí.

Myra y el tío Sydney parecieron presas de cierto desasosiego. Resultaba evidente que Joe constituía, lo que solía llamarse, un «tema delicado», de modo que evitaron tocarla. Estaba desempeñando trabajos de guerra en París. Muy ocupada. Imposible obtener permisos.

El tío Sydney echó un vistazo a su reloj.

—No nos queda mucho tiempo si queremos coger el tren Myra. He de estar necesariamente de vuelta esta misma noche. Carrie no está nada bien. De ahí precisamente que no haya venido conmigo hoy.

Suspiró.

—Es curioso constatar cómo a veces no hay mal que por bien no venga. Fue una gran desilusión para ella y para mí no tener un hijo varón. Sin embargo, tal vez con ello nos hayamos evitado un dolor muy grande. Pienso en la ansiedad que pasaríamos hoy en día. Los designios de la Providencia son insondables.

Nell y su madre volvieron a Londres en el automóvil de la señora Levinne. Apenas se encontraron a solas, la señora Vereker dijo:

—Espero, Nell, que no te sientas obligada a mantener estrecha

relación con tus parientes políticos en el futuro. Me ha resultado repulsivo el modo con que esa mujer alardeaba de sentir pesadumbre y soledad. Se ha creído que engañaba a alguien con sus cursilerías. Mejor hubiese sido que prestara más atención al ataúd, comprando uno un poco mejor.

—Oh, madre, puedo asegurarte que se siente muy desgraciada. Adoraba a Vernon. Como ha dicho, él era lodo cuanto le quedaba en el mundo.

—Ésa es tan sólo una frase. Las mujeres como ella deliran por expresarse así en cuanto pueden, y he de asegurarte que no significa absolutamente nada. Por otra parte, no me irás a decir que Vernon quería mucho a su madre. Se limitaba a tolerarla, y lo sabes mejor que yo. No había entre ellos nada en común. Tu marido era un Deyre de pies a cabeza.

Nell no pudo negar la verdad de aquello.

Se quedó en casa de su madre durante tres semanas. Dentro de lo que cabía esperar, la señora Vereker se condujo muy delicadamente con su hija. No era una mujer condescendiente ni dada a la simpatía; pero respetó el pesar de Nell y evitó agravarlo con comentarios inoportunos. En lo referente a cuestiones prácticas, sus consejos fueron, como era de esperar, inobjetables. Ambas se entrevistaron con abogados en varias ocasiones.

Abbots Puissants seguía arrendado. El contrato expiraba al año siguiente y los asesores jurídicos de Nell le aconsejaron vender antes que volver a alquilar. Pero la señora Vereker para sorpresa de Nell, no se mostró de acuerdo con aquella opinión. Según ella, lo mejor sería pactar un nuevo arriendo, aunque por un corto período de tiempo.

—Tantas cosas pueden suceder en poco tiempo… —dijo.

El señor Fleming la observó, creyendo comprender la razón de aquella frase. Miró luego a Nell. Con su ropa de luto parecía más joven y encantadora que nunca.

—Eso es cierto, señora Vereker —concedió—. Pueden suceder muchas cosas. De todos modos, no hay prisa. Al expirar el presente arriendo, se podrá tomar una resolución definitiva.

Resueltas las cuestiones financieras, Nell volvió al hospital en Wiltsbury. Le parecía que allí y sólo allí la vida le iba a resultar tolerable. Su madre no se opuso cuando manifestó sus deseos de

marcharse. Era una mujer razonable y sabía reservar su estrategia.

Apenas había pasado un mes desde la muerte de Vernon, cuando Nell volvió a entrar en el centro asistencial. Nadie hizo referencia alguna a su pérdida, lo cual le pareció mucho mejor. Seguir adelante, como si nada hubiese sucedido, era de momento lo que convenía hacer.

Siguió pues adelante.

2

—Alguien pregunta por usted, enfermera Deyre.

—¿Por mí?

Nell quedó muy sorprendida. Luego pensó que quizá se tratara de Sebastián. Sólo él podía llegarse hasta allí para verla. Nell se interrogó. ¿Deseaba verle o no? No pudo contestarse nada. No lo sabía.

Pero no era Sebastián quien la estaba esperando. Con asombro, Nell divisó a George Chetwynd. Éste le explicó que al pasar casualmente por Wiltsbury había decidido entrar por si podía verla e invitarla a almorzar.

—Creía que sólo trabajabas por las tardes —le dijo.

—Precisamente ayer me pasaron al turno de la mañana. Preguntaré a la directora del pabellón si me necesita. Creo que no. Hay poco trabajo ahora.

Otorgado el permiso, salieron ambos y media hora más tarde Nell estaba sentada frente a George Chetwynd en una mesa del County Hotel, con un plato de *roast beef* ante ella y un camarero ofreciéndole una ensalada de coles.

—Es la única verdura conocida para el County Hotel —observó George Chetwynd.

Habló con inteligencia y profundidad de diversos temas, sin aludir apenas a la muerte de Vernon. Sólo lo hizo para decirle que el hecho de que ella volviera a trabajar en el hospital era la acción más valerosa que jamás conociera en una mujer.

—No puedo decirte cuánto admiro a las mujeres. Luchan y colaboran echándose a las espaldas un trabajo tras otro sin

alharacas ni falsas heroicidades. Tienen tesón y hacen lo que sea como lo más natural del mundo. Pienso que las mujeres inglesas son magníficas.

—Hay que hacer algo, sabes.

—Lo sé y puedo comprender la necesidad, porque cualquier cosa es mejor que estar sentada con los brazos cruzados; pero eso no mitiga mi admiración ante el tipo de faenas que desempeñáis y la perseverancia que mostráis.

—Siempre es mejor que no hacer nada, como tú mismo has dicho.

Sentía agradecimiento. George siempre había sido un hombre comprensivo. Le dijo que se disponía a partir para Servia dos días más tarde. Estaba encargándose de la ayuda a aquel país.

—Francamente —le dijo—, estoy avergonzado de mi patria, que no quiere entrar en la guerra en seguida. Aunque acabará haciéndolo, estoy seguro. Sólo es cuestión de tiempo. Entretanto hacemos lo que está de nuestra mano para aliviar los horrores de la contienda.

—Tienes muy buen aspecto.

Le parecía más joven si le comparaba con sus recuerdos. Bien plantado y con la tez tostada por el sol, era ciertamente un hombre aún guapo. El cabello blanco en las sienes, más que un signo de edad parecía una marca de distinción.

—Estoy bien. No hay nada como estar ocupado. Te aseguro que la ayuda exige lo suyo. Siempre te tiene atareado.

—¿Cuándo has dicho que te marchas?

—Pasado mañana.

Se hizo un silencio, que el mismo George rompió.

—Oye, no te he molestado por ir a buscarte, ¿verdad? ¿Comprendes que no es mi intención inmiscuirme en tu vida?

—Oh, claro. Por el contrario, pienso que has sido muy amable al visitarme. En especial, después de…

—Sabes, no te guardo rencor en absoluto. En verdad, he de decirte que te admiré por haber seguido los mandatos de tu corazón. Le amabas a él y no a mí. Pero eso no significa que no podamos ser amigos, ¿no lo crees así?

La miraba con expresión tan cordial y tan carente de pretensiones amorosas, que Nell sintió la inmediata necesidad de

asegurarle que podía contar con ella.

—Estupendo —dijo él—. Y, por supuesto, me dejarás hacer por ti todo lo que un buen amigo ha de hacer, ¿verdad? Me refiero a aconsejarte, si lo necesitas, en cualquier situación que pudiera presentarse.

Nell repuso que agradecería mucho su concurso y su consejo.

Y así quedaron las cosas. Poco después de terminada la comida, George se marchó en su coche, saludándola con la mano. Poco antes le había dicho que seis meses más tarde esperaba volverla a ver, pero que no dejara de escribirle en caso de que necesitara algo de él.

Nell le prometió que así lo haría.

3

El invierno que siguió no fue particularmente agradable para Nell. Cogió un fuerte resfriado y no se cuidó adecuadamente. En consecuencia, su enfermedad se complicó y tuvo que guardar cama alrededor de una semana. Al cabo de ella no creía hallarse en condiciones de reasumir sus tareas en el hospital, de modo que la señora Vereker fue a buscarla para llevársela con ella a Londres. En casa de su madre convaleció lentamente, hasta encontrarse bien.

Pero surgieron otros problemas. Abbots Puissants necesitaba que le cambiaran enteramente los tejados y también caños y desagües, que estaban ya inservibles. La cerca de la propiedad no se hallaba por cierto en mejores condiciones.

Por primera vez Nell advertía el tremendo drenaje dinero que implicaba poseer un inmueble como el suyo. La renta era una ilusión, puesto que no bastaba para pagar los gastos. La señora Vereker se opuso con energía a que su hija se endeudase en exceso. Ambas vivían lo más estrechamente posible, porque los días del crédito fácil y de los acreedores pacientes habían pasado. La señora Vereker tenía que desplegar cuidados constantes para sobrevivir decentemente y acaso ni aun así lo consiguiera, de no mediar algunas ganancias que solía obtener jugando al *bridge*. Era una excelente jugadora y sabía sacar partido de ello, razón por la cual

faltaba mucho de su casa y pasaba largas horas en uno de los pocos clubs de *bridge* que seguían funcionando en Londres.

La vida era monótona y aburrida para Nell. Preocupada por la falta de dinero, sin la salud necesaria para ocuparse de algo y debiendo vivir en una ciudad entristecida por la guerra, no le quedaba otro recurso que permanecer en casa, sentada y meditando. La pobreza, cuando se comparte con el ser que se ama es una cosa; pero sin un amor para suavizarla, resulta algo muy distinto. A veces Nell se preguntaba cómo haría para seguir viviendo aquella existencia gris y vacía. No podía soportarla.

En ese estado de ánimo se encontraba cuando el señor Fleming le telefoneó para solicitarle una rápida decisión en lo referente a Abbots Puissants. El arrendamiento terminaba aproximadamente un mes más tarde y algo era preciso hacer, aunque le advertía que, dadas las circunstancias, era difícil que se pudiese obtener un arrendatario que pagase más. Ya era de por sí problemático que se llegase a encontrar quien pagase lo mismo que el anterior. Nadie quería ya casas tan grandes desprovistas de calefacción y demás comodidades modernas. En opinión suya, lo mejor era vender.

Sabía bien cuál era el sentimiento de Vernon sobre Abbots Puissants; pero, dado que Nell no contaba con dinero suficiente para vivir en ella y que ya no habría ningún Deyre que llegase a desearla algún día…

Reconocía que el consejo del señor Fleming era sensato. Sin embargo le contestó que prefería esperar aún un poco para comunicarle más adelante su decisión definitiva. Por un lado, no deseaba vender la propiedad; pero por el otro debía reconocerse a sí misma que Abbots Puissants representaba la mayor preocupación de su vida y anhelaba verse libre de cargas. Así las cosas volvió a llamarla el señor Fleming para decirle que tenía una excelente oferta por la propiedad. Mencionó una suma que excedía por mucho las esperanzas de Nell. Pensó que incluso Vernon habría tenido que considerarla ventajosa.

El señor Fleming la urgió para que no desaprovechase la ocasión. Nell vaciló un poco.

—De acuerdo —dijo finalmente.

4

Le asombró constatar su felicidad al tomar la decisión. ¡Estaba libre de aquella tremenda pesadilla! Las cosas hubiesen sido tal vez diferentes si Vernon aún viviera; pero en el caso actual, la solución que adoptó era la única posible. Casas y haciendas se habían transformado en verdaderos elefantes blancos. No sólo eran innecesarias para quien carecía de mucho dinero, sino que llegaban a resultar ruinosas.

Ni siquiera una carta que Joe le escribiera desde París consiguió enturbiar su satisfacción ni alterar sus planes.

> ¿Cómo puedes vender Abbots Puissants cuando sabes bien lo que representaba para Vernon? Pensaba que sería lo último que se te iba a ocurrir.

Pensó que Joe era incapaz de entenderla, pero le contestó sin tardanza.

> ¿Qué otra cosa puedo hacer? No sé adónde recurrir en busca de dinero. Era preciso hacer frente a gastos exorbitantes para reparar techos, cañerías, cercas y demás. La lista sería interminable. No puedo continuar endeudándome. Todo esto es tan tedioso que quisiera estar muerta.

Tres días más tarde le llegó carta de George Chetwynd, preguntándole si podía visitarla. Decía que le era preciso confesarle algo.

La señora Vereker no estaba en casa cuando George entró. Nell se encontraba sola. Su visitante comenzó a hablar en tono embarazado y aprensivo. Por fin terminó declarándole que era él quien comprara Abbots Puissants.

Al principio, la idea de que George Chetwynd era ahora el dueño de la propiedad de Vernon le chocó desagradablemente. ¡George, nada menos! Pero con admirable sensatez él le hizo ver que era mejor así.

¿No le parecía mejor que Abbots Puissants pasara a sus manos y

no a las de cualquier extraño? Esperaba que ella y su madre fuesen a visitarle alguna vez y también que se alojaran allí siempre que lo desearan.

—Quisiera que pensaras esto, Nell: que el hogar de tu marido mantiene abiertas sus puertas para ti, siempre que así lo quieras. No me propongo cambiar nada en la casa, a menos que sea absolutamente imprescindible. De todos modos, desearía que me aconsejases en los ajustes de la decoración. Piensa bien y comprenderás que es preferible que la casa sea mía y no de cualquier improvisado, capaz de llenarla de dorados y de cuadros de firma falsa.

Cuando terminó de hablar, Nell se preguntaba por qué había sentido el impulso de plantear objeciones. Naturalmente que George era el mejor comprador posible. Era simpático, comprensivo y bueno en todo… No pudo contener sus emociones y se echó a llorar. Estaba cansada y ansiosa. George la rodeó con su brazo, mientras ella seguía sollozando apoyada en su hombro. Le dijo que su reacción era natural, puesto que aún no estaba plenamente repuesta de su enfermedad, y que no se inquietara por nada.

Nadie hubiese podido mostrarse más bueno ni brindarle cariño más fraternal.

En cuanto llegó la señora Vereker, Nell le comunicó las novedades.

—Sabía que George buscaba una propiedad como Abbots Puissants. Me alegro que se haya decidido por ella. En cuanto al precio, no me asombra que fuese alto. No iba a regatear contigo. En un tiempo estuvo enamorado de ti.

Lo dijo como si aquello hubiese pasado a la historia, en un tono que tranquilizó a Nell. Temía que su madre aún albergara la idea de casarla con George.

5

Aquel verano Nell y su madre fueron a pasar unos días a Abbots Puissants. Eran los únicos invitados.

Nell no había estado allí desde que era una niña. Al mirar a su

alrededor, sintió el dolor de no haber llegado a vivir con Vernon en la propiedad de sus antepasados. La casa era, sin duda, magnífica, sus jardines lucían esplendorosamente y las ruinas de la abadía acentuaban su misterio.

George estaba empeñado en restaurar a fondo la casa y solicitó consejo a Nell, pues decía tener fe en su buen gusto. Tanta atención le prestaba él que llegó a sentir en cierto modo el interés de una propietaria. Podía decir que casi volvía a ser feliz al verse rodeada de lujo y comodidad, y saber que no había razón para angustiarse.

Cierto que, una vez cobrado el dinero, tendría que pensar en invertirlo, de modo que le quedase una cómoda renta. Esto significaba una carga y la perspectiva de tomar nuevas decisiones en materias áridas. También tendría que pensar en algún trabajo o actividad. Pensaba asimismo dejar la casa de su madre; pero todas sus amistades se encontraban dispersas, de modo que temía la soledad. En verdad no sabía qué hacer con su vida.

Abbots Puissants le daba la paz y el descanso que tanto necesitaba. Allí se encontraba segura y protegida. La idea de volver a Londres la asustaba.

La última noche, durante la cena, George les pidió que se quedasen unos días más, pero la señora Vereker dijo que no debían abusar de su hospitalidad.

George y Nell salieron a dar un paseo por el amplio sendero empedrado que atravesaba el jardín. La noche estaba serena y el aire perfumado.

—Han sido unos días deliciosos —dijo Nell suspirando—. No me atrae nada la idea de volver a la ciudad.

—Ni a mí la de verte marchar.

Se contuvo. Tras un silencio agregó:

—¿He de convencerme de que no puedo albergar esperanzas, Nell?

—¿Qué quieres decir?

Nell sabía la respuesta a su propia pregunta. Mejor dicho, la supo en aquel momento, de repente.

—Si he comprado esta casa, ha sido con la esperanza de que algún día vivieras en ella. Deseaba que tuvieras la propiedad que realmente te pertenece. ¿Qué harás, Nell? ¿Pasar la vida alimentando un recuerdo? Piensa un poco. ¿Es eso lo que él,

Vernon, hubiese deseado? No creo que los muertos alimenten anhelos de desgracia para sus seres queridos. Creo en cambio, que querría verte protegida y cuidada ahora que él ya no está aquí para hacerlo.

—No puedo, no puedo… —dijo Nell en voz baja.

—¿Quieres decir que no puedes olvidarle? Lo imagino. Pero yo sería muy bueno contigo, Nell. Estarías junto a mí, rodeada de amor y solicitud. Estoy seguro de saber hacerte feliz. Al menos mucho más feliz de lo que serías si tuvieses que enfrentar el resto de tu vida en soledad. Te repito que Vernon hubiese preferido la solución que te propongo. Lo creo honesta y sinceramente.

¿La hubiese preferido? Nell se lo preguntaba, aunque suponía que George tenía razón. La gente podría llamar a aquello deslealtad; pero se equivocaba. Los días de felicidad que pasara junto a Vernon eran algo con vida propia. Nada ni nadie podrían jamás afectarlos ni enturbiar de algún modo el recuerdo…

Pero la eventualidad de sentir que velaban por ella, que se preocupaban de su bienestar y que deseaban comprenderla, era terriblemente tentadora. Por lo demás, ella siempre había sentido afecto por George.

—Sí —murmuró suavemente.

6

A Myra le cayeron muy mal los hechos, y escribió largas e insultantes cartas a Nell.

> Olvidas con mucha rapidez. A Vernon sólo le queda ahora un hogar: mi corazón. Tú nunca le amaste.

El tío Sydney, al enterarse de la noticia, dijo haciendo girar los dedos:

—Esa niña sabe dónde le aprieta el zapato.

De todos modos, le envió una carta breve y convencional, dándole la enhorabuena.

Una aliada sorprendente vino a resultar Joe. Estaba por unos

días en Londres cuando aprovechó para ir a visitarla a casa de su madre.

—Me alegro mucho —le dijo besándola—. Y creo que también Vernon se alegraría. No eres de esas mujeres que pueden hacer frente a la vida por sí solas. Nunca lo fuiste. No prestes atención a lo que te escribe la tía Myra. Ya me encargaré de hablarle. La vida es mala con las mujeres. Creo que serás muy feliz con George Chetwynd y sé positivamente que Vernon hubiese querido verte así.

El apoyo de Joe sirvió a Nell de inestimable estímulo, puesto que nadie como ella podía considerarse cercana a Vernon ni conocerle mejor.

La víspera de su boda, de rodillas ante su cama, sobre la cual colgaba el sable de Vernon, Nell se cubrió los ojos con ambas manos.

—¿Verdad que me comprendes, amor mío? ¿Verdad que sí? Sólo te he amado a ti y nunca amaré a nadie tanto. Oh, Vernon, si yo pudiese saber que me comprendes…

Quería retenerle con toda su alma. Tenía que entender… Era preciso…

CAPÍTULO CUARTO

1

En la ciudad de A…, en Holanda, no lejos de la frontera con Alemania, se levanta una modesta posada. Hasta allí llegó cierta noche de 1917 un hombre joven, moreno y de rostro demacrado que, tras abrir la puerta con gesto febril, solicitó en mal holandés una cama. Respiraba con dificultad y sus ojos traicionaban su inquietud.

Anna Schlieder, la propietaria del albergue, le observó cuidadosamente de pies a cabeza antes de responder. Era costumbre de aquella gruesa señora estudiar así a sus posibles clientes. Por fin accedió. Tendría una habitación. Su hija Freda le señalaría el camino.

Al volver la muchacha, su madre dijo lacónicamente:

—Inglés. Prisionero de guerra. Se ha fugado.

Freda asintió silenciosamente con la cabeza. Sus ojos, azul claro como el de las porcelanas, eran tiernos y sentimentales. Tenía sus razones para interesarse por el inglés.

No tardó en subir nuevamente y, ya junto a la puerta del recién llegado, golpear suavemente. Sin esperar respuesta (el huésped no había oído la llamada) entró. El hombre estaba sumido en una especie de postración exhausta y era evidente que lo que acontecía a su alrededor carecía de sentido para él. Durante semanas enteras había estado a la espera de oír en cualquier momento el «¿quién vive?»; por un pelo había conseguido escapar varias veces del peligro y nunca quiso verse expuesto a ser cogido ni física ni mentalmente. Ahora estaba sufriendo la reacción. Yacía tal como cayera sobre el lecho.

Freda, de pie junto a la puerta, le contemplaba.

—Le he traído agua caliente —dijo.

—¡Oh! —exclamó el hombre sobresaltándose—. Lo siento. No la oí entrar.

—Usted es inglés, ¿verdad? —preguntó la muchacha en el idioma de él. Hablaba lenta y cuidadosamente.

—Sí. Eso es…

Se detuvo. En su rostro se vio un gesto de duda. Era necesario ser precavido, aunque el peligro (al menos en principio) quedaba atrás: ya no estaba en Alemania. Se sentía débil y algo mareado. La dieta de patatas crudas, que recogiera por los campos, no era lo más estimulante para el cerebro. Sin embargo, sabía que necesitaba mostrarse cuidadoso con lo que dijera. No sabía bien por qué; pero se veía impulsado a hablar y hablar; a decir todo, ahora que se sentía relajado de aquella tremenda tensión.

La holandesa asentía gravemente con la cabeza, pretendiendo, sin duda, evidenciar conocimientos.

—Ya lo sé. Viene usted de allá…

Su mano señalaba en dirección a la frontera.

El hombre la miró, aún indeciso.

—Se ha escapado —prosiguió la muchacha—. Sí. Ya hemos albergado a uno como usted.

El visitante sintió que le invadía un poco de alivio. Parecía ser una buena chica. Sintió de nuevo la fatiga y, abandonando su posición, pues se había incorporado al oír su voz, dejó caer nuevamente la cabeza sobre la almohada.

—¿Tiene apetito? Sí. Ya veo que lo tiene. Iré a buscarle algo de comer.

¿Tenía hambre, realmente? Sí, seguro que sí. ¿Desde cuándo no comía? ¿Un día? ¿Dos? No lo recordaba. El final de su aventura había sido como una pesadilla. Sólo el impulso de sobrevivir pudo mantenerle. Disponía de un mapa y una brújula, gracias a los cuales llegó a saber hacia dónde le era preciso escapar para cruzar la frontera. El punto llevaba una marca en su plano, hecha después de estudiar éste en uno de sus raros momentos de respiro. A su entender, aquella marca señalaba el lugar más adecuado. De todos modos, sus probabilidades de cruzar el límite y ponerse a salvo no eran en aquellos momentos superiores a un uno por mil. Pero había

logrado sus propósitos, a pesar de que le tiraran a matar, sin conseguir siquiera herirle.

Pero ¿no sería todo un sueño? Había cubierto a nado parte de su itinerario. Sí. No, no. No era de ese modo. Bueno, mejor no pensar. Aparentemente estaba libre; había escapado y eso era lo único que importaba.

Sentándose en la cama, echó su cabeza hacia delante. Le dolía mucho y se la cogió con ambas manos.

Freda no tardó en presentarse otra vez llevando una bandeja con comida y un gran vaso de cerveza. La muchacha le miraba comer, sin decir nada. El efecto fue mágico. La cabeza de Vernon se aclaró y pudo advertir que hasta entonces no estaba en condiciones de pensar con coherencia. Depositando el vaso, puso sus ojos en la chica.

—Estaba buenísimo —dijo—. Te lo agradezco mucho.

Envalentonada por aquellas palabras y por la actitud del hombre, tomó tímidamente asiento en una silla vecina.

—¿Conoce usted Londres? —preguntó.

—Oh, sí —repuso él con una amplia sonrisa.

Le divirtió el tono con que le había hecho la pregunta.

Pero Freda no reía. Por el contrario, parecía más seria que nunca.

—¿Conoce usted a un soldado allí, o mejor, un cabo, llamado Green?

Su interlocutor negó con la cabeza, un poco conmovido.

—Creo que no. —Su voz era bondadosa—. ¿Sabes a qué regimiento pertenece?

—A uno de Londres, al de los London Fusiliers.

Era lo único que ella sabía.

—En cuanto pueda volver a la ciudad, trataré de dar con él, si te interesa. Si te parece podría llevarle una carta.

La chica le miró dubitativamente, aunque era evidente que deseaba confiar en él. Al fin sus recelos desaparecieron.

—Le escribiré… Sí.

Se puso en pie, dispuesta a marcharse.

—Tenemos algún periódico inglés por aquí. Creo que hay dos. Mi primo los ha traído del hotel. ¿Le gustaría que se los trajera?

El hombre le dio las gracias y al poco rato estaba ella a vuelta

con un ajado ejemplar de *Eve* y otro, no mucho más nuevo, de *Sketch*. Se los tendió con gesto satisfecho.

En cuanto estuvo solo, el extranjero se puso a fumar echando un vistazo a las revistas. Aquél era su último cigarrillo, de un paquete que había robado a alguien. ¿Qué hubiera hecho sin ellos? Bueno, luego Freda le traería más. Tenía dinero para pagarlos. Buena chica. Y agradable, además a pesar de sus gruesos tobillos y de su basta apariencia.

Echando mano a un bolsillo, extrajo una pequeña libreta. La mayor parte de las páginas estaban en blanco. En una de ellas escribió: «Cabo Green. London Fusiliers». Haría cuanto estuviese de su mano por aquella chavala. Se puso a imaginar qué historia había tras esta petición. ¿Qué hacía el tal Green en aquella aldehuela holandesa? Pobrecilla, pensó. Tal vez la vieja historia.

Green… Le recordó a un personaje de su infancia: el señor Green, omnipotente y maravilloso. Era su compañero de juegos y su protector. ¡Extraño el mundo de los niños!

Nunca le había contado a Nell las historias del señor Green. Acaso también ella tuviera a su señor Green. Probablemente todos los niños tenían el suyo.

«Nell, oh Nell», pensó, mientras su corazón parecía latirle precipitadamente. Pero no quiso entristecerse: no tardaría en estar de vuelta. Pobre Nell, cuánto habría sufrido y seguiría sufriendo al saberle prisionero de los alemanes… Pero eso ya pertenecía al pasado, de modo que no había de qué atribularse. Pronto volverían a estar juntos. Muy pronto. No procedía ponerse triste ni adelantarse demasiado a los acontecimientos.

Cogió el *Sketch*, hojeándolo al azar. Por lo que veía, se presentaban muchos espectáculos nuevos en Londres. Qué bueno sería asistir a los teatros. Menudeaban los retratos de generales, todos ellos de mirada fiera, como si escrutaran ojos enemigos. Otras fotografías mostraban parejas de recién casados y gentes apiñadas a su alrededor. En ésta, la concurrencia y los mirones sumaban una pequeña muchedumbre. En aquélla… Pero…

No era cierto. No podía ser… Otro sueño… alguna pesadilla… Esa foto de mujer…

La señora Vernon Deyre contraerá matrimonio

próximamente con el señor George Chetwynd. El primer marido de la señora Deyre resultó muerto en acción hace algo más de un año. El señor Chetwynd es norteamericano. Se ha distinguido recientemente por sus actividades caritativas en Servia, donde ha dirigido operaciones de socorro y ayuda de guerra.

«Muerto en acción». Sí, eso debió ser por mucho cuidado que las autoridades desplegaran en lo referente al destino de los soldados desaparecidos, errores como aquel necesariamente se tenían que producir. Vernon sabía de alguien a quien se diera oficialmente por muerto y no lo estaba.

Nell, sin duda, creyó que el contenido del telegrama, que en tales casos se envía, era correcto y en consecuencia se consideró libre. Podía casarse nuevamente.

Pero ¿en qué locura pensaba? ¿Nell, casarse otra vez? ¿Tan pronto…? Y con George Chetwynd su canoso enamorado…

Un súbito furor se posesionó de él. La estampa de George se presentó nítida en su mente. Maldito tipo. Hubiese querido matarle. Pero no era cierto. ¡No podía ser así!

Saltando de la cama, se puso de pie. Con cierta dificultad. Cualquiera que le viera, pensaría que estaba ebrio.

No obstante estaba perfectamente sereno. Sí; perfectamente sereno. Por ahora, no pensaría. Relegaría el problema para el momento decisivo. De otro modo estaba perdido.

Saliendo de su habitación, bajó las escaleras. Freda no pudo comprender lo que le sucedía al inglés cuando éste llegó junto a ella, hasta que Vernon dijo:

—Saldré a dar una vueltecita.

De pronto había recobrado su tranquilidad. Por lo menos en apariencia.

No prestó atención a la mirada de Anna Schlieder, que no le quitó los ojos de encima hasta verle desaparecer por la puerta principal. Su hija le dijo:

—No comprendo qué es lo que le ocurre. Al llegar junto a mí, creí advertir en su rostro una expresión extraña.

Anna se llevó significativamente el índice a una sien. Nada podía sorprenderla.

Vernon se puso a caminar por el sendero. Andaba con prisa, como si quisiera escapar, escapar de algo que le persiguiera. Si considerara las cosas… si pensara… Pero no quería considerar ni pensar nada.

Todo iba bien. *Todo*.

A condición de no pensar. Lo que le perseguía, fuese lo que fuera, aquella cosa oscura y extraña, dejaría de existir si no pensaba. Todo iba bien.

—Nell… Nell, con sus cabellos dorados y su dulce sonrisa… Su Nell. Nell y George… No, no. ¡NO! Nada sucedería. Aún estaba a tiempo.

De pronto una idea cruzó por su mente como un relámpago: aquella revista tenía al menos seis meses. Bien podían estar casados desde hacía cinco.

Vaciló. Aquel pensamiento le dio escalofríos.

—No puedo soportar la idea —dijo—. No. Es intolerable. Algo tiene que haberlo impedido…

Ciegamente, contra toda razón, se apegó a aquel pensamiento. *Algo tiene que haberlo impedido*…

Alguien debía auxiliarle. El señor Green. ¿Qué era aquello que le perseguía? Ah, sí. Era La Bestia, La Bestia.

Pudo escuchar sus pasos. Dirigió por encima del hombro una mirada de pánico. Ya estaba en las afueras de la aldea, corriendo por un camino recto, bordeado de zanjas a los lados. La Bestia, dando zancadas sonoras y dejando escapar extrañas exclamaciones, quería darle alcance.

La Bestia… Ah, hubiera deseado retornar a aquellos terrores familiares, que llevaban con ellos no menos familiares alivios. A La Bestia y al señor Green con su legión de hijos. Nada en los fantasmas infantiles era tan brutal como en el presente. Nada hería tan profundamente. Estos hechos nuevos… Nell en brazos de George Chetwynd… Nell perteneciendo a George…

No, no. Nada de todo eso era cierto. No podía ser cierto. Se negaba a permitir que la idea penetrara en su cabeza. No. Era imposible.

Sólo había un camino para resolver de una vez aquella espantosa situación: mantener la paz de espíritu y la serenidad. Era la única alternativa. Vernon Deyre había hecho un lío con su vida.

Un lío tan grande y pesado que era necesario librarse de él.

Por última vez centelleó en su cabeza la noción: Nell, George… ¡No! Haciendo un supremo esfuerzo los arrojó fuera de él. El señor Green… el bueno del señor Green…

En aquel momento, un camión ante el cual Vernon se cruzara en su insensata correría quiso evitarle, sin llegar a lograrlo. Vernon resultó golpeado, cayendo hacia atrás.

Golpe terrible que agosta mi vida… Gracias a Dios, he aquí la muerte…

LIBRO QUINTO

GEORGE GREEN

CAPÍTULO PRIMERO

En el patio del County Hotel de Wiltsbury, dos chóferes estaban ocupados con sus automóviles. George Green, al poner fin a su trabajo en las profundidades del gran «Daimler», restregó sus manos en un trozo de tela manchada de grasa y permaneció contemplando el coche, dejando escapar un suspiro de satisfacción. Era un muchacho alegre y sonreía porque estaba contento con su faena: había conseguido localizar y arreglar la causa de que el motor fuera mal. Se dirigió hacia su compañero que estaba terminando de embellecer su «Minerva».

El hombre le saludó.

—Hola, George. ¿Has terminado?

—Sí.

—Oye, ¿tu patrón es yanqui? ¿Qué aspecto tiene?

—Como todo el mundo. Es buena persona, aunque con sus manías. Se niega a que supere las cuarenta millas.

—Pues tienes la suerte de no trabajar para una mujer, chico —dijo el otro, que se llamaba Evans—. Siempre están cambiando de parecer y no tienen ni idea de lo que es la hora de las comidas. A veces prefieren el *picnic*. Muchas veces, en realidad. Y ya sabes lo que eso significa: un huevo duro y dos hojas de lechuga.

Green se sentó sobre un barril cercano.

—¿Por qué no la plantas?

—No es tan fácil conseguir el trabajo que quieres en estos tiempos.

—Cierto —confirmó Green con aspecto reflexivo.

—Y tengo mujer con dos críos, amigo. ¿Recuerdas aquellas majaderías sobre «una tierra adecuada para que en ella vivan los héroes»? La verdad es que, en 1920, si tienes trabajo, lo mejor que puedes hacer es aferrarte a él.

Permaneció un momento silencioso.

—Si lo miras bien, eso de la guerra es un asunto curioso. A mí, me hirieron dos veces. Granadas. Luego dejan algo extraño. Mi mujer me dice a veces que la asusto, que parezco chiflado. La verdad es que suelo despertar a mitad de la noche aullando y sin saber bien dónde estoy.

—Ya sé como te sientes —dijo Green—. A mí me sucede algo parecido. Cuando me recogieron, en tierras de Holanda no podía recordar nada. Sólo mi nombre.

—Pero eso fue cuando la guerra ya había terminado, ¿no es así?

—A los seis meses del armisticio. Trabajaba en un garaje por allí. Unos tíos borrachos me atropellaron una noche. Iban en un camión. Por suerte el accidente los puso sobrios y decidieron llevarme a un hospital, donde me atendieron. Llevaba un gran golpe en la cabeza, pero los médicos se lucieron conmigo. Luego, los que me habían atropellado me buscaron un buen trabajo y llevaba dos años allí, cuando se presentó el señor Bleibner. Éste alquiló coches en nuestro garaje un par de veces, y yo le servía de chófer. Simpatizo conmigo, terminando por ofrecerme el puesto de chófer particular suyo.

—¿Quieres decir que nunca habías pensado volver a Inglaterra por tu cuenta?

—Nunca. No quería volver, en realidad. Carecía de parientes aquí. Al menos, no recordaba a ninguno. Sólo creí saber que, de tenerlos, con ellos se mezclaba algún jaleo extraño.

—Pues yo no diría que eres de los que se meten en jaleos compañero —comentó Evans riendo.

También George Green se rió. Era un hombre joven y alegre, alto, moreno y de anchos hombros. Parecía estar sien predispuesto a reír.

—La verdad es que desde entonces no tengo preocupaciones —alardeó—. Supongo que siempre he sido de los que la toman la vida a la ligera.

Se ausentó sin dejar de sonreír. Debía notificar al señor Bleibner que su «Daimler» estaba ya listo para seguir viaje.

El patrono de Green era un norteamericano alto, de rostro macilento. Parecía sufrir de dispepsia. Al hablar, se esforzaba por usar un lenguaje puro y claro.

—Muy bien, Green. Ahora llévame a casa de Lord Datchet donde

me esperan a comer. Ya sabes, en Abingworth Friars. Está a unas seis millas.

—Sí, señor.

—Después del almuerzo he de ir a una propiedad llamada Abbots Puissants. Abbotsford es el nombre de la aldea más cercana. ¿Sabrás ir?

—El nombre no me es extraño, señor, aunque no podría decir dónde se encuentra exactamente el lugar. Miraré el mapa.

—Eso. No creo, sin embargo, que se encuentre en un radio mayor de veinte millas. Me parece que está de camino a Ringwood.

—Muy bien, señor.

Green se llevó la mano a su gorra y volvió donde se hallaba el coche.

2

Nell Chetwynd atravesó las grandes puertas ventanas del salón para salir a la terraza de Abbots Puissants.

Era uno de esos días en que comienza a sentirse la llegada del otoño y en los que el aire está tan inmóvil que no se alcanza a percibir signo alguno de vida. La naturaleza parecía querer fingirse inconsciente. El cielo tenía un color celeste muy claro, y una ligerísima bruma poblaba la atmósfera.

Nell, apoyada en una gran urna de piedra, paseó la mirada por el silencioso panorama. Todo cuanto veía era muy hermoso y muy inglés. Los grandes jardines, perfectamente cuidados, armonizaban con la casa que, tras importantes y expertas reparaciones, mostraba su mejor imagen.

Aunque no era muy dada a las emociones, al detener los ojos sobre los muros color rojo pálido de la casona, sintió una leve sensación de congoja. Todo era tan solemnemente bello que hubiese querido que Vernon se hallase allí para compartir con él tanto esplendor.

Sus cuatro años de matrimonio la habían tratado bien, aunque los cambios en su aspecto eran evidentes. Nada quedaba, por ejemplo, de aquella ninfa: de encantadora muchacha se había

convertido en hermosa mujer. Se la veía reposada y segura. Sus rasgos se habían asentado en un definido tipo de belleza inalterable. Sus movimientos delataban cierta actitud deliberada y no, como antaño, la inmadurez. Estaba un poco más gruesa. En conjunto, podría decirse que era como la rosa en su plenitud.

Una voz la llamó desde la casa.

—¡Nell!

—Aquí estoy, George. En la terraza.

—Allá voy.

¡Qué bueno y simpático era George! Una suave sonrisa, cruzó por su rostro. El marido perfecto. Tal vez el hecho derivara de ser norteamericano. No en vano se decía con frecuencia que ellos eran los mejores esposos del mundo. Decididamente, George no podía ser mejor. Su boda, pensaba, había sido un indudable acierto. Claro que Nell nunca llegó a sentir por George lo que por Vernon; pero, casi a pesar suyo, se decía que tal vez fuera mejor así. Las tempestuosas pasiones que devastan y arrasan no suelen durar. A cada paso constataba la verdad de aquel tópico.

Sus rebeldías estaban acalladas. Ya no se preguntaba por qué Vernon le había sido arrebatado. Dios sabía la razón. Los seres humanos se levantaban a veces contra Él, para llegar finalmente a la conclusión de que todo había sido para bien.

Ella y Vernon supieron lo que, en realidad, era la suprema felicidad. El recuerdo estaba en el corazón de Nell, encerrado allí para siempre, impoluto e imperecedero, como propiedad preciosa y secreta, como una joya oculta. Ya podía pensar ahora en él sin dolor ni ansiedad. Se habían amado arriesgándolo todo para poder estar juntos. Luego sucedió la desgarradora separación y finalmente podía decir que había conquistado la paz de espíritu.

Sí. Tal era el rasgo predominante de su vida actual: la paz. George se la había dado, al rodearla de comodidades, lujo y ternura. En cambio, Nell se consideraba una buena esposa, aunque, desde luego, no estuviera tan pendiente de él como de Vernon. Le tenía afecto, naturalmente. Mucho afecto, que es el sentimiento más seguro para transitar a lo largo de la vida junto a otro ser.

La dualidad confianza-dicha venía a simbolizar y a resumir lo que sentía. Hubiese querido que Vernon lo supiera, pues de seguro se habría alegrado.

George Chetwynd salió a su encuentro. Vestía elegantes prendas deportivas inglesas y era la verdadera estampa del aristócrata hacendado. Los años no parecían haber pasado por él. No sólo no aparentaba más años sino que se hallaba más joven.

En una mano llevaba cartas.

—He aceptado salir de caza con Drummond. Creo que lo pasaremos bien.

—Naturalmente.

—Debemos decidir a quiénes vamos a invitar.

—Bueno, ya hablaremos de este asunto por la noche. Entretanto, me alegro que los Hays no hayan podido venir a cenar. Tendremos la noche para nosotros solos, temía que te cansaras en la ciudad, Nell.

—Oh, cierto que hemos ido de un lado para otro sin parar, pero es bueno moverse un poco. Así se aprecia más esta extraordinaria quietud del campo.

—Es maravillosa —repitió George.

Echo una mirada apreciativa por todo el paisaje.

—No existe otro lugar en Inglaterra que hubiera deseado tanto poseer como éste. Hay una atmósfera especial por aquí.

Nell asintió con la cabeza.

—Sé a qué te refieres.

—Me hubiera disgustado mucho la idea de que todo esto hubiese ido a parar a manos como… las de los Levinne, por ejemplo.

—Te entiendo, aunque Sebastián es sumamente simpático e inteligente. Tiene un gusto excelente. Sabe elegir.

—Sí. Sobre todo cuando se trata de conocer las inclinaciones del público. No sé si tiene gusto o no; pero nadie discutirá que conoce el gusto ajeno.

George hablaba en tono seco.

—Un éxito tras otro —añadió—. Y apenas algún raro «succès d'estime», que le viene bien para simular que no va únicamente detrás del dinero. Su apariencia responde a la perfección a su carácter. Cada vez está más zalamero y relamido. Hay una caricatura suya en el *Punch* de esta semana. Muy justa.

—Sebastián ha de ser la delicia de los caricaturistas —dijo Nell sonriendo—. Con sus enormes orejas y sus pómulos prominentes y

muy altos… De niño tenía ya un aspecto especial.

—Me causa gracia pensar en todos vosotros jugando por aquí cuando erais críos. A propósito, te tengo reservada una sorpresa. Una amiga, a quien hace tiempo que no has visto, vendrá a almorzar hoy mismo.

—¿No será Josephine?

—No. Jane Harding.

—¡Jane Harding! Pero ¿cómo…?

—Me la encontré ayer en Wiltsbury. Está de gira con una compañía de teatro.

—¡Jane! Sabes, George, ignoraba que la conocieras.

—Pues sí. Fuimos presentados cuando yo estaba en Servia, durante la campaña de socorros de guerra. Salimos juntos algunas veces. Te escribí contándotelo.

—¿Sí? Pues no lo recuerdo.

Algo en la entonación de su voz pareció sobresaltar a George.

—No te disgusta, ¿verdad, cariño? —dijo ansiosamente—. Pensé que al invitarla te daría una sorpresa agradable. Siempre pensé que erais buenas amigas. Si te desagrada el programa podría llamarla por teléfono, y…

—No, no. Claro que no me disgusta. Por el contrario. Estaré encantada de verla otra vez. Sólo que la noticia me cogió desprevenida. Quiero decir que no la esperaba.

George se tranquilizó.

—Pues ya está. Jane me ha dicho que un norteamericano llamado Bleibner, a quien conocí mucho en Nueva York años atrás, se encuentra casualmente en Wiltsbury. Quisiera enseñarle las ruinas de la abadía. Se especializa en esta clase de antigüedades. ¿Te importaría que le invitara también a él?

—Naturalmente que no me importa. Dile que venga con Jane.

—Veré si puedo localizarle por teléfono ahora. Tenía idea de llamarle anoche, pero se me olvidó.

Dejándola, fue de nuevo al interior de la casa. Nell frunció el ceño al quedar sola.

George había reaccionado correctamente, cuando notó el efecto que el nombre de Jane Harding producía sobre su esposa. Por alguna razón no explicable, le disgustaba que Jane fuera a almorzar con ellos aquel día. En verdad, no tenía interés alguno en ver a

Jane. La sola mención de su nombre parecía haber alterado la serenidad de la mañana. «Todo era tan bello —pensó— y ahora…».

Estaba fastidiada. Sí, fastidiada. Temía a Jane. Siempre la había temido. Era de esa clase de personas de las que nunca se puede estar segura. Se las arreglaba para…, ¿cómo expresarlo?, para complicar las cosas. Todo lo complicaba. Y Nell no quería ninguna complicación en su vida presente.

Inadvertidamente pensó: «¿Cómo se las habrá arreglado George para conocerla en Servia? ¡Qué situaciones tan molestas suelen presentarse de improviso!».

—Sin embargo, era absurdo sentirse atemorizada por Jane. Ahora ya no podía hacerle daño alguno. No era más que una fracasada. De lo contrario, no integraría un elenco que actuaba en provincias.

Según se dice, hay que ser leal con los viejos amigos, y Jane lo era. Ahora vería cómo Nell entendía la lealtad. Con un brillo de seguridad en los ojos, subió las escaleras para cambiar su vestido por otro de *crêpe*, de suave color gris, que armonizaba magníficamente con el collar de perlas que le regalara George en el último aniversario de bodas. Puso especial cuidado en su maquillaje, dando rienda suelta a oscuros instintos femeninos.

—Menos mal —dijo casi en voz alta— que estará presente ese otro americano. Contribuirá a hacer las cosas más fáciles.

¿Por qué suponía que la situación iba a ser difícil? No encontró respuesta a su pregunta.

George subió a buscarla cuando se aplicaba un último toque de polvos.

—Jane ha llegado —dijo—. Está en el salón.

—¿Y el señor Bleibner?

—No podrá venir. ¡Lástima! Tenía un compromiso para almorzar. Pero vendrá más tarde.

—¡Oh!

Bajó lentamente hasta la planta baja. Era ridículo, pero sentía aprensión. Pobre Jane, se decía a sí misma, sólo merece lástima y es preciso ser amable con ella. Ha de ser terrible perder la voz y llegar a encontrarse en la situación en que está.

Pero Jane no parecía necesitar la piedad de nadie. Repantigada en el gran sofá, con expresión despreocupada, miraba en torno

suyo.

—Hola, Nell —exclamó al verla—. Bueno, parece que has encontrado un sabroso agujero donde enterrarte.

A Nell le pareció una frase ultrajante. Endureció un poco su propia actitud. De momento no supo qué responder, situación que no mejoró al encontrar los ojos de la visitante, que parecían hervir maliciosamente de burla. Se estrecharon las manos y, en aquel mismo momento, a Nell se le ocurrió decir:

—Creo no haberte entendido bien.

—Pues me refería a todo esto —repuso Jane paseando una mano por el aire—. A esta prodigalidad palaciega, a los corteses lacayos, a la cocinera de gran sueldo que sin duda tienes, a los demás sirvientes de silencioso andar, entre los cuales habrá, supongo, una doncella francesa, a los baños aromatizados que te darás cada día con ayuda de las últimas novedades en materia de sales, a los cinco o seis jardineros, a los lujosos automóviles, a tus caros vestidos y a tus perlas que, a la legua se ve, son genuinas. ¿No te pegas una vida fenomenal? Oh, estoy segura de que sí.

—Cuéntame de ti —dijo Nell tomando asiento junto a ella en el sofá.

Los ojos de Jane se entrecerraron.

—Astuta respuesta que me estaba mereciendo —dijo—. Lo siento, Nell; estuve mal. Pero es que te veo tan regia y ceremonial… Me cuesta enfrentar a personas como tú.

Poniéndose en pie, comenzó a recorrer el gran salón.

—Así que ésta era la casa de Vernon Deyre —murmuró—. No la había visto nunca. Sólo la conocía de oídas.

Guardó silencio un momento.

—¿Has cambiado muchas cosas? —preguntó de pronto con cierta brusquedad.

—Lo menos posible. Hemos dejado la casa como era. Pero se han hecho reparaciones y modificaciones de cierta importancia para dejarla más cómoda.

Continuó explicándole que las cortinas, los empapelados, los tapices, etcétera, habían sido cambiados. Por lo demás cada vez que George encontraba en algún sitio algo que armonizaba con la casa, solía comprarlo.

Mientras hablaba, Jane no dejaba de escrutarla con atención.

Nell estaba nerviosa. Era incapaz de descifrar lo que aquellos ojos expresaban.

Antes de que terminaran de intercambiar aquellas frases iniciales, George entró en la habitación, invitándolas a pasar al comedor.

Primero se habló de Servia y de los amigos que Jane y George habían hecho por allí. Luego el matrimonio mostró interés en la vida de Jane y en su teatro. George dijo algo sobre la voz de la visitante y, con gran tacto, deploró lo que lo había sucedido. No pasó de los lugares comunes y Jane no dramatizó innecesariamente su problema.

—Todo sucedió por mi culpa —dijo—. Me empeñé en cantar partituras que no eran para mí y mi voz no quiso acompañar mis deseos.

Sebastián Levinne, siguió diciendo, se había portado como magnífico amigo. Ahora insistía en darle el papel principal en una obra que tal vez montara en Londres; pero Jane le había dicho que antes necesitaba aprender cabalmente el oficio.

—Cantar ópera significa, desde luego, actuar —agregó—, pero diferencias que es preciso dominar. La graduación de la intensidad vocal, por ejemplo. Además los efectos varían. En el teatro son más sutiles, menos amplios.

En otoño pensaba debutar en Londres con algo que no le resultaba demasiado desconocido. Se trataba de una versión puramente teatral, no musicada, de *Tosca*.

Luego Jane, dejando a un lado su propia vida, se puso a hablar de Abbots Puissants, preguntando a George sobre sus planes e ideas. El marido de Nell se vio obligado a desempeñar el papel de caballero rural.

Aparentemente no había burla en los ojos de Jane, a pesar de lo cual Nell se sentía incómoda. Hubiese preferido que George no diera detalles. Había algo de ridículo en su manera de hablar. Como si su padre y los padres de su padre hubiesen poseído aquella propiedad desde tiempos inmemoriales.

Bebieron café y salieron luego a la terraza. Pero alguien llamó a George por teléfono, de modo que las dejó, excusándose. Nell propuso a Jane que diesen una vuelta por los jardines.

—Quisiera ver todo esto —dijo la invitada al aceptar—. Me

parece estupendo.

«Lo que tú quieres ver es el hogar de Vernon —pensó Nell—. Por eso has venido. Pero él nunca significó para ti lo que para mí».

Sentía un apasionado deseo de venganza. Que Jane viera… ¿Que viera qué? Ni ella misma lo sabía. Sólo estaba segura de que Jane la juzgaba… y que la declaraba de algún modo culpable.

De pronto, cuando transitaban por un sendero bordeado de flores, se detuvo. Por un lado del mismo corría una pared, en cuyos ladrillos de color rosáceo se recortaban las margaritas.

—Jane, quiero decirte…, explicarte…

Se detuvo, como para reunir valor. Jane se limitaba a mirarla inquisitivamente.

—Seguramente opinas que me porté mal, casándome…, casándome tan pronto.

—Por el contrario —se apresuró a responderle Jane—. Creo que hiciste algo muy sensato.

Nell no quería aquella respuesta. No era lo que esperaba.

—Adoré a Vernon. Le adoré. Cuando le mataron, el corazón casi se me rompió en pedazos. No hablo en imágenes. Es la verdad. Pero yo sabía bien que él no hubiese deseado verme sufrir. Los muertos no quieren que padezcamos.

—¿No?

Nell la miró fijamente.

—Sabía que te afiliabas a tan popular idea —prosiguió Jane—. Pero lo que los muertos probablemente desean es que sepamos ser fuertes y sigamos adelante como antes. Todo el mundo sostiene que no quieren que seamos desgraciados. Sin embargo, no puedo ver en qué se funda semejante actitud, aunque comprendo su carácter acomodaticio y reconfortante. En realidad, pienso que la frase, tan popular hoy en día, ha sido acuñada con el objeto de que todo resulte más fácil. Pero hay quienes no la ventilan con tanta alegría. Y si no hay unanimidad entre los vivos, no alcanzo a ver la razón de que la haya entre los que no viven. Todos sabemos que es muy probable que haya muertos egoístas. Si tienen entendimiento, acaso sean en el más allá tan ególatras como lo fueran en este valle de lágrimas. ¿Por qué habrían de rebosar de sentimientos maravillosos y altruistas de un día para otro? Me hace mucha gracia ver a un despreocupado viudo sumergiendo la galleta en su chocolate al día

siguiente del funeral y exclamar: «Mary no hubiese querido que me privara de mi chocolate». ¿Cómo puede saberlo? Quizá Mary no pare de llorar y de rechinar los dientes (astrales, por supuesto), al verle actuar como si ella nunca hubiese existido. Miles de mujeres desean que sucedan cosas en torno a ellas y que sus seres queridos se agiten un poco. ¿Por qué hemos de sugerir que una vez muertas han de variar?

Nell permaneció silenciosa. No podía coordinar sus pensamientos.

—No quiero decir que Vernon haya sido egoísta ni que se solazara con el pesar ajeno —continuó diciendo Jane—. Tal vez no deseara verte sufrir, realmente. No lo sé. Supongo que tú estarás más capacitada que yo para pronunciarte sobre sus deseos de ultratumba, ya que le has conocido más íntimamente que nadie.

—Sí —se apresuró a apuntar Nell—. Eso es. Sé que él quería mi felicidad, y también que yo viviese en Abbots Puissants. Me consta que se sentiría plenamente satisfecho de verme aquí.

—Lo que él quería era vivir aquí contigo. No es lo mismo.

—No es lo mismo, porque vivir aquí con Vernon y con George son cosas muy dispares para compararlas. Oh, Jane, quisiera poder explicarte. George es muy bueno, pero no representa para mí lo mismo que Vernon.

Se produjo una larga pausa.

—Eres muy afortunada, Nell —dijo Jane.

—¿Por qué? ¿Piensas que me interesa mucho este lujo? ¡Vaya si tuviera que elegir entre esto y Vernon, no dudaría un instante!

—Me lo pregunto.

—¡Jane! Tú, tú…

—Yo creo que piensas eso pero que, llegada la hora de la verdad…

—Ya lo hice una vez.

—No, Nell. Sólo renunciaste a la perspectiva de tener todo esto. Es diferente. El bienestar no formaba parte de tu vida real como ahora.

—¡Jane!

Los ojos de Nell se llenaron de lágrimas. Se volvió.

—Amiga —dijo Jane—. Te estoy tratando desconsideradamente. No hay mal alguno en lo que has hecho. Hasta quizá tengas razón

cuando afirmas que Vernon hubiese preferido que obraras así, puesto que no ignoraba lo importante que es para ti la comprensión y el sentirte protegida. Pero tendrás que reconocer que uno se habitúa a la vida fácil. Si no lo admites hoy, ya verás como mañana me darás la razón. Por otra parte, has tomado como un insulto mis palabras, cuando te expresé que eras afortunada. No pretendí herirte. Sólo pensaba que has logrado coger lo mejor de ambas partes. Si te hubieses casado antes con George, en toda tu vida habrías conseguido librarte de un secreto pesar. Ante cualquier contrariedad hubieses pensado que, de estar casada con Vernon, todo sería mejor, que habías hipotecado tu vida por cobardía. Por otra parte, si hubiese vivido Vernon, acaso los aprietos os hubieran ido separando, hasta hacer que os odiarais. En cambio, tal como salieron los dados, tuviste a Vernon y te sacrificaste. Él está ahora donde ya nada ni nadie podrá tocarlo, mientras tú vives en la abundancia pensando que el amor será para siempre un recuerdo sublime. Bien puedes alimentar esa dicha secreta rodeada de todo esto.

Al terminar sus palabras hizo un amplio gesto con la mano, abarcando la propiedad entera.

Pero Nell no había prestado atención a las frases finales de Jane, porque tenía los ojos bañados por el llanto.

—Sí. Siempre se dice lo mismo: que todo ha de ser para bien. Te lo afirman cuando eres pequeña y vives para confirmar que así es. Dios sabe lo que hace.

—¿Qué sabes tú de Dios, Nell Chetwynd?

Había un deje de agresividad en su pregunta que movió a Nell a mirarla sorprendida. Jane tenía, en efecto, un aspecto amenazante, casi furioso. De repente, su amabilidad se había esfumado.

—¡La voluntad de Dios! La estás confundiendo, me parece, con tu deseo de vivir cómodamente. Para hablar como has hecho has de ignorar mucho sobre Dios. Él no es un espíritu conciliador que te da golpecitos en el hombro para que te pases una existencia despreocupada. Sabes, la Biblia contiene una frase que siempre me aterrorizó: *Esta noche, pedirán cuentas de tu alma. Cuando Dios te llame, asegúrate de tener un alma disponible*.

Hizo una pausa.

—Me marcharé —agregó—. No debí haber venido. Si lo hice fue

por ver la casa de Vernon. Siempre tuve curiosidad por saber cómo era. Te pido perdón por lo que te he dicho. La verdad es que necesitas como nadie un lugar tibio y acogedor, una vida regalada que no te exija esfuerzos y te ahorre dificultades. Para ti la vida se llama Nell. Tu persona es lo que más te importa. ¿Qué hay de Vernon? ¿Piensas que le agradó la idea de morir cuando acababa de conocer la felicidad?

Nell echó hacia atrás la cabeza con un gesto de desafío.

—Le hice feliz.

—No pensaba en su felicidad contigo, sino en su música. Tú y Abbots Puissants no erais lo más importante. Vernon era un genio o, mejor dicho, pertenecía a su genio. Y éste es el peor amo que existe: todo ha de serle sacrificado. Tu felicidad apenas hubiese sido una baratija para él. ¿Crees que habría contado para Vernon? En absoluto. Su apetito es voraz y todo lo exige sin darte nada a cambio. La música necesitaba a Vernon, y Vernon está muerto. Ésa es la verdadera tragedia. Sin embargo, tú nunca has considerado el asunto desde ese ángulo, lo cual es explicable, porque eso es algo que temes, pues no aporta nada en bien de tu felicidad y de tu anhelo de situaciones seguras. Pero yo te digo que el genio es un monstruo insaciable, y para él no cuentas nada.

De pronto su rostro se relajó y el otrora familiar y sarcástico destello de sus ojos hizo de nuevo su aparición. Nell odiaba particularmente aquella mirada.

—No te preocupes, Nell. Eres sin duda la más fuerte entre todos nosotros. «Tiene magníficas defensas», recuerdo que me dijo cierta vez Sebastián. Hace ya tiempo de esto, pero lo he retenido porque es exacto. Sobrevivirás cuando todos hayamos perecido. Adiós. Siento haberte causado perturbaciones pero es que soy así.

Nell se quedó mirándola mientras se alejaba. Cerró sus puños mientras murmuraba:

—Te odio. Desde siempre.

3

El día había comenzado apacible y Jane lo había arruinado. Con

los ojos llorosos, Nell se preguntaba por qué la gente no la dejaba tranquila. Jane era desagradable, con sus horribles ojos burlones y sus palabras impertinentes, hechas para herir donde más te doliera.

A la mismísima Joe le había parecido muy razonable que se casara con George. Ella había comprendido perfectamente la situación. Nell se sentía agraviada y herida. ¿Por qué tendría Jane que ser tan molesta? Qué frases tan inoportunas las suyas… tan poco religiosas… Todo el mundo sabe que los muertos quieren que seamos valientes y joviales.

¿Y el descaro con que le había citado la Biblia? Nada menos que ella, la concubina de aquel ruso, pecadora e inmoral. Nell sintió el agradable calorcillo de la virtud y la superioridad de su íntegra templanza. Dijeran lo que dijesen hoy en día, seguía habiendo dos clases de mujeres: ella encarnaba a una y Jane a la otra. Era atractiva, como todas las de su especie, y quizás ésta fuera la causa de que la atemorizara en el pasado. Desplegaba un extraño poder sobre los hombres. Era mala de arriba abajo.

Mientras cavilaba, Nell recorría la senda en uno y otro sentido, sin resolverse a volver a la casa. Prefería tranquilizarse antes. De todos modos, aquella tarde no tenía que hacer nada especial, aparte de escribir unas cartas, en absoluto urgentes. Pero no estaba con ánimos para escribir nada.

Del norteamericano, amigo de su marido, ni se acordaba, de modo que se sorprendió al ver a George que se acercaba a ella acompañado de su viejo amigo, el señor Bleibner. Era un hombre alto y delgado, de aspecto muy pulcro. Le tributó comedidos elogios por la elegancia y belleza de la casa, agregando que sentía gran curiosidad por ver las ruinas de abadía. George pidió a Nell que les acompañara hasta allí.

—Id primero que ya me reuniré con vosotros —respondió ella—. Antes iré a buscar un sombrero. El sol calienta demasiado.

—¿Quieres que te lo traiga yo, cariño?

—No, gracias. Prefiero que sigas con el señor Bleibner. Tardarías mucho en encontrar el que quiero ponerme.

—En eso tiene usted, sin duda, toda la razón, señora Chetwynd. Me explicaba su esposo que tienen idea de restaurar la abadía. Creo que ha de ser algo muy interesante.

—Sólo es uno de nuestros muchos proyectos, señor Bleibner.

—Son ustedes muy afortunados. Esta propiedad es maravillosa. Es un gran placer pasear por aquí. A propósito, me he tomado la libertad de permitir a mi chófer que recorriera los jardines. Espero que a usted no le moleste. Se traía de un hombre muy inteligente y, a su estilo, un caballero.

—Ha hecho usted muy bien. Si acaso deseara ver la casa, diré al mayordomo que se la enseñe.

—Vaya, eso es muy bondadoso de su parte, señora Chetwynd. Cuando pregunté a su esposo si no tenía inconveniente en permitir al hombre que recorriera la propiedad, lo hice guiado por la idea de que todas las clases sociales han de tener la posibilidad de apreciar la belleza. Es algo que, sin duda, contribuirá a unir a los pueblos en la Liga de las Naciones.

Nell decidió no detenerse a oír al señor Bleibner, que amenazaba con una conferencia, larga y llena de énfasis sobre la utilidad y ventajas de la Liga de las Naciones. Se excusó y se puso en camino hacia la casa.

Algunos norteamericanos son muy tediosos. Gracias a Dios George no era de ellos. Su marido era casi perfecto. De nuevo la invadió el grato y cálido sentimiento que se adueñara de ella durante la mañana.

Qué tonta había sido al dejarse trastornar por Jane. Nada menos que por ella. ¿Qué importaba lo que Jane dijera o pensara? Nada, naturalmente. Sólo que tenía el extraño don de sacar a la gente de sus casillas.

De todos modos, la entrevista estaba concluida. La dulce ola de tranquilidad volvía a envolverla, brindándole su protección. Abbots Puissants, George, la tierna memoria de Vernon… Todo iba de nuevo bien.

De vuelta en la casa, subió a su dormitorio y, con el sombrero en la mano, bajó alegremente las escaleras. Se detuvo un instante ante el espejo para ponérselo, antes de ir a reunirse con su marido y el señor Bleibner en la vieja abadía. Se mostraría amable con el señor Bleibner.

Descendió los peldaños que, de la terraza, llevaban a la senda que cruzaba el jardín. Era más tarde de lo que creía. El sol ya descendía majestuosamente, en medio de un terso cielo carmesí.

Junto al estanque de los peces dorados se encontraba un hombre

joven vestido con librea de chófer. Le daba la espalda; pero, al oír sus pasos, se volvió, llevando una mano a su gorra a modo de cortés saludo.

Nell, al verle, quedó paralizada. Mientras permanecía allí, una misteriosa mano pareció oprimirle el corazón.

4

George Green la miraba intensamente.

Se dijo a sí mismo: «Vaya, esto sí que es extraño».

Al llegar a la propiedad, su patrón le había comentado:

—Green, va a ver una de las más antiguas e interesantes residencias campestres de Inglaterra. Estaré aquí, por lo menos, una hora. Acaso algo más. Solicitaré al señor Chetwynd que le permita recorrer el lugar.

Buena persona, aquel anciano, pensó Green con indulgencia, aunque con un sentido algo tonto de las jerarquías, y cierta tendencia paternalista. ¿Por qué no le dejaría en paz? Él no necesitaba que le dijera a cada instante lo que debía o quería hacer. En cuanto a su extraordinaria reverencia por cuanto fuera viejo e histórico, suponía que era algo propio de todos los norteamericanos.

Había que reconocer, sin embargo, que, al elogiar el lugar, el viejo llevaba toda la razón. Bastaba echar un vistazo a la mansión y a sus jardines. Ya había visto en alguna parle fotografías de todo aquello, aunque no recordaba dónde. Decidió recorrer lo que podía ser recorrido, tal como le aconsejara su amo.

Cada detalle estaba minuciosamente cuidado. ¿Quién sería el dueño? Algún ricachón norteamericano, seguro. Aquellos tíos nadaban en pasta. Pero ¿a quién se la habría comprado?

Su dueño anterior había tenido que sufrir una barbaridad al vender aquella maravilla.

Reflexionó en lo mucho que le hubiese gustado ser millonario para tener algo parecido.

Vagó mucho tiempo por los jardines. A lo lejos pudo ver unas ruinas y, junto a ellas, dos siluetas, una de las cuales era la del señor Bleibner. Al viejo le encantaban aquellas cosas.

El sol comenzaba ya a declinar y, contra el cielo encendido, la imponente masa de Abbots Puissants se recortaba en todo su esplendor.

¡Gracioso cómo a veces le parecía a uno que determinados episodios ya le habían sucedido antes! Por un instante, Green hubiese jurado que ya había estado antes allí mismo, contemplando la casa bajo el rojizo cielo del atardecer. Y también pudo sentir que aquella extraña sensación de pesadumbre casi dolorosa, le era familiar: no la sufría por primera vez. Sin embargo, algo faltaba. Sí, faltaba una mujer de pelo rubio, cuyos reflejos tenían el mismo color que el cielo.

Miró en dirección contraria; pero a sus espaldas oyó pasos lejanos, de modo que volvió la mirada hacia la mansión. Momentáneamente le invadió una sensación de desengaño. Allí se encontraba una mujer joven y esbelta. Era rubia sí; pero sus cabellos no ostentaban los brillos rojizos de la imagen que se presentara poco antes a los ojos de su imaginación. El pelo que escapaba bajo el sombrero de la joven era dorado, no del color del cielo crepuscular.

La saludó llevándose cortésmente una mano a la gorra.

Extraña señora, pensó. Se había quedado inmóvil, como transformada en estatua de piedra, mientras todos los colores imaginables se sucedían en su rostro. Le miraba con ojos aterrorizados.

Luego, con una ligera exclamación, salió disparada por el sendero.

Entonces se dijo: «Vaya, esto sí que es extraño».

Tenía que ser algo chalada, pensó.

Volvió a pasear sin rumbo fijo.

CAPÍTULO SEGUNDO

1

Sebastián Levinne estaba sentado ante la mesa de su escritorio, estudiando los detalles de un contrato delicado, cuando le trajeron un telegrama. Como no recibía menos de cuarenta o cincuenta al día, lo abrió con gesto rutinario. Pero al leer éste, lo retuvo en su mano sin poder apartar de su vista el mensaje.

Dobló el papel y lo deslizó en uno de sus bolsillos. Se puso en pie y, al pasar frente a la mesa de su secretario, le dijo:

—Lewis, siga adelante con este asunto. Haga lo que pueda. Me llaman con urgencia y he de salir de la ciudad.

Su acento era seco. El hombre se disponía a decirle algo importante, sin duda, pero no quiso retrasarle. Saliendo de la habitación, apenas se detuvo para decir a otra auxiliar de su oficina que cancelara las citas programadas para ese día.

Se dirigió a su casa y, una vez en ella, metió a voleo unas cuantas prendas de ropa en un maletín. Poco después estaba en la calle, donde cogió un taxi hasta la estación de Waterloo. Allí sacó el telegrama del bolsillo y volvió a leerlo:

> Por favor, ven cuanto antes si puedes. Muy urgente. Wilts Hotel, Wiltsbury. Jane.

El hecho de no dudar un instante en acudir a la llamada era sintomático de la confianza y el respeto que Sebastián sentía por Jane. No existía ninguna persona en el mundo en quien confiara más. Si decía que algo era urgente, no cabía duda de que lo era; de modo que obedeció a la cita sin detenerse siquiera a pensar en las

complicaciones que de la misma pudieran derivarse. Por nadie en el mundo Sebastián habría hecho aquello. Sólo por Jane.

Al llegar a Wiltsbury se fue derecho al hotel. Preguntó por su amiga. Se le hizo subir a su habitación, donde Jane le esperaba. Y al verle, le tendió ambos brazos.

—Sebastián, querido, ¿cómo has hecho para llegar tan pronto?

—Vine de inmediato.

Se quitó el abrigo, colocándolo a continuación en el respaldo de una silla.

—¿Qué sucede, Jane?

—Vernon.

Sebastián la miró con expresión intrigada.

—¿Y bien?

—¡Que no está muerto! ¡Le he visto!

Sebastián la miró fijamente. Luego buscó una silla y, acercándola a la mesa, tomó asiento.

—Es algo que no te sucede con frecuencia. Jane; pero yo diría que, por una vez en tu vida, has estado viendo visiones.

—Te aseguro que no me equivoco. Supongo que de vez cuando el Ministerio de la Guerra comete equivocaciones ¿no es así?

—Sí que se han cometido errores. Más de uno. Pero han sido enmendados rápidamente, como es lógico. Si Vernon está vivo, ¿qué ha estado haciendo todo este tiempo?

Jane movió la cabeza.

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que le he visto como te estoy viendo a ti.

Hablaba concisamente. Pero el tono de su voz era confiado.

Sebastián no le quitaba los ojos de encima. Por fin asintió.

—Cuéntame.

Jane habló con serenidad y compostura.

—Hay por aquí un norteamericano, un tal señor Bleibner, que conocí en Servia. Nos cruzamos hace unos días por la calle y nos reconocimos, aunque hacía tiempo que no nos veíamos. Me dijo que paraba en el County Hotel y me pidió que almorzara con él hoy. Fui. Después de la comida se puso a llover y él se negó a que regresara aquí andando. Entones mandó a buscar su coche, para que el chófer me trajese. Sebastián, asómbrate: su chófer era Vernon. Me miró, pero como si fuera una extraña. No supo quién era.

Sebastián reflexionó brevemente.

—Estás segura, supongo, que no se trata de un gran parecido.

—Por completo.

—Pues entonces, ¿por qué no te reconoció? Fingiría, por alguna razón.

—Oh, no. Al menos, no lo creo. No, no fingía. Lo hubiera advertido por algún gesto, algún sobresalto, por débil que fuera. No, Sebastián. Era imposible que se controlara de esa manera. Para eso tendría que haber sabido previamente que iba a encontrarse conmigo, lo cual no era posible. Por otra parte, está… distinto.

—¿En qué sentido?

Jane meditó un poco.

—Es difícil de explicar. Parece más feliz y alegre. Me recordó algo a… su madre.

—Esto es extraordinario —dijo Sebastián—. Me alegro de que me hayas llamado. Si se trata, en realidad, de Vernon habrá complicaciones, empezando por el nuevo matrimonio de Nell. Habrá que evitar que los periodistas se enteren, pues si lo hacen, no veas el jaleo que se va a armar. ¿Te imaginas qué delicia para los diarios echar mano de un enredo así?

Poniéndose en pie, comenzó a recorrer la habitación de un lado a otro.

—Lo primero que hay que hacer es tratar de conectarse con ese Bleibner.

—Ya le he telefoneado. Me prometió que estaría aquí a las seis y media. No le cité muy tarde, aun pensando que quizá tú no pudieras acudir de inmediato. De todos modos, aparecerá de un momento a otro.

—Excelente idea, Jane. Ya oiremos lo que nos puede decir.

Llamaron a la puerta, anunciando al señor Bleibner. Jane se puso en pie para ir a su encuentro.

—Ha sido usted muy amable al venir, señor Bleibner —dijo Jane.

—En absoluto —repuso el norteamericano—. Me encanta someterme al deseo de las señoras. Por otra parte, me ha dicho usted que necesitaba verme por algo urgente.

—Lo es. Le presento al señor Sebastián Levinne.

—¿El famoso señor Levinne? Por cierto, es un gran placer para

mí conocerle, señor.

Los dos hombres se estrecharon las manos.

—Y ahora, señor Bleibner —dijo Jane—. Entraré en materia sin rodeos. ¿Cuánto tiempo hace que tiene usted a su chófer actual y qué puede decirnos de él?

El señor Bleibner estaba muy sorprendido y no dejó de evidenciarlo.

—¿Green? ¿Desean ustedes saber de Green?

—Sí.

—Pues mire usted… —repuso el norteamericano lentamente—. No tengo inconveniente en decirles lo que sé de él. En especial porque no dudo de que la curiosidad de ustedes ha de hallarse fundada en buenas razones. Aunque no la conozco a usted mucho, señorita Harding, estoy seguro de lo que he dicho. Conocí a Green en Holanda poco después de firmarse el armisticio. Trabajaba en un garaje. Al ver que el hombre era inglés, comencé a interesarme por él. Le pedí que me contara algo de su vida, pero sólo me respondió con vaguedades, por lo que temí, al principio, que tuviera algún pasado deshonroso y deseara ocultarlo. Sin embargo al tratarlo más asiduamente cambié de opinión. Lo que parecía ocurrir era que la cabeza de Green, por alguna razón que ignoraba, no estaba lúcida en lo referente a su vida anterior. Conocía su nombre y el del lugar del cual procedía pero poco más.

—Había perdido la memoria —dijo Sebastián por lo bajo—. Ya veo.

—Su padre, según me contó, había muerto en la guerra sudafricana. Le recordaba cantando en el coro de la aldea. También se acordaba de un hermano suyo, a quien llamaba por el apodo de Squirrel (Ardilla).

—¿Y estaba seguro de su apellido?

—Oh, sí. En realidad lo llevaba apuntado en una libreta pequeña que guardaba entre sus ropas. Resultó víctima de un accidente: le atropelló un camión. En el hospital le encontraron la libreta y vieron su nombre escrito en una de las páginas. Para asegurarse, le preguntaron si su apellido era Green y él contestó afirmativamente, agregando que su primer nombre era George. En el garaje donde trabajaba le tenían mucho afecto, pues su fácil sonrisa y su constante buen humor le hacían simpático. No creo haberle visto

nunca enfadado.

»Yo también le cogí afecto, porque estoy algo familiarizado con individuos que han sufrido *shocks* nerviosos en la guerra. Su condición no era un misterio para mí. A partir del nombre que figuraba en la libreta hice una serie de averiguaciones, no tardando en dar con la clave del problema, porque siempre hay una razón para hacer las cosas. Había una razón para que perdiese la memoria: el cabo George Green, perteneciente a los London Fusiliers, era un desertor.

»Así eran las cosas. Se había acobardado ante los hechos reales y, como se trataba de un buen chico, se sentía incapaz de aceptar tal circunstancia. Le expliqué lo sucedido y él me respondió con sorpresa: «Nunca hubiera pensado en desertar… No, no creo haber desertado». Entonces le dije que allí estaba precisamente la razón por la cual había perdido la memoria, porque no deseaba recordar aquella penosa circunstancia.

»Green me escuchó, pero no creo haberle convencido. Sentí, igual que ahora, una gran simpatía por él y decidí callar. Por otra parte, no creo que nadie me obligue a dar cuenta a las autoridades militares de lo que al fin y al cabo no son más que sospechas. Le cogí a mi servicio, con el fin de brindarle la oportunidad de comenzar de nuevo, y desde entonces no he tenido ocasión de arrepentirme. Es un chófer excelente y persona escrupulosa, puntual y honrada. Ha demostrado, además, ser un buen conocedor de los motores; yo diría que se trata de alguien muy inteligente. Todo ello, unido a su carácter jovial y cortés, justifica mi afecto por él.

El señor Bleibner se detuvo, mirando inquisitivamente a Jane y a Sebastián. Los pálidos rostros de ambos le alarmaron un poco.

—Es horroroso —dijo Jane—. Una de las más tremendas experiencias que puedan sucederle a nadie.

Sebastián se llevó las manos a la cabeza, conservando por un momento la actitud.

—Está bien, Jane —dijo luego—. No te tortures.

Su amiga se puso en pie, plantándose ante el visitante.

—Pienso que ahora somos nosotros los que le debemos una explicación, señor Bleibner. La verdad es que en su chófer he reconocido a un viejo amigo; pero él no pareció recordarme.

—¿Cierto?

—Pero su apellido no era Green —agregó Sebastián.

—¿No? ¿Quiere usted decir que se alistó bajo un nombre falso?

—No. En verdad, aquí hay algo que por ahora me resulta incomprensible, aunque acaso algún día halle la solución. Entretanto me atreveré a solicitarle, señor Bleibner, que no dé usted cuenta de esta conversación a nadie. Absolutamente a nadie. Hay una esposa involucrada y también muchas otras circunstancias y personas. ¿Accede usted a mi petición?

—Mi querido señor —repuso el señor Bleibner—. Puede quedarse tranquilo. Guardaré completo silencio. Pero ¿qué hacer ahora? ¿Desea usted ver a Green?

Sebastián miró a Jane y ella bajó la cabeza.

—Sí —contestó—. Quizá sea lo mejor.

El norteamericano se puso en pie.

—Está abajo. Él me ha traído hasta aquí. Le diré de inmediato que suba a hablar con ustedes.

2

George Green sorteó los peldaños de la escalera con su natural agilidad, mientras pensaba qué habría sucedido a su patrón para trastornarse de aquel modo. El buen hombre parecía consternado.

—La puerta que se halla frente al rellano —le había dicho.

George Green, al llegar frente a la puerta, golpeó suavemente con los nudillos de una mano y esperó.

—Pase —dijo una voz desde el interior.

Obedeció.

Dos personas se encontraban en el cuarto: la señora que él trajera aquel mismo día al hotel (una mujer de lo mejor pensaba) y un hombre alto y algo gordo, de cara amarillenta y orejas prominentes. Algo en aquel hombre le resultaba vagamente familiar. Durante unos momentos se quedó mirando a los dos y ellos a él. «¿Qué sucede a todo el mundo, hoy?», se preguntaba.

—¿Dígame, señor?

La voz del chófer era respetuosa.

—El señor Bleibner me ordenó subir…

El caballero de rostro amarillento pareció cobrar un poco más de vida.

—Sí, sí —dijo—. Muy bien, muy bien… Siéntese…, ejem. Green. ¿Ése es su nombre, no es así?

—Efectivamente, sí, señor. George Green.

Tomó respetuosamente asiento en la silla que se le había indicado. El hombre le alargó su pitillera.

—¿Desea fumar?

Sus ojos pequeños y penetrantes le miraban con tal intensidad que el chófer comenzó a sentirse algo inquieto. Realmente, ¿qué diablos estaba sucediendo?

—Deseaba hacerle algunas preguntas. Para comenzar. ¿Cree haberme visto antes?

Green negó con la cabeza.

—No, señor.

—¿Seguro?

Ligeros signos de incertidumbre se hicieron presentes en el rostro de Green.

—Pues… no… no lo creo, señor.

—Me llamo Sebastián Levinne.

La expresión del visitante se iluminó.

—Ah, pues claro, sí, señor. He visto su fotografía y su nombre en los periódicos. Ahora comprendo por qué veía en usted algo familiar.

Se hizo un breve silencio.

—¿Le dice a usted algo el nombre de Vernon Deyre?

El tono de Sebastián era despreocupado.

—Vernon Deyre… —repitió el hombre con gesto pensativo, frunciendo el ceño—. Sí, ese nombre no me resulta del todo extraño, señor; pero no puedo comprender por qué, ni asociarlo con nada concreto.

Se detuvo, mientras la expresión preocupada y perpleja se tensaba en su rostro.

—Creo haberlo oído pronunciar.

Otra vez se quedó silencioso. Pero en seguida agregó:

—¿Ese caballero ha muerto, no es así?

—¿Es eso lo que usted cree? ¿Que ese hombre ha muerto?

—Sí, señor. Y que es mejor que…

Se interrumpió, ruborizándose un poco.

—Siga, siga —le urgió Sebastián—. ¿Qué iba usted a decir?

Con astucia le instó a que continuara. Sabía que por allí el misterio mostraba una ligera abertura.

—No necesita usted medir sus palabras. El señor Deyre no era pariente mío.

El chófer pareció animarse.

—Iba a decir que es mejor así, aunque en verdad no debiera hacer ninguna afirmación, puesto que no recuerdo nada concreto sobre él. Sólo tengo algo así como una sensación de que… bueno, mejor era que se apartara del camino, por así decirlo; que había complicado las cosas. ¿No es así?

—¿Le conoció usted?

La frente del chófer reflejó el intenso esfuerzo que llevaba a cabo por recordar.

—Lo siento, señor —dijo en tono de disculpa—. Desde la guerra todas las cosas me parecen haberse mezclado un poco. No puedo acordarme con claridad de hechos pasados. Ignoro dónde y cuándo tuve ocasión de encontrarme con el señor Deyre, y por qué le tomé cierta aversión. Únicamente siento cierta alegría al pensar que está muerto. No era una buena persona. Casi podría asegurarlo.

Sobrevino un silencio, que vino a romper un débil sollozo, procedente del otro extremo de la habitación. Sebastián se volvió.

—Telefonea al teatro, Jane —le dijo—. No podrás actuar esta noche.

La mujer hizo un gesto de asentimiento y abandono la habitación. Sebastián se quedó mirándola y luego preguntó al chófer:

—¿Había visto usted antes a la señorita Harding?

—Sí, señor. La traje a su hotel esta tarde después de comer.

Sebastián suspiró. Green le dirigió una mirada interrogante.

—¿Eso ha sido todo, señor? Siento mucho haberle sido de tan poca utilidad; pero, como le he dicho, me siento, bueno, algo raro desde la guerra. La culpa ha sido toda mía. Acaso el señor Bleibner le haya contado… Sí… Parece que no hice honor a mi deber.

Se había ruborizado, pero pronunció la última frase con acento decidido. ¿Les habría contado el viejo la historia que él sostenía, o no? Era mejor decirlo, de todos modos. Pero al hablar, un dolor le

atravesaba el pecho. Sentía vergüenza ¡Era un desertor, un hombre que había huido ante el peligro! Maldito enredo.

Jane volvió al cuarto, ocupando el lugar de antes, detrás de la mesa. Estaba más pálida, pensó Green. Curiosos ojos los suyos, tan profundos y trágicos. Se preguntó en qué pensaría. Quizás hubiese estado prometida al señor Deyre. Pero no. El señor Levinne no le hubiera invitado a hablar libremente, de ser así. Sin duda todo aquello tenía que ver con dinero. Algún testamento o cosa parecida.

El señor Levinne volvió a sus preguntas, sin referirse al tema anterior.

—Tengo entendido que su padre murió en la guerra sudafricana. ¿Es así?

—En efecto, señor.

—¿Le recuerda usted?

—Oh, sí, señor.

—¿Cuál era su aspecto físico?

Green sonrió. Le agradaba rememorar lo referente a su padre.

—Un hombre fuerte, corpulento, con patillas parecidas a costillas de cordero. Sus ojos eran azules y muy brillantes. Le recuerdo a la perfección. Cantaba en el coro de la iglesia parroquial. Tenía voz de barítono.

Sonrió alegremente.

—¿Y le mataron los boers? —insistió Sebastián.

Una súbita sombra de duda se apoderó del rostro de Green.

Parecía perplejo. Sus ojos miraron patéticamente por encima de la mesa y luego a lo lejos. Tenía el aspecto de un perrillo culpable.

—Es extraño —dijo—. Nunca había pensado que algo en mi memoria anduviera mal. Era demasiado viejo para ir a la guerra. Era… Sin embargo, yo habría jurado que… Estoy convencido de…

La expresión desolada de sus ojos era tan intensa que su interlocutor cambió de pregunta.

—No importa, Green. ¿Está usted casado?

—No, señor.

La respuesta había sido rápida y terminante.

—Parece usted muy seguro de este punto —dijo Sebastián sonriendo.

—Lo estoy, señor. El matrimonio sólo sirve para crearle a uno problemas. No hay que enredarse con las mujeres.

Se detuvo, y miró a Jane.

—Oh, lo siento, señora.

Jane sonrió apenas.

—No importa —dijo.

Se hizo un silencio. De pronto Sebastián se volvió hacia ella, diciéndole algo tan rápido y bajo que Green no pudo comprenderle bien. Sin embargo, creyó oír algo así como:

—Es extraordinario su parecido con Sydney Bent. Nunca lo hubiese pensado.

Ambos volvieron a mirar al chófer.

De pronto sintió miedo. Un claro miedo infantil, parecido al que, según creía recordar, le asaltaba cuando era un crío muy pequeño. Algo estaba ocurriendo. De eso comenzaba a estar seguro. Aquellas dos personas, además, lo sabían. Algo pasaba con él.

Se inclinó hacia delante. Estaba ansioso.

—¿Qué sucede? —preguntó en tono seco—. Sin duda ustedes me ocultan algo.

Sus interlocutores no negaron que así fuera. Entretanto seguían escrutándole.

Su miedo fue convirtiéndose en terror. ¿Por qué no hablaban? Sabían cosas sobre él; cosas que no querían revelarle; cosas graves y temibles…

—He preguntado qué es lo que sucede —exclamó con voz alterada.

La mujer se puso en pie. Allá en el fondo de su conciencia algo registró lo airoso de sus movimientos. Se parecía a una estatua que él viera en alguna oportunidad. Jane, saliendo de detrás de la mesa, se acercó a él y le puso una mi, sobre el hombro.

—No se agite —dijo con voz suave y reconfortante—. No hay razón para inquietarse ni temer nada.

Los ojos de Green continuaban interrogando a Sebastián. Aquel hombre sabía; y le iba a decir lo que era.

—En esta guerra han sucedido muchos episodios lamentables y extraños —comenzó expresando Sebastián—. Algunas personas han llegado a olvidar hasta su propio nombre.

Hizo una pausa, que se cargó de significados. Ninguno de ellos, sin embargo, quedó claro para el visitante. Volviendo momentáneamente a su jovialidad característica, dijo:

—Pues lo mío no ha podido ser tan grave. Al menos recuerdo que me llamo Green.

—No, amigo. Te llamas Deyre, Vernon Deyre.

—¿Que yo soy Vernon Deyre? ¿Quiere usted decir que soy su doble, o algo así?

—Oh, no. El verdadero.

El chófer soltó la carcajada.

—Pensé que sería imposible confundirme con un caballero, señor. Ni aunque hubiese una fortuna por medio conseguiría remedarle. Por mucho que fuera el parecido, de inmediato descubrirían la impostura.

El anuncio de Sebastián, lejos de resultar dramático, simplemente parecía tonto a oídos de Green.

El hebreo se inclinó sobre la mesa y repitió su afirmación, poniendo énfasis en cada palabra.

—Dije que eres Vernon Deyre.

Green le miró. Esta vez casi convencido de que su interlocutor hablaba en serio.

—¿No bromea usted?

Sebastián negó lentamente con la cabeza. Green puso los ojos en la mujer que estaba a su lado, viendo en los de ella un brillo de absoluta convicción. Como para que no cupieran dudas, Jane dijo:

—Eres Vernon Deyre. Ambos te conocemos muy bien.

—Pero… pero… —exclamó dominado por la incertidumbre—. Las cosas no suceden así en la vida. Nadie olvida su verdadero nombre.

—Pues tú lo has olvidado.

—Sin embargo, mire usted, señor… Sé que me llamo George Green. Yo… bueno, lo sé.

Miró fijamente a ambos. Pero, lejos de mostrarse convencido, el hombre movió negativamente la cabeza.

Ignoro lo que te ha sucedido en realidad. Esto corresponde a un especialista. Pero de lo que sí estoy seguro es de que tú eres mi amigo Vernon Deyre. No tengo ninguna duda. En absoluto.

—Pues si… dice la verdad, creo que tendría que saberlo.

Se sentía terriblemente confuso, como si de pronto se viera inmerso en un mundo en el que no se podía estar seguro de nada. Aquellas dos personas eran a todas luces bondadosas y honestas.

Green se inclinaba a tener confianza en ambas y a pensar que decían la verdad. Pero en su interior, un oscuro impulso se negaba a aceptar de pleno lo que afirmaban. Estaban apenadas por él, lo cual podía advertir cualquiera con sólo mirarles; y allí radicaba la razón más poderosa de su temor. Pero habría sin duda más revelaciones.

—¿Quién es Vernon Deyre? —preguntó fríamente.

—Procedes de un lugar muy conocido; has nacido y pasado la mayor parte de tu infancia en una propiedad llamada Abbots Puissants…

Green le interrumpió. Estaba asombrado.

—¿Abbots Puissants? ¡Pero si esta misma tarde he llevado allí al señor Bleibner! Usted dice que es mi viejo hogar y yo no lo he reconocido.

De pronto se sentía alegre y desdeñoso. Todo aquel embrollo no era sino un montón de mentiras. ¡Desde luego! ¡Si ya lo había sospechado desde el principio! Sus interlocutores estaban equivocados. De buena fe, sin duda; pero equivocados. Se sintió mejor. Su felicidad volvía con su alivio.

—Luego fuiste a vivir a Birmingham —continuó Sebastián—. Cursaste estudios en Eton y de allí te enviaron a Cambridge. Al terminarlos te radicaste en Londres, donde diste comienzo a tu carrera de compositor. Algún tiempo después completaste una ópera.

Green se reía ahora de buena gana.

—Se equivoca usted de medio a medio, señor. ¡Si yo no distingo una nota de otra!

—Al estallar la guerra, obtuviste un destino en el Cuerpo de Guardia del Rey. Poco antes te habías casado.

Sebastián hizo una pausa para escrutar el rostro del chófer. Pero éste no cambió de expresión.

—Saliste para Francia y, durante la primavera del año siguiente, se te dio por muerto en acción.

Green le contemplaba con incredulidad. ¿De dónde saldría aquella sarta de disparates? Él no recordaba nada.

—Tiene que tratarse de una equivocación —afirmó confiado—. El señor tiene que haber sido lo que se llama mi «doble».

—No, Vernon. La equivocación es imposible —dijo Jane.

Green miraba a la mujer, a Sebastián Levinne y de nuevo a la

mujer. La confiada intimidad que latía en la voz de ella le inclinó más a convencerse de que todo lo que se ha dicho hasta aquel momento era cierto. «Esto es aterrador —se dijo—. Una pesadilla. Cosas así no suceden». El cuerpo entero comenzó a temblarle, sintiéndose incapaz de dominarse.

Sebastián se puso en pie y, dirigiéndose a una esquina del cuarto, donde se veían vasos y botellas, le preparó una bebida fuerte, poniéndola en sus manos.

—Bébete esto, Vernon; te sentará bien. Estás bajo los efectos del *shock*.

Green bebió un buen trago y se sintió más seguro. Sus temblores cesaron.

—Júreme usted por Dios, señor; ¿es cierto lo que acaba de contarme?

—Juro que es cierto —contestó Sebastián.

Llevó su silla junto a la que ocupaba el chófer.

—Vernon, viejo amigo, ¿no puedes recordarme?

Green puso en él una mirada angustiosa. Algo parecía agitarse muy débilmente en su interior. El esfuerzo que debía desplegar le resultaba muy penoso; pero en su conciencia apareció finalmente algo. ¿Qué era?

—Has crecido… —dijo con acento de duda.

Extendiendo una mano, tocó una de las orejas de Sebastián.

—Me parece recordar…

—Recuerda tus orejas, Sebastián —exclamó Jane.

Inclinando la cabeza, la acercó al mantel que cubría la mesa y se puso a reír.

—Oh, basta ya, Jane.

Sebastián volvió a levantarse y, yendo hasta la bandeja de las bebidas, sirvió otra y la puso ante ella.

—Ahora eres tú quien la necesita.

Jane bebió, tras lo cual le devolvió el vaso con una débil sonrisa.

—Lo siento. No me volverá a suceder.

Green proseguía con sus descubrimientos.

—No eres mi hermano, ¿verdad? No, claro. Vivías en la casa vecina. Eso es… éramos vecinos…

—Eso es, chico —exclamó Sebastián dándole palmadas en el hombro—. Eso es. Pero no hagas esfuerzos por recordar. Ya te irá

volviendo poco a poco la memoria. Tranquilízate.

Green miró a Jane.

—¿Eres… eras… mi hermana? Creo recordar algo de una hermana.

Jane negó con la cabeza. Quiso hablar y no pudo. Green se sonrojó.

—Lo siento; no debí…

Sebastián le interrumpió:

—No tienes ninguna hermana, pero sí una prima que vivía en tu casa y que era para ti como si lo fuese. Se llama Josephine, pero todos la llamamos Joe.

Green reflexionó.

—Josephine… Joe… Sí, en efecto. Creo acordarme de algo así. —Hizo una pausa y luego instó patéticamente a Sebastián—. ¿Estás seguro de que mi nombre no es Green?

—Por completo. ¿Por qué? ¿Aún crees que lo es?

—Sí… Y dices que componía música… ¿Música seria, quieres decir? ¿O simplemente música ligera?

—Seria.

—Todo esto es una locura. Eso es, una locura.

—No debes torturarte —le dijo Jane con dulzura—. A mi modo de ver, no hemos hecho bien soltándole de golpe todo esto.

Los ojos de Green iban de uno al otro. Se sentía mareado.

—¿Qué he de hacer? —preguntó, con aspecto de quien se encuentra desamparado.

—Te quedarás aquí, con nosotros —repuso Sebastián firmemente—. Has sufrido un gran *shock*. Entretanto iré a hablar con Bleibner y le explicaré lo que sucede. Es un hombre de bien y entenderá.

—No quisiera verle perjudicado por mi culpa. Ha sido un excelente patrón y se ha mostrado en todo momento muy bueno conmigo.

—Me comprenderá y nada tendrás que lamentar. Por otra parte, ya le hemos adelantado algo de la situación.

—¿Y qué sucederá con el coche? No quiero ni pensar que otro tío vaya a conducirlo. Ahora corre con una precisión…

De nuevo era el chófer eficaz, celoso de su responsabilidad.

—Lo sé, lo sé —dijo Sebastián con impaciencia—. Pero no

pienses en nada de eso, amigo. Ahora, lo más importante es que vuelvas a ser tú mismo cuanto antes. Te pondremos en manos del mejor especialista.

—¿Un médico? ¿Qué tengo yo que ver con médicos? —gimió Green con cierta hostilidad—. Me siento perfectamente.

—Pues tiene que verte un médico. No aquí, sino en Londres. No conviene que se sepa nada del asunto por estos lugares.

Algo en el tono de voz de Sebastián despertó el recelo del chófer. Se puso colorado.

—¿Te refieres a mi condición de desertor?

—No, hombre. A decir verdad, ni me acordaba de ella. Las razones son otras…

Green seguía mirándole, sin comprender.

Sebastián pensó que lo mejor sería explicárselas, puesto que, de todas maneras, el hombre no iba a tardar en conocerlas.

—Sabes, es que, creyéndote muerto, tu esposa… se volvió a casar.

Temía un poco por el efecto de sus palabras; pero Green tomó la cosa por el lado humorístico.

—Es cierto que el detalle parece algo mortificante, ¿no? —comentó sonriendo.

—¿No te importa nada?

—No; sólo me puede importar aquello de lo cual me acuerdo.

Se detuvo, como si considerara por primera vez la situación.

—¿Crees que el señor Deyre… quiero decir yo, la amaba?

—Oh, sí.

De nuevo la sonrisa asomó a los labios de Green.

—¡Y yo estaba tan seguro de ser soltero! Ah, me parece que todo este embrollo es capaz de asustar al más pintado.

Miró a Jane como si necesitara de su apoyo.

—Todo saldrá bien, querido Vernon —afirmó ella.

Guardó silencio por un momento.

—Dices que llevaste al señor Bleibner a Abbots Puissants —le dijo luego—. ¿No viste a una mujer por allí? ¿Alguien de la casa?

—Bueno, vi al señor Chetwynd… Sí… Vi también a una mujer en los jardines. Creo que era la señora de la casa. Era rubia y muy guapa.

—¿Y ella te vio a ti?

—Sí. Pareció como asustada. Se puso palidísima, y de pronto echó a correr como un conejo.

—Dios mío —exclamó Jane, haciendo un esfuerzo por contenerse.

Green cavilaba serenamente sobre el episodio.

Tal vez me reconociera. No sería extraño que fuera alguien que él, es decir, yo, conociera en los viejos tiempos. Es probable que le haya causado la impresión de un fantasma. Sí, eso debió ser.

Pareció muy contento con su solución.

—¿Tenía mi madre el cabello rubio rojizo? —preguntó de pronto.

Jane asintió.

—Ahora me explico. —Miró a Jane como si le pidiese disculpas —. Lo siento. Pensaba en algo.

—Iré a ver a Bleibner de inmediato —dijo Sebastián—. Jane cuidará de ti.

Dejó la habitación y Green se inclinó hacia delante en su silla, cogiéndose la cabeza. Se sentía profundamente desgraciado, en especial cuando se hallaba frente a frente con Jane. Sin duda la había conocido; pero no la recordaba en absoluto. Al decirle ella «querido Vernon», algo extraño resonó en él. Pero es embarazoso que alguien le diga a uno que le conoce y no saber de quién se trata. Para él, aquella mujer era una extraña. Pensó que, al dirigirle la palabra, tendría que tutearla, llamándola Jane. Sin embargo le costaba hacerlo así. Bueno, probablemente se acostumbraría. Sebastián, Jane y George… No, Vernon. Extraño nombre. Vernon. Algo tonto. Sin duda se trataba de algún majadero.

Se sentía solo, alejado de la realidad. Al levantar los ojos, encontró los de Jane que no cesaban de mirarle. La piedad y comprensión que leyó en ellos le ayudaron, y se sintió algo menos miserable.

—Ha de ser terrible encontrarse en tu situación —dijo ella—. Sobre todo, de golpe.

—Es algo difícil, en efecto —repuso él—. Es imposible saber dónde te encuentras. Todo parece dudoso.

—Comprendo.

No dijo nada más, limitándose a guardar silencio y quedarse inmóvil. La cabeza del hombre fue inclinándose hacia delante.

Sentía sueño.

En realidad sólo durmió unos minutos, aunque a él le parecieron horas. Al abrir los ojos pudo ver que Jane había apagado todas las luces, a excepción de una. Se sobresaltó.

—No te alarmes —dijo ella en seguida.

Respirando con dificultad, como si viviera una pesadilla, fijó sus ojos en Jane. Algo iba a ocurrir. Algo peor que todo Io sucedido hasta entonces, aunque él no sabía bien qué.

Estaba seguro de que así sería.

Jane se puso rápidamente en pie.

—¡Quédate conmigo! —gritó entonces él—. ¡Por Dios, quédate junto a mí!

No pudo comprender por qué el rostro de ella se contrajo en un gesto de dolor. ¿Qué había dicho para suscitar en la mujer aquel gesto?

—No me dejes —repitió, en tono más sereno—. Quédate conmigo.

Ella fue a sentarse a su lado, cogiéndole una mano.

—No me iré —le dijo con dulzura.

Aquellas palabras infundieron tranquilidad en el ánimo del hombre. Un par de minutos después dormía de nuevo al despertar lo hizo sin sobresalto alguno. El cuarto estaba igual que antes y su mano entre las de ella.

—¿No eres… no eres mi hermana? —preguntó con recelo—. ¿Eres… eres, quiero decir, mi amiga?

—Sí.

—¿Una buena amiga?

—Sí, una buena amiga.

El hombre se detuvo. Una idea se iba apoderando de su conciencia.

—¿Eres… mi esposa, no es así?

Estaba seguro de ello.

Jane retiró sus manos. En su rostro se veía una expresión cuyo significado él no podía comprender, pero le aterraba. Ella se incorporó.

—No —repuso—. No soy tu esposa.

—¡Oh! Pensé…

—No importa.

En aquel momento entró Sebastián y detuvo su mirada en Jane.

—Me alegro de que hayas vuelto —dijo la joven con una sonrisa que más parecía una mueca—. Me alegro… de que hayas vuelto.

3

Jane y Sebastián hablaron largo y tendido hasta muy avanzada la noche. ¿Qué había que hacer? ¿Qué decir?

Era preciso considerar la situación de Nell. Lo primero que había que hacer era informarla de lo que sucedía, puesto que era la persona más directamente involucrada.

—Si es que no lo sabe ya —dijo Jane.

—¿Crees eso?

—Bueno, parece evidente que ya se ha encontrado con él.

—Sí; pero pudo haber pensado que se trataba tan sólo de alguien muy parecido a Vernon.

Jane no respondió.

—¿No lo crees así?

—No sé.

—Diablos, Jane, comprenderás que, de haberle reconocido, hubiese hecho algo. Habría sentido impulsos de interrogarle o de preguntar a Bleibner. Ya han pasado dos días y no ha dado señales de vida.

—Ya.

—No pudo haberle identificado. Pienso que se limitó a encontrarse con el chófer de Bleibner y, al notar la semejanza, salió disparada a causa de la sorpresa.

—Podría ser.

—¿Qué guardas en tu cabeza, Jane?

—Reflexiona, Sebastián. Nosotros le reconocimos de inmediato.

—Di, más bien, que tú le reconociste. Yo ya lo sabía al verle.

—Pero también hubieses advertido de inmediato que era él, aunque yo no te hubiera dicho nada.

—Sí, creo que sí. Pero has de tener en cuenta que le conocía tan bien…

—¿Mejor que Nell?

Sebastián la miró muy serio.

—¿Adónde quieres llegar?

—Oh, no lo sé.

—Sí que lo sabes. ¿Qué es lo que realmente crees que ha ocurrido?

Jane esperó para responder.

—Mi opinión es que Nell le encontró de repente en el jardín y que, de momento, pensó que tenía ante sí al propio Vernon. Pero luego se convenció a sí misma de que tan sólo se trataba de un parecido casual.

—Bueno, algo así es lo que he estado sosteniendo hasta ahora —dijo, sin dejar de mostrarse algo perplejo.

—Sin duda.

—Venga, dime si hay alguna diferencia entre tus puntos de vista y los míos.

—Sólo veo una.

—Que tú y yo hubiésemos querido que Green fuese Vernon, aunque no lo fuera.

—¿Y Nell no? No creo que haya llegado a enamorarse hasta ese punto de George Chetwynd.

—No sé si a enamorarse; pero lo cierto es que le tiene mucho afecto, aunque Vernon haya sido su único amor.

—Muy bien. ¿O eso empeora las cosas? Esto es un embrollo de mil demonios. Por otra parte, ¿qué sucederá con su familia? Me refiero a su madre y a los Bent.

—Nell ha de estar informada antes que ellos. La señora Deyre lanzaría la noticia a los cuatro vientos nada más saberla, lo cual no estaría bien para Vernon ni para Nell.

—Creo que llevas toda la razón. Ahora bien, tengo un proyecto: llevar a Vernon mañana mismo a Londres para que le examine un especialista, y obrar de acuerdo con lo que éste aconseje.

Jane replicó que éste le parecía el mejor camino a seguir. Se puso en pie, dispuesta a irse a la cama. Ya estaba subiendo la escalera, cuando se volvió a su amigo.

—Me pregunto si estamos obrando bien al devolverle su verdadera identidad. Sabes, Sebastián, parecía ser tan feliz.

—¿Quieres decir, feliz con ser George Green?

—Sí. ¿Estás seguro de obrar de la mejor manera? ¿No estaremos

equivocados?

—No. Estoy completamente seguro de mis acciones. No es deseable para nadie vivir ilegítimamente.

—Estoy de acuerdo. Sin embargo, lo que me da que pensar es que parecía tan normal… tan alegre y contento… Era feliz, Sebastián. Eso es lo que no puedo borrar de mi mente. Era un hombre dichoso con su suerte. Ten en cuenta que ninguno de nosotros es muy feliz.

Sebastián no hizo ningún comentario.

CAPÍTULO TERCERO

1

Dos días más tarde Sebastián Levinne llegaba a Abbots Puissants. El mayordomo que le atendió no estaba seguro de que la señora Chetwynd pudiese recibirle. En aquel momento se encontraba descansando.

El visitante le solicitó que le diese su nombre. Estaba seguro de que la señora querría verle. El hombre le condujo al salón, que a Sebastián le pareció muy silencioso y escasamente amueblado, aunque con lujo. En conjunto, la estancia presentaba un aspecto muy diferente al que le fuera familiar durante su infancia. Pensó que, por entonces, sí que aquélla era una verdadera casa. ¿Qué quería decir? Pues que ahora el lugar tenía una vaga atmósfera de museo. Todo estaba perfectamente dispuesto y armonizado. Cuanto no fuera auténtico había sido reemplazado por objetos que, sin ninguna duda, lo eran. Las alfombras, tapices y cortinas se veían nuevas.

«Esto ha de haberles costado un dineral», pensó Sebastián, pasando revista con ojos de entendido atribuyendo a cada elemento su precio sin equivocarse mucho. Sabía muy bien lo que costaban.

Al abrirse la puerta, su ejercicio divagatorio se interrumpió. Nell entró. Sus mejillas estaban rosadas. Extendía la mano a su visitante con actitud amistosa.

—¡Sebastián! ¡Qué sorpresa! Pensé que estabas demasiado atareado en Londres para salir de paseo, como no fuera durante algún fin de semana.

—He perdido veinte mil libras en estos dos días —repuso Sebastián con acento malhumorado, mientras le estrechaba la mano

—. He tenido que descuidar mis asuntos, dejándolos a la deriva. ¿Cómo estás, Nell?

—Espléndidamente.

No lo parecía, pensó él. Por otra parte, ¿no acababa de comunicarle el mayordomo que estaba acostada? Era de suponer que algo le sucedía. Su cara estaba algo tensa y demacrada.

—Siéntate, Sebastián —siguió diciendo Nell—. Pensaría que acabas de correr un largo trecho, tratando de coger un tren en marcha. George no está en casa. Se encuentra en España por negocios y tardará una semana en volver.

—¿Sí?

La situación era propicia. El problema ya estaba bastante enredado sin él. Nell no tenía ni idea…

—Pareces muy preocupado, Sebastián. ¿Sucede algo?

Había planteado la pregunta con acento despreocupado pero Sebastián resolvió contestarla sin rodeos.

—Sí, Nell, pasa algo.

Nell contuvo el aliento con un súbito espasmo. En su ojos se leía el recelo.

—Pues dilo.

Su voz era dura y desconfiada.

—Me temo que lo que voy a decirte te va a causar impresión. Tiene relación con Vernon.

—¿Con Vernon?

Sebastián esperó un momento antes de responder.

—Vernon… está vivo, Nell.

—¿Vivo? —murmuró ella.

Su mano se le fue instintivamente al corazón.

—Sí.

Nell no reaccionó como Sebastián se había imaginado. Ni se desmayó, ni se puso a dar gritos ni a plantear vehementes preguntas. Sólo tenía la mirada fija, con lo cual se confirmó la sospecha que alentara el astuto judío.

—¿Lo sabías, verdad?

—No, no.

—Pensé que acaso le hubieras visto el otro día, cuando vino aquí.

—¿De modo que era Vernon?

La interrogación escapó de sus labios casi como un grito. Sebastián asintió con la cabeza. Ahora comprendía que llevaba razón cuando le había dicho a Jane que quizá le hubiera visto y no hubiera dado crédito a sus ojos en aquel momento.

—¿Qué pensaste? ¿Que estabas simplemente ante un hombre de parecido extraordinario?

—Eso mismo. ¿Cómo podía imaginar que se trataba del propio Vernon? Él me miró sin dar muestras de reconocerme.

—Es que ha perdido la memoria, Nell.

—¿Qué dices?

—Lo que has oído.

Le contó la historia, narrándole los detalles que conocía. Fue lo más meticuloso posible, y Nell le escuchó, aunque prestándole menor atención de la previsible.

—Bueno —dijo, cuando Sebastián hubo concluido—. Pero ¿qué se puede hacer? ¿Recobrará su memoria? ¿Y qué conducta nos corresponde adoptar?

Le explicó que Vernon se hallaba bajo los cuidados de un especialista. Sometido a sesiones de hipnosis, parte de sus recuerdos ya habían comenzado a aflorar y se esperaba que no pasaría mucho tiempo sin que recobrara la totalidad de su memoria. No entró en detalles técnicos, juzgando acertadamente que los mismos no presentarían interés para ella.

—¿De modo que conseguirá acordarse de todo su pasado?

—Sí.

Nell se echó atrás en su asiento y Sebastián sintió piedad por ella.

—No podrá reprocharte nada, Nell. Ni tú, ni nadie, podía saber que vivía. La noticia de su muerte procedía de fuentes oficiales y era, en consecuencia, definitiva. El caso que se plantea tiene muy escasos antecedentes. Personalmente, sólo conozco uno similar. En la gran mayoría de los casos, el anuncio equivocado de casos de muerte fue corregido de inmediato. Vernon te quiere lo bastante como para comprenderte y olvidar.

Nell no dijo nada. Se limitó a cubrirse el rostro con ambas manos.

—Pensamos, y creo que tú estarás de acuerdo, que es necesario evitar que la noticia corra, por ahora. Podrás hablar del asunto con

Chetwynd, por supuesto. Eventualmente, vosotros dos y el propio Vernon podréis analizar la situación para buscarle una salida.

—Eso es. Nada de filtraciones. Dejemos las cosas como están, de momento. Quisiera ver a Vernon antes de que se supiera algo.

—¿Deseas verle ahora? Podrías venirte conmigo a Londres.

—No, no. No podría. Creo que sería mejor que él mismo viniera a verme. Nadie le reconocerá. La servidumbre es nueva.

—Pues muy bien —dijo Sebastián—. Así se lo comunicaré.

Nell se puso en pie.

—He de… dejarte ahora, Sebastián. Estoy al límite de mis fuerzas. No puedo soportar más esto. Todo es tan horroroso… Hace tan sólo dos días era tan feliz… me sentía tan tranquila…

—Pero, Nell, ¿no te dice nada la perspectiva de ver otra vez a Vernon?

—Oh, claro. No quise decir eso. No me comprendes, la noticia es maravillosa. Oh, vete, Sebastián. Ya sé que no está bien que te eche de mi casa así; pero es que no puedo más. Debes irte.

Sebastián salió de la casa. De vuelta a Londres, pudo reflexionar sobre el caso con tranquilidad.

2

Al quedar sola, Nell volvió a su dormitorio para dejarse caer en la cama, envuelta en su edredón de seda blanca.

Así que, después de todo, era cierto. Se trataba de Vernon. Se había repetido incansablemente a sí misma que era imposible; que sólo se trataba de una ridícula equivocación A pesar de todo no había logrado tranquilizar su ánimo. Y ahora…

¿Qué iba a suceder? ¿Qué diría George cuando se enterara? Pobre George. Había sido muy bondadoso siempre.

Por cierto que muchas mujeres se volvían a casar para encontrarse luego con que su marido anterior vivía aún. Terrible situación, sin duda. En su caso, significaría que nunca había estado casada con George.

Pero no. Era imposible. Cosas así no sucedían. Dios se encargaba de que no sucedieran…

Sin embargo, era mejor no pensar en Dios. Demasiado fresco tenía en la mente lo que Jane había afirmado no hacía mucho tiempo. Precisamente el mismo día…

«Era tan feliz…», pensó, cediendo a la autocompasión.

¿Comprendería Vernon? ¿O le echaría en cara su conducta? Sin duda iba a pedirle que volviera con él. Aunque acaso… ahora que ella y George… ¿Qué pensaba un hombre en casos como éste?

Un divorcio era posible, claro; después podría casarse con George, si así lo deseaba. Sin embargo, la perspectiva se presentaba engorrosa. ¡Qué difícil!

«Pero yo amo a Vernon —pensó de pronto—. ¿Cómo puedo pensar en divorciarme para contraer nuevo matrimonio con George? Quiero a Vernon, que me vuelve del reino de la muerte».

Se agitó nerviosa en su lecho, un magnifico mueble de estilo imperio que George había comprado. Procedía de un *cháteau* francés. Algo único y perfectamente conservado.

Miró en su torno. La decoración del cuarto era absolutamente perfecta. Todo armonizaba; todo era de un gusto exquisito y nada ostentoso.

De pronto le vinieron a la memoria los sillones y el sofá de la casita de Wiltsbury, que Vernon y ella habían alquilado amueblada.

Los muebles eran, naturalmente, horribles. No obstante habían sido feliz entre ellos.

¿Y ahora? Paseó la mirada por la habitación con ojos nuevos. Todo aquello pertenecía a George. Él había comprado Abbots Puissants. ¿O no? Porque ahora su dueño estaba aquí. Sea como fuere, Vernon era ahora tan pobre como antes y no podrían darse el lujo de vivir allí. De algún modo, había que pagar a George las reformas introducidas en la propiedad, en el caso de que Vernon pretendiera inhabilitar la venta de ella. Pensamientos e imágenes se agolpaban tumultuosamente en su cabeza.

Lo mejor era escribir a George, pidiéndole que volviera. Nada de largas explicaciones por ahora. Le diría que era urgente. Nada más. Era demasiado inteligente como para no comprender. George encontraría la solución adecuada.

Aunque tal vez fuera mejor esperar hasta entrevistarse con Vernon. ¿Estaría enfadado? Qué situación tan abrumadora.

Las lágrimas acudieron a sus ojos.

—Es injusto —murmuraba—. Es injusto. Nunca he hecho nada para perjudicar a nadie. ¿Por qué tenía que sucederme esto? Vernon me culpará. Pero ¿qué podía saber yo?

Y de nuevo la idea cruzó por su mente: «¡Era tan feliz!».

3

Vernon escuchaba lo que el médico le decía, tratando de comprenderle. El hombre estaba sentado al otro lado de la mesa y le miraba. Era alto y delgado. Sus ojos parecían llegar a la esencia misma de su interlocutor y ver allí hechos y pensamientos que su propio cliente desconocía.

—Ahora que ha recordado la situación, cuénteme con toda exactitud cómo vio el anuncio de la boda de su mujer.

—¿Hemos de volver necesariamente a eso una y otra vez? Fue demasiado desagradable y no deseo pensar en ello.

Entonces el especialista, con voz amable que no excluía la gravedad, le explicó el caso. Era precisamente a causa de aquel deseo de «no pensar más en ello» por lo que el relato tenía que llegar hasta el final. Vernon debería enfrentar los hechos para poder superarlos. De no ser así, podría repetirse la pérdida de memoria.

Así, pues, comenzaron de nuevo.

Hasta que Vernon sintió que realmente no le quedaban fuerzas para seguir. El doctor le dijo entonces que se tendiera en el diván que se veía cerca de su escritorio. Puso una de sus manos sobre la frente de Vernon, le oprimió ciertas zonas de los brazos y las piernas, le habló persuasivamente insistiendo en que estaba descansando, descansando… y aseguró que pronto se encontraría fuerte y feliz otra vez.

Una sensación beatífica invadió a su paciente.

Cerró los ojos…

Tres días más tarde, Vernon se presentaba en Abbots Puissants. Sebastián Levinne le acompañó en su coche. Dijo al mayordomo que se apellidaba Green. Nell le esperaba en un pequeño cuarto de paredes de madera blanqueada que su madre solía ocupar por las mañanas. Al oír la puerta, acudió a recibirle, tratando de sonreír

adecuadamente. Al entrar Vernon, el mayordomo cerró la puerta tras él. Nell vaciló un poco antes de tenderle la mano.

Sus intensas miradas se encontraron.

—Nell…

Sin saber cómo, se encontró en sus brazos, mientras Vernon la besaba y la besaba…

Al cabo de unos momentos, aflojó la fuerza de su abrazo y ambos tomaron asiento. Vernon estaba tranquilo, pero había una mirada trágica en sus ojos que su dominio de sí mismo no llegaba a sofocar. Había pasado por tantos y tantos sufrimientos en los últimos días…

A menudo pensaba que hubiera sido mejor seguir siendo George Green. Había sido feliz bajo aquella caracterización.

—No debes alarmarte, Nell. No vayas a pensar que te culpo comprendo… Sólo que, como puedes imaginarte, sufro mucho. Es natural.

—Yo no quise…

Vernon la interrumpió.

—Lo sé, te digo; lo sé. No hables del asunto; no quiero oír nada de él. Ni siquiera deseo pensar en este enredo —dijo. En seguida cambió de tono—. Precisamente ahí está mi problema, según afirman los médicos. Quiero decir, la causa de mi amnesia.

—Cuéntame todo.

—Pues no hay mucho que contar —repuso él sin prestar mucho interés a lo sucedido—. Me hicieron prisionero. Ignoro cómo se me dio por muerto, a menos que un pequeño detalle resulte importante. Me refiero a que en el campo había un individuo que se me parecía mucho. Un alemán, sabes. No se trataba de un caso excepcional. No era mi doble ni nada parecido. Sólo que existía entre nosotros una semejanza superficial. Hablo y entiendo mal el alemán, pero algo pude captar de sus conversaciones con camaradas de la guardia a ese respecto. Un día cogieron mi tarjeta de enrolamiento y mi disco de identidad, sin duda con el propósito de meterle en nuestras líneas e infiltrarnos. El momento era indicado porque estábamos siendo relevados por tropas coloniales, y los alemanes lo sabían. El individuo conseguiría así la información que necesitaban. Se trata tan sólo de una hipótesis, pero explica por qué no se me incluyó en la lista de prisioneros británicos y se me envió a otro campo, donde

sólo había franceses y belgas. Pero nada de eso importa ya, ¿no te parece? Sin duda, el alemán que pretendió suplirme cayó muerto al cruzar las líneas y, al comprobarse la identidad, le confundieron conmigo por obra de la documentación que llevaba encima. En consecuencia, le enterraron con mi nombre. Lo pasé bastante mal en Alemania. No sólo llegué herido al campo de prisioneros, sino que en seguida contraje no sé qué peste. Finalmente pude escapar… Bueno, todo lo demás es otra larga historia y no quiero volver a pasar revista a los hechos. Sólo te diré que no fue fácil huir. Carecía de comida y el agua me faltó durante varios días seguidos. Si conseguí llegar a la frontera holandesa, fue por puro milagro. De todos modos, pude hacerlo, aunque al cruzarla me sentía exhausto y con los nervios deshechos. Sólo me guiaba un pensamiento: volver a ti.

—¿Sí?

—Hasta que hojeando una revista ilustrada vi tu retrato y el anuncio de tu boda. El golpe fue brutal y casi acabó conmigo. De inmediato, pues, rechacé la posibilidad de que aquello fuera cierto. Para defenderme me decía que todo se trataba de una horrible equivocación. Salí de la posada donde me hallaba, sin saber adónde iba. Todo se confundía en mi conciencia. De pronto apareció un gran camión por el camino. Creyendo que con él se presentaba mi oportunidad de borrar mi ser de la faz de la tierra, di un salto, plantándome ante él.

—¡Oh, Vernon! —exclamó Nell con un escalofrío.

—Y fue el fin. El fin momentáneo de Vernon Deyre, quiero decir. Al salir del desmayo que sufrí, sólo había un nombre en mi cabeza: el de George Green.

—¿De dónde salió?

—De pequeño imaginaba que tenía un amigo con este nombre; y como la hija de los dueños de la posada donde me alojé en Holanda mantenía relaciones con un soldado de ese nombre, me pidió que le localizara al volver a Inglaterra. Apunté el nombre en una libreta.

—¿No recordaste nada más al salir de tu desvanecimiento?

—No.

—¿No tuviste miedo?

—No, en absoluto. Mi nueva personalidad correspondía un hombre jovial y despreocupado, que no veía más que el lado alegre

de la vida.

De pronto su expresión cobró un tono de añoranza.

—Fui enormemente feliz mientras duró.

La miró fijamente.

—Pero nada de eso importa ya —añadió—. Nada importa excepto tú.

Nell le sonrió; pero su gesto era indeciso y vacilante, aunque de momento Vernon no lo advirtiera así. En consecuencia, siguió hablando.

—He pasado por un verdadero infierno para volver a ser quien soy. Recordar, recordar… hechos desagradables que prefería mantener sepultados en algún rincón secreto de la conciencia… Episodios que no quería enfrentar… Parece que fui un cobarde toda mi vida; alguien que se negaba a encarar los hechos objetivos y prefería huir de los engorros, negando la propia existencia de éstos.

Dejó caer su cabeza sobre las rodillas de Nell.

—Querida Nell… Ahora todo está en orden. Sé que me prefieres a cualquier otro. Porque es así, ¿no?

—Naturalmente.

¿Por qué su respuesta sonó tan mecánica y tan fría a sus propios oídos? Vernon estaba por encima de todo. Minutos antes, cuando los labios de él encontraron los suyos, había sido vertiginosamente transportada a los días maravillosos que pasaran juntos poco después de estallar la guerra. Nunca George pudo despertar en ella aquellas ráfagas de pasión, aquel arrebato…

—Hablas de un modo extraño. Como si tú misma no creyeras lo que dices.

—Por supuesto que lo creo.

—Lo siento por Chetwynd. Mala suerte para él. ¿Cómo ha acogido la noticia? ¿Sufre mucho?

—La ignora.

—¿Qué?

Nell creyó conveniente disculparse.

—Es que se encuentra fuera, de viaje. En España. Y no tengo su dirección.

—Ya veo.

Se detuvo.

—Puede ser complicado para ti, Nell. Doloroso, si él ha sido

bueno contigo. Pero así son las cosas. Nos pertenecemos mutuamente.

—Sí.

Vernon echó un vistazo a su alrededor.

—De todos modos, Chetwynd se quedará con la propiedad, Io cual no puedo decir que me agrade. Soy un mendigo tan poco generoso que hasta quisiera quitarle la casa. Pero, qué diablos, se trata de mi hogar. Ha pertenecido a nuestra familia durante quinientos años. Bueno, ¿qué importa? Jane me dijo cierta vez que no se puede tener todo en la vida. Te tengo a ti, que es lo que más me interesa. Ya encontraremos otro lugar donde instalarnos. Con un par de habitaciones será suficiente.

Sus brazos rodearon a Nell. ¿Por qué ésta sintió una fría desolación cuando Vernon habló de «un par de habitaciones»?

—¡Malditos sean estos chismes! —dijo de pronto Vernon—. Se interponen.

Impetuosamente y riendo, dio un tirón al collar de perlas que ella llevaba puesto, arrojándolo violentamente al suelo. ¡Sus maravillosas perlas! «Bueno —pensó Nell—. De todos modos tendré que devolverlas…». El sentimiento fue penoso. Todas las magníficas joyas con que George la había obsequiado…

¡Pero qué insensible era al pensar en cosas como aquéllas!

Entretanto, Vernon comenzaba a notar un cambio en ella. La miraba con cierta sorpresa.

—Nell, ¿sucede algo?

—Claro que no.

Sin embargo, se sentía incapaz de mirarle de frente. La dominaba una especie de vergüenza.

—Sí que sucede algo —exclamó él—. Cuéntame.

Ella negaba con la cabeza.

—No es nada…

La verdad era que ya nunca podría ser pobre otra vez. Nunca. Era imposible, imposible…

—Nell, debes contarme…

Vernon no debía saber nada. Nunca sabría lo que ella pensaba. Era tal su vergüenza…

—Nell, tú me amas, ¿no es cierto?

—¡Oh, sí!

Las palabras le brotaron, ansiosas por expresar aquella verdad. Porque le amaba. Eso, sin ninguna duda, era cierto.

—¿Qué es lo que pasa, entonces? Tengo la impresión que hay algo… ¡Ah!

Se incorporó. Tenía el rostro lívido. Nell le miraba si acertar a explicarse su conducta.

—¿Es eso, verdad? ¿Vas a tener un hijo? —preguntó susurrante —. Sí, eso debe ser.

Nell permaneció inmóvil, como una figura de piedra… No se le hubiera ocurrido nada por el estilo. Si algo así llegara a ser cierto, vendría a solucionarlo todo. Vernon no podría saber…

—¿No es así?

De nuevo parecía como si hubieran pasado muchas horas. Los pensamientos giraban en torbellino dentro de la cabeza de Nell. No fue su voluntad, sino algo ajeno a ella lo que, al fin, le hizo bajar imperceptiblemente la cabeza…

Vernon se apartó un poco. Al hablar, su voz era áspera y dura.

—Eso altera todo, naturalmente. Pobre Nell. No puedes… no podemos… Escúchame: nadie sabe de este asunto mío. Nadie más que el médico, Jane y Sebastián. Ninguno de ellos dirá nada, te lo aseguro. Y como he sido dado por muerto oficialmente… pues estoy muerto.

Nell esbozó un movimiento vago, pero él, levantando la mano para pedirle que no dijese nada, fue retrocediendo de espaldas hacia la puerta.

—No digas nada, por Dios. No digas nada, Nell. Te lo suplico. Las palabras no harían más que complicar las cosas. Me marcho de aquí. No me atrevería a besarte. Ni siquiera a poner mis manos sobre ti… Adiós.

Nell, que no podía mirarle de frente, oyó que la puerta se abría, cerrándose de nuevo casi en seguida. Intentó un gesto tomo si quisiera llamarle; pero las palabras se negaron a salir de su boca. Tenía la garganta oprimida por la angustia.

Aún quedaba tiempo… Vernon estaba todavía en la casa… No se oía el ruido del automóvil al ser puesto en marcha.

Pero Nell no podía moverse…

Fue un momento amargo aquel en que, contemplando su propia alma, constató su propia bajeza.

—De modo que éste es tu verdadero ser… —tuvo que confesarse.

Sin embargo, permaneció quieta. Ningún sonido escapó de ni boca.

Cuatro años de vida regalada y fácil habían entorpecido su voluntad, ahogado su voz, paralizado su cuerpo…

CAPÍTULO CUARTO

1

—La señorita Harding desea verla, señora.

Nell se sobresaltó. Veinticuatro horas habían transcurrido desde la entrevista con Vernon y pensaba que aquella horrible situación estaba concluida. ¡Y ahora Jane!

La temía…

Podría negarse a verla.

Pero dijo:

—Hágala subir.

Era más tranquila su pequeña salita privada…

Esperó un rato, que se le antojó una eternidad. ¿Se habría marchado? No, ya entraba.

Parecía más alta. Nell estaba extendida en el sofá y se encogió un poco. Jane tenía un rostro malvado. Por lo menos así le había parecido siempre a ella. Pero ahora sus ojos mostraban un brillo especial. En ellos reinaba algo para a la furia vengadora.

El mayordomo abandonó la salita y Jane se plantó ante Nell. De pronto, echando hacia atrás la cabeza, se echó reír.

—No olvides invitarme al bautizo —dijo.

Nell titubeó.

—No sé a qué te refieres —repuso tratando de infundir arrogancia a sus palabras.

—¿Se trata de un secreto de familia? Eres una condenada mentirosa. No estás embarazada. Hasta estoy segura que nunca osarás tener un hijo. Implica riesgos y dolor. ¿Qué te llevó a contar a Vernon ese particular embuste?

—Yo no dije nada —respondió Nell, malhumorada—. Fue él

quien… adivinó.

—Lo cual hace las cosas aún peores.

—No sé qué te propones al venir aquí a insultarme.

Su protesta era débil y carecía de convicción. Hubiera querido que su voz asumiera un tono indignado; pero no fue capaz de encontrarlo. Acaso no le hubiera resultado difícil si su interlocutor fuera otra persona. Con Jane le era imposible. Siempre se las arreglaba para demostrar su capacidad de discernir la verdad por debajo de las apariencias. Era terrible. Nell esperaba que su visita se marchara cuanto antes.

Se puso en pie, tratando de mostrarse decidida.

—No sé qué has venido a hacer a esta casa. Si lo que quieres es montar una escena…

—Oye, Nell. Vas a escuchar la verdad. Ya una vez dejaste a Vernon y él acudió a mí. Sí, a mí. Vivimos juntos tres meses. Hasta que tú llegaste a mi casa aquel día. ¡Ah!, te duele, ya veo. Algo te queda de honradez y me alegro.

»Me lo arrebataste aquella vez. Desde que se fue, nunca más me miró siquiera. Sigue siendo tuyo, si lo quieres. Pero te lo advierto, Nell, si le abandonas de nuevo, volverá a mí: Sí, como lo oyes. Te has hecho ideas sobre mi persona y has creído que debías mirarme por encima del hombro, catalogándome como «cierto tipo de mujer». Pues bien, tal vez por eso, porque pertenezco a «cierto tipo» de mujer, sé más sobre los hombres de lo que tú llegarás a saber nunca. Puedo tener a Vernon si lo deseo; y sucede que sí lo deseo. Siempre le amé.

Un Huero temblor recorrió el cuerpo de Nell. Volvió la cabeza, apretando los puños hasta que las uñas se hundieron en su carne.

—¿Por qué me dices todo esto? Eres un demonio.

—Te lo digo para herirte. Para herirte profundamente antes de que sea demasiado tarde. No; no volverás la cabeza. No podrás evitar que te diga lo que tengo que decirte. Tendrás que mirarme y ver. Ver, sí, con tus ojos, tu corazón y tu cabeza. Amas a Vernon con la minúscula porción que queda de tu miserable alma… Pero ahora lo imaginarás entre mis brazos, mientras sus labios se juntan con los míos o recorren todo mi cuerpo, haciéndolo arder de deseo. Sí… ya lo creo que imaginarás escenas. Y serán ciertas.

»Dentro de poco tiempo ni siquiera eso llegará a conmover tu

alma; pero por ahora sí. ¿Ya no eres bastante mujer como para intentar apoderarte del hombre que amas y que sabes en brazos de otra? ¿De otra a quien odias? «Regalo para Jane, con todo cariño de Nell». ¿Qué te parece?

—Vete de aquí —dijo Nell con voz débil—. Vete de aquí.

—Ya me voy. Aún no es demasiado tarde. Estás a tiempo de desmentir lo que has dejado creer a Vernon.

—Vete de aquí… Vete de aquí…

—Hazlo pronto o no lo harás nunca.

Jane, que estaba ya junto a la puerta, se volvió.

—Vine por el bien de Vernon, no mío. Deseo que vuelva a mi lado y lo lograré… a menos que…

Salió.

Nell seguía arrellanada en su diván, con los puños cerrados. «No será de ella —se decía—. No será de ella».

Quería a Vernon para sí, aquella criatura endemoniada, Vernon la había amado una vez y volvería a amarla. ¿Qué había dicho? «Sus labios se juntan con los míos y recorren todo mi…». Oh, Dios, no podía soportarlo. Saltó de su asiento con intención de coger el teléfono.

La puerta de la habitación se abrió y, al volverse, se encontró con George que mostraba un aspecto despreocupado y jovial.

—Hola, cariño —exclamó mientras iba hasta ella para besarla—. Aquí estoy de vuelta. ¡Qué bravo estaba el mar en el canal! Prefiero cruzar el Atlántico.

Nell había olvidado por completo que George debía llegar aquel día. De todos modos, no era posible contarle de inmediato lo que sucedía. Hubiese resultado demasiado cruel. Por otra parte, era tan difícil irrumpir con tan trágicas noticias en medio de una conversación trivial… Aquella noche más tarde… Entretanto simularía.

Le devolvió mecánicamente su beso de saludo y se sentó para que George le contara de su viaje. Pero antes le dijo:

—Te he traído un regalo, amor mío. Algo que me hizo recordarte.

Extrajo de su bolsillo un estuche de terciopelo.

Dentro, sobre un trozo de raso blanco, había un diamante color rosa, exquisito, sin veta alguna y sujeto a una larga cadena. Nell no

pudo contener una exclamación gozo.

George tomó entre sus dedos la joya y pasó la cadena por la cabeza de Nell, que miró en seguida hacia abajo. La maravillosa piedra relampagueaba entre sus senos, hipnotizándola.

Cogiéndola del brazo, él la llevó hasta el espejo, donde Nell vio a una hermosa mujer de cabellos dorados, muy serena y elegante. Pudo observar sus rizos, sus manos meticulosamente cuidadas, su *negligé* de encaje, sus medias de seda y sus babuchas bordadas. Y en medio de tanto esplendor, la dura y fría magnificencia del diamante rosado.

Detrás estaba George, generoso siempre, bueno, deliciosamente seguro…

Querido George… No podía herirle…

Besos… ¿Qué son los besos después de todo? No valía la pena siquiera pensar en ellos…

Vernon… Jane…

No pensaría en ninguno de los dos. Para bien o para mal había elegido. Quizá la esperaran malos momentos, pero, en conjunto, sería lo mejor. Incluso para Vernon. Si ella no era feliz, ¿cómo iba a serlo él?

—Eres maravilloso, George —dijo—. Me has traído un regalo fastuoso. Toca el timbre y haz que nos suban el té. Merendaremos aquí.

—Estupendo —afirmó él—. Pero ¿no te disponías a telefonear? Me parece que te he interrumpido.

Nell negó con la cabeza.

—No —dijo—. He cambiado de idea.

CARTAS DE VERNON DEYRE A SEBASTIÁN LEVINNE

Moscú.

Querido Sebastián:

¿Sabías que en Rusia existe una leyenda referente a una «bestia sin nombre» que amenaza con caer sobre las gentes?

No quiero decir con eso que la política se mezcle (a propósito, la histeria en relación con el anticristo es curiosa, ¿no lo crees así?) en el hecho. Sólo que dicha leyenda me ha recordado mi propio terror infantil por La Bestia. He pensado mucho en la similitud desde que me encuentro en este país tratando de alcanzar su más íntimo significado.

Porque has de saber que la cosa no se agota en el simple terror ante el piano. El especialista que me atendió en Londres me ha abierto los ojos a multitud de problemas interesantes. Comienzo a comprender, por ejemplo, que toda mi vida he sido un cobarde, aunque no creo que tal confesión signifique sorpresa alguna para ti, Sebastián. Tú no lo dirías con palabras tan claras y brutales. Prefieres, en tales casos, el uso de las perífrasis. Ya me has insinuado mi pusilanimidad en alguna oportunidad. He huido de lo que me disgustaba… Siempre he huido de los hechos.

Ahora, al pensar de nuevo en todo, veo a La Bestia como un símbolo y no como un mueble hecho de madera, por cuyo interior corren cables. ¿Acaso no dicen los matemáticos que el futuro existe al mismo tiempo que el pasado, que viajamos por el tiempo como por el espacio, y que vamos de algo que existe a otro algo que también existe? ¿No se llega incluso a sostener que la acción de recordar es un mero hábito de la mente y que sería posible recordar tanto hacia delante como hacia atrás, si

llegáramos simplemente a dominar el truco que posibilita tal acción? Sé que todo esto, dicho por mí, parece carecer de sentido; pero, según creo, se ha formulado una seria teoría en tal sentido.

Creo que hay algo en cada uno de nosotros capaz de adivinar el futuro y que se halla siempre pendiente de él.

Eso explica, me parece, por qué retrocedemos a veces. Un sexto sentido nos dice que la carga de nuestro destino va a ser pesada, de modo que no osamos enfrentar el futuro… Yo traté de escapar a la música; pero al fin tuve que claudicar: ella me cogió al asistir a aquel concierto. Igual que la religión ganó los ánimos de alguna gente que asistía al acto del Ejército de Salvación.

Se trata de algo diabólico (¿O divino? Si fuese divino esto tiene que fundarse en la voluntad de un celoso Dios del Antiguo Testamento) cuando lo pienso. Traté de aferrarme a varios clavos ardientes con el fin de que la música no me arrastrara: Abbots Puissants, Nell…

¿Y qué me queda al final? Nada. Ni siquiera la maldita música, porque no siento el menor deseo de componer. No oigo ni siento nada. ¿Me volverá el impulso? Así lo cree Jane y parece muy segura. Te envía todo su cariño.

Te abraza,

Vernon.

2

Moscú.

Eres un tío comprensivo, Sebastián. No te quejas porque dejo de hablarte de samovares, de política y de la vida rusa en general. Este país se encuentra, como lo imaginarás, en un lodazal sangriento. ¿Cómo podría hallarse en otra situación? Sin embargo, resulta apasionante… Besos de Jane.

Vernon.

3

Moscú.

Querido Sebastián:

Jane tenía razón al arrastrarme a este país. En primer lugar porque no es probable que aquí surja de pronto alguien, proclamando mi resurrección. En segundo término Rusia es uno de los lugares más interesantes del mundo, desde mi punto de vista, puesto que se parece a un inmenso y libre laboratorio en el que todo el mundo puede experimentar con lo más peligroso. El mundo parece interesarse en Rusia tan sólo desde el ángulo político, económico, alimenticio, moral, sanitario, etcétera.

Olvidan que, a veces, salen hechos apasionantes del vicio, la inmundicia y la anarquía. Las tendencias generales del pensamiento ruso son extraordinarias… En parte se trata de puerilidades infantiles; pero acá y allá apuntan maravillosas ideas, que te sorprenden tanto como la carne elástica y sedosa que a veces puedes distinguir a través de los harapos de un mendigo…

«La Bestia sin Nombre»… El hombre colectivo… ¿Has visto alguna vez el proyecto para el monumento a la revolución comunista? ¿El Coloso de Acero? Te aseguro que es algo que inflama la imaginación.

La máquina. Una era mecanizada… Los bolcheviques veneran cuanto se relaciona con la mecanización, aunque saben muy poco al respecto. Es precisamente tal ignorancia la que les lleva a venerarla, supongo. ¿Te imaginas a un acabado mecánico de Chicago componiendo un poema dinámico en el que describe su ciudad como «¡edificada sobre la tuerca! ¡Ciudad mecánica electrodinámica! En forma de espiral sobre un disco de acero. Por cada hora que pasa da una vuelta sobre sí misma. Cinco mil rascacielos…»? ¡No es posible imaginar nada más ajeno al espíritu norteamericano!

Sin embargo, ¿cuándo has podido juzgar algo sin la necesaria perspectiva? Sólo la gente que nada sabe de mecánica es capaz de atisbar el alma y el significado de la máquina La «Bestia sin Nombre»… ¿Mi Bestia?… Me lo pregunto…

El hombre colectivo se transforma a su vez en una gran máquina… El mismo instinto de tribu que salvó ya anteriormente a la raza humana reaparece con diferente aspecto…

La vida se está volviendo demasiado difícil, demasiado

peligrosa para el individuo aislado. ¿Qué dijo a este respecto Dostoievski en uno de sus libros?

El rebaño se juntará de nuevo y de nuevo se someterá; pero esta vez será para siempre jamás. Le daremos una tranquila y modesta felicidad.

Instinto de tribu… Me pregunto…

Con el viejo afecto de

Vernon.

4

Moscú.

Querido Sebastián:

He hallado el otro pasaje de Dostoievski. Creo que es el que buscaba:

Y sólo nosotros, los guardianes del misterio, habremos de ser desgraciados. Sumarán millones los niños felices y sólo cien mil mártires echarán a sus espaldas la carga maldita del bien y del mal.

Dices, como Dostoievski, que siempre habrá individualistas. Cierto. Son los individuos aislados quienes empuñan la antorcha. Los hombres, soldados entre sí para constituir la gran máquina, deben perecer, pues la máquina no tiene alma y necesariamente sólo ha de quedar de ella un poco de hierro inservible.

Los hombres veneraron la piedra y con ella construyeron Stonehenge; pero los constructores han desaparecido sin dejar rastros de sus personalidades mientras Stonehenge continúa desafiando al tiempo. Sin embargo, extraña paradoja, los hombres están vivos en ti y en mí, que somos sus descendientes. En cambio, Stonehenge, y lo que significó en su tiempo, ha sucumbido. Lo que muere perdura y lo que perdura se extingue.

Sólo el hombre sigue y sigue siempre. (¿Es así? ¿Será nuestra arrogancia la que nos hace creerlo? ¡Sea como fuere, eso es lo que creemos!). De modo que se necesita la existencia de los individuos para que la máquina sea posible tal como Dostoievski y tú decís. Pero no olvido que tanto él como tú sois rusos. Yo, como buen inglés, soy más pesimista.

¿Sabes qué me recuerda ese pasaje de Dostoievski? Mi niñez, frecuentada por el señor Green, sus cien hijos y trío Perro-

Ardilla-Árbol. Éstos venían a ser los representante de los cien mil…

Abrazo de

Vernon.

5

Moscú.

Querido Sebastián:

Tenías razón, creo. Nunca había pensado mucho en ello, porque me parecía un ejercicio poco provechoso. En verdad no estoy seguro de haber cambiado del todo mi opinión.

El problema estriba en que, sabes, no puedo «decirlo con música». Maldita sea, ¿por qué no puedo? La música, después de todo, es lo mío. De eso estoy más seguro que nunca. Sin embargo… no puedo.

Es muy complicado…

Vernon.

6

Querido Sebastián:

¿No te he mencionado a Jane? Bueno, es que no hay mucho que decir sobre ella. Está espléndidamente, como puedes imaginarlo. ¿Por qué no le escribes?

Tu viejo amigo

Vernon.

7

Querido y viejo amigo:

Dice Jane que bien podrías venirte por aquí. No puedes Imaginarte lo felices que nos harías si decidieras visitarnos. Discúlpame por no haberte escrito durante seis meses. Nunca

seré un portento epistolar.

¿Sabes algo de Joe? Desde que Jane y yo nos encontramos con ella al pasar por París, no hemos vuelto a tener noticias de su vida. Claro que le conté todo; pero no temo que hable y, por otro lado, pensé que debía ponerla al corriente.

Nunca nos escribimos. De hecho, no creo haber intercambiado jamás una carta con ella. Pero ahora estoy inquieto y me pregunto si sabes algo de su vida. La última vez que la vi no parecía precisamente fuerte. Pobre Joe… Qué lío ha hecho de su vida…

Me gustaría conocer tu opinión sobre el proyecto de monumento a la Tercera Internacional que ha realizado Tatlin. En el supuesto que lo conozcas, claro. Consistirá en la unión de tres grandes cámaras de cristal conectadas por un sistema de ejes verticales y por espirales. Por medio de un mecanismo especial, el conjunto se mantendrá en movimiento perpetuo, a diferentes velocidades.

¡Dentro de él, supongo que se cantarán himnos al soplete de acetileno!

No sé si recuerdas que cierta vez volvíamos a Londres en automóvil y equivocamos el camino, a la altura del cruce de Lewisham. En lugar de llegar a la civilización, nos encontramos en medio de los muelles de Surrey. A través de las grietas de una casa semiderruida vimos un panorama que extrañamente se parecía a una pintura cubista, con sus grúas, sus nubes de vapor y sus vigas de hierro. De inmediato, tu sentido artístico tomó nota de la visión para usarla en una escenografía.

Pues bien, te aseguro, Sebastián, que aquí podrías asistir a magníficos espectáculos mecanicistas, con sus efectos sonoros y lumínicos. Por doquier verías masas de seres humanos con rostros inhumanos. Masas, no individuos. ¿Verdad que llevas en la cabeza un espectáculo dentro de esos lineamientos?

El arquitecto Tatlin ha dicho algo que yo considero parcialmente bueno y parcialmente insensato:

Sólo el ritmo de la metrópoli, de las fábricas y de las máquinas, sólo la organización de las masas pueden impulsar el nuevo arte.

Se extiende luego sobre el «monumento a la máquina», única expresión adecuada del presente.

Conoces ya, por supuesto, las tendencias actuales del teatro ruso. Es tu especialidad. Admito que Mayerhold puede resultar

admirable; pero ¿es lícito mezclar forma teatral y propaganda?

De todos modos, es apasionante llegar al teatro y verte integrando una multitud que marca el paso hasta que la representación comienza. La escena muestra mecedoras, compuertas giratorias, cañones y Dios sabe cuántas cosas más. Es un poco infantil, claro, y hasta absurdo; pero puede pensarse que el niño ha descubierto un juguete peligroso aunque interesante, que en otras manos…

En las tuyas, Sebastián… Eres ruso pero, gracias a Dios y a la geografía, no un propagandista, sino un hombre del teatro.

El ritmo de la metrópoli hecho espectáculo…

Creo que podría escribirte la música que algo así necesitaría.

¡Señor! ¡Aquí tienen «orquestas de ruidos» que ejecutan sinfonías con sirenas de fábricas! En Bakú tuvo lugar una representación en 1922, en la que intervino un batallón de artilleros; se usaron ametralladoras, coros, sirenas para la niebla y cosas por el estilo. Algo ridículo. Sí; pero si contaran con un verdadero compositor…

Ninguna mujer ha anhelado tanto un hijo como yo componer música.

Pero me siento vacío, estéril…

Vernon.

8

Querido Sebastián:

Me parece un sueño que hayas venido, hayas permanecido entre nosotros y ya no estés aquí. ¿Producirás, de verdad, la *Historia del bribón que engañó a tres bribones*?

Apenas comienzo a reconocer que has triunfado clamorosamente en lo tuyo. Por fin he llegado a comprender cabalmente que hoy en día eres el hombre clave. Sí, funda tu Compañía de Ópera Nacional. Ya era hora de que la tuviéramos. Sin embargo, ¿para qué quieres la ópera tradicional? Es anacrónica, está muerta porque sólo se ocupa de ridículas historias amorosas individuales…

La música escrita hasta hoy me parece como el dibujo de una casa hecho por una mano infantil: cuatro paredes, una puerta,

dos ventanas y una chimenea humeante. Eso es todo. Pero puede hacerse más.

En todo caso, Feinberg y Prokofief han conseguido ir más allá.

¿Recuerdas que nos reíamos de los cubistas y de los futuristas? Por lo menos yo me burlaba de ellos. No; creo que tú no estabas de acuerdo conmigo.

Hasta que cierta vez vi en el cine una toma aérea que mostraba una gran ciudad. Bóvedas y campanarios caracoleaban en el aire, los edificios doblaban sus muros… ¡Todo se comportaba como uno sabe bien que el cemento, el acero y el hierro no pueden comportarse! Por primera vez atisbé lo que el viejo Einstein quería dar a entender al referirse a la relatividad.

No sabemos nada de la forma propia de la música… En realidad ignoramos lo concerniente a la forma de todas las cosas… Siempre hay una cara abierta al espacio…

Algún día sabrás lo que quiero decir… lo que la música puede significar… lo que yo siempre sostuve que expresaba…

¡Qué embrollo es la ópera que escribí! Aunque, en verdad, toda ópera es un embrollo, tal vez porque la música no sirva para ser representada. Tomar un argumento y escribir para él una musicalización descriptiva es tan erróneo como concebir un tema musical y luego buscar el instrumento que ha de expresarlo. ¡Cuando Stravinsky ha escrito algo para el clarinete es inconcebible pensar que pueda ser ejecutado por otro instrumento!

La música debería considerarse como las matemáticas como ciencia pura, desprovista de dramatización, romanticismo y sentimiento en el sentido usual del término. El único sentimiento cálido ha de ser el que se deriva del sonido puro, separado de las ideas.

Siempre supe eso. En el fondo de mí, una voz me decía que la música ha de ser absoluta.

Esto no significa, naturalmente, que llegue a realizar mi ideal. Crear sonido puro, libre de ideas, es una aspiración inalcanzable.

Mi música será la de la máquina. Te dejaré la tarea de vestirla. Vivimos la edad de la coreografía y sabe Dios la alturas que ésta alcanzará. Puedo confiar en ti para que te cuides del aspecto visual de mi obra maestra, de la que aún no he escrito y

que muy probablemente nunca escribiré.

La música ha de ser cuatridimensional. Sus dimensiones son timbre, tono, velocidad relativa y periodicidad.

Creo que aún no hemos llegado a apreciar a Schönberg en todo cuanto vale. Su obra contiene la lógica clara que es el espíritu de nuestra época. Sólo él ha sido capaz de descartar la tradición, volver a los orígenes y descubrir la Verdad.

A mi modo de ver, él es el único compositor que importa. Hasta su sistema de notación tendrá que ser universalmente adoptado un día, porque es imprescindible para que las partituras lleguen a ser inteligibles.

En lo único que no comparto sus puntos de vista es en su desprecio por los instrumentos. Teme ser esclavo de ellos y les hace servir, quieras que no.

Yo voy a glorificar mis instrumentos… Les daré lo que quieren… lo que siempre han querido…

Al diablo con todo, Sebastián. En definitiva, ¿qué es esa extraña disciplina que llamamos música? Cada día sé menos sobre ella.

Tu amigo

Vernon.

9

Ya sé que no te he escrito. Es que no he tenido tiempo. Estoy muy atareado con mis experimentos. Busco un medio para expresar a la Bestia sin Nombre. Los metales son apasionantes. Ahora trabajo con instrumentos hechos con nuevas aleaciones.

¡Qué apasionante es el sonido!

Jane te envía sus mejores recuerdos.

En respuesta a tu pregunta, no. No creo que decida irme de Rusia nunca. Ni siquiera para asistir, oculto tras mi barba, a la primera función de tu nuevo teatro de ópera.

¡Está ahora más bárbara y maravillosa que cuando la viste! ¡Plena y floreciente, tiene el aspecto de un gran castor eslavo rebosante de temperamento!

Como te decía, ni con mi camuflaje forestal iré por allá. Aquí estoy y aquí permaneceré hasta ser exterminado por alguna

banda de niños salvajes.

Tu amigo de siempre,

Vernon.

TELEGRAMA DE VERNON A SEBASTIÁN

Enterado casualmente Joe gravemente enferma. Temo muera sola en Nueva York. Jane y yo embarcamos en *Resplendent*. Esperamos verte Londres.

CAPÍTULO QUINTO

1

—¡Sebastián!

Joe se incorporó de golpe en su lecho, volviendo a caer en él débilmente. Le miraba sin dar crédito a sus ojos. Sebastián, enorme, con un gran abrigo de piel, sereno y omnisciente, la contemplaba con una amplia sonrisa.

Su rostro no delataba la súbita y dolorosa sorpresa que se había llevado al verla. Joe… pobrecilla.

Se peinaba con raya al medio y a cada lado el pelo desaparecía tras los hombros. Su cara estaba horriblemente flaca y dos manchones rojizos en sus pómulos evidenciaban la tisis que la consumía. Los huesos de sus hombros podían apreciarse claramente por debajo de su ligero camisón.

Recordaba a un niño consumido por la fiebre, y la sorpresa gozosa que se pintaba en su rostro acentuaba aún más aquella impresión. La enfermera salió del cuarto.

Sebastián, sentándose junto a la cama, le tomó una mano.

—Vernon me telegrafió. Aunque pasaba por Londres para venir, preferí no esperarle y tomar el primer barco.

—¿Para verme?

—Naturalmente.

—¡Sebastián querido!

Los ojos se le llenaron de lágrimas, de modo que Sebastián, para no conmoverla demasiado, optó por reducir el impacto de su acción.

—Es que además tenía unos asuntillos que resolver por aquí —dijo apresuradamente—. En realidad vengo con cierta frecuencia a

Nueva York y en este viaje tal vez consiga cerrar un par de acuerdos.

—Quieres quitar importancia a tu visita.

—Oh, no. Te digo la verdad, Joe —repuso Sebastián un poco sorprendido.

Ella iba a reír, pero le sobrevino en cambio un ataque de tos. Sebastián la observaba solícitamente, pronto a llamar a la enfermera. Ya había sido advertido. Pero Joe dominó el embate.

Parecía muy contenta de tener entre las suyas la mano de Sebastián.

—Así murió mi madre —murmuró—. Pobre mamá… Pensé que sería mucho más sabia que ella y sólo conseguí hacer un lío con mi vida…

—¡Chiquilla!

—No puedes imaginarte hasta qué punto me he equivocado en todo.

—Lo imagino —dijo Sebastián—. Siempre pensé que así sería.

Se hizo un breve silencio.

—Qué reconfortante es tenerte aquí, a mi lado, Sebastián. He visto y conocido tanta basura… En otro tiempo, no me gustaba verte tan fuerte, próspero y suficiente. Me fastidiabas. En cambio ahora… me pareces magnífico.

Su amigo le oprimió un poco la mano.

—Nadie más en el mundo hubiese venido, como tú, de tan lejos y tan rápido. Vernon, claro; pero él es casi mi hermano. En cambio tú…

—También soy como un hermano tuyo, Joe. Más que un hermano. Desde los tiempos de Abbots Puissants he estado, bueno… dispuesto a servirte si me necesitabas…

—¡Oh, Sebastián! —Sus ojos irradiaban felicidad—. Nunca creí que aún pensaras así.

Sebastián se sobresaltó un poco. No había querido decir exactamente lo que parecía estar pensando Joe, sino algo más sutil y difícil de explicar. Por lo menos a Joe. Era un sentimiento peculiar y exclusivo de los judíos, que son capaces de guardar inmortal gratitud hacia aquellos que algún día les hicieran algún bien. De niño él era un marginado. Pero Joe se colocó de su lado y, para imponerle a todos, se dispuso a desafiar al mundo entero. El

niño Sebastián le estaba eternamente agradecido y el hombre mantenía la promesa. Hubiese ido hasta el fin del mundo de saber que ella le necesitaba.

—Me han trasladado a esta habitación —dijo Joe— desde ese horrible pabellón en que estaba. ¿Ha sido idea tuya, verdad?

Sebastián asintió.

—Telegrafié.

Joe suspiró.

—Que eficiente eres.

—Me temo que sí.

—Pero no hay nadie como tú en el mundo. Nadie. He pensado tanto en ti últimamente…

—¿Sí?

Sebastián pensaba en los años de soledad; en aquellos años en que tanto la deseaba y en los que tan poco había obtenido de Joe. ¿Por qué lo que anhelamos nunca nos llega a tiempo?

—Jamás soñé —prosiguió ella— que aún pensaras en mí. Creía que tarde o temprano tú y Jane…

Extraña sensación aquélla. Jane…

Él y Jane…

—A mi modo de ver —dijo hoscamente—, Jane es una de las mejores mujeres que existen. Pero, desde que conoció a Vernon, le pertenece en cuerpo y alma.

—Sí, claro. Pero es una lástima. Tú y ella sois los fuertes. Os pertenecéis mutuamente.

En cierto modo, era cierto. Sebastián comprendía lo que Joe quería decir.

—Esto me recuerda los libros que leemos de pequeños —dijo ella riendo—. Ya sabes: esas edificantes escenas que se desarrollan entre la visita y el moribundo, mientras ambos y parientes rodean la cama y el enfermo esboza un sonrisa heroica.

Sebastián, entretanto, corregía sus opiniones. ¿Por qué había pensado que ya no sentía amor por Joe? Claro que la amaba. Su desinteresada piedad y su ternura, su hondo afecto, invariable a pesar de los años, eran algo más que las pasiones tempestuosas y efímeras, por no hablar de las tibias relaciones que mantuviera con monótona regularidad y que ponían acentos en la superficie de su vida, sin llegar nunca a las verdaderas profundidades de su ser.

Su corazón voló hacia aquella figurita infantil. Tenía que dar paso a sus afectos.

—No habrá ninguna escena con moribundos, Joe —le dijo con ternura—. Te pondrás buena y nos casaremos.

—Querido Sebastián, ¿unirte a una tuberculosa crónica? Eso es imposible.

—Tonterías. Tienes dos caminos. Elige: o te curas o mueres. Si prefieres morir, no hay nada de lo dicho; pero si optas por sanar, tendrás que casarte conmigo. Te advierto que no repararé en gastos para que recobres tu salud.

—Es que la tisis está demasiado avanzada, amor mío.

—No se sabe. Cualquier médico te dirá que pocas enfermedades son tan caprichosas como la tuberculosis. Lo que te sucede es que no te has cuidado. Mi opinión es que te repondrás. Será largo y requerirá paciencia; pero lo conseguiremos.

Joe le miró, mientras por su tez corría ora la blancura, ora el rubor. Sebastián supo así que ella le amaba, y una extraña y cálida sensación invadió su alma. La señora Levinne había muerto dos años antes y desde entonces nadie se ocupaba de él.

—Sebastián, ¿me necesitas realmente? He sido siempre tan embrollona…

—Claro que te necesito. Soy el hombre más solo de la tierra.

De pronto no pudo más e hizo algo que nunca en su vida pensó que haría. Arrodillándose junto a la cama de Joe, comenzó a llorar. Su rostro estaba hundido entre las sábanas mientras sus hombros se agitaban.

Joe pasó una mano por su cabeza y él sintió que la estaba haciendo feliz, al satisfacer por fin su espíritu misericordioso y arrogante. Pobre Joe, tan impulsiva, tan afectuosa y temeraria… Le era más grata que nadie en el mundo. Se necesitaban mutuamente.

La enfermera entró en la habitación. El visitante ya había permanecido demasiado tiempo allí. Luego volvió a salir para dejar que Sebastián se despidiera de ella.

—A propósito —dijo él—. Aquel francés… ¿Cómo se llamaba?

—¿François? Ha muerto.

—Bien. Hubieses podido divorciarte, desde luego; pero, ya que eres viuda, todo será más fácil.

—¿De verdad crees que sanaré?

Su tono era patético.

—Claro que sí.

La enfermera volvió a entrar y Sebastián, al salir, se dirigió directamente a hablar con el médico que la atendía, la conversación entre ambos fue prolongada. El especialista no alentaba muchas esperanzas, aunque admitió que existía una posibilidad de cura. Decidieron enviarla a Florida.

Al dejar el hospital, anduvo por las calles sumido en sus reflexiones. Apenas percibió en un puesto de periódicos unos grandes titulares. «Terrible desastre. Se ha hundido el *Resplendent*». Aquello no significaba gran cosa para él.

Sus pensamientos le tenían demasiado absorto. ¿Qué sería lo mejor para Joe? ¿Vivir o morir? Se lo preguntaba…

Su vida había sido tan desgraciada… Deseaba lo mejor para ella.

Se metió en la cama y no tardó en dormir profundamente.

2

Despertó con una vaga sensación de malestar. Algo… algo… No sabía qué…

No, no se trataba de Joe. Ella ocupaba el primer plano de su mente. Lo que le agitaba internamente se hallaba sepultado en algún rincón de su conciencia. Era algo a lo que no había podido prestar atención oportunamente.

Se dijo que ya lo recordaría; pero no fue así.

Mientras se vestía, pensaba en Joe y en la situación de ambos. Estaba de acuerdo en enviarla a Florida. Y debía hacerse cuanto antes. Más tarde, tal vez conviniera llevársela a Suiza. Cierto que estaba débil, pero no tanto como para impedir el traslado al sur. En cuanto Vernon y Jane llegaran…

Llegarían… ¿Cuándo? ¿No venían en el *Resplendent*? Pero el *Resplendent*…

La navaja con la que se estaba afeitando se deslizó de entre sus dedos, cayendo al suelo. Ante sus ojos apareció con toda nitidez un gran titular de periódico.

El *Resplendent*… «Terrible Desastre…».

En aquel barco viajaban Vernon y Jane.

Corrió al teléfono. Minutos después tenía en sus manos un diario de la mañana, cargado de detalles sobre el naufragio. Quería leer todo a la vez. El *Resplendent*, al parecer, había chocado contra un iceberg… muertos… sobrevivientes…

La lista de los que escaparan… Sí, allí estaba el nombre de Green. Vernon, al menos, estaba a salvo. Buscó luego en la lista de los ahogados, encontrando lo que temía: Jane Harding.

3

Se quedó inmóvil, mirando sin ver la hoja del periódico, hasta que, doblándolo cuidadosamente, lo depositó sobre una mesa cercana. Tocó el timbre y, después de dar una orden en tono seco, no tardó en presentarse en su habitación la secretaría que había traído con él de Inglaterra.

—Tengo una cita a las diez, a la que no puedo faltar. Necesito información sobre varios puntos que voy a detallarle. Será preciso que esté lista para cuando yo vuelva al hotel.

Le enumeró los informes que deseaba en términos breves y precisos. La mujer debía recoger todos los detalles sobre el hundimiento del *Resplendent*, y enviar algunos telegramas.

El propio Sebastián telefoneó al hospital para dar instrucciones en el sentido de que Joe no debía tener acceso a los periódicos. No debía enterarse de la catástrofe. Hizo que se pusiera la propia Joe, con la cual intercambió algunas palabras, tratando de parecer natural.

Al salir, le compró flores y se las hizo enviar, abocándose luego a una larga jornada de trabajo, en la que había reuniones y citas de negocios. Difícilmente alguien hubiera podido notar algún cambio en las habituales maneras del gran Sebastián Levinne. Nunca se mostró más penetrante y hábil al cerrar un trato, y su capacidad para que las cosas se pactaran a su modo jamás fue tan evidente.

Eran las seis de la tarde cuando entró de nuevo en el Biltmore Hotel.

Su secretaria le esperaba con toda la información que le había

sido posible reunir. Los sobrevivientes habían sido recogidos por un barco noruego y se les esperaba en Nueva York dentro de tres días.

Sebastián movió la cabeza sin que en su expresión se reflejaran sus pensamientos. Impartió nuevas instrucciones.

Al atardecer, tres días más tarde, cuando, de vuelta en su hotel, siguió solicitando informes, se le comunicó que el señor Green había desembarcado, siendo recibido en el puerto según sus instrucciones, y alojado en la *suite* contigua a la suya.

De inmediato se dirigió allí.

Vernon estaba de pie junto a la ventana. Al oír la puerta, se volvió.

Sebastián sufrió un verdadero sobresalto, porque apenas pudo reconocer a su amigo. Algo en él había cambiado.

Se quedaron mirándose en silencio. Fue Sebastián quien primero habló, para comentar lo que estaba impreso en su mente.

—De modo que Jane ha muerto.

Vernon asintió con gravedad.

—Sí. Ha muerto… Yo la maté.

El Sebastián de siempre, enemigo de emociones y sentimentalismos, se rebeló contra aquella réplica.

—¡Por Dios, hombre, no digas eso! Venía contigo. Déjate de ser morboso.

—No comprendes. Es que no sabes lo que, en realidad, ha ocurrido.

Se detuvo, pasando luego a contar, con voz serena y contenida, la aventura que había vivido.

—No puedo decir cómo sucedió. Todo ocurrió de repente y en plena noche. Rápidamente el barco comenzó a escorarse y los que iban en él, tripulantes y pasajeros, contaron con muy poco tiempo para ponerse a salvo. Las dos venían juntas avanzando como podían por la cubierta resbaladiza. No tenían salvación.

—¿Las dos? ¿Qué quieres decir?

—Jane y Nell, claro.

—¿Qué tiene que ver Nell en esto?

—Estaba a bordo.

—¿Qué?

—Sí. Yo no lo sabía. Jane y yo veníamos en segunda clase, como te imaginarás, y no nos habíamos detenido a mirar la lista de

pasajeros. Sí, Nell y George Chetwynd estaban entre ellos. Es lo que iba a decirte cuando me interrumpiste. Fue una verdadera pesadilla. No había tiempo para salvavidas o lo que fuera. Yo estaba cogido a un montante o como se llame y así logré no ser arrojado al agua. Entretanto las dos venían por la cubierta inclinada, moviéndose como podían, mientras el mar parecía esperarlas.

»No sabía que Nell iba en el barco hasta que la vi. Iba derecha a la muerte y gritaba: «¡Vernon!».

»No hay tiempo para pensar en situaciones así, puedes creérmelo. Apenas se actúa por instinto. Yo hubiese podido agarrar a cualquiera de ellas. No sé por qué cogí a Nell y la sostuve con todas mis fuerzas.

—¿Y Jane?

—Nunca se me borrará su rostro —repuso Vernon con acento solemne—. No dejó de mirarme hasta desaparecer en un gran remolino verdoso.

—Dios mío —murmuró Sebastián.

De pronto su dominio de sí mismo le abandonó. Su voz se transformó en un chillido.

—¿De modo que salvaste a Nell, idiota? ¿Y por salvarla dejaste morir a Jane? ¡Nell no vale el meñique de Jane, maldito seas!

—Tienes toda la razón; no te la niego. Dejé que Jane se ahogara. Y la amaba.

—¿Que la amabas?

—Sí. Siempre la amé… Ahora me doy cuenta… Siempre, desde que la conocí. La temía… porque la amaba. Fui un cobarde en eso como en tantas otras cosas. Traté de huir de la realidad y para ello hice cuanto pude por destruirla. Me avergonzaba el poder que tenía sobre mí… La hice sufrir mucho…

»Y ahora la quisiera conmigo… conmigo. Sí, ya sé que dirás que es muy mío esto de desear lo que ya no está a mi alcance… Pero es que soy así…

»Sólo sé que la quería y que la he perdido para siempre…

Dejándose caer en una silla dijo con voz más tranquila:

—Deseo trabajar. Vete, Sebastián. Trata de ser comprensivo.

—Dios mío, Vernon, no creo que pueda llegar jamás a odiarte.

—Deseo trabajar —repitió Vernon.

Sebastián dio media vuelta, dejando la habitación.

4

Vernon permaneció inmóvil.

Jane…

Era horrible sufrir tanto… necesitar tanto a alguien… Jane… Jane…

Sí; siempre la había amado. Desde aquel día en que se conocieran, había sido incapaz de alejarse de ella por mucho tiempo. Algo más fuerte que su voluntad le arrastraba hacia ella.

Era torpe y cobarde sentir miedo… siempre miedo. Temeroso de cualquier realidad profunda, de cualquier emoción violenta.

Y ella lo había sabido, como siempre, pero no pudo ayudarle. ¿Qué era lo que solía decir? ¿Separados por el tiempo?

Recordó las palabras de lo que había cantado durante la fiesta en casa de Sebastián, donde la había conocido.

Vi allí a una dama. Era una hada
Con largas manos blancas y el cabello hundido en el agua.

«Hundido en el agua…». No, no era así. Qué extraño que Jane cantara aquello. Y la escultura, que la representaba con el rostro descompuesto… También eso era curioso.

¿Qué más había cantado? Ah, sí:

J'ai perdu mon amie…

Había perdido Abbots Puissants, había perdido a Nell… Pero con Jane se le iba *le dernier des amours que j'aimais*, como rezaba la canción.

Todo el resto de su vida sólo podría ver un rostro mujer: el de Jane.

Amaba a Jane… la amaba…

Sin embargo, la había torturado, despreciado, abandonado a merced de las olas…

La estatua en el museo de South Kensington…

Dios mío, no debía pensar…

Sí que debía. Pensaría en todo… Desde ahora no huiría de nada.

Jane… Jane… Jane…

La necesitaba… Jane…

Nada le quedaba ya… Nada…

Aquellos días, meses, años, en Rusia… Años perdidos.

Tonto, loco… Vivir con ella, estrechar su cuerpo entre su brazos y no dejar de sentir miedo… Miedo por la pasión qua ella le inspiraba.

El viejo terror por La Bestia…

De pronto, al pensar en La Bestia, supo…

5

Le sucedió lo mismo que el día en que regresara del concierto, para el cual Joe le diera la entrada. Fue algo parecido a la visión que entonces le había asaltado. Llamaba a aquello visión porque tenía más que ver con los ojos que con los oídos. En realidad, ver y oír era lo mismo. Curvas, espirales de sonidos que ascendían, descendían, recurrían…

Pero ahora sabía. Estaba en posesión del conocimiento técnico necesario.

Echó mano a un papel y se puso a trazar breves y apresurados jeroglíficos. Los signos parecían una frenética taquigrafía. Tenía años por delante; años de trabajo. Sin embargo, sabía que quizá nunca más pudiera captar aquella espontaneidad clara de la visión…

Tenía que ser así y así. Una gran carga de los metales… todos los instrumentos de metal que contuviera el mundo.

Y aquellos nuevos sonidos de cristal, claros, retintineantes…

Era feliz…

Pasó una hora. Dos horas…

De pronto salió de su abstracción. Recordó… Jane…

Se sintió enfermo, avergonzado… ¿No podía siquiera respetar su memoria un día? Había algo de bajo y de cruel en el modo como estaba usando su dolor y su deseo, transmutándolos en sonidos.

Esto era ser creador… era preciso mostrarse implacable… usar

cualquier sentimiento…

Las personas como Jane eran las víctimas…

Jane…

Se sintió partido en dos. Una parte de su ser sentía el dolor desgarrante; la otra, una salvaje alegría.

Acaso las mujeres sintieran algo así al tener un hijo…

Volvió a sus hojas de papel, para escribir febrilmente y tirarlas al suelo cuando estaban cubiertas de garabatos.

No oyó la puerta que se abría, ni el rozar de los vestidos de una mujer que iba hacia él. Sólo pisó tierra al oír junto a sí una voz amedrentada.

—Vernon.

Hizo un esfuerzo para saber de qué se trataba.

—Oh, hola, Nell.

Ella estaba ante él retorciéndose las manos. Se la veía muy pálida y macilenta. Habló casi jadeando.

—Vernon… Supe… Me dijeron… dónde estabas y vine.

Él asintió.

—Sí —dijo—. Ya veo.

Oboes… no, nada de oboes… la nota sería demasiado leve. Mejor metales estridentes. Pero apenas, desde luego; necesitaba el sonido líquido y fluido de las arpas. Algo parecido al ruido del agua. El agua es fuente de energía.

Qué fastidio con Nell… Hablaba y tenía que escucharla.

—Vernon, después de tan terrible escapada de la muerte, supe… que sólo una cosa importa: el amor. Siempre te amé. Ahora vuelvo a ti para siempre.

—Oh —dijo él, absorto aún.

Estaba a su lado y le tendía ambas manos.

Vernon la miró como si se hallara a una gran distancia. Realmente Nell era de una belleza extraordinaria. Comprendía que se hubiese enamorado de ella. Pero ahora no le quedaba más amor que darle. Qué extraño era todo… Quería que se fuera de una vez para poder continuar con su trabajo. ¿Y los trombones? No mejoran mucho las cosas…

—Vernon —la voz de Nell era dura y temerosa a la vez—. ¿No me amas ya?

Era mejor decir la verdad y la dijo con una cortesía extraña y

formal.

—Lo siento muchísimo, pero creo que no. Sabes, amo a Jane.

—Estás enfadado conmigo a causa de aquella mentira, sobre el niño…

—¿Qué mentira? ¿Qué niño?

—¿Ni siquiera lo recuerdas? Te dejé creer que estaba embarazada y no era cierto. Oh Vernon, perdóname, perdóname…

—Ya está bien, Nell. No te inquietes. Todo se arreglará. George es un excelente individuo y serás más feliz con él. Pero ahora, por Dios, vete. No quisiera ser descortés, pero la verdad es que estoy muy atareado. La idea se me volará si no la cojo a tiempo…

Nell le miró.

Lentamente fue hacia la puerta. Al llegar se detuvo, tendiéndole ambas manos.

—Vernon…

Era un grito desesperado.

Vernon ni siquiera le dirigió una mirada, limitándose a menear impaciente la cabeza.

Salió, cerrando la puerta tras ella.

Vernon dejó escapar un suspiro de alivio.

Ya no había nada en el mundo que se interpusiera entre él y su obra…

Se inclinó sobre su mesa…

AGATHA CHRISTIE. Escritora inglesa nacida en Torquay (Inglaterra) el 15 de septiembre de 1890, es considerada como una de las más grandes autoras de crimen y misterio de la literatura universal. Su prolífica obra todavía arrastra a una legión de seguidores, siendo una de las autoras más traducidas del mundo y cuyas novelas y relatos todavía son objeto de reediciones, representaciones y adaptaciones al cine.

Christie fue la creadora de grandes personajes dedicados al mundo del misterio, como la entrañable *miss* Marple o el detective belga Hércules Poirot. Hasta hoy, se calcula que se han vendido más de cuatro mil millones de copias de sus libros traducidos a más de 100 idiomas en todo el mundo. Además, su obra de teatro *La ratonera* ha permanecido en cartel más de 50 años con más de 23 000 representaciones.

Nacida en una familia de clase media, Agatha Christie fue enfermera durante la Primera Guerra Mundial. Su primera novela se publicó en 1920 y mantuvo una gran actividad mandando relatos a periódicos y revistas.

Tras un primer divorcio, Christie se casó con el arqueólogo Max Mallowan, con quien realizó varias excavaciones en Oriente Medio

que luego le servirían para ambientar alguna de sus más famosas historias, al igual que su trabajo en la farmacia de un hospital, que le ayudó para perfeccionar su conocimiento de los venenos.

De entre sus novelas habría que destacar títulos como *Diez negritos, Asesinato en el Orient Express, Tres ratones ciegos, Muerte en el Nilo, El asesinato de Roger Ackroyd* o *Matar es fácil*, entre otros muchos. Las adaptaciones al cine de su obra se cuentan por decenas.

Además de estas obras, Agatha Christie también se dedicó a la novela romántica bajo el seudónimo de Mary Westmacott.

Christie recibió numerosos premios y distinciones a lo largo de su carrera, como el título de Dama del Imperio Británico o el primer Grand Master Award concedido por la Asociación de Escritores de misterio.

Agatha Christie murió en Wallingford (Inglaterra) el 12 de enero de 1976.